

Gato por liebre

Inspector Salazar 04

M. J. Fernández

Gato por liebre.
(Inspector Salazar 04)

M.J. Fernández

«La mentira se desvanece;

la verdad triunfa al fin y permanece.»

(Helmuth Von Moltke)

Capítulo 1

El mendigo calculó sus posibilidades frente a los tres hombres que lo rodeaban. La noche era fría y una fina capa de nieve se acumulaba a los bordes de la calzada como un recordatorio de que solo faltaban horas para la llegada oficial del invierno, así que las calles se encontraban virtualmente vacías a aquella hora de la madrugada. Los jarreros dormían en sus casas, cobijados por el calor de sus mantas y de sus familias.

Arrancado bruscamente del refugio donde pasaba la noche al cobijo de un portal, el hombre que pernoctaba en aquella calle desde hacía menos de una semana, solo protegido por un oscuro gabán demasiado grande, observó con detenimiento a sus acosadores. Los tres cubrían sus rostros con pasamontañas. El primero era alto y fornido. Usaba tatuajes cuyos extremos se vislumbraban en el cuello, debajo del chaquetón. Sostenía un bate en la mano derecha con el que se daba suaves golpes en la izquierda, amenazante. El segundo era bajo y delgado, se mantenía detrás del primero y sujetaba un tubo de grandes dimensiones. Sin embargo fue el tercero quien erizó los vellos en la nuca de la acorralada víctima. Tenía las manos libres, pero había dejado a su lado un recipiente de plástico. El indigente supo al instante que aquel envase contenía gasolina. Se estremeció al recordar a los dos menesterosos que habían sido quemados vivos en el último mes, lo que le hizo comprender su predicamento.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mí? —les preguntó sin poder evitar el temblor en su voz.

—Somos los encargados de la limpieza de las calles —respondió el tío del bate—. Nos hacemos cargo de indeseables como tú.

—¡Esperad! No hago daño a nadie. ¿No os parece que tres hombres armados contra uno es demasiado? Además, ¿para qué queréis ese bidón?

—Ya te dije que estamos aquí para limpiar la ciudad de escoria como tú. Eso quiere decir que no dejaremos ni las cenizas, pero primero te daremos una lección —anunció el más grande dando un paso adelante

Para sorpresa de su agresor, su víctima no retrocedió ante la amenaza.

—Es una noche demasiado fría para morir —recitó el mendigo como si leyera una frase hecha.

—¡Policía! ¡Suelten las armas y las manos en alto! —gritó una voz profunda detrás de los asaltantes.

En una reacción instintiva, los tres voltearon hacia la voz y se encontraron frente a un subsahariano de casi dos metros que les sonreía con malicia, mientras les apuntaba con un arma. A su lado había un hombre de mediana edad y aspecto corriente, también armado. Por si fuera poco, un paso atrás de ellos vieron a una joven con aspecto de modelo de pasarela, que sostenía una pistola HK USP Compact. Uno, con la que apuntaba directo al pecho de su líder. Soltaron sus armas y alzaron las manos por encima de sus cabezas.

—Ahora sí parece que estamos un poco más equilibrados —dijo el mendigo a sus espaldas.

Cuando se giraron para mirarlo vieron que también sostenía una pistola que el holgado gabán le había permitido mantener escondida. El tío, con el abundante cabello alborotado, una barba de al menos cuatro días y los ojos enrojecidos por la falta de sueño, se les acercó y les arrancó los pasamontañas uno a uno. Luego les sonrió con ironía.

—Así está mejor —afirmó. Entonces se dirigió al subsahariano— A ver Diji. Avisa a los agentes y llévate a estos…Ciudadanos. Vamos a comprobar si alguno tiene antecedentes. Si no los tienen, fíchalos. Cortesía de la casa. Remigio, tú encárgate de sus juguetes. Cuidado con el envase. Si tiene gasolina, los gases también son inflamables, así que apaga el móvil antes de acercarte al bidón, no vaya a ser que a tu mujer le dé por llamarte y te convierta en barbacoa.

—Sí, jefe.

—¿Es usted policía? —afirmó el líder con sorpresa.

—Chico listo —respondió el falso mendigo.

—¿Qué debo hacer yo, Néstor? —le preguntó Sofía.

En ese momento vibró el móvil de Salazar. Él dio un paso a un lado para alejarse de la gasolina. Aquel bidón lo ponía nervioso. Su expresión reflejó preocupación en la medida que escuchaba.

—¿Dónde? —preguntó. Del otro lado de la línea recibió una respuesta — ¿Hay sobrevivientes…? Entiendo. Vamos para allá, García. Gracias.

El inspector Salazar colgó, luego miró a su compañera.

—Iba a mandarte a casa, Sofía, que ya son horas, pero acaban de avisarme sobre un accidente en los montes Obarenses. Un coche se salió de la carretera y cayó por un despeñadero.

—¿Hubo heridos? ¿Muertos?

—Una familia. Me temo que todos están muertos. Al parecer se trata solo de un accidente de coche, pero debemos estar presentes cuando hagan el levantamiento de los cadáveres. Me gustaría que me acompañaras. Llevo varios días sin dormir en condiciones, por lo que prefiero que tú conduzcas —argumentó, mientras se rascaba la barba—. ¡Con las ganas que tenía de quitarme estos pelos de la cara!

Después de dar las últimas instrucciones acerca de la detención de los tres matones, Salazar siguió a Garay hasta el Corsa para encaminarse a levantar el supuesto accidente que se convertiría en uno de los casos más difíciles que tendrían que afrontar en su carrera.

Capítulo 2.

Amaneció mientras Néstor y Sofía recorrían el camino hacia el lugar del siniestro. Las calles estaban solitarias a esa hora, así que aun cuando había una larga distancia que los separaba de su destino, no tardaron demasiado. Se dirigieron al norte, hacia los montes Obarenes, siguiendo las instrucciones que les había señalado García, que era el agente de guardia esa noche. Subieron por una carretera al este de Villalba de Rioja hasta que encontraron el despliegue propio de la escena de un crimen. Ya habían llegado el forense, el juez y científica, además de la Guardia Civil. Dos agentes de la Dirección General de Tráfico tomaban medidas del terreno.

El frío era más intenso en aquella montaña que abajo, en la ciudad. Los restos de nieve aún permanecían sobre el suelo y en algunos árboles. El inspector y Sofía se apearon del coche. Enseguida vieron la curva de la estrecha carretera por donde el vehículo se había despeñado. Los dos policías descendieron con cuidado, sujetándose de las ramas de los árboles y de los matorrales.

En el fondo del despeñadero estaba el juez Aristigueta con su expresión adusta de siempre, observando al forense trabajar. Después de sacar los cuerpos del coche, los habían tendido sobre la hierba para que Javier Molina, el forense, pudiera hacerles una primera inspección. Se trataba de dos adultos y un niño.

—Buenas noches, ¿o ya son días? —saludó Salazar al llegar.

—Me parece que ya son días, inspector —respondió el juez, mientras daba un rápido vistazo a su reloj.

—Hola Néstor, Sofía —saludó Javier, levantando por un momento la vista del cadáver del cual se ocupaba: el niño.

El forense abrió mucho los ojos cuando vio la barba descuidada del inspector. Sabía que Salazar se vestía con cierto desaliño para que los sospechosos bajaran la guardia en los interrogatorios, al no tomarlo en serio, pero siempre había sido muy pulcro. Aquella barba le pareció llevar las cosas demasiado lejos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Néstor, con la intención de que lo pusieran al día.

—Por lo visto, el coche se desplazaba por las carreteras de la montaña y en la curva perdió el control —le respondió una voz a su espalda—. No

sabemos qué ocurrió. Tal vez iba a mucha velocidad y no le dio tiempo a maniobrar.

—Gracias —dijo Salazar a la joven de la Guardia Civil que le había dado la respuesta—. No hay hielo en la vía.

—No.

—¿Quién conducía?

—El padre.

El inspector miró en dirección a la carretera e imaginó el coche cayendo por el despeñadero. Sintió un escalofrío solo de pensarlo. Se acercó a Molina.

—¿Qué puedes decirme?

—No empieces a presionarme, Néstor. Es un accidente, ¿de acuerdo? Así que lo más probable es que después de que nos llevemos los cadáveres a la morgue tú y Sofía podréis largaros a desayunar, escribir un informe rutinario y olvidaros del asunto.

Salazar deseó con todas sus fuerzas que Javier estuviera en lo cierto, pues no quería otra cosa que regresar a casa para darse una ducha, rasurarse la incómoda barba y tal vez dormir un par de horas, pero un rápido vistazo al cadáver del niño hizo que sus esperanzas se tambalearan.

El muchacho tendría unos nueve años y como cualquier chico de su edad vestía vaqueros, camiseta estampada y tenis. Los ojos de Néstor se clavaron en los zapatos.

—¿Sabes la causa de la muerte del chico? —Le preguntó al forense.

—Todavía no. Lo que sí te puedo decir es que a diferencia de sus padres, no tiene hematomas visibles.

—¿Cómo es posible? —Quiso saber el inspector— ¿Después de un accidente así, no recibió ningún golpe?

—No fue eso lo que dije —aclaró Molina—. El chico iba en la parte de atrás, pero si recibió algún impacto después de muerto, no se formarían hematomas. De cualquier manera, tendremos que esperar a la autopsia para confirmarlo.

—¿Hay alguna forma de saber si era zurdo, o derecho? —preguntó Néstor. Molina lo miró con extrañeza.

—No por el examen del cuerpo. Si te interesa ese dato tendrás que preguntárselo a la familia, cuando la encuentres.

—¿Cuándo la encuentre? ¿A qué te refieres con eso?

—Ni el hombre, ni el niño llevaban documentos encima. Y la mujer solo un carné de la biblioteca. Aristigueta lo tiene.

—Entonces no estamos seguros de que se trata de una familia —precisó Salazar.

—En realidad, solo lo asumimos. Hombre, mujer y niño en el mismo coche en plena noche. Sería lo más lógico.

—En asuntos policiales no podemos dejar que la lógica llegue tan lejos.

—De acuerdo —aceptó Molina—. Yo solo soy el forense, así que me limito al examen de los cuerpos. Tú eres el investigador y te gusta complicarte la vida. Así que tú mismo. ¿Quieres que adivine algo más antes de llevarlos a la morgue? —le preguntó con sorna.

—Quiero ver los otros cuerpos.

—¿Para qué?

—Tú muéstramelos.

Javier suspiró como una forma de demostrar su paciencia frente al puntilloso policía. Se apartó del chiquillo y se acercó a los cadáveres de los adultos, que yacían sobre la hierba dentro de las correspondientes bolsas forenses. Después que Molina abrió las cremalleras, Néstor pudo ver un hombre y una mujer en la treintena. Las ropas que usaban eran similares a las del chico. El hombre vestía vaquero y camisa. La mujer, también vaquero y una blusa holgada anudada en la cintura. Los dos calzaban zapatos deportivos.

Salazar se acercó al hombre, agachándose a la altura de sus zapatos. Se quedó un largo rato absorto en el calzado. Luego hizo lo mismo con la mujer. Al cabo de unos minutos se agachó junto a la cintura de la occisa y se quedó contemplando el nudo de la blusa con tal abstracción, que Sofía temió que se hubiera quedado dormido. Molina le dirigió una mirada interrogativa a la subinspectora, pero ella se encogió de hombros. No tenía idea del motivo del minucioso examen. Cuando el inspector se dio por satisfecho, se puso de pie para acercarse a los técnicos de la científica. Les dio algunas instrucciones en voz baja mientras señalaba los cuerpos. Ellos asintieron antes de continuar con su trabajo.

Luego Néstor se acercó al juez. Después de cruzar algunas palabras con él, Aristigueta le entregó una bolsa de pruebas que contenía una identificación, en la cual aparecía un nombre: Ágata Vilaró. Era el carné de

la biblioteca. El documento no incluía foto, pero sí una dirección. El juez entregó la prueba al policía para que pudiera llevar a cabo la pesquisa.

—¿Ya encontraste lo que buscabas? —le preguntó Molina a Salazar cuando este regresó a su lado.

—Más de lo que quería. Es evidente que los supuestos padres no murieron tan rápido como el chico.

—Así es. Como puedes comprobar, en ellos sí pueden verse hematomas. El hombre debe tener alguna fractura de los huesos de la cara. Por la deformación, yo diría que involucra al maxilar superior. Aunque en la mujer no es tan evidente, por el tacto te puedo decir que tiene una fractura en el cráneo.

—De manera que recibieron golpes en la cabeza antes de que se produjeran los decesos.

—Es correcto.

—¿Esos golpes podrían ser la causa de la muerte?

—Deja que saque la bola de cristal para responderte —le dijo Javier con tono sarcástico

—Ya sé. Tengo que esperar a la autopsia.

—Buen chico.

Néstor se alejó de Molina y se acercó a los agentes de la DGT. Ellos lo miraron con cautela. Después de todo, todavía andaba con la caracterización de mendigo. Y el papel le venía como anillo al dedo. Para vencer sus suspicacias, el inspector sacó su identificación.

—Hola. Soy el inspector Salazar.

—Buenos días, inspector. ¿En qué podemos ayudarle? —saludó el mayor de ellos, venciendo sus reticencias.

—¿Algo interesante?

—Pues qué le puedo decir: es un accidente bastante peculiar.

—¿Por qué?

—No entendemos qué hacían circulando por aquí en plena noche. Es una carretera muy estrecha en medio de la montaña. La noche es oscura y aunque no hay hielo, aún quedan restos de nieve en algunas zonas. El hombre venía con su familia, así que lo lógico hubiera sido que fuera precavido, pero todo indica que circulaba con exceso de velocidad y la curva lo tomó por sorpresa.

—¿Por qué asumen que conducía muy rápido?

—No hay marcas de frenado en la carretera. Si se hubiera desplazado a una velocidad normal, lo lógico al encontrar la curva era que hubiera frenado, pero eso no ocurrió. Siguió de largo.

—Tal vez venía borracho, o drogado.

—Sí, es posible. Supongo que se sabrá después de la autopsia —reconoció el agente en tono dubitativo.

—¿Qué más le preocupa, agente?

—¿Cómo sabe que hay algo más?

—La expresión de su cara lo hace evidente.

—De acuerdo. Si venía a mucha velocidad y perdió el control en la curva, significaría que traía un impulso que lo hubiera desplazado unos metros más al despeñarse. Quiero decir, el coche debió "volar" unos metros antes de caer, pero no fue lo que ocurrió. En cambio se deslizó por la ladera.

—Tal vez entonces su velocidad no era excesiva.

—Ese es el punto. ¿Por qué no se detuvo entonces antes de caer? La curva tiene suficiente distancia del borde como para que hubiera podido hacerlo.

—¿Una avería en los frenos, tal vez? —sugirió Salazar.

—Podría ser, supongo. Lo sabremos cuando se haga la experticia del coche.

—De acuerdo —aceptó Salazar—. Decidme algo: ¿Qué tal es el trabajo en la DGT? ¿Interesante?

—Depende de la asignación. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Solo curiosidad —respondió Néstor, mientras recordaba las numerosas ocasiones en las que lo habían amenazado con enviarlo a dirigir el tráfico de cualquier tipo de vehículos. No le pareció mala idea tantear el terreno, por si se cumplían las predicciones de algunos de sus superiores y de los sospechosos con influencias.

El inspector se despidió de los agentes, luego subió hasta la carretera. Sofía lo siguió, creyendo que se encaminaría al Corsa, pero en lugar de eso, Néstor se acercó al borde y lo examinó, así como a la vía, con el mismo detalle con el que había revisado los cuerpos. Buscó marcas de frenado, pero no encontró nada. Después de unos cinco minutos silbó. Todos los que estaban en el fondo del despeñadero voltearon en su dirección. Salazar les hizo señas a los chicos de la científica para que se acercaran. Uno de ellos corrió ante su llamado y en pocos segundos estuvo a su lado. Salazar habló con él mientras le señalaba la carretera y la ladera del precipicio. El joven

asintió y precintó el área para que nadie pudiera acercarse. Solo entonces el inspector se dio por satisfecho, encaminando sus pasos hacia el Corsa. Una vez en el coche, Sofía encendió el motor y regresaron a la ciudad.

—¡Qué accidente tan terrible! Pobre familia —comentó la subinspectora.

—Sí, tienes razón, es terrible, pero aún está por verse si eran una familia. De lo que sí estoy seguro es que no se trata de un accidente. Me temo que estamos ante un triple homicidio.

Sofía dejó a su jefe frente a la comisaría y siguió adelante unos metros para aparcar el coche. Cuando Néstor cruzó la puerta fue arrollado por una mujer que salía a paso rápido y con expresión furiosa. Él se disculpó por el tropiezo, pero ella ni siquiera volteó a mirarlo. Sorprendido, la detalló mientras se alejaba: era hermosa y elegante. De su ropa solo se podía apreciar el abrigo de pieles, que al inspector le pareció con disgusto que era auténtico. No pudo evitar pensar en los pobres animales que habían tenido que dar su vida para que aquella dama furibunda pudiera lucirse.

La mujer se alejó sin mirar atrás, así que picado por la curiosidad, el inspector entró y le preguntó al oficial de guardia qué quería la dama y cuál era el motivo de semejante arrebato.

—¿Se refiere a la señora emperifollada que acaba de salir? —preguntó el sargento.

—¿Cuántas mujeres han salido por la puerta en los últimos minutos, García?

—Tiene razón, jefe. La dama vino a poner una denuncia, pero no era procedente —El inspector miró a su subalterno con cara de estar perdiendo la paciencia. Cuando a García le daba por ponerse misterioso, ni su mujer lo soportaba—. Está bien. Quería denunciar a sus vecinos porque no la dejan dormir con los ruidos. Al parecer, uno de los hijos de la familia estudia violín, así que cuando practica con su instrumento la despierta.

—¿Estudia con el violín de noche? Si hace ruido que molesta a los vecinos, sí procede la denuncia, García.

—Es que ese es el problema, inspector. El chico estudia sus lecciones de día, pero la señora es escort, así que su oficio lo ejerce casi siempre de noche. Cuando le expliqué que no podemos proceder a amonestar a los vecinos porque su hijo toque el violín en su propia casa a media tarde, se enfureció. Y ya ve usted cómo salió.

—Ya comprendo. Bien, continúo. Que tengas un buen día, García.

En su camino hacia el segundo piso donde ya estaban reunidos los demás inspectores, Néstor se encontró con Santiago. Ortiz le ordenó que lo siguiera a su despacho. No le quedó más remedio que enfrentar a su hermano, que no parecía de buen humor.

—¡Vaya, aquí estás! ¡A ti quería verte!

—Buenos días, Santiago. ¿Cómo están Carmela y los chicos? ¿Ya saben lo que quieren para Reyes? —le preguntó con su sonrisa de inocente despistado, la que venía ensayando con Paca en los últimos días y que le había arrancado un "miau" de admiración a la gata. O eso suponía él.

—¡No me líes, Néstor! —gritó Goliat al mismo tiempo que fruncía el ceño. ¡Una imagen aterradora! Era evidente que no estaba dispuesto a dejarse torear—. Carmela y los gemelos están muy bien, pero no es sobre eso que quiero hablarte.

—¿Ah no? ¿Por qué no dejamos la conversación para después? —le sugirió con tono despreocupado—. Tengo que cerrar el caso de los salvajes que agredían mendigos y vengo de la escena de un triple homicidio.

—¡Un triple homicidio? —preguntó el comisario Ortiz, a pesar de que se había jurado a sí mismo que no caería en las triquiñuelas de Néstor—. Me había informado García que habías ido al levantamiento de un accidente de coche.

—Eso quisieron simular, pero todo es una puesta en escena. Estoy seguro.

—¿Qué evidencias tienes? —Quiso saber Santiago, que había aprendido a confiar en el criterio de su inspector jefe.

—Hay varias y muy convincentes. ¿Por qué no me acompañas a la reunión? Es parte de lo que quiero discutir con el equipo.

—Muy bien, deja que termine con el papeleo y… —El comisario se detuvo, enfadándose consigo mismo. Néstor lo había vuelto a hacer—. ¡Ya te he dicho que no me líes! Antes que nada quiero que me expliques por qué desobedeciste mis órdenes.

—¿Te refieres a la prohibición de que actuara como señuelo para atrapar a los asesinos de indigentes?

—A esa misma orden me refiero.

—¿Por qué te quejas? Anoche los atrapamos. ¿No es así?

—Contigo de carnada. Justo lo que te prohibí expresamente hace una semana, antes de ausentarme por el congreso en Madrid. Habíamos acordado que Remigio asumiría ese rol.

—Remigio es un excelente policía y muy experimentado, pero está bajo mis órdenes.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Que no iba a ordenarle a uno de mis hombres, que además es padre de dos chicos, que se arriesgara en una tarea como esa, mientras yo veía los toros desde la barrera. No trabajo así, Santiago. Y tú ya deberías saberlo.

—Néstor. Admiro tu lealtad con tus subalternos, pero te recuerdo que no hace ni seis meses recibiste un balazo que casi te mata y que te hizo perder no solo el bazo, sino también un riñón. ¿Qué habría ocurrido si esos salvajes hubieran conseguido golpearte antes de que aparecieran los refuerzos para detenerlos? Tú eras el que estaba en peores condiciones para resistir un asalto dentro del grupo. Entiendo que quieras proteger a los hombres que se encuentran bajo tus órdenes, pero puesto que tú estás bajo las mías, es mi responsabilidad también protegerte a ti.

—Y supongo que esa protección no tiene nada que ver con el hecho de que soy tu hermano.

—Desde luego que no.

—Escucha, Santiago. Cuando rechacé la plaza en Madrid después del curso de especialización, lo hice bajo la premisa de que nuestro parentesco no iba a influir en mi trabajo policial. De esa puerta para adentro debes olvidarte que soy tu hermano. Por el bien de los dos.

—No te prohibí ser carnada porque fueras mi hermano.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué?

—Ya te lo dije. Porque tu estado físico…

—No sigas por ahí. Mi estado físico es excelente según mi cirujano, que de eso sabe más que tú. Además, lo que estaba planteado no era que recibiera un batazo, ni yo, ni cualquiera que hubiera representado ese papel.

—Algo pudo salir mal.

—Algo siempre puede salir mal, pero tienes que confiar en mí. Yo elaboré el plan. Y lo hice con meticulosidad para reducir las probabilidades de resultar lastimado. Llevaba encima un transmisor. Había acordado una frase para avisar a los demás en qué momento debían aparecer. Estaban a pocos metros, con cobertura visual de todo lo que ocurría y tenían órdenes de intervenir si por cualquier razón yo me demoraba más de un minuto en recitar la frase acordada después que aparecieran los matones. No había mucho margen para la improvisación. Y ya ves que todo salió bien. Comprendo que para ti no sea fácil separar el trabajo del afecto familiar.

Para mí tampoco lo es, aunque no pueda darte ninguna orden porque eres mi superior, pero ambos debemos aprender a mantener el profesionalismo por encima de todo. No solo para poder continuar haciendo bien nuestro trabajo, sino por nuestra propia seguridad.

El comisario Ortiz suspiró, derrotado ante la verborrea de su hermano menor, que siempre había sido el más listo de los dos.

—Ya el comisario Colmenares me había prevenido acerca de tus discursos. Me advirtió que no te dejara comenzarlos, porque siempre salías airoso con ellos. Tú ganas, Néstor. Haré lo posible por mantener separados mis sentimientos de la labor policial, pero tú debes prometerme que cumplirás mis órdenes. No puedo conducir con eficiencia esta comisaría, si mi inspector jefe va por libre.

—Tienes razón. Hecho.

—Remigio ya me notificó sobre los detalles del operativo. Le ordené que interrogara a los detenidos, Ya me entregó los informes y enviaran las pruebas al juzgado. Así que el caso de los asesinatos de indigentes ya está cerrado.

—¿A qué conclusión llegó?

—Por suerte, nuestros temores acerca de una organización extremista detrás de estas muertes era infundada. Los tres imbéciles actuaron por su cuenta.

—¿Por qué lo hicieron?

—Pues según declararon, la chica del líder fue asaltada por un mendigo hace algunas semanas. Le arrebató la cartera. El tío se erigió en vengador, se reunió con los otros dos cretinos y decidieron darle una lección. Se les pasó la mano y lo que pretendían fuera un susto terminó en asesinato. A uno de ellos se le ocurrió filmarlo con el móvil. Pese a que su intención no había sido matar al indigente, o eso dicen…

—No lo creo.

—Yo tampoco, pero el caso es que se envalentonaron. Se sintieron héroes, así que subieron la macabra filmación a las redes sociales.

—¡No me jodas!

—Es en serio. Ya avisamos a Toni, el experto en informática de la Jefatura Superior para que encuentre los vídeos, que servirán para engrosar el expediente del fiscal. El caso es que según dicen estos tres gilipollas, su popularidad subió como la espuma.

—¡Espera! ¿Me estás diciendo que los malparidos quemaron vivos a dos seres humanos para aumentar su popularidad en las redes sociales?

—Al menos lo hicieron con el segundo. Y hubieran ido a por el tercero de no habernos cruzado en su camino.

Salazar parpadeó, mientras trataba de asimilar la idea. Hubiera esperado que fueran fanáticos de algún movimiento político, o religioso, con el cerebro lavado y muy poco criterio pero, ¿esto?

—¿En qué clase de mundo vivimos, Santiago?

—No lo sé, Néstor, pero cada vez que pienso que es el mundo en el que deben crecer mis hijos, se me pone la piel de gallina. Ahora, subamos para que nos hables de ese triple homicidio. Y después te irás a casa para que puedas quitarte esa barba, que ya me da grima verte.

Néstor sonrió, porque de alguna manera, esas palabras le recordaron a su padre.

Capítulo 3.

Todos los investigadores adscritos a la comisaría de "San Miguel" ocupaban sus escritorios en la sala común. Alzaron las cabezas en cuanto el comisario y el inspector jefe cruzaron el umbral. Respondieron al saludo de Ortiz a coro.

—Quiero felicitaros por el buen trabajo que habéis realizado en el caso de los indigentes.

—Gracias, señor —respondió Remigio.

Los policías se mantuvieron a la expectativa. Ya Sofía les había comentado acerca de las sospechas de Salazar sobre el supuesto accidente, así que intuían más trabajo.

—Miguel. ¿Cómo va el caso de la estafa al seguro? —preguntó el comisario.

—Ya está casi cerrado, señor. Los detenidos durmieron anoche en las celdas de arriba y en unos minutos Manuel se reunirá con el fiscal para llevarle las fotografías que prueban que los supuestos "heridos", en realidad están más sanos que cualquiera de nosotros.

—De acuerdo. Entregadme el informe en cuanto podáis. Ahora vamos a escuchar al inspector jefe, que sospecha que el accidente por el que recibimos aviso esta mañana no es tal, sino un triple homicidio.

—Ya Sofía nos comentó algo al respecto —confesó Remigio—, pero no pudo decirnos en qué te basas.

—De acuerdo —tomó la palabra Néstor—. Todavía no dispongo de las fotografías, o de los informes de las autopsias para mostrároslo, así que tendréis que fiaros de mi palabra.

—Pues dispara.

—El siniestro ocurrió cerca de Villalba de Rioja, en plena montaña. El coche se desplazaba por una carretera rural, no giró en la curva y se despeñó…

—Espera —lo interrumpió Miguel—. Querrás decir que perdió el control del vehículo y se salió de la carretera.

—No. Ese es el primer detalle que se hace sospechoso —explicó Salazar, mientras cogía un marcador para acercarse a la pizarra donde solían discutir los casos—. Según la DGT, el conductor se desplazaba a gran

velocidad en una vía sin iluminación, lo sorprendió la curva y siguió de largo.

—¿Por qué llegaron a esa conclusión?

—Porque no hay indicios de frenado en la carretera. Sin embargo, yo no estoy de acuerdo.

—¿Crees que les sabotearon los frenos? —Quiso saber Remigio.

—Aún no lo sé, pero lo que puedo deciros es que el vehículo se deslizó por la ladera, lo que me hace pensar que no venía a demasiada velocidad, con lo cual debería haber tenido tiempo de detenerse antes de caer al precipicio.

—A menos que no le funcionaran los frenos —insistió Toro.

—Eso tendrá que determinarlo la experticia del coche. En cualquier caso, lo que puedo asegurar es que los agentes de la DGT tampoco estaban muy convencidos de sus propias conclusiones.

—¿Hay algo más que te haga pensar en homicidio? —preguntó Ortiz.

—La vestimenta de las víctimas, pero en especial, su calzado.

—¿Quieres explicarte para que los simples mortales nos enteremos? —le pidió Miguel con sorna.

—De acuerdo: Los tres calzaban zapatos de deporte nuevos.

—¿Y eso qué tiene de extraño? —preguntó Manuel—. Tal vez fueron de compras el día anterior.

—Me refiero a que eran completamente nuevos. Las suelas estaban intactas. Libres de cualquier rastro de polvo. Y eso sí es extraño. Aunque estrenes un par de zapatos y luego te subas al coche, debes caminar con ellos aunque sea una corta distancia, pero en este caso las suelas, blancas para más señas, estaban impolutas.

—Hay que pedir un análisis de esas suelas para comprobar que tu apreciación es correcta —señaló el comisario.

—Ya lo hice. Hablé con los chicos de la científica con respecto a ello. Pero hay más.

—Te escuchamos —dijo Sofía, que no había perdido palabra y se sentía un poco avergonzada, porque habiendo estado presente en la misma escena, a ella se le habían pasado por alto todos esos detalles. Diji también se mantenía atento y de vez en cuando tomaba nota con su pulcra caligrafía.

—Los nudos —continuó el inspector jefe—. Debemos averiguar la lateralidad de las víctimas, pero las lazadas de los zapatos estaban al revés.

Lo mismo puede decirse de la blusa de la mujer, cuyos extremos estaban anudados a la cintura, pero invertidos.

—¿Quieres explicarte mejor? —intervino Remigio.

—Vamos a suponer que eres derecho y te atas los zapatos con una lazada: haces un nudo de base pasando el extremo derecho del lazo por debajo del izquierdo, luego doblas el extremo izquierdo y lo rodeas con el derecho para hacer la lazada. ¿Me seguís?

—Perfectamente, señor —afirmó Diji por todos los demás.

—Bien, pues en este caso se hizo al revés. Donde debió usarse el extremo derecho se usó el izquierdo y viceversa.

—Eso podría explicarse si las víctimas fueran zurdas —apuntó Remigio.

—Por eso hice la salvedad acerca de averiguar la lateralidad de las víctimas, pero para ser sincero se me hace difícil creer que los tres fueran zurdos. No es imposible, lo admito, pero convendréis conmigo en que es poco probable y si a eso le sumamos las dudas sobre la forma en que cayó el coche…

—¿Pero qué tiene que ver cómo se anudaron las trenzas de los zapatos, o que fueran zurdos, o derechos, con el hecho de que se trate de un triple homicidio? —preguntó Manuel, que se había perdido durante la explicación de las lazadas.

—Si las víctimas no eran zurdas, la única explicación posible de que los nudos se hayan hecho de esa forma es que un tercero les pusiera los zapatos —explicó Néstor—. Y en estas circunstancias implicaría que los vistieron después de muertos.

—Y que el susodicho accidente es solo un montaje —concluyó Remigio.

Salazar lo señaló con el marcador en la mano, mientras hacía un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Exacto —aprobó.

—Muy bien, señores. Hasta que se demuestre lo contrario estamos frente a un triple homicidio —sentenció el comisario—. Además, uno muy cruel, pues fue perpetrado contra una familia, e incluye a un niño. ¿Qué edad tenía el chaval?

—Yo le calcularía unos diez años —respondió Sofía.

—De acuerdo. ¿Sabemos algo de las víctimas?

—Ese es otro detalle sospechoso —apuntó Salazar—. Con excepción de un carné de biblioteca en uno de los bolsillos de la mujer, no llevaban encima ningún tipo de identificación. Ni D.N.I., ni licencia de conducir. Nada.

—¿Qué datos podemos obtener del carné? —preguntó Miguel Pedrera.

—No incluye fotografía, por lo que no podemos estar seguros de que pertenezca a la occisa. Solo nos proporciona un nombre y una dirección.

—¿Por qué tienes dudas de que se trate de ella? —preguntó Sofía—. ¿De quién más podría ser?

—El único indicio de que ese carné le pertenezca a la víctima es que se encontraba en su bolsillo —argumentó Néstor—, pero al igual que alguien más la vistió y la calzó, también pudieron poner el documento en su ropa para hacernos seguir una pista falsa.

—Tienes razón —opinó Remigio—. Aunque de todas formas tendremos que investigarlo.

—De acuerdo, encargaos tú y Diji del carné —ordenó Salazar—. Miguel. Tú ocúpate de la ropa y calzado de las víctimas. A ver si se comprueban nuestras hipótesis, o estamos viendo fantasmas. Manuel, por favor habla con los peritos que examinan el coche y con los agentes de la DGT. A ver si aclaramos cómo ocurrió el "accidente". Sofía y yo iremos a la morgue. Quiero estar presente en las autopsias de las víctimas. ¿Alguna duda?

—¿Cuándo te vas a quitar esa barba? —le preguntó Remigio—. Ya me está dando grima.

—Tendrás que esperar a que volvamos de la autopsia. No pretenderás que exponga mis poros abiertos a las malévolas bacterias de una morgue.

El desayuno de Néstor y Sofía se redujo a un café tomado deprisa en la barra de un bar cercano al hospital. Aunque ambos eran policías acostumbrados al procedimiento forense, no les apetecía comer antes de entrar a la morgue, porque Salazar iba decidido a convencer al forense de llevar a cabo las autopsias de las víctimas del "accidente" esa misma mañana.

Cuando Javier los vio entrar en sus predios, suspiró. Por la expresión del inspector comprendió que no le valdrían de nada sus argumentos acerca del exceso de trabajo. Entrar en una discusión con Néstor era un ejercicio tan inútil, como agotador. El tío sacaba argumentos irrefutables de donde no

los había. Como abogado hubiera sido temible, como policía resultaba insufrible, aunque Molina reconocía que en caso de necesitar un investigador, no hubiera escogido a otro que a su extravagante amigo.

—¿Ya vienes a tocarme las narices, Néstor? —Fue su saludo de recibimiento—. Hola Sofía.

—Hola —contestó la subinspectora.

—Yo también me alegro de verte —respondió el inspector sin inmutarse—. Habrás adivinado qué nos trae por aquí.

—Quieres meterme prisa para que lleve a cabo las necropsias de las víctimas del accidente.

—Esas vitaminas que te estás tomando recientemente te están haciendo mucho bien.

—Esta vez no te saldrás con la tuya, Néstor. Hay dos autopsias cuyos resultados esperan desde ayer tus colegas de la Jefatura Superior —protestó Javier, aunque en el fondo sabía que no le serviría de nada. Pero tampoco era cuestión de servírselo en bandeja a Salazar. Que sudara un poco—. Dime ¿por qué debería darle prioridad a tu caso?

—¿Por mi personalidad arrolladora?

Molina puso los ojos en blanco.

—No cuela.

—¿Porque soy un pesado que no dejará de darte la lata hasta que me salga con la mía?

—Eso tiene más sentido.

—Tengo una mejor: Porque sospecho que el accidente no es tal, lo que significa que tenemos un asesino, o varios, capaces de aniquilar a una familia, incluyendo al niño. Porque si estoy en lo cierto el crimen podría repetirse y en ese caso, si te has negado a apresurarte con las autopsias solo para darme una lección, te vas a sentir fatal por la culpa durante bastante tiempo.

—Yo…Eh… ¡Mierda! Tú ganas. Le diré a mi ayudante que vaya preparando los cuerpos. Supongo que querréis presenciarlas.

—Para eso estamos aquí.

Refunfuñando, Molina dio las instrucciones para que hicieran los preparativos pertinentes. El forense y los dos policías cubrieron sus ropas con monos de papel. Néstor tuvo que dejar su gabardina en los vestidores, que era lo que más lamentaba cuando presenciaba una autopsia. Por razones evidentes, en la morgue siempre hacía frío, tanto en invierno, como en

verano, pero en invierno molestaba más. Y aunque todavía faltaban algunos días para que terminara el otoño, el frío no se había hecho esperar.

Javier decidió comenzar por el niño. Si la disección de un cadáver resultaba desagradable, cuando se trataba del cuerpo de un niño hacía falta mucha sangre fría, o haber encallecido lo suficiente para que no saltaran todas las alarmas emocionales. Molina era un forense experimentado. Salazar un policía curtido, pero para Sofía el trago resultaba demasiado amargo.

Molina comenzó su trabajo por el examen superficial del cuerpo.

—No hay heridas defensivas —apuntó Salazar, ganándose una mirada de reproche del forense.

—No las hay.

—¿Podrías tomar muestras debajo de las uñas?

—De acuerdo, lo haré porque es parte del procedimiento.

La autopsia del chico no llevó demasiado tiempo. El muchacho tenía el peso y la estatura normales para un niño de aproximadamente diez años, no sufrió golpes, ni encontraron evidencia de maltrato. La causa de la muerte había sido fractura de las cervicales.

—¿Consideras que es una lesión posible en un accidente de este tipo? —preguntó Néstor.

—Por supuesto. El chico murió en forma instantánea en los primeros momentos. Lo más probable es que ni siquiera se haya dado cuenta de lo que ocurría.

—¿Entonces no hay nada que te parezca fuera de lugar?

—Solo un detalle.

—¿Cuál?

—No lo noté en la escena del accidente porque estaba vestido y con los zapatos puestos, pero…

—¿Qué?

—Las livideces. No me lo explico. Están en los pies. Si iba en el coche debió estar sentado, por lo cual deberían ser visibles en los glúteos y los muslos, pero no es el caso.

—Murió de pie.

—Así es.

—Después de matarlo, lo metieron en el coche —concluyó Néstor.

—Es una posibilidad.

A partir de aquel descubrimiento, Javier realizó las autopsias de los adultos con mayor interés. Ahora la probabilidad de un triple homicidio no era solo una ocurrencia del quisquilloso Salazar. Continuaron con la disección del hombre:

—¿En qué posición murió? —Quiso saber Sofía.

—En decúbito. Acostado —aclaró el forense.

—¿Qué son estas marcas? —preguntó Néstor, señalando algunas heridas que el occiso tenía en las extremidades.

—Mordeduras. Para ser más concreto, de perro —ante la expresión de sorpresa de los policías, Javier se extendió en sus explicaciones—. Como podéis ver, hay una mordedura en el tobillo derecho. Fue causada por un perro de gran tamaño. Luego tiene varias en los brazos.

—¿Estaba vivo cuando las recibió?

—Hay evidencias de inflamación alrededor de las marcas de los colmillos, pero el proceso de cicatrización no avanzó mucho, lo cual significa que el animal lo atacó minutos antes de su muerte.

—Una buena razón para que no fuera él quien condujera el coche —señaló Néstor. Sofía lo miró, preguntándose qué más estaría pasando por la cabeza de su jefe.

—El occiso tenía buena salud. No hay evidencias de ninguna enfermedad. Sin embargo tiene múltiples golpes, hematomas y algunas fracturas: costillas, cúbito y radio del antebrazo derecho y en los huesos de la cara. Para ser más preciso, tiene fracturado el maxilar superior.

—Eso explica la deformación del rostro —apuntó Néstor.

—Sí.

—¿Son posibles este tipo de lesiones en un accidente así?

—Sí. Con excepción de las mordeduras, por supuesto.

—Y de las livideces —recalcó Salazar—. Si iba conduciendo, no podría haber muerto acostado.

—A menos que las sacudidas del coche lo hubieran sacado del asiento —argumentó el forense—. Podría haber terminado acostado de cualquier manera y muerto en esa posición.

—¿Estabas presente cuando sacaron los cuerpos del coche?

—No. Tardé un poco en encontrar el lugar del accidente, así que ya había llegado el juez y el fotógrafo había comenzado su trabajo, por lo que ya los cuerpos estaban sobre el terreno cuando por fin arribé.

—De acuerdo. Yo hablé con científica y con los agentes de la DGT. Ambos adultos llevaban puestos los cinturones de seguridad. El niño estaba en el asiento de atrás y a diferencia de sus "padres", no lo usaba.

—Pero si todo fue un montaje, como sospechas. ¿Por qué molestarse en ponerles cinturones de seguridad a los cuerpos? —preguntó Javier—. ¿No sería más creíble que hubieran muerto si no los usaban?

—Si ya eran cadáveres no sería fácil manejarlos, o conseguir que se mantuvieran en una posición apropiada sin ninguna sujeción. Los cinturones ayudaron a configurar la escena. ¿Cuál fue la causa de la muerte?

—"Traumatismo cráneoencefálico" —respondió Molina sin dudar—. Los golpes en la cara que le fracturaron los huesos, también lo mataron, pues le ocasionaron un hematoma cerebral.

Una vez concluida la autopsia del hombre, pasaron a la de la mujer:

—Al igual que el cuerpo anterior, también se trata de una persona sana. Tiene múltiples hematomas y fracturas —explicó el forense—. Sin embargo, no hay mordeduras de ningún tipo.

—¿En qué posición murió?

—Decúbito, al igual que el hombre.

—De acuerdo. ¿Alguna marca de defensa?

—Ninguna.

—¿Causa de la muerte?

—Fractura de cráneo. Recibió un golpe en la zona occipital, en la parte posterior de la cabeza, que resultó mortal.

—Gracias, Javier. Has despejado muchas de nuestras dudas y al hacer tan pronto las autopsias has comenzado la cacería de un asesino brutal.

—Te haré llegar los informes lo antes posible —respondió el forense, reconfortado por el halago.

Capítulo 4.

Cuando salieron de la morgue ya eran casi las tres de la tarde. Ni siquiera se habían dado cuenta del paso del tiempo, absortos como estaban en los descubrimientos forenses. Aunque por razones evidentes no tenían mucho apetito, decidieron picar algo en el bar de Gyula antes de regresar a la comisaría. Néstor se preguntó si debería prevenir a Sofía. Luego decidió dejar que las cosas siguieran su propio ritmo.

Cuando entraron los recibió el camarero y los condujo hasta la mesa favorita de Salazar, al fondo, desde donde podía ver la puerta, pero a él no sería fácil localizarlo. El empleado anotó las órdenes y se retiró detrás de la barra. El inspector preguntó por Gyula, a lo que el joven respondió que había salido en busca de víveres. Mientras el tabernero preparaba los pinchos de tortilla, el vaso de vino para Sofía y el de sidra para Néstor, a su lado apareció una mujer que salió de la cocina. Era un poco curvilínea y con rostro redondeado de facciones delicadas. Usaba una trenza para dominar una melena negra como el ala de un cuervo. El vestido de fino estampado lo cubría un delantal que ya Sofía le había visto a Gyula.

En cuanto se acercó al camarero habló en voz baja con él y ante su respuesta levantó la vista en dirección a la mesa donde esperaban los dos policías. Su rostro se iluminó y salió desde detrás de la barra para acercarse a ellos. Néstor pareció inquietarse un poco. Sofía se preguntó quién sería la nueva empleada.

—¡Virgen del Amor Hermoso! ¡Pero si es Néstor, "el Gato"! —expresó la mujer con marcado acento andaluz cuando llegó junto a la mesa —. ¿Qué haces aquí a esta hora, "mi alma"? ¿Y quién es esta gachí tan lucida que has traído contigo?

—Hola Dika —respondió el inspector, con evidente timidez. Era la primera vez que Sofía lo veía tan cohibido, lo que causó su sorpresa—. Te presento a Sofía, mi compañera. Sofía, ella es Dika. Ahora trabaja con Gyula, es… —Se quedó en suspenso, como si tratara de recordar.

—Soy la sobrina política de la prima tercera por parte de madre de Gyula —acudió Dika en su rescate—. Pues ya ves, que no tenía trabajo porque mi patrón anterior, malhaya sea su estampa, hizo reducción de personal y me despidió porque dizque yo hablaba mucho y me entrometía en todo. Yo, que soy la estampa de la prudencia y el respeto. Claro, que de

vez en cuando una, que es buena cristiana y devota de "María Santísima de las Angustias", se preocupa por el prójimo y quiere ayudar, pero de ahí a decir que una es entrometida y cotilla hay un abismo. Y dime criatura, ¿tú estás casada? Porque una moza como tú debe tener más de un gachó que se muere por sus huesos.

—Yo… Eh… —atinó a decir Sofía.

—Aunque claro, con semejante compañero al lado no tendrás ojos para ningún otro. Eso sí, esa barba deberías quitártela cuanto antes, porque ya da grima. Pero tú escúchame lo que te digo, gachí —continuó sin pausa, dirigiéndose a Sofía—. Porque yo que te digo, que si no le hubiera puesto ya los ojos a mi Gyula, este no se me escapaba, que aunque se ve así, todo destartalado con ese gabán que parece que le hubiera tocado en una feria, ahí donde lo ves, bien peinado y "acomodaillo", el chico tiene buena planta. ¿A que sí? Que sí, que sí, que ya veo que te hace tilín…

Sofía permanecía con la boca entreabierta tratando inútilmente de meter baza para cortar la verborrea de la joven, mientras Salazar parecía cada vez más encogido en su asiento. En ese momento llegó el camarero con las tortillas y los vasos.

—Gracias —dijo Néstor, contento de tener una excusa para interrumpir a Dika.

—¡Hala! ¡Pues os dejo comer! Que no se diga que la Dika es parlanchina, ni entrometida. Un placer conocerte, Sofía y ten en cuenta lo que te dije. Que como "el Gato", aquí presente, no encontrarás a otro tan bien dispuesto y apañado. ¡Y cómo toca la guitarra, mi alma! ¡Como los ángeles! ¿Lo has oído? —Sofía atinó a asentir—. Claro, pero tonta de mí. ¿Cómo no lo vas a oír? Si hasta te habrá dedicado alguna canción. Si es que también te mira con un brillo en los ojos que… ¿Le has dedicado alguna canción, Néstor?

—Eh… Pues en realidad, no.

—¡Cómo qué no? Pero, ¿tú que estás esperando, gachó, si entre vosotros saltan chispas? A ver si me vas a salir apocado. ¡Qué no, hombre, que no! Que en asuntos del amor hay que coger al toro por los cuernos. Y si no, mírame a mí. Menos de dos semanas en la Tierra del Vino y ya tengo al Gyula en el bote. ¿A que sí?

Salazar movió la cabeza y los hombros en gesto de conformidad. Dika se dio por satisfecha.

—Pues os dejo, que la conversación está muy amena, pero yo tengo curro en la cocina y a vosotros se os va a enfriar la tortilla. Gusto en conocerte Sofía y no dejes de pasar esta noche, Néstor. Te esperamos con la guitarra a punto.

Los dos policías se quedaron inmóviles mientras la mujer regresaba detrás de la barra y a sus tareas. Cuando la perdieron de vista parecieron relajarse.

—Gyula no tuvo oportunidad, ¿verdad? —preguntó Sofía.

—Ninguna. Lo perdimos —Fue la respuesta de Salazar.

Mientras comían, cada uno hizo lo posible por obviar el discurso de Dika, como si nunca lo hubieran escuchado. Al terminar volvieron andando hasta la comisaría. Solo Miguel había regresado de su encargo. Néstor preguntó por el comisario y Lali le informó que había salido para recoger a los gemelos de la escuela y llevarlos a casa. Desde el secuestro de Lucas unos meses atrás, su hermano había estrechado el cerco de seguridad sobre su familia.

Salazar y Garay subieron al segundo piso, donde Pedrera los recibió con su actitud chulesca de siempre.

—¡Vaya! Pero si aquí está el "Dúo Dinámico". ¡Qué! ¿Ya habéis atrapado a los malos?

—Menos cachondeo, Pedrera. ¿Qué has averiguado de la ropa y el calzado?

—Vosotros primero. ¿Qué pasó con las autopsias?

—Es largo, así que esperaremos que vengan los demás para no tener que repetirlo. De momento, lo más importante es que confirmamos que se trata de un triple homicidio y no de un accidente.

—De acuerdo, pero entonces yo también esperaré a que todos lleguen para informar. Tampoco me gusta repetirme.

—No me jodas. Habla de una vez.

—¿Por qué tengo que presentar el informe yo, mientras tú puedes esperar?

—Porque soy tu jefe. ¿Te sirve?

—De acuerdo —Se rindió Miguel, mientras soltaba un suspiro—. Tenías razón: no encontraron ni una mota de polvo en los zapatos. Eran nuevos, de caja, y en ningún momento pisaron el suelo.

—Los compraron de su talla y se los pusieron. ¿Qué hay de las ropas?

—Nuevas también.

—Eso comprueba que toda la escena fue un montaje y abre un nuevo interrogante.

—¿Cuál? —Quiso saber Pedrera.

—Si el asesino se vio en la obligación de comprar ropa y calzado para vestir a las víctimas después de matarlas…

—Es porque cuando las asesinó estaban desnudas —Completó la frase Miguel.

—O las ropas que usaban podrían acercarnos al culpable —sugirió Salazar.

Al cabo de una hora ya había llegado el resto del equipo. Salazar avisó a Lali para que le informara a Santiago que iba a comenzar la reunión. Cuando ya todos se encontraban presentes en la sala común, Néstor les informó acerca de las autopsias y Pedrera sobre la ropa y zapatos de las víctimas.

—Esto confirma tus sospechas, Néstor —afirmó Ortiz—. Se trata de un triple homicidio que han querido hacer pasar por accidente. ¿Se tomaron muestras para toxicología durante las autopsias?

—Por supuesto. Molina nos hará llegar los resultados en cuanto los reciba.

—De acuerdo. Manuel. ¿Averiguaste algo?

—Después de llevar al juzgado los informes para cerrar el caso de la estafa, me fui a la DGT y hablé con los agentes que hicieron el levantamiento del accidente. Fueron los primeros en llegar a la escena y realizaron las indagaciones iniciales sobre el terreno —el subinspector sacó fotografías de un sobre de manila que había sobre su escritorio. Comenzó a repartirlas entre sus colegas—. Como se puede ver con claridad, la vegetación de la ladera fue arrasada cuando el coche se deslizó por ella, lo cual no se explican, pues para haberse salido en esa curva debían haberla alcanzado con cierta velocidad, con lo cual en lugar de deslizarse tendrían que haber "volado" unos metros antes de caer.

—¿Cómo se lo explican ellos? —preguntó Néstor.

—Después de discutirlo con sus superiores corrigieron su primera apreciación. Ahora consideran posible que el coche se desplazara a baja velocidad y el conductor se encontrara bajo los efectos de alguna sustancia tóxica, lo cual le hubiera impedido reaccionar a tiempo. La falla de los frenos sería otra explicación que encuentran aún más plausible.

—¿Por qué? —Quiso saber Remigio.

—Porque el asiento de acompañante estaba ocupado por una persona adulta, se presume que la esposa. Creen que en caso de que las condiciones físicas del conductor no fueran las más apropiadas, hubiera sido lógico que condujera ella, o en todo caso que se negara a que él lo hiciera, en especial con el hijo de ambos en la parte trasera del coche.

—Sin importar si estuviera o no bajo el efecto de sustancias tóxicas, el hombre no estaba en condiciones para conducir —intervino Salazar—. Recordad que tenía heridas en los antebrazos y el tobillo que en ese momento debían estar sangrando. ¿Quién da un paseo en coche por carreteras rurales de montaña a esa hora de la noche, mientras sangra por heridas abiertas de mordedura de perro? No tiene sentido, a menos que…

—Huyeran de algo, o de alguien —apuntó Diji, completando la idea.

—Ese es mi punto —respaldó Néstor, acompañando sus palabras con un asentimiento de cabeza.

—¿Determinaron a nombre de quién está el coche?

—Se encuentra registrado como propiedad de Vicente Avana, de profesión enólogo.

—¿Residente de Haro?

—Sí.

—¿Hay algún alerta de robo sobre el vehículo?

—No.

—En ese caso deberíamos tratar de localizar al señor Avana y conversar con él, si no se trata de nuestra víctima.

—De acuerdo —intervino el comisario—, entonces la DGT confirma que el coche, que no ha sido reportado como robado, se desplazaba a poca velocidad, que hubo un factor de perturbación que pudo influir sobre el automóvil, o sobre el conductor que hizo que no pudiera mantener el control del vehículo en la curva y a causa de esto se desplazó por la ladera. ¿Es correcto?

—Es la conclusión de la DGT, señor —confirmó Manuel—, pero al salir de allí fui a hablar con los peritos que están encargados de la experticia del coche. Lo más importante es que no hubo sabotaje de los frenos. Funcionaban a la perfección. El otro dato interesante es que el automóvil presenta rayones y hendiduras en puertas y capó, pero no en el techo. El daño más notorio lo recibió en el frente, cuando golpeó contra el árbol que lo detuvo, pero no hay evidencias de que volcara en ningún momento.

—¿Adónde quieres llegar? —Lo interrumpió Remigio.

—Que según ellos, el impacto no explicaría la muerte de sus tres ocupantes. Es más, ni siquiera hizo que abriera el airbag. Un accidente así debió causar heridas, tal vez la muerte de uno de los pasajeros, en este caso del niño porque no llevaba puesto el cinturón de seguridad, pero no creen que fuera suficiente para que terminara con tres decesos.

Néstor permanecía en silencio, asimilando todo lo que escuchaba y dándole vueltas a la cabeza. Después de ver las fotografías de la DGT y escuchar a Manuel tomó la palabra:

—De manera que tenemos un coche con una "familia" ataviada con ropa y calzado completamente nuevos, que se desplaza por una carretera rural en plena noche y en una curva, por alguna razón que desconocemos sigue de largo, el automóvil se desliza ladera abajo por el despeñadero pero sin volcar, hasta que golpea un árbol que lo detiene. El impacto no es lo suficientemente fuerte como para que accione el airbag, pero sí para acabar con la vida de sus tres ocupantes. No me lo trago.

—Tal vez el airbag no abrió porque estaba averiado —sugirió Sofía.

—Es una posibilidad —reconoció Salazar—. ¿Te dijeron algo al respecto los peritos?

—No, pero puedo llamarlos para que hagan esa comprobación.

—Hazlo —ordenó el inspector jefe. Manuel descolgó su teléfono para obedecer—. Remigio, Diji, ¿el carné os ha permitido encontrar alguna información sobre las víctimas?

—Tenemos información, pero no estoy seguro de que aclare algo —reconoció Toro.

—Explícate.

—Veamos, visitamos la Biblioteca Municipal de Haro, que fue la que emitió el carné. La bibliotecaria de turno, Susana Márquez, fue muy colaboradora. Identificó al instante el nombre de la usuaria. Nos contó que se trata de una mujer de treinta y pocos años, una persona muy reservada que acudía al menos una vez por semana, se llevaba algún libro en préstamo y devolvía el de la semana anterior.

—¿Retiraba y devolvía? ¿Ya no lo hace? —Quiso saber Sofía.

—Ese es el detalle. Hace más de dos años dejó de acudir. No devolvió el último libro que pidió prestado, lo cual inquieta a la encargada porque afirma que se trataba de una persona muy responsable. La bibliotecaria concluyó que debió marcharse de Haro, pero le parece extraño que se

quedara con el libro. Aunque ocurre con frecuencia, no lo esperaba de esta usuaria en particular.

—¿Os dijo sobre qué trataba el libro? —lo interrogó Salazar

—Autoayuda. Algo sobre el manejo de emociones y mejorar relaciones interpersonales.

—Interesante —reconoció Néstor—. ¿Os dio alguna información adicional sobre la señora Vilaró?

—Nos refirió que aunque Ágata Vilaró era muy reservada, gracias a su asiduidad y el interés por la lectura que ambas compartían mantuvieron una relación superficial, aunque no llegaron a ser amigas. Por lo general las conversaciones versaban sobre los libros, pero llegó a saber que era casada y tenía dos hijos.

—Espera, ¿dos hijos? ¿Dónde está el otro chico, entonces? —preguntó Sofía. Remigio se encogió de hombros.

—¿En qué estás pensando, Néstor? —preguntó el comisario, al ver que su hermano permanecía en silencio.

—En Ágata y el chico desaparecido. Creo que lo primero que debemos hacer es comprobar que la señora Vilaró y la mujer del accidente son la misma persona.

—Encontraron el carné en el bolsillo de su pantalón. ¿Por qué estaría allí si no era ella? —argumentó Pedrera.

—Quienes prepararon el accidente pudieron colocarlo allí para confundirnos. O quizá la ropa pertenecía a Ágata y el carné quedó en el bolsillo del vaquero sin que nadie lo detectara. Podría daros media docena de circunstancias que lo explicaran. Creo que debemos despejar la duda acerca de la identidad de las víctimas lo antes posible. Remigio, tú y Diji regresad a la biblioteca, esta vez con una fotografía de la mujer accidentada. A ver si la encargada la reconoce. Miguel, pídele a la DGT la dirección del dueño del coche. Sofía y yo le haremos una visita.

Antes de que los investigadores pudieran cumplir sus órdenes, Manuel colgó, después de darle las gracias a su interlocutor.

—Los expertos hicieron una revisión del airbag. Funcionaba a la perfección.

Capítulo 5.

Néstor se contuvo para no rascarse la barba. ¡Cómo picaba y que ganas tenía de rasurarse!, pero de momento no tenía otra alternativa que soportarla. Sofía, desde el asiento del conductor del Corsa lo miró de reojo.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Llevas una semana durmiendo en la calle por el asunto de los indigentes. Debes estar derrengado.

—Tanto, que tengo fantasías con mi cama —se cortó en cuanto escuchó sus propias palabras—. No me malentiendas… Me refiero en un sentido absolutamente casto… Quiero decir…

—Ya, capté la idea. En otras palabras, que sueñas despierto con poder dormir en tu propia cama.

—Yo no podría haberlo descrito mejor —respondió aliviado, pues por un momento temió que su compañera interpretara sus palabras como una insinuación. Y sabía lo susceptible que era Sofía al respecto.

—Ya llegamos —anunció la subinspectora.

Aparcaron en la Plaza de la Paz y caminaron unos metros hasta la calle "Arrabal". Se acercaron al portal, ubicado junto a una tienda de ultramarinos. El apartamento señalado en la dirección estaba en el primer piso. Llamaron al número doce desde el portero electrónico y les respondió la voz rasposa de un hombre. Cuando se identificaron como policías, les abrió sin pedir mayores explicaciones.

Subieron por las escaleras y se encontraron en un rellano que daba acceso a dos pisos. Un hombre mayor los esperaba en el número doce, con la puerta abierta. Era evidente que se trataba de un jubilado. Usaba pantalón de lana, camisa abrochada hasta el cuello y un pullover de casimir tejido a mano. Los miró con sorpresa. Era seguro que lo último que esperaba era a la Policía llamando a su puerta. Y mucho menos una pareja de oficiales con semejante aspecto: uno con apariencia de mendigo, a quien de haberse cruzado con él en la calle le hubiera dado una limosna antes de que se la pidiera. La otra era una mujer con una planta como no la había visto sino por la tele, o en las fotos de las revistas.

—¿Oficiales? —les preguntó. Ellos asintieron. Por sorprendente que resultara, sí eran los policías que habían llamado por el telefonillo unos

segundos antes—. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Vive usted en ese piso? ¿En el número doce? —preguntó el hombre del gabán.

—Sí, señor.

—Soy el inspector Salazar y mi compañera es la subinspectora Garay —le dijo, mientras le mostraba una identificación. ¡Pues sí que era policía! ¡Increíble!—. ¿Podríamos pasar? Necesitamos hacerle algunas preguntas.

Con cierta reticencia, el jubilado los dejó entrar, no sin antes hacer algunos gestos hacia el interior del piso. Cuando Néstor cruzó el umbral, pudo detectar el movimiento apresurado de otros tres jubilados que se encontraban alrededor de la mesa del comedor. Dos de ellos estaban sentados y retiraban con prisa algo de la tabla, mientras el tercero, que evidentemente regresaba con premura, vaciaba un paquete sobre la superficie, para ocupar el vacío que habían dejado los otros dos. Néstor se dio cuenta de que eran garbanzos. Por lo visto, él y Sofía habían interrumpido una timba. En el suelo alcanzó a ver dos billetes de cinco euros que habían escapado de las artríticas manos de los jugadores. Salazar sonrió y simuló no darse cuenta.

Después de saludar a la concurrencia con un escueto "Buenas tardes", le preguntó al dueño de casa si podían hablar en un lugar más privado. El hombre que les abrió la puerta pareció aliviado. Complacer al policía le permitía alejarlo de la mesa de juegos, así que los condujo hasta una habitación vecina que cumplía funciones de salón.

Una vez sentados en cómodos sofás y después de rechazar con amabilidad la oferta de café, o un refresco, entraron en materia.

—Debo reconocer que su visita me sorprende bastante. ¿En qué puedo ayudarlos, inspector…?

—Salazar. En primer lugar, quisiera saber si es usted Vicente Avana.

—Creo que debe haber un error inspector. Mi nombre es Virgilio Peña.

—¿No es usted el dueño de un Opel Astra verde, del año 2012?

—No, como le digo, creo que alguien cometió un error. No conduzco desde hace casi diez años. Debido a las medicinas que debo tomar, mi médico me lo ha prohibido. Ni siquiera renové la licencia.

—Comprendo. ¿Conoce usted al señor Vicente Avana?

—Es la primera vez que escucho ese nombre. ¿Por qué cree que debería conocerlo?

—Tengo aquí unas fotos. Son las víctimas de un accidente. ¿Le importaría verlas para comprobar si puede identificar a alguno de ellos? —le pidió el inspector.

—Sí, claro —aceptó Virgilio, aunque con cierto temor. Salazar sacó las fotografías de las tres víctimas y Peña las miró con cuidado mientras negaba con la cabeza.

—No conozco a ninguno, inspector. No puedo ayudarlo.

—Esta mañana hicimos el levantamiento del accidente en el que estas tres personas fallecieron. El coche que estuvo involucrado fue el Opel al que hice referencia. El registro de propiedad se encuentra a nombre de Avana y la dirección es la de este piso.

—Pues no sé qué decirle. Vivo aquí desde hace tres años y nunca había escuchado ese nombre. No conozco a esas personas, ni tengo coche, ni tengo noticia de nadie con uno de esas características.

—¿Desde hace tres años? Disculpe la pregunta, señor Peña, pero ¿este piso es propio? —preguntó Sofía, que al mirar a su jefe comprendió que ambos habían tenido la misma idea a la vez.

—Es propio. Antes vivía en el barrio Estación, pero mi esposa murió, mis hijos se casaron y se fueron a vivir su propia vida. Yo me jubilé. La casa se me hizo demasiado grande. Este apartamento en cambio tiene muy buen tamaño, está cerca de la Plaza de la Paz. He hecho buenos amigos con los que… Ya sabe, nos contamos batallitas, jugamos a las cartas. Sin apostar eso sí. Nada de dinero, solo garbanzos y el que pierde paga las rondas en el bar.

—¿A quién le compró el piso? —preguntó Néstor, que sabía que su interlocutor mentía en el asunto de las apuestas, pero no estaba interesado en una timba de jubilados.

—Fue a través de una inmobiliaria. Nunca conocí al dueño.

—¿Ni siquiera el día que se concretó la firma para el cambio de propiedad?

—La venta se hizo a través de un apoderado, un abogado que tenía un poder notarial concedido por el anterior dueño del piso.

—¿Sabe por qué no llevo a cabo el trámite él mismo?

—Me dijeron que ya no vivía en España. Que se había marchado en un viaje por Europa y una vez afuera, decidió establecerse en otro país.

—¿Recuerda el nombre del antiguo propietario? —Quiso saber Sofía.

—No, lo siento. No le puse mucha atención. En ese momento estaba más preocupado por otros detalles del trámite.

—Es comprensible. ¿Guarda alguna copia del documento de compra-venta, señor Peña?

—Sí, por supuesto.

—¿Le importaría mostrárnoslo? —le pidió el inspector.

—Claro. Si aguardan un momento, lo traeré.

Virgilio salió de la habitación. Los policías esperaron en silencio, a la expectativa. Al cabo de algunos minutos, el jubilado reapareció trayendo un folio en la mano. Se lo entregó a Salazar. El inspector buscó el dato que le interesaba y sonrió.

—Aquí está —dijo en tono triunfal—. El anterior dueño era el señor Vicente Avana, de profesión enólogo. Gracias, señor Peña —Néstor se puso de pie y estrechó la mano de Virgilio—. Nos ha ayudado usted mucho.

—Un placer, inspector. Me alegra haber podido ayudar a resolver este pequeño misterio. Y lamento lo que le ocurrió al señor Avana, pero dígame, ¿quiénes eran las otras víctimas, la mujer y el niño?

—Presumimos que eran su esposa y su hijo, pero todavía tenemos que comprobarlo.

—Pues les deseo suerte, a ambos —afirmó mientras los conducía hacia la puerta. Sus amigos ya habían desmontado el tinglado de la timba y mantenían una inocente conversación con sendos vasos de vino en la mano. Salazar contuvo la risa, mientras se hacía el despistado.

Una vez afuera, Sofía rompió el silencio.

—Muy bien. ¿Y ahora qué?

—Ya que estamos aquí visitaremos a los vecinos para mostrarles las fotografías. Si alguno de ellos lo recuerda, tal vez pueda confirmarnos si el hombre es Vicente Avana y si las víctimas eran una familia.

Néstor y Sofía decidieron comenzar por el apartamento del frente. Él llamó a la puerta y salió una jovencita no mayor de quince años, con el aire aburrido de quien acaba de ser despertado de un profundo sueño. El inspector tuvo que reconocerse a sí mismo que sintió envidia. La chica entreabrió la puerta sin quitar la cadena y no pudo evitar una expresión de sorpresa, incluso algo de temor.

—No puedo darle nada ahora, amigo. Si quiere regrese más tarde, a ver si mi madre tiene algo preparado para la caridad, pero creo que ya se lo llevó al cura ayer, así que escogió un mal día.

Sin dar tiempo a escuchar una respuesta cerró de golpe. Néstor suspiró con resignación, dio un paso atrás y con un gesto invitó a Sofía para que lo intentara ella. Era definitivo, se quitaría esa barba lo antes posible. Una cosa era dar la impresión de ser descuidado para que los sospechosos bajaran la guardia y otra muy distinta que le perdieran el respeto, o que le tuvieran miedo. Esta vez fue la subinspectora quien llamó a la puerta y para asegurarse desplegó su identificación a la vista de quien la abriera.

—Que ya te dije que no tengo nada para ti —respondió la chavala, con un leve temblor en la voz, sin siquiera intentar abrir—. Si no te largas ahora mismo llamaré a la Policía.

—Somos la Policía —respondió Sofía—. Por favor, abre la puerta. No tienes nada que temer.

La voz femenina confundió a la joven, que volvió a entreabrir la puerta. Esta vez, a quien tenía enfrente era a una mujer como las que describían en las novelas rosas que ella solía leer. También pudo ver una identificación de la Policía Nacional que su visitante había desplegado frente a sus narices. Los ojos de la muchacha pasaron de la mujer a la identificación y viceversa.

—Lo siento…Subinspectora…Garay —leyó—. Es que acaba de estar aquí un mendigo que me ha dado repelús. No es que pareciera peligroso del todo, pero llevaba una barba como esos de la serie de los vikingos, que daba grima y…

Néstor salió desde detrás de Sofía y le hizo un saludo a la joven con la mano, mientras le sonreía para que no se siguiera embarrando. La chica palideció y abrió la boca sin saber qué decir.

—Es mi compañero —aclaró Sofía—. O más bien, mi jefe, el inspector Salazar. No tienes nada que temer. Es inofensivo.

Néstor frunció el ceño ante el comentario, entre otras razones porque se dio cuenta de que Sofía se estaba esforzando para no reírse.

—No soy un mendigo. Mi apariencia se debe a que vengo de una asignación donde estaba trabajando de incognito —le aclaró a la chavala para aplacar sus temores.

—Pero no creas que su imagen habitual es muy diferente —comentó Garay con una media sonrisa.

—¿Qué quieren? Mi madre me tiene prohibido abrir la puerta a desconocidos, pero nunca me dijo qué hacer si se trataba de la Policía.

—No te preocupes —intervino Salazar, con su voz más amable—. No necesitamos entrar. Tan solo hacer algunas preguntas y para eso no es necesario que abras la puerta, ni que desobedezcas a tu madre. Asumo que no te acompaña ningún adulto.

—Estoy sola —confesó la chica.

—¿Cuál es tu nombre? —Quiso saber Sofía.

—Me llamo Iliana. Iliana Ferro.

—De acuerdo, Iliana. ¿Desde cuándo vivís en este piso tú y tu familia?

—A ver, yo tenía seis años cuando nos mudamos, así que diez años.

—Entonces debiste conocer a los anteriores ocupantes del doce.

—¿Los Avana? Claro, la señora Avana siempre era muy amable conmigo. Era amiga de mi madre y cuando tenía que ausentarse dejaba a Dieguito con nosotras.

Sofía anotó los nombres que Iliana iba mencionando con naturalidad.

—¿Sabes el nombre de pila de la señora Avana? —Quiso saber la subinspectora.

—No, lo siento. Siempre nos referíamos a ella como la señora Avana, o por su apodo: La Brujita. Le gustaba que la llamaran así.

—¿Sabes la razón de ese sobrenombre?

—Creo que era porque sabía mucho sobre hierbas medicinales, remedios de abuelas y esas cosas.

—¿A qué hora llega tu madre, Iliana?

—Debe estar aquí después de las ocho.

—¿Y tu padre?

—Si lo llegaran a encontrar podrían ser considerados los mejores policías de Haro, porque cuando mi madre le contó que estaba embarazada de mí, se lo tragó la tierra y hasta el día de hoy.

—Comprendido —zanjó Sofía, sin querer saber más.

—¿Por qué preguntáis por los Avana? —inquirió la chica con desconfianza—. ¿Ha ocurrido algo?

—Nada importante —Se apresuró a mentir Néstor, que no estaba dispuesto a contarle a la chiquilla que los vecinos a los que recordaba con tanto cariño habían muerto esa madrugada, ni mucho menos le enseñaría las fotografías. Todo eso lo trataría con la madre, que ya ella sabría darle la noticia con más tacto. Sin embargo, aun así el interrogatorio estaba resultando bastante informativo—. Un familiar nos pidió que los localizáramos. Dime algo: ¿sabes cuándo y por qué se fueron?

—Les puedo decir cuándo: hace tres años y pico. El motivo no lo tengo muy claro. Tal vez mi madre lo sepa.

Salazar miró el reloj.

—En ese caso, regresaremos después de las ocho.

—De acuerdo. Le comentaré sobre vosotros para que no se asuste.

La puerta se cerró, mientras Néstor trataba de asimilar las últimas palabras. ¿Tan intimidatorio era su aspecto?

—Así que los Avana sí eran una familia. Pareja y un hijo —comentó Sofía.

—Eso aumenta las probabilidades de que se trate de las víctimas del accidente. Falta casi una hora para que la madre de Iliana regrese. Es casi seguro que ella podrá despejar nuestras dudas, pero mientras llega el momento vamos a ver si averiguamos algo con los demás vecinos.

Las hora siguiente, los policías la pasaron haciendo indagaciones por el resto del edificio. No tuvieron mucha suerte. Eran muy pocos apartamentos y todavía estaban en horario laboral, así que en la mayor parte de ellos no había nadie. Los pocos que respondieron a su llamado después de vencer su sorpresa y reticencia ante la apariencia de Néstor, afirmaron saber muy poco. O hacía menos de tres años que vivían allí y nunca conocieron a los Avana, o habían mantenido un trato muy superficial con sus vecinos del apartamento doce. Lo único que sacaron en claro fue que los fallecidos aquella madrugada eran en efecto la familia Avana.

Salazar ya no podía ni con el gabán. Las noches de mal dormir en la calle durante casi una semana comenzaban a pasarle factura, pero no quiso marcharse de allí sin hablar con la señora Ferro, de quien sospechaba que podrían conseguir información importante. De manera que antes de dar por terminada la jornada, regresaron al apartamento once, el del frente de los jubilados tahúres y volvieron a llamar a la puerta.

Esta vez les abrió una mujer de mediana edad, que parecía una versión envejecida de Iliana.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó. Al ver la identificación que ambos desplegaban frente a sus ojos, suspiró— Ah, claro, son los policías de los que me habló Iliana. Soy Angelina Ferro. Pasen por favor.

Por fin se abrió la fortaleza. La mujer cerró con delicadeza, quitó la cadena y volvió a abrir de par en par, invitándoles a entrar. Después de llevarlos al salón y de que ellos rechazaran sus ofrecimientos, entraron en materia.

—Mi hija me dijo que están interesados en la familia Avana. ¿Podría preguntarles por qué?

Los investigadores se sinceraron con la señora Ferro, le mostraron las fotografías, con las cuales hizo una identificación positiva, al igual que los demás vecinos.

—¡Por Dios, es espantoso! —exclamó, mientras se enjugaba las lágrimas con un pañuelo que Néstor le había dado cuando comenzó a sollozar—. Pero no comprendo. Me pregunto qué los haría regresar y además por ese camino tan peligroso en mitad de la noche. No tiene sentido. Vicente no era un imprudente. Y Nati nunca hubiera puesto en riesgo así a su hijo.

—¿Nati?

—Natalia. Era el nombre de la señora Avana.

—Señora Ferro. Necesitamos toda la información que pueda proporcionarnos acerca de los Avana.

—Está bien, pero no comprendo. ¿Por qué tanto interés en las víctimas de un accidente?

Los dos policías se miraron entre sí. Salazar asintió con la cabeza en dirección a su compañera, autorizándola. Sofía suspiró antes de hablar.

—Tenemos razones para sospechar que no se trata de un accidente, señora Ferro.

—¿Entonces? —preguntó ella escandalizada—. ¿No estarán pensando que fue un suicidio? Estoy segura de que ellos no hubieran sido capaces…

—Creemos que alguien los asesinó —sentenció Salazar.

Capítulo 6.

Después de superar el impacto que le causaron las palabras del policía, la señora Ferro aceptó contarles a los investigadores todo lo que sabía acerca de sus antiguos vecinos.

—Cuando se mudaron al doce eran una pareja joven de recién casados. Dieguito nació al cabo de un par de años. Recuerdo que Iliana acababa de cumplir los seis años y para ella la aparición del bebé fue todo un acontecimiento. Como si se tratara del hermanito que tanto anhelaba. Iliana quería mucho a Diego y todavía no se acostumbra a que se haya mudado, pero conservaba la esperanza de que los Avana regresaran, si no al piso del frente, cuando menos a Haro. Cuando se entere de esto… ¿Cómo se lo voy a decir? —preguntó con angustia volviendo a romper en llanto.

—¿Cuándo se fueron? —Quiso saber Sofía en cuanto la señora Ferro recuperó la compostura.

—Hace poco más de tres años. Fue algo intempestivo. Ninguno lo esperábamos y nos tomó por sorpresa.

—¿Sabe por qué se marcharon? —inquirió Salazar.

—Se suponía que era porque querían salvar su matrimonio —respondió Angelina, mientras se enjugaba las lágrimas.

—¡Mudándose?

—En un principio no se suponía que fuera una mudanza, sino un viaje. Solían ser un matrimonio muy bien avenido. Vicente trabajaba como enólogo en una conocida bodega, ahora no recuerdo el nombre. Nati era chef de repostería y trabajaba en el Hotel Aranda. No sé si lo conocen. Cinco estrellas y uno de los más prestigiosos de la ciudad.

—Sabemos cuál es —confirmó Néstor—. Continúe, por favor.

—Como le ocurre a muchas parejas, al cabo de un tiempo entraron en crisis. Creo que hubo una historia entre Vicente y una compañera de trabajo, o algo similar. A Nati no le gustaba mucho hablar sobre eso. Aunque según ella misma me contó, la infidelidad fue puntual y no pasó de una noche pasional, Natalia se enteró y le perdió la confianza a su marido. Se distanciaron, pero ambos se querían mucho y estaban dispuestos a luchar por recuperar su matrimonio. Creo que acudieron a terapia de pareja, charlas, ese tipo de actividades… Les aconsejaron pasar juntos más tiempo, hacer un viaje como familia para estrechar lazos, poner distancia de la

cotidianidad. Ya saben a lo que me refiero —ambos policías asintieron—. Los Avana decidieron hacerlo. Vicente solicitó un año sabático en su trabajo y se lo concedieron…

—Entonces tenían intenciones de regresar —la interrumpió Néstor. Angelina asintió.

—Sí, claro. Era lo que estaba planteado en ese momento. Natalia renunció a su trabajo. No le preocupaba mucho perderlo, pues con su prestigio como repostera sabía que podía volver a colocarse dónde y cuándo quisiera.

—¿Y la escuela del niño?

—Hablaron con sus maestros. Diego era un niño de sobresaliente. Convencieron al director que un viaje sería beneficioso para el chiquillo, le permitiría aprender otros idiomas, conocer nuevas culturas. Además, Vicente y Nati se comprometieron a enseñarle en casa siguiendo un programa que elaboró la propia escuela. A la vuelta sería examinado para comprobar si podía avanzar al siguiente curso.

—¿Cuál era el destino del viaje?

—Se suponía que recorrerían Europa en coche. Era un itinerario bastante ambicioso.

—¿Era?

—Al cabo de seis meses recibí una llamada de Natalia. Me contó que la idea había sido excelente, que su relación matrimonial había mejorado mucho, que se habían detenido en Verona, Italia y que habían decidido establecerse allí. Me dijo que Vicente renunció a su trabajo porque le había surgido una oportunidad mejor en Italia. Que eran muy felices y que no tenían intenciones de regresar. Fue la última vez que hablé con ella.

—¿No mantuvieron comunicación después de esa llamada? —preguntó Sofía.

—Me dijo que quería cortar de raíz con el pasado, con todo lo que le recordara lo que había llevado su matrimonio al borde del abismo. Que aquella llamada era una despedida.

—Pero su amistad con usted era un recuerdo positivo de Haro —argumentó la subinspectora—. ¿Por qué querría acabar con ella?

—No lo sé. Yo tampoco lo comprendo. Al parecer era uno de los consejos de su terapeuta.

—¿El mismo que le sugirió el viaje? —Quiso saber Néstor. Angelina asintió—. ¿Sabe usted el nombre de ese consejero?

—Lo siento, no tengo idea. Natalia era muy reservada al respecto.

—¿Conoce algún familiar de los señores Avana? ¿Sabe si con ellos también cortaron la comunicación?

—Los padres de ambos habían muerto. Creo que Vicente tenía un hermano, pero no llegué a conocerlo personalmente.

—¿Sabe el nombre de ese hermano?

—No, lo siento. Hablaban muy poco sobre ese tema.

—Un detalle más. ¿La señora Avana era aficionada a la lectura? —preguntó Salazar.

—De vez en cuando leía algún libro, si le interesaba la temática.

—¿Tenía carné de la biblioteca? ¿Pedía libros prestados con asiduidad?

—Para serle honesta, si lo hacía nunca me lo comentó. Le gustaba leer sobre asuntos concretos. Por lo general revistas de repostería por su trabajo y de vez en cuando le vi en las manos algún libro de plantas y remedios caseros. Era aficionada a esa temática porque su abuela le inculcó el interés siendo niña, pero no creo que llegara a visitar la biblioteca con frecuencia.

—¿Esa afición por las plantas curativas era el motivo del apodo de "La Brujita"?

—Así es. Le gustaba que la llamaran de esa manera.

—Muchas gracias, señora Ferro. Nos ha ayudado mucho.

Después de despedirse de la vecina, ambos policías se encaminaron a la comisaría. Pese a que Salazar casi no se tenía en pie por el cansancio, se negó a marcharse a su casa antes de pasar por la comisaría, porque quería saber qué habían averiguado Remigio y Diji sobre el carné de la biblioteca.

Al llegar saludaron al comisario cuando pasaron por el primer piso. Le informaron acerca de sus descubrimientos mientras subían juntos al segundo. Ya el equipo estaba reunido y esperándolos. Sofía repitió el resultado de las indagaciones antes de que Remigio tomara la palabra.

—Vuestros resultados concuerdan con los nuestros —confirmó Toro—. La encargada de la biblioteca no reconoció a la mujer del accidente como Ágata Vilaró. Nos dijo que no la había visto en su vida.

—Está claro que las víctimas fueron la familia Avana —intervino Miguel, concluyendo lo obvio—. Vicente, Natalia y Diego. Entonces deberíamos concentrar las investigaciones en ellos.

—Sin olvidar a la señora Vilaró —discrepó Néstor.

—¿Cuál es el sentido? Tenías razón con respecto al carné. Lo pusieron en el bolsillo para despistarnos.

—Solo lo planteé como una posibilidad, Miguel —refutó el inspector jefe—. No era una conclusión. Podría haber otros motivos por los que ese carné estaba allí.

—¿Otros motivos? ¿Cuáles?

—Supongo que tendremos respuestas a esa pregunta cuando sepamos algo más acerca de Ágata.

—Estoy de acuerdo con Néstor —intervino Santiago—. Miguel, ocupaos tú y Manuel de averiguar todo lo que podáis acerca de Ágata Vilaró. Los demás os dedicaréis a investigar a la familia Avana. Remigio, ocúpate del padre, Diji, del chico. Quiero saber qué tiene que decir el director de la escuela de Diego Avana acerca de ese extraño viaje. Néstor, Sofía…

—Nos ocuparemos de la madre —lo interrumpió Salazar, completando la frase.

—Sí, pero ya no será hoy. Es hora de reponer fuerzas. Ahora, todos a casa y mañana investigad vuestras asignaciones antes de venir. A las once nos reuniremos para compartir información.

Todos asintieron. La orden no podía haber caído mejor, porque el día había sido largo y difícil. Néstor se acercó a su hermano para comentarle algo. Santiago lo detuvo con un gesto de la mano.

—Si lo que quieres es hablar del caso, me lo dices mañana. Ahora, vete a casa a descansar y a atender a esa gata neurótica con la que vives. Es una orden.

Salazar nunca había cumplido una orden con tanto gusto. Ya los días eran bastante cortos, así que era noche cerrada cuando se encaminó a su casa dando un paseo. Las calles estaban iluminadas por las luces navideñas que unos días atrás había colocado el ayuntamiento con toda la pompa y hasta cantos corales. Por suerte el frío lo despejó, porque si no, se hubiera quedado dormido caminando. No se detuvo en el bar de Gyula para saludar. Lo último que necesitaba era a Dika tratando de convencerlo de que entrara a tocar la guitarra. Alcanzó su portal a hurtadillas y subió hasta la buhardilla. Hacía casi una semana que no pisaba su casa y ya echaba de menos a Paca. Suponía que a la gata le ocurriría lo mismo, aunque era seguro que Dika la había malcriado todavía más durante su ausencia. Cuando abrió la puerta encendió la luz. La lustrosa gata negra, que estaba

durmiendo sobre el sofá se incorporó y abrió los ojos. Cuando lo vio, en lugar de acudir a recibirlo enredándose en sus piernas como solía hacer, se incorporó en sus cuatro patas y erizó el lomo mientras le bufaba. Parecía una pantera a punto de atacar, o más bien de defenderse. Néstor comprendió enseguida lo que le ocurría.

—Paca, que soy yo. ¿Ya no me reconoces? —le preguntó, mientras se mesaba la barba, posible motivo de confusión de su huésped.

La gata reconoció la voz de su humano y se relajó, pasando a mirarlo con una expresión de confusión que el inspector nunca le había visto. Era definitivo, la barba se iba.

Néstor cerró la puerta y dio un paso al interior de la buhardilla. Fue entonces cuando vio el sobre que habían pasado por debajo de la puerta.

Salazar cogió el sobre y lo detalló mientras se encaminaba al sofá. Se sentó junto a Paca, que dudó en permitirle semejantes confianzas. Parecía tener dudas acerca de que ese fuera su humano. Demasiados pelos en la cara. Al tenerlo cerca comprobó que el olor del recién llegado correspondía con aquel que le acariciaba el lomo, a veces le daba comida y otras veces la aturdía con palabrerías sin sentido. Se sintió más cómoda, así que se relajó y le dejó hacer.

El humano parecía distraído, mirando el objeto que había aparecido misteriosamente en el suelo, pero que era inútil. Aunque en un primer momento ella intentó jugar con él, no le pareció muy divertido, así que lo dejó estar. Paca percibió la tensión de su humano, por lo que colocó con suavidad una pata consoladora sobre la de él. No se le podía pedir más a una gata.

Salazar no sabía si sentir curiosidad, o preocupación. Aquel sobre era una citación a un tribunal en Madrid para responder a una demanda de carácter civil. No precisaba el motivo, pero era perentorio que se presentara en la fecha señalada, o que enviara a un representante legal debidamente autorizado. La fecha de comparecencia era para el día siguiente, a primera hora de la tarde.

Además de la sorpresa por la citación en sí, se preguntó cómo había terminado en el suelo de su buhardilla, pues aquella era una notificación que ameritaba ser entregada en mano y con firma que demostrara la recepción. La respuesta no se hizo esperar: Dika. No se le ocurría otra persona que no fuera la alocada novia de su amigo, que se le hubiera ocurrido recibir una citación así a nombre de alguien más y hacérsela llegar

pasándola por debajo de la puerta, sumado al detalle de no haber mencionado su existencia. Era imposible que lo citaran de un día para otro en un juzgado de Madrid. El requerimiento debió estar allí desde hacía varios días.

Ya sin rastro de cansancio a causa de la adrenalina, Néstor salió de la buhardilla para bajar al bar. El establecimiento estaba hasta los topes a esa hora, por lo que Gyula, Dika y el camarero no se daban abasto. Fue recibido con sendas sonrisas. Aunque lo ocurrido lo había enfadado, al ver la expresión de sus amigos se desinfló, como un globo que hubiera recibido un pinchazo.

—¡Néstor! ¡Qué bueno verte por aquí, zagal! —Fue el saludo de Dika en cuanto entró— ¿Quieres que busque la guitarra? ¡Menuda gachí la que has traído hoy, zalamero! ¡Hay que ver qué escondida te la tenías! ¡Supongo que a semejante morena no la dejarás escapar! ¡Mira que las zagalas tan bonicas como ella no crecen en los árboles! Además es simpática la moza. A ver, Gato, ¿dime qué planes tienes con ella, que yo te aconsejo? Mira que a veces los hombres sois unos muermos a la hora de hacer la corte a una chavala, pero aquí está la Dika para sacarte las castañas del fuego. A ver, ¿en qué has pensado?

Aturdido por la andanada de palabras, Salazar tomó aire y levantó el sobre para dejarlo a la vista. Gyula se envaró al ver que Néstor no le seguía la corriente a su chica, porque comprendió que ocurría algo muy serio.

—Gracias Dika —dijo por fin Salazar—. Te agradezco mucho tu disposición a darme consejos, pero eso deberá esperar. Dime, ¿sabes algo de esta carta?

Por un momento, Dika pareció confundida por la expresión seria de su amigo, pero al ver de qué se trataba se relajó.

—¿Esa carta? Sí claro, la trajo hace dos días un mozo muy emperifollado él. Te andaba buscando para entregártela en persona. Solo aceptó dejármela a mí cuando le advertí que no vendrías a casa por unos días, que fue lo que nos contaste cuando nos pediste que nos ocupáramos de la Paca, que hay que ver qué gata tan dulce esa que tienes.

Néstor quedó desconcertado por un momento: ¿Paca, una gata dulce? ¿Estaría refiriéndose a la misma felina que él alojaba en su casa? En fin, en aquel momento había asuntos más perentorios que atender.

—¿Entonces fuiste tú quién la pasó por debajo de mi puerta?

—Por supuesto, mi alma. El mozo me dijo que era importante que la recibieras a tiempo, así que la subí para que la vieras en cuanto entraras.

—¿Por qué no me hablaste de ella cuando estuve aquí con Sofía? Más bien ¿por qué no me enviaste un mensaje al móvil para avisarme en cuanto llegó?

—Pues qué te puedo decir, porque se me olvidó. Después de que la pasé por debajo de tu puerta venía a comentárselo a Gyula para que te avisara, pero en ese momento llegó uno de los proveedores, que quería cobrarnos sobreprecio y me lie con él en una discusión… En fin, que se me fue el santo al cielo y había olvidado la fulana carta hasta ahora que me preguntaste por ella. ¿Por qué? ¿Era importante?

—¿De qué se trata, Néstor? —Quiso saber Gyula, preocupado.

—Es una citación a un tribunal de Madrid por una demanda civil.

—¡Madre del Amor Hermoso! —exclamó Dika—. ¿Te traerá problemas mi despiste? Lo siento mucho, Néstor.

—Está bien, Dika, no te preocupes. La citación es para mañana. Todavía tengo tiempo de acudir, aunque tendré que darme prisa.

—¿Sabes a qué se debe la citación?

—No tengo la menor idea.

—¿Tendrás problemas?

—Supongo que lo sabré mañana —respondió Salazar, mientras observaba que Dika estaba a punto de echarse a llorar—. No te preocupes, Dika. Tal vez haya sido mejor así. De haberme enterado antes podría haberme distraído de la tarea que llevaba entre manos, que era importante y después de todo, no hay nada que hacer al respecto hasta mañana.

—¿Estás seguro, Néstor? —preguntó ella con voz compungida.

—Muy seguro. Iré a hacer unas llamadas para disponer del día de mañana libre. Además, si puedo coger el primer tren de la mañana, llegaré a tiempo al tribunal.

—Te llevaré hasta la estación —se ofreció Gyula—. Y ya sabes que si necesitas cualquier cosa…

—Gracias, te avisaré a qué hora debemos estar allí.

Mientras Dika se deshacía en disculpas con su novio por su despiste, Néstor regresó a su buhardilla. Se comunicó primero con Santiago. Su hermano le concedió el día libre y lo aleccionó para que lo mantuviera informado acerca de la extraña citación. Lo mismo le ocurrió con Sofía, que aceptó sin problemas hacerse cargo ella sola de investigar a Natalia Avana.

Por último, Salazar se conectó por Internet para comprar el billete de tren. El primero del día salía a las 8:20 de la mañana. Llegaría a tiempo.

Cuando hubo resuelto lo más urgente, el cansancio cayó sobre él como una manta que alguien le hubiera soltado encima. Volvió a picarle la barba. No podía presentarse con esa facha en un tribunal, porque no lo dejarían salir de allí por sospechoso de cualquier cosa, así que después de darse una ducha, decidió rasurarse sin demora. Después de cumplida la tarea se sintió mejor, como si se hubiera quitado un peso de encima. Paca también pareció más relajada cuando lo vio con la cara limpia.

—Así que una gata dulce ¿No? —le dijo a Paca con tono sarcástico, mientras se sentaba en el pequeño catre—. Creo que tú y yo deberíamos tener una seria conversación acerca de tus modales conmigo.

—Maaaauuuu —dijo la gata, subiendo a la cama, para echarse a su lado mientras lo miraba con expresión inocente.

—De acuerdo. Sé que Dika te da galletas para gato con sabor a sardina de vez en cuando.

—Meeeeuuuu.

—Bueno, está bien, casi siempre. Y que te hace arrumacos y te habla con voz de pito.

—Miauuuuu.

—Sí, comprendo que te caiga bien, pero ¿acaso yo te caigo mal? ¿Se puede saber por qué la "dulce gata" me salta encima cuando estoy dormido en las mañanas

—Meu.

—Tu desayuno, lo comprendo, ¿pero hace falta ser tan brusca? Podrías despertarme con más suavidad

—Meeeeuuu.

—Sí, tienes razón. Con más suavidad no me despierto, pero ¿qué me dices de los mordiscos? ¿Ah? ¿Es necesario que ataques los dedos gordos de mis pies cada vez que se asoman? ¿O que tires las cosas que encuentras por ahí? ¡Que ya te has cargado todos los adornos de cerámica que había en esta casa! ¿Sabes lo que he tenido que pagarle al casero por ellos?

—Maaauuuu.

—Sí, también es verdad. Eran espantosos y la casa se ve mucho mejor sin ellos, pero eso no te da derecho. Debería descontártelo de tus galletas.

—Mau.

—Descuida, no lo haré. A diferencia de ti, yo no soy vengativo.

Mientras hablaba con Paca, el inspector se había acostado. La gata percibió el nerviosismo de su humano y se acercó a la cabecera. En un gesto cariñoso inédito frotó su cabeza con el abundante cabello de Néstor y se acurrucó a su lado. Él le hizo una caricia detrás de las orejas y sonrió.

—Tal vez si seas una dulce gata después de todo —afirmó antes de quedarse dormido.

Capítulo 7.

A la mañana siguiente, Néstor salió en el primer tren con rumbo a Madrid. Gyula lo esperaba temprano en el portal. Su amigo aún se sentía culpable por el descuido de Dika que podía haberle ocasionado serios problemas a Salazar. La noche anterior, Néstor había estado tan cansado que cayó dormido como un ceporro, sin tener oportunidad de preguntarse por la causa de la citación, pero durante el trayecto a Madrid tenía la mente despejada y mucho tiempo para pensar. Hacía ya casi nueve años que había sido transferido a Haro desde la capital para protegerlo de un asesino que juró acabar con su vida.

Néstor comenzó a rememorar los días en los que residió en Madrid como un policía novato, pero prometedor, que creció profesionalmente bajo el ala protectora de uno de los mejores investigadores que había conocido durante su carrera: el comisario Padilla. Era joven y un poco alocado. Bueno, lo de joven casi se le había pasado, pero tenía que reconocer que de alocado todavía conservaba bastante.

¿Cuál de las numerosas trastadas que acudían ahora a su memoria podía ser la causa de la citación? Vivió algunos años en Madrid en un piso de la calle Marqués de Leis, en el distrito de Tetuán. Recordó la forma intempestiva en que había tenido que abandonar la ciudad cuando Joaquín Pernía, el «Asesino de la Rosa», escapó de prisión. Néstor había formado parte del equipo que lo detuvo tras seis meses de arduo trabajo y que recibió amenazas de muerte por parte del temible sicario. El comisario Padilla, quien comandaba la investigación, dispuso que sus ayudantes, Néstor y Darío, fueran destinados a otras ciudades para protegerlos. A Darío lo enviaron a Cantabria, mientras que el destino de Salazar había sido Haro, su ciudad natal.

Padilla había pagado cara su decisión de quedarse en Madrid, porque fue la primera víctima de Pernía. Néstor tampoco salió muy bien librado, pero esa era otra historia. Ahora lo importante era la causa por la que un tribunal lo obligaba a recorrer más de trescientos kilómetros para una comparecencia, después de nueve años. El motivo no podía ser baladí.

Recordó que al contrato de alquiler de su piso le faltaban más de tres meses para terminar. En aquel momento, Padilla ordenó a otro compañero que lo rescindiera por motivos de causa mayor, pero ¿habría cumplido la

orden? Salazar fue puesto en el primer avión con rumbo a Vitoria y todos los asuntos que tenía pendientes en la ciudad habían sido delegados a terceros para su solución.

Y con respecto a asuntos pendientes… Lo asaltó un recuerdo del que ya había pasado página, o eso creía él. Ese año, en el que fue trasladado en forma tan intempestiva había sido muy agitado para el joven inspector. Hubo una chica con la que llevaba viviendo casi dos años. Su nombre era Sara Villanueva y él estaba perdidamente enamorado. Lo único que empañó la convivencia con Sara fue el constante reclamo por parte de ella acerca de la falta de ambición de Salazar. Según su antigua novia, la inteligencia de Néstor estaba llamada a ocupar altos cargos dentro de la jerarquía policial, pero él era feliz siendo inspector, trabajando en las calles, e investigando. La burocracia de los mandos no era lo suyo. Al final, aquella diatriba permanente dio al traste con la relación. Un día Sara se marchó, dejando tras de sí tan solo una nota de despedida.

El golpe emocional para Néstor fue tremendo, pero al encontrarse inmerso en la persecución del «Asesino de la Rosa», pudo sobrellevarlo gracias al trabajo. Unas pocas semanas después del abandono de Sara se enteró por un amigo común que ella ya había iniciado un amorío con otro sujeto. No pudo evitar preguntarse si aquella relación no habría comenzado mucho antes. Después concluyó que en realidad no tenía importancia. Tocaba tirar para adelante.

Seguir una pauta lógica y razonable estaba muy bien, en especial en una persona tan cerebral como él, pero cuando terminó la tarea que llevaba entre manos con la detención de Pernía, volvió a tener tiempo para pensar y por lo tanto para sufrir.

El tren ya había recorrido más de la mitad del camino. Néstor se asomó a la ventanilla pero continuó concentrado en sí mismo. Recordó entonces la fiesta de fin de año. Todo había coincidido con ese momento: el fin de la relación con Sara, la conclusión del caso Pernía, El Año Nuevo del 2009. Las emociones comenzaron a ganarle terreno a los razonamientos lógicos para golpearlo sin piedad. Darío lo invitó a recibir el año en «La Puerta del Sol». Contra su costumbre él aceptó, pues no le apetecía pasar aquella noche solo.

No recordaba mucho de lo ocurrido durante el festejo. Su compañero le presentó a una chica, ¿cuál era su nombre? ¿Rosalba, Rosana…? Algo así. Todos a su alrededor tomaban vino o cava, pero a él no le gustaba, así

que acompañó a sus colegas de juerga con whisky. Por supuesto que al intentar seguirles el ritmo terminó borracho perdido, como nunca antes, ni después en toda su vida. El siguiente recuerdo que tenía lo ubicaba en la habitación de un hotel con el día ya avanzado. La primera mitad del uno de enero del año 2009 nunca existió para él. Despertó en la cama con Rosalba, o Rosana a su lado haciéndole carantoñas.

—¿Cómo ha dormido mi "corazoncito"? —le preguntó la chica. Él abrió mucho los ojos y se incorporó, ya despejado del todo. Quería salir corriendo de aquel lugar, pero comprendió que no podía hacerlo porque bajo las sábanas estaba como su madre lo trajo al mundo—. ¿Qué… Qué ha ocurrido? ¿Dónde estamos?

—¿No lo recuerdas, Néstor? Tuvimos una noche loca.

—¿Loca? —preguntó Salazar, mientras un escalofrío le recorría la espalda—. ¿Qué tan loca?

—Muy…Muy loca. ¿Quién diría que debajo de ese tímido policía se esconde una fiera? —comentó Rosa…, mientras lanzaba un zarpazo al aire y ponía la boca como si fuera a rugir. Además de escalofríos, el inspector comenzó a sentir taquicardia.

—¿Quieres decir que tú y yo…?

—Toda la noche —confirmó la chica con satisfacción—, pero no te preocupes, lo hicimos con todas las de la ley, después de casarnos.

—¡Casarnos? —gritó Néstor con todo y falsete, mientras se levantaba de la cama para apartarse de la joven. Ella lo miró con lascivia y cuando él comprendió que había quedado desnudo frente a su nueva "esposa" le arrebató la sábana para cubrirse.

El gesto no mejoró mucho la situación, porque entonces la que quedó desnuda fue ella. Desconcertado, Salazar pudo ver sus pantalones al alcance de su mano, así que con gestos nerviosos se los puso a toda prisa, para luego volver a cubrir a Rosa… Con la sábana. Luego respiró hondo varias veces para tranquilizarse.

—Conservemos la calma —se dijo a sí mismo, ya sintiéndose más seguro con los pantalones puestos—. ¿Cómo es que pudimos casarnos en plena noche de Año Nuevo?

—¿No lo recuerdas? —Él negó con la cabeza, con una expresión de desamparo que conmovió a su "pareja"—. Fue una noche inolvidable. Bebiste mucho, eso sí. Supongo que no estás acostumbrado.

—Para nada —confesó él.

—Bien, la cosa fue así. Después de las campanadas nos quedamos celebrando un rato. Tú y yo congeniamos bastante bien. Entonces me sugeriste que pasáramos la noche en tu casa y yo acepté.

—¿Te llevé a mi casa?

—¿Vives en la calle Marqués de Leis? —Él asintió repetidamente—. Entonces, sí. Era tu casa. Me contaste que acababas de salir de una larga relación, que ella te abandonó y que te sentías muy solo. Entonces se te ocurrió que ya que lo habíamos pasado tan bien juntos, ¿por qué no nos casábamos?

—¿Fue idea mía?

—Completamente tuya.

—¿Qué pasó después?

—Tú cogiste tu certificado de nacimiento y fuimos a buscar el mío a mi casa. Yo te comenté que mi vecino de arriba es Juez Municipal, así que fuimos a tocarle la puerta.

—¿Me estás diciendo que despertamos a un Juez Municipal en la noche de Año Nuevo para que nos casara?

—A él no le gustó la idea, por supuesto, pero accedió para que dejáramos de darle la lata y poder regresar a dormir. Como no había ningún impedimento, celebró el matrimonio. Al salir de ahí decidimos venir a este hotel para comenzar nuestra «Luna de Miel». Y eso es todo.

Salazar suspiró y se dejó caer en el borde de la cama. Luego se dio cuenta de que la chica continuaba desnuda, así que se levantó de un salto y se sentó en un sillón cercano. Se sentía desconcertado como nunca en su vida. Miró a la joven, que parecía tranquila y feliz.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó el inspector— Quiero decir, esto es…

—Un absurdo, sí —respondió ella, cambiando la expresión por una más seria. Pareció madurar cinco años en un instante—. Fue divertido mientras duró, Néstor, pero me temo que tendré que pedirte el divorcio.

—Entonces no pretendes continuar con esto —inquirió él, sintiéndose aliviado.

—Por supuesto que no. Me desperté hace un par de horas, así que he tenido tiempo de recordar y meditar. Quise jugarte una broma porque me simpatizas y has sido muy tierno, pero de ahí a quererte como marido… No me malentiendas, tal vez seas el mejor hombre del mundo, pero no nos

conocemos. Yo también estaba borracha como una cuba. Ninguno de los dos era consciente de sus actos.

Salazar se sintió aliviado, terminó de recoger el resto de su ropa que estaba repartida por toda la habitación y comenzó a vestirse.

—Estoy de acuerdo. Tienes toda la razón y lamento mucho las molestias que haya podido causarte…

—Deja de disculparte. Yo fui tan responsable de esta situación como tú. No sé si lo recuerdas, pero soy abogada. Creo que lo más apropiado sería pedir la nulidad, pues ninguno de los dos estaba anoche en pleno uso de sus facultades.

—De acuerdo —aceptó Néstor, ya vestido por completo—. ¿Qué debo hacer?

—Déjamelo a mí. Yo me haré cargo. Cuando haya completado el trámite te haré llegar la documentación.

Salazar aceptó por buena la palabra y las intenciones de Rosa…, pero un par de días después tuvo que trasladarse a Haro sin dejar la dirección. Si la joven le había enviado algún documento, se habría perdido. Ahora, nueve años después, luego de recibir la citación, se preguntó con angustia si sería un hombre casado.

Capítulo 8.

Mientras Salazar hacía un examen de conciencia en el trayecto hacia Madrid, sus compañeros se ocupaban de las tareas que les había asignado el comisario. Miguel y Manuel llegaron a la Avenida Diputación que era la dirección que aparecía en el carné de la biblioteca perteneciente a la misteriosa Ágata. Se encontraron frente a un alto edificio con amplios balcones que daban a campo abierto, por lo que las vistas debían ser extraordinarias. Subieron hasta el tercer piso usando el ascensor, que por suerte funcionaba. Llamaron a la puerta del apartamento 3-B. Les abrió una anciana con expresión de sorpresa.

—¿En qué puedo servirles? Si vienen a vender alguna suscripción, o son testigos de Jehová, desde ya les digo que no pierdan el tiempo, ni me lo hagan perder a mí.

—Nada de eso, señora. Somos de la Policía —respondió Miguel, mientras sacaba su identificación y se la mostraba— Yo soy el inspector Miguel Pedrera y mi compañero es el subinspector Manuel Rodríguez. De la comisaría de «San Miguel».

—¿Policía? ¿Y qué puede querer la Policía de nosotras?

—Disculpe, señora, ¿podría decirme a quién se refiere con «nosotras»?

—Aquí solo vivimos mi hija, mi nieta y yo, pero en este momento estoy sola en la casa, pues mi hija está en el trabajo y mi nieta en la escuela.

—Buscamos a una persona que responde al nombre de Ágata Vilaró, para solicitarle su ayuda en una investigación.

—En ese caso han equivocado la dirección. Ninguna de nosotras tiene ese nombre.

—¿Le importaría si entramos para hablar sobre esto? —le pidió Miguel con su tono más amable.

La mujer lo miró con un punto de desconfianza, pero los vio tan bien plantados, tan pulcros, como esos policías guapos y bien vestidos que se ven en las series de la tele, que decidió que podía confiar en ellos. Los invitó a entrar y a que se sentaran en la sala. Les ofreció un café, que aceptaron. Cuando ya se encontraban instalados, con una taza humeante frente a cada uno, volvieron a entrar en materia.

—¿Podría usted decirnos su nombre y el del resto de las personas que viven en este piso?

—Sí, por supuesto. Yo soy Emilia Romero, viuda de Caro, mi hija es Graciela Caro y mi nieta, Paula Jaso.

—¿Su hija es casada?

—Divorciada. Gracias a Dios.

Manuel se fijó en la expresión de la señora Romero cuando dijo esas palabras y se alegró de no estar en el pellejo de su ex - yerno.

—¿Le dice algo el nombre de Ágata Vilaró?

—No conozco a nadie con ese nombre, pero me resulta vagamente familiar.

Miguel sacó una bolsa plástica transparente del bolsillo interno de su chaqueta y se la mostró a Emilia. Contenía el carné de la biblioteca que los había llevado hasta allí. Ella lo cogió y enarcó las cejas al reconocer la dirección de su propia casa señalada como la de otra persona. En ese momento se le iluminaron los ojos como si hubiera tenido una revelación. El gesto no se le escapó a Pedrera.

—¿Sabe algo acerca de este carné?

—Nada, pero ya recordé de qué me suena el nombre. Está en el documento de compra-venta de este piso. Sí, ahora estoy segura, Ágata Vilaró fue la propietaria anterior.

—¿Cuándo se hizo esa transacción?

—Hace poco más de dos años. Es el tiempo que llevamos viviendo aquí.

—¿Fue usted quien compró este piso?

—No, fue mi hija. Comprenderá que con una pensión no se pueden hacer semejantes adquisiciones.

—Claro. Entonces su hija se lo compró a Ágata —puntualizó el policía—, lo que significa que la conoció.

—No, creo que no. Tendrá que preguntárselo a ella, pero si no recuerdo mal, la compra se hizo a través de un abogado.

—¿Por qué? —inquirió Manuel, que se había mantenido en un silencio atento.

—Porque la anterior propietaria no vivía en España, así que vendió a través de un apoderado.

—¿Conoce el nombre del intermediario?

—Quisiera ayudarles, pero fue mi hija quien se hizo cargo de todos esos trámites.

—Por supuesto. ¿Cuándo podríamos hablar con su hija, señora Romero?

—Lo mejor será que esperen a que regrese a casa. En su trabajo está muy ocupada y comprendan que una visita de la Policía podría perjudicarla aunque el asunto no tenga relación directa con ella.

—Desde luego —aceptó Pedrera—. ¿A qué hora vuelve a casa?

—Por la tarde. Alrededor de las ocho ya debería estar aquí.

—Muchas gracias, señora Emilia. Nos ha ayudado mucho.

Los dos policías se pusieron de pie, mientras alababan el café y volvían a agradecerle por su disposición a colaborar. Cuando ya se encaminaban a la puerta, la señora Romero los detuvo.

—Aguarden un momento. He recordado algo, aunque no sé si les resultará de utilidad.

—Cualquier cosa puede ser de ayuda.

—Cuando nos trasladamos a este piso ya estaba amoblado. Fui yo quien lo organizó durante la mudanza. Bien, debo reconocer que todo estaba muy limpio, pero soy un poco maniática con el orden y la pulcritud, así que hice que movieran los muebles para limpiar bien en todos los rincones. Debajo de uno de los armarios encontré algunas cosas que debieron caerse allí y que pasaron desapercibidas cuando prepararon el apartamento para el cambio de dueño. Mi hija me sugirió que las tirara, me dijo que era solo basura, pero a mí no me gusta deshacerme de las cosas que pueden ser de utilidad. En especial cuando no me pertenecen. Así que las guardé en una caja.

—¿De qué clase de cosas estamos hablando, señora Romero? —preguntó Miguel interesado.

—Nada importante, en realidad. El tipo de objeto que se pierde con facilidad en una casa. Un par de horquillas de pelo, algunas cuentas de un collar de perlas falsas, la mitad de la entrada de un cine, un folleto de propaganda. Basura, en realidad.

—Y usted supone que pertenecían a los anteriores habitantes del piso —precisó el policía de mayor edad.

—Sí, bueno, es lo lógico. Si le digo la verdad, no sé por qué no los he tirado a la basura. He estado a punto de hacerlo más de una vez.

—¿Le importaría entregárnoslo?

—Por supuesto. Aguarden un momento.

La señora Romero se perdió en el interior del apartamento y regresó al cabo de pocos minutos con una caja de zapatos cubierta de polvo.

—Aquí está —proclamó con orgullo mientras le entregaba la caja a Miguel—. Ya le dije yo a mi hija que no era bueno tirar las cosas así como así.

Pedrera abrió la caja con cuidado para ver qué contenía. Manuel a su lado, lo imitó. Como había descrito Emilia, en el interior encontraron algunos objetos que cualquiera hubiera considerado como basura, pero que para la Policía podía resultar una pequeña mina de información.

—¿Tendrá usted una bolsa de plástico?

—¿Sirve una de basura? —Miguel asintió.

—Si no es molestia, ¿podría traernos también algo con lo cual sellar la bolsa?

Emilia volvió a desaparecer y regresó al cabo de pocos segundos con una bolsa de plástico, un rollo de cinta adhesiva y una tijera. Manipulando la caja con cuidado, como si contuviera explosivos, Pedrera la metió en la bolsa, que después selló con el adhesivo, mientras Manuel marcaba un número en su móvil. Para sorpresa de la señora Romero, el policía le devolvió la caja.

—Guárdela un poco más de tiempo, doña Emilia. Vendrán unos compañeros nuestros del departamento de policía científica. Entréguesela a ellos, por favor.

—¿No se la llevan ustedes?

—Podría haber alguna prueba importante en el interior de esta caja —explicó el detective—. De ser así, esa prueba podría ser solicitada en un juicio y para que conserve su validez es fundamental que desde el principio se haya mantenido la cadena de custodia.

—Parece que se trata de algo muy serio. ¿Qué es lo que investigan, inspector? ¿Por qué quieren encontrar a esa mujer?

—Porque podría estar involucrada en un homicidio.

Miguel y Manuel llegaron a tiempo para la reunión que había programado el comisario. Remigio y Diji ya estaban allí, pero no había señales de Salazar, ni de Garay. Al cabo de algunos minutos llegó Sofía, pero el inspector jefe y su gabán no aparecieron por ninguna parte.

—¿Dónde dejaste al zarrapastroso, Sofía? —preguntó Miguel con malicia—. ¿Se está escaqueando, o le cogió gusto a la vida de mendigo?

Pintas no le faltan.

—Más respeto para con el inspector jefe, Pedrera —respondió la voz grave del comisario desde la puerta—. No se olvide que está hablando de su superior.

El comisario Ortiz frunció el ceño mientras reprendía a su subalterno, lo cual causó un estremecimiento involuntario en Miguel. Aquel tío imponía. De eso no había duda. Además, en los últimos meses, Salazar parecía haberse ganado su confianza, así que Pedrera comprendió que lo más prudente sería retractarse.

—Perdone, señor. No quería ofender. Solo era una broma.

—Pues menos chistecitos y más trabajo. Comencemos la reunión.

—¿No vamos a esperar a Néstor? —preguntó Remigio.

—El inspector jefe ha tenido que desplazarse a Madrid para resolver un asunto personal que le ha surgido, así que no vendrá el día de hoy —anunció Santiago sin entrar en detalles—. Comencemos contigo Miguel, ya que parece que hoy viniste con muy buen humor. ¿Qué habéis averiguado sobre Ágata Vilaró?

Pedrera y su compañero informaron acerca de su visita al antiguo piso de la misteriosa Ágata y su conversación con la señora Romero. Los demás los escucharon en silencio. Cuando terminaron su explicación, Ortiz tomó la palabra:

—Necesitamos saber más sobre Ágata Vilaró y su familia. Manuel, Regresa al edificio. A ver si los vecinos te pueden proporcionar algún dato. También quiero saber si los Vilaró tienen familia colateral. Padres, tíos, primos, cualquiera que pueda darnos información acerca de dónde podemos encontrarlos. Miguel, encárgate tú de averiguar lo que puedas acerca del hermano de Vicente Avana.

—Sí, señor.

Después de las órdenes impartidas por el comisario intervino Sofía.

—¿Había algo entre esos objetos que se encontraron que pudiera ayudarnos a localizar a Vilaró?

—No lo creo —reconoció Miguel—. Como dijo la señora Emilia, parecía solo basura, pero tal vez científica pueda arrojarnos alguna luz.

—¿Sobre qué era el folleto de propaganda? —Quiso saber el comisario.

—No estoy seguro porque estaba bastante descolorido, cubierto de polvo y solo pudimos verlo por un momento, pues preferimos no tocar

ningún objeto hasta que los examinara científica.

—Hicisteis lo correcto —aprobó el comisario—. Remigio. ¿Qué averiguaste sobre el padre?

—Vicente Avana —comenzó su exposición el viejo policía mientras sacaba del bolsillo su libreta de papel, pues los artilugios informáticos no terminaban de convencerlo—. Treinta y cinco años. Trabajaba como enólogo en una prestigiosa Bodega. Era un empleado ejemplar que recibía un buen sueldo. Les sorprendió que pidiera un año sabático y mucho más cuando renunció por correo electrónico.

—Espera —lo interrumpió Miguel—. ¿Renunció por correo?

—Les envió un mensaje donde les comunicaba que no se reincorporaría a su puesto de trabajo y que contrataran a alguien más, porque no tenía intenciones de regresar a España. Por supuesto que la forma en que dimitió causó malestar y extrañeza, porque lo consideraban un profesional responsable, pero los dejó en el aire con varios proyectos.

—¿Desde dónde fue enviado el mensaje? —preguntó Sofía.

—Según el propio Avana, desde Italia.

—Sería una buena idea corroborarlo —opinó Santiago—. Comunícate con la "Polizia di Stato" en Italia. A ver si podemos averiguar dónde trabajó el señor Avana y hasta cuándo. Pregúntales también por la esposa y si hay registro del niño en alguna escuela italiana. Sugiéreles que comiencen por Verona.

—Sí, señor.

—Diji. ¿Sacaste algo en claro de la entrevista con el director de la escuela?

—La historia es bastante similar. Hace poco más de tres años, los Avana se entrevistaron con él para que permitiera que su hijo Diego abandonara la escuela antes de que concluyera el año escolar.

—¿Qué tan avanzado estaba el año?

—Recién comenzaba. Por supuesto que el director no recibió la idea con agrado, pero dice que los padres fueron muy insistentes. Le hablaron de la necesidad de salvar su matrimonio. Argumentaron que la integridad de la familia era más importante que seguir las convenciones escolares. Que ellos podían hacerse cargo de impartirle las lecciones durante el viaje. Que la escuela después podría evaluar al niño para comprobar que había aprendido lo que le exigía el año escolar. Que ese viaje sería una oportunidad para que

aprendiera otros idiomas y ampliara sus horizontes. A regañadientes, el director accedió.

—¿Por qué lo hizo si en realidad no estaba de acuerdo?

—Me confesó que tuvo la certeza de que si se negaba, de cualquier forma los Avana continuarían con sus planes, pero en ese caso, el chico quedaría en una situación más precaria en cuanto a su educación.

—Parece extraño, tomando en cuenta que todos los que conocieron a los Avana los consideraban personas responsables, que querían mucho a Diego —reconoció el comisario—. ¿Qué le hizo pensar al director que serían capaces de poner en riesgo la educación de su hijo de esa forma?

—Dice que parecían muy decididos. Además, cuando se llevó a cabo la entrevista, un lunes, ya el niño había faltado a clases, aunque tenía que examinarse ese día.

—Espera —intervino Remigio—. ¿Estás diciendo que el niño faltó a examinarse cuando aún no habían salido de Haro, ni hablado con el director? Eso sí es extraño. No conozco a ningún padre que haría algo así —Los demás le prestaron mucha atención—. Quiero decir, la prioridad para cualquier padre después de la salud de sus hijos suele ser su educación.

—Tienes razón —confirmó el comisario, que también tenía hijos—. En una familia responsable y bien estructurada como todos los testigos nos describen a los Avana, la única justificación razonable para permitir que un hijo abandone los estudios, es que su salud esté comprometida.

—¿Cree que el chico pudo estar enfermo, pero ellos quisieron mantenerlo en secreto? —preguntó Sofía.

—Creo que vale la pena investigarlo. Diji, habla con la señora Ferro, a ver si sabe quién era el pediatra de Diego. Tal vez el motivo que hizo actuar de forma tan extraña a los Avana esté relacionado con la salud de su hijo.

—Sí, señor —respondió Cheick.

—Sofía. La señora Avana. ¿Qué puedes decirnos de ella?

—Natalia Avana tenía treinta y dos años. Chef de repostería. Era considerada de las mejores en su especialidad, así que la cotizaban mucho. Estaba contratada para hacer los postres que servían en el restaurante del hotel Aranda, pero también trabajaba a destajo para un servicio de cáterin. En ambas empresas la recuerdan con respeto y cariño. Lamentaron mucho que se marchara. La historia coincide con la de su esposo. Les avisó que se ausentaría temporalmente por un viaje y luego dimitió por una nota de correo. Pese a ello, no le guardaban rencor. Sus compañeros de trabajo la

llamaban "La Brujita" porque siempre tenía un remedio casero para cualquier eventualidad, desde un resfriado hasta quitar una mancha. Además, le gustaba leer acerca de plantas medicinales y sus usos.

—¿Alguna vez trató de lucrarse con esos conocimientos? —Quiso saber Manuel.

—No. No estamos hablando de una curandera. Era más bien una afición que le permitía dar consejos en situaciones cotidianas. También era seguidora del movimiento "New Age", meditación, yoga, ese tipo de cosas.

—¿Pertenecía a algún grupo organizado?

—No. Lo más parecido al respecto que encontré fueron las clases de yoga. Visité la escuela que frecuentaba y hablé con su instructora, Laura Gómez. La historia se repite. Avisó que se ausentaría por un tiempo debido a un largo viaje, pero no apareció más.

—Eso nos deja más o menos donde estábamos —la interrumpió Miguel.

—No del todo —ripostó Sofía—. La señorita Gómez me dijo un par de cosas interesantes.

—¿Cuáles?

—La semana anterior al intempestivo viaje, Natalia manifestó estar muy esperanzada porque acudiría a un retiro familiar que se llevaría a cabo el fin de semana. Además, estaba tan entusiasmada que se lo recomendó a sus compañeras de clase. Hubo una sola persona que le preguntó más acerca de ello.

—¿Quién? —preguntó Santiago.

—Ágata Vilaró. Estaba tan interesada que Natalia le entregó un folleto que llevaba en la cartera.

Capítulo 9.

—Señor Néstor Salazar —llamó el alguacil con voz alta y clara.

El aludido hubiera agradecido que en ese momento se lo tragara la Tierra, pero al parecer Dios no estaba por la labor de hacer milagros ese día, así que no tuvo otra alternativa que entrar al tribunal. Contrario a su costumbre, vestía un buen traje bien planchado. Y hasta se había peinado. El gabán lo dejó en Haro, así que enfrentaba el invierno madrileño con un abrigo de buen corte. El tribunal no era un buen lugar para presentarse con su habitual imagen desaliñada y desgarbada.

Se encontró en una sala amplia, pero donde se habían repartido los espacios para llevar adelante varias causas a la vez. El alguacil lo llevó hasta quedar frente al juez que conducía su caso. Se trataba de una mujer de rostro avinagrado, que le lanzó una mirada indiferente, que al mismo tiempo le pareció recriminatoria. Una cosa rara. O tal vez serían sus nervios, por culpa de los cuales su imaginación le jugaba malas pasadas. Junto a su señoría, que estaba sentada en su tribuna, había una mujer de mediana edad ataviada con una toga. Esta sí lo miró con franco desprecio, sin lugar a dudas. Debía tratarse de la parte acusadora.

—¿El señor Néstor Salazar? —Quiso comprobar la juez.

—Sí, señoría.

—¿Dónde está su abogado?

—Eh…No tengo, señoría… Quiero decir, no tuve tiempo…

—¿No tuvo tiempo? —intervino la abogada—. Se le notificó de esta vista hace una semana. ¿No tuvo tiempo de encontrar un abogado, o encontró este asunto de poco interés?

—Eh… Estaba de incognito en un caso, y… En fin, que asumiré mi propia defensa —respondió él, que no quiso dejar en mal lugar a Dika, que fue quien firmó cuando se recibió la citación.

—De acuerdo, si es su decisión, adelante —aceptó la juez—, pero que conste en acta que la ausencia del abogado defensor no puede ser argumento para una apelación, porque es deseo expreso del demandado.

—¿Puedo saber por qué me han demandado, señoría?

—Se le notificará en breve —respondió ella abriendo una carpeta, luego frunció el ceño y lo miró como si él se hubiera transmutado en un gusano—. Se trata de una demanda de paternidad.

—¡De qué? —exclamó Salazar, sintiendo que el suelo se abría bajo sus pies. ¡A buenas horas mangas verdes! Pero no, Dios no venía en su auxilio. Era su cerebro consciente que lo traicionaba, queriéndolo abandonar en aquel aciago momento. Se recompuso. ¡Y a él quien le había mandado presentarse sin defensor! ¡Tarugo!

—Ha escuchado usted a la perfección, señor Salazar. Hay una demanda de paternidad contra usted introducida por la señora Sara Villanueva.

—¡Sara! ¿Sara? Pero si no he visto a Sara desde hace al menos nueve años. Ni siquiera sé dónde está ahora.

—Pero reconoce que hace nueve años sostuvo una relación estable con la señora Sara Villanueva y que convivieron durante al menos dos años. No trate de negarlo, señor Salazar, porque tenemos testigos.

—Pues sí, por entonces teníamos una relación bastante estable, pero aquello se terminó. Ella me abandonó.

—Tal vez la relación con la señora Villanueva terminara, señor Salazar —concedió la abogada—, pero tuvo consecuencias. Para ser más concretos, un hijo, que ahora cuenta ocho años de edad.

Si le hubieran echado un balde de agua fría por encima a Néstor, no le hubiera causado tanta impresión.

—¿Un hijo? —balbuceó—. ¿De ocho años? Pero… Nunca me lo dijo. ¿Por qué?

—La señora Villanueva habrá tenido sus motivos —respondió la abogada, acompañando sus palabras con una mirada acusadora que dejaba claro lo que pensaba de los hombres a quienes nadie les daba noticia sobre su paternidad—. Sin embargo, en esta demanda ella ha decidido dejar clara la identidad del padre de su hijo y eso implica una serie de responsabilidades que deberá afrontar a partir de ahora, señor Salazar.

—¿Responsabilidades? —murmuró Néstor, todavía en estado de shock.

—La señora Villanueva está padeciendo en este momento una grave enfermedad y por ello se ve imposibilitada de cuidar en forma apropiada del hijo de ambos —continuó la abogada—, razón por la cual ha decidido cederle a usted la guardia y custodia del menor. Es la solicitud que se hace ante este tribunal.

—¿Guardia y custodia?

—¿Quiere dejar de repetir todo lo que digo, señor Salazar? —inquirió la abogada de mal humor—. Sabe lo que es la guardia y custodia. ¿No es así?

—Sí, sí, claro que sí.

—Muy bien, en ese caso continuemos —propuso la juez—. ¿Tiene alguna objeción, o algún alegato que hacer, señor Salazar?

—Yo…

La juez esperó la respuesta del demandado por unos segundos. Néstor se quedó en silencio, pues no sabía qué decir. Solo atinó a negar con una sacudida de la cabeza.

—¿Reconoce entonces que el menor de ocho años, Salvador Villanueva, hijo de la señora Sara Villanueva, es también su hijo?

—Reconozco que podría serlo —admitió Néstor.

—Este tribunal tiene información de que el lugar de residencia del demandado es la ciudad de Haro, en la provincia de La Rioja.

—Sí, señoría.

—¿Es usted soltero, o casado?

—Soltero, señoría, hasta donde sé —respondió él, mientras cruzaba los dedos por detrás de la espalda, no fuera a presentársele una sorpresa con Rosa…

La juez lo fulminó con la mirada porque creyó que estaba haciendo mofa de ella. Néstor puso su mejor expresión de inocencia, aquella que conmovía hasta a Paca.

—Este es un asunto serio, señor Salazar. Está en juego el bienestar de un menor de edad. El tribunal necesita establecer si las condiciones que usted puede ofrecerle a su hijo son idóneas.

—Sí, señoría —respondió Salazar, que no podía creer que el "hijo" del que estaban hablando fuera nada menos que de él. ¿Pero por qué Sara no le había dicho nada? ¿Y por qué se fue de aquella manera tan inesperada, si estaba embarazada? Aquellas preguntas daban vueltas en su cerebro de policía.

—¿Vive usted en un piso propio, o alquilado?

—Alquilado.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo allí?

—Casi nueve años.

—¿Vive solo?

—Con una gata, señoría —la juez volvió a fulminarlo. Por lo visto los gatos no contaban. No pensaría lo mismo si conociera a Paca.

—¿A qué se dedica, señor Salazar?

—Soy policía. Inspector, señoría.

—Bien. Eso explica muchas cosas.

¿Qué había querido decir con eso? Salazar se sentía como un reo frente al tribunal de la inquisición.

—De acuerdo, en vista que la cesión de la guarda y custodia es voluntaria por parte de la madre, que ella por motivos de salud se declara incapaz de proporcionar el bienestar que debe recibir el menor y que el señor Salazar no ha planteado inconvenientes, ni ha presentado pruebas que desmientan a la demandante, este tribunal decide que se llevaran a cabo los procedimientos pertinentes a la entrega de la guardia y custodia de Salvador Villanueva, de ocho años de edad, al señor Néstor Salazar, de profesión policía y residente de Haro.

—Espere —la interrumpió Néstor—. ¿Me está diciendo que debo hacerme cargo de un niño de ocho años?

—¡Silencio! No me vuelva a interrumpir, o lo multaré. Una trabajadora social le hará una visita en Haro para comprobar que las condiciones de su casa son las más apropiadas para recibir a un menor. También para conocer el ambiente en el cual se desenvuelve. Tiene cuatro días para llevar a cabo las adaptaciones pertinentes.

—¡Cuatro días? ¿Y qué ocurrirá si no puedo llevar a cabo esas "adaptaciones"?

—El menor pasará a custodia temporal del estado. Además, usted será multado por desacato a la orden de este tribunal.

—Entonces no tengo otra opción.

—Puede apelar, señor Salazar. Y solicitar una comprobación por prueba de ADN, si sospecha que el menor no es su hijo.

—¿Qué ocurriría en ese caso?

—El niño sería internado en un Centro de Acogida mientras el Tribunal de Apelación emite sentencia. Una sentencia que usted tendría que acatar sin discusión.

Las palabras "Centro de Acogida" golpearon a Néstor como un bofetón y la imagen de él mismo con doce años, llorando en silencio por las noches en una habitación llena de chicos en su misma situación, le hizo tomar una decisión.

—Nada de eso será necesario, señoría. En cuatro días estaré en condiciones de cuidar a mi hijo.

A Néstor le pareció que el tiempo pasaba volando durante el viaje de regreso a Haro a bordo del último tren de aquel largo día, en el que en pocos minutos se había convertido en padre soltero. Al salir del tribunal, lo primero que hizo fue llamar a Santiago para tranquilizarlo acerca de la causa de la demanda. Aunque pospuso el momento de darle la noticia de que era tío, pues algo así prefería decírselo en persona, sí le informó que no debía preocuparse, pues el asunto no era grave. ¡Ja! ¡Que no era grave! Sabía que la vida le cambiaría ciento ochenta grados, pero no era momento de agobiarse. Después de su hermano habló con Gyula. Tampoco le aclaró mucho, pero sí le pidió el favor de que fuera a una mueblería, que comprara un sofá-cama y que hiciera que se lo llevaran a la buhardilla lo antes posible. Más tarde arreglaría cuentas con él. Su amigo le notificó que en su ausencia había llegado la factura del servicio de agua. ¿Sería otra mala noticia, o la solución de un problema? En los últimos dos meses aquellas facturas llegaban con cifras astronómicas. Él había puesto una queja en el servicio de abastecimiento de agua, pero no había prosperado. Insistían en que ese había sido el consumo.

Gyula le sugirió que buscara un fontanero que hiciera una revisión de su piso. Tal vez hubiera una fuga que justificara semejante gasto de agua. Salazar siguió su consejo, pero también fue inútil. No había ni una triste gotera. Así que ahora temblaba cada vez que llegaba la factura del servicio de agua. Pero ese era un problema cuya solución tendría que posponer.

Cuando colgó, después de hablar con su amigo, tomó una decisión. Se acercó a la abogada, que aunque no había cambiado su actitud hostil hacia él, cuando menos suavizó un poco su mirada de desprecio. Al parecer esperaba más resistencia por parte del atribulado nuevo padre.

—¿Qué quiere, señor Salazar? Cualquier aclaratoria sobre sus nuevas responsabilidades debe ser resuelta con la juez —Fue su recibimiento cuando lo vio aproximarse.

—Tengo muy claras cuáles son las responsabilidades de un padre, gracias. No es eso de lo que quiero hablarle.

—¿Entonces?

—Es acerca de su cliente. De Sara.

—Comprenderá que debo confidencialidad y lealtad a la señora Villanueva —ripostó ella, a la defensiva.

—Lo cual la enaltece, señora abogada —la alabó Néstor con su expresión de hipocresía más descarada, pues aquella arpía había arremetido contra él con todo su arsenal legal sin ninguna piedad—, pero comprenderá también que yo soy humano —Ella lo miró como si dudara que él gozara de semejante condición.

—¿Adónde pretende llegar, señor Salazar? ¿Qué quiere de Sara?

—Aunque es cierto que no nos hemos visto desde hace nueve años, tuvimos una buena relación antes de eso. Yo la quería. De verdad. Usted dijo allí adentro que estaba muy enferma. ¿Podría decirme qué le ocurre?

La abogada calibró a Néstor con la mirada. Esta vez, él no tuvo que disimular la expresión. Su preocupación era sincera.

—De acuerdo. Tiene cáncer. Bastante avanzado, así que deberá someterse a un tratamiento muy intenso.

—¿Qué probabilidades…?

—No le han ofrecido muchas esperanzas, por eso teme por el bienestar de su hijo. Es una madre ejemplar. Vive para Salvador. No tiene idea del sacrificio que representa para Sara separarse de su hijo cediéndole la guardia y custodia a usted. Lo hace pensando solo en el niño, pues solo desea lo mejor para él. No quiere que Salvador pase por el trance de presenciar su deterioro por la enfermedad, ni correr el riesgo de que termine en un "Centro de Acogida" cuando todo esto termine.

—Comprendo —respondió él—. ¿Puedo pedirle un favor?

—Depende.

—Me gustaría visitarla y hablar con ella.

—No lo sé… No…

—Mi intención no es hacer ningún reclamo. Quiero visitarla como amigo. Como le dije, tuvimos una bonita relación hace muchos años.

—No estoy segura. Eso puede ser cierto, pero ella lo abandonó a usted sin razón aparente. Y ahora lo demandó, forzándolo a hacerse cargo de su hijo…

—En los últimos meses he aprendido de la forma más dura, que el perdón reditúa mejores beneficios que el rencor. Acerca de la demanda, comprendo y admiro la preocupación de Sara con respecto a su hijo… A nuestro hijo, Le aseguro que no haré, ni diré nada que la haga sentir mal.

—De acuerdo. Tal vez ahora comprendo por qué ella decidió que Salvador estaría bien con usted, si ella falta —claudicó la abogada, que ahora miraba a Néstor como si hubiera reconocido su condición humana.

Un par de horas después, tras un pequeño refrigerio en un bar cercano, Salazar entraba en la habitación 123 del hospital "La Paz". Néstor recibió una impresión casi tan fuerte como cuando le dijeron en el tribunal que era padre. Nunca hubiera reconocido a Sara en la demacrada y envejecida mujer que lo miró con tristeza y cierto temor desde la cama.

—¿Néstor? ¿Qué haces aquí?

—Hola Sara. Vengo de los tribunales. Quise hacerte una visita.

—Escucha, sé que no estuvo bien que supieras de la existencia de Salvador de esa forma —Se disculpó ella, mientras se incorporaba un poco en la cama—, pero es que estaba desesperada y…

—No te preocupes. No he venido a reprocharte nada —la tranquilizó él, mientras se sentaba en una silla junto a la cama—. Solo quise hacerte una visita para saber cómo estás.

—Eres un sol —dijo Sara, relajándose—. Pues ya ves. No queda mucho de la Sara que conociste.

—No lo creo. Me ha dicho tu abogada que eres una leona cuando se trata de defender a tu… A nuestro hijo. Esa es la Sara que conocí.

—Gracias. ¿Qué ocurrió en el tribunal? ¿Qué pasará con Salva?

—Pues se quedará conmigo por supuesto, que para eso soy su padre —Sara suspiró con alivio—. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—No lo sé. En esa época era muy egoísta. No pensé bien lo que hacía. Te abandoné y luego supe que estaba embarazada. Sentí vergüenza. Cuando quise contártelo habías desaparecido. No había nadie en el piso y ni Padilla, ni tus compañeros quisieron darme información sobre ti.

—¿Les explicaste que estabas embarazada? ¿Qué el niño era mío?

—No. Solo les conté que quería volver contigo, pero fueron muy herméticos. No me fue posible encontrarte. Me ocupé de Salva yo sola. Es un chico maravilloso —le anunció ella, sonriendo—. Todo iba bien hasta hace unos meses, cuando comencé a sentirme cansada y débil. Creí que era un resfriado, o algo así. Fui al médico y ya ves. Cuando me informaron acerca de la gravedad de mi estado, me desesperé. Mi madre murió, ¿sabes? No sabía a quién acudir para que cuidara de Salva. Dulce, mi abogada…

—Espera —la interrumpió Néstor—. ¿Tu abogada se llama Dulce?

—Sí. Dulce Soler. Es mi vecina. También quiere mucho a Salva.

—Quien lo diría —murmuró Salazar pensativo—. Lo siento, continúa.

—Está bien. Le conté a Dulce mi predicamento. Que no sabía cómo localizar al padre de Salva. Ella me sugirió lo de la demanda. Me dijo que

los tribunales tenían medios para encontrarte por mí. ¿Dónde vives ahora?

—En Haro.

—Lamento si te causé algún problema, Néstor.

—No, está bien. Todo está bien.

—¿Te has casado?

—No.

—Las chicas de Haro deben estar ciegas —Lo lisonjeó ella con una sonrisa.

—No lo creas. Al contrario. La mayoría son muy listas.

—No sabes la tranquilidad que siento al saber que nuestro hijo estará a salvo contigo.

—Cuidaré bien de él mientras te recuperas.

—No creo que me recupere, Néstor —murmuró ella con tristeza.

—No digas tonterías. Claro que te vas a recuperar. La Sara que yo conozco no dejaría solo a su hijo. Tienes que reponerte y seguir luchando. Por Salva.

—Seguiré tu consejo. Haré lo posible —respondió ella, mientras le tendía la mano y se la cogía.

Salazar salió del hospital con el corazón en un puño. Se fue a la estación y llegó a tiempo para coger el último tren de la jornada. Prefería pernoctar en Haro. Todavía tenía mucho que hacer: informar a su familia de su nueva condición de padre, preparar su casa para recibir a un pequeño, hacer indagaciones sobre la escuela. Todo ello en cuatro días. Además, también tenía un triple homicidio que resolver.

De la estación se fue a la casa de su hermano, luego de advertirle su visita por el móvil. Santiago percibió turbación en la voz de Néstor y se preocupó. Cuando Salazar llegó, después de los saludos y ofrecimientos de cortesía, se reunieron en el salón. Los gemelos ya dormían, así que Santiago, Néstor y Carmela pudieron hablar sin interrupciones.

—Tienes mala cara —comentó Carmela, mirando a su cuñado—. ¿Qué ha ocurrido?

—Debo informaros de algo importante que ni siquiera imagináis. Creo que voy a necesitar vuestra ayuda.

Capítulo 10.

La visita de Néstor a su familia se prolongó por varias horas. Santiago quedó tan desconcertado como el propio inspector, así que no supo qué debía hacer, o decir. Carmela, sin embargo, después de la sorpresa inicial reaccionó con la lógica eficiencia de una madre bien entrenada.

—Si el niño tiene ocho años, solo es un poco mayor que los gemelos. Lo primero que debemos hacer es conseguirle plaza en la escuela.

—¿Debemos? —intervino Salazar—. Te agradezco mucho tu buena disposición a ayudarme, Carmela, pero no quiero causarte problemas. Ya tienes bastante con cuidar a ese par de diablillos que duermen arriba.

—¡No digas tonterías, Néstor! Confiésame con honestidad, ¿de cuántos niños te has hecho cargo en tu vida?

—De ninguno, la verdad.

—Entonces necesitarás ayuda. Es posible que seas muy brillante atrapando criminales, pero cuidar de un chiquillo es algo muy diferente. Y tendrás que hacerlo sin descuidar tu trabajo.

—Tengo que confesar que la idea me agobia. Ni siquiera puedo cuidar yo solo de una gata. Sin la ayuda de Gyula y ahora de Dika, estaría perdido.

—¿Quién es Dika?

—La novia de Gyula. Ya la conoceréis. Ya.

—Vas a tener que aceptar ayuda también con el niño, Néstor —le advirtió su cuñada—. Y organizarte. Si lo deseas, mañana puedo concertarte una cita con el director de la escuela de los gemelos para que reciba al chaval aunque ya ha comenzado el curso. Él te indicará cuál es la documentación necesaria.

—Documentación —puntualizó Néstor, al mismo tiempo que asentía con la cabeza. Comenzó a tranquilizarse, pues Carmela le estaba hablando de pasos concretos, algo que sí podía manejar—. ¿Qué más?

—Tendrás que llevarlo a clases por las mañanas. Santiago, o yo podemos recogerlo a la salida cuando vayamos a por Lucas y Sebas. Lo traeremos aquí y yo me ocuparé de que haga los deberes. Luego lo podrás venir a buscar, o te lo llevaremos a casa.

—Gracias Carmela. No sabes lo que significa para mí.

—No es nada, pero tendrás que cambiar algunos hábitos.

—Claro, pero ¿cuáles?

—El refrigerador no puede estar siempre vacío. Aunque las comidas principales sean del bar de Gyula, siempre debes tener leche, frutas, yogures, algún embutido, pan, por si al chiquillo le da hambre fuera del horario regular.

—Entendido. ¿Alguna otra observación?

—¿Dónde va a dormir?

—Hablé con Gyula desde Madrid para que comprara un sofá-cama y lo hiciera llevar a la buhardilla. Cederé mi cama al niño y yo dormiré en la sala.

—Como solución temporal está bien —reconoció Carmela—, pero es probable que ambos sientan la necesidad de más espacio. Tal vez sería buena idea que pensaras en buscar un piso con al menos dos habitaciones para que podáis estar más cómodos.

La posibilidad de tener que dejar la buhardilla le causó una sensación de desasosiego a Salazar. Solo entonces comprendió el vuelco que había dado su vida.

—Si es necesario, lo haré.

Después de concretar los pasos a seguir para que pudiera hacerse cargo de su hijo y aceptar cenar con ellos, Carmela se fue a la cocina, dejando a los dos hermanos para que pudieran hablar del trabajo. Santiago le informó a Néstor acerca de los avances del día.

—Lo que más me sorprende es la forma intempestiva en que los Avana se plantearon ese viaje, además de la decisión de dejar toda su vida atrás para comenzar de nuevo en otro país. No comprendo qué relación podría tener esa mudanza con la resolución de los problemas de pareja —reconoció el inspector—. Por otro lado, la coincidencia de Natalia y Ágata en la clase de yoga da que pensar.

—¿Crees que la instructora de yoga esté involucrada?

—No lo creo. De ser así, no le hubiera mencionado a Sofía la presencia de Ágata.

—Tampoco sabemos cuál es el papel de la señora Vilaró en todo esto —apuntó el comisario.

—Es cierto. Tenemos el cadáver de Natalia, pero de momento Ágata solo está en paradero desconocido. Su única relación aparente con el caso es el carné de la biblioteca.

—Que tomando en cuenta el lugar donde lo encontramos, no es poca cosa.

—¿Cuáles son las líneas de investigación que tenemos abiertas hasta ahora? —Quiso saber Salazar.

—Manuel quedó encargado de investigar a la familia Vilaró y de ser posible, localizarla. Miguel se ocupará del hermano del occiso. Ordené a Remigio averiguar todo lo que pudiera sobre los Avana en Italia: trabajo de los padres, escuela del niño, dónde se establecieron. Por otro lado, Diji tratará de encontrar al pediatra de Diego Avana. También estamos esperando los resultados de científica con respecto a los objetos encontrados en el piso de los Vilaró.

—Es un buen comienzo —reconoció Néstor—. Creo que también es importante tener una conversación con el consejero matrimonial de los Avana. El que les sugirió el viaje como solución a sus problemas.

—Podéis encargaros de eso tú y Sofía.

—Creo que es mejor que me ocupe yo solo. Sería interesante que Sofía volviera a hablar con la instructora de yoga, para que nos cuente acerca de la relación entre Natalia y Ágata. Además, podría obtener más información sobre ambas mujeres, pero en especial me interesa mucho Ágata, que en este asunto es más etérea que un fantasma.

—Sí, tienes razón, yo también estoy convencido de que la señora Vilaró es clave para la resolución del caso.

Después de cenar y aplacar su ánimo gracias al apoyo que le habían ofrecido Santiago y Carmela, Salazar se encaminó a su casa. Ya era noche cerrada y hacía bastante frío. Se alegró de estar usando el abrigo, porque con aquella temperatura el gabán hubiera sido insuficiente. Contra su costumbre cogió un taxi.

Pese a que se sentía cansado por el largo día de sacudidas emocionales, comprendió que no podía pasar por la puerta del bar sin dar una explicación a Gyula. Aunque no de sangre, él también era su hermano. Se lo debía.

Néstor había perdido su impecable apariencia de la mañana en el transcurso del día, así que no se veía muy diferente a lo habitual aunque no llevara puesto el gabán. Entró al bar y se sentó a su mesa preferida. Recibió un saludo con la mano y una sonrisa por parte de Gyula y de Dika. Al pasar le hizo un gesto a su amigo que significaba que quería hablar con él en privado. Gyula dejó lo que estaba haciendo para sentarse con Salazar.

—¿Estás bien, Néstor? Te ves exhausto.

El inspector explicó todo acerca de su paternidad con lujo de detalles a la persona con la que sentía más confianza. Su amigo de la infancia, quien

le había consolado y apoyado en el "Centro de Acogida" cuando su mundo familiar se había desmoronado para cambiar su vida por completo. Gyula escuchó sin interrumpirlo, para luego echarse atrás en el asiento.

—Lo que no os pase a ti y al "pato Donald" —le dijo con media sonrisa, tratando de quitarle peso al asunto.

—Menos cachondeo, que ahora soy padre de familia.

—Pues lo único que puedo decirte es que cuentes conmigo y con Dika. Si alguna vez necesitas que cuidemos del chaval por un rato, o que lo recojamos por ti en la escuela, solo tienes que decirlo. Aquí está el tío Gyula para ayudar en lo que sea necesario.

—Gracias, amigo. No sabes lo que representa tu apoyo —respondió Salazar, poniéndose serio.

—Ah, por cierto, espera que te traigo la factura del agua.

—Si no queda alternativa —Se resignó Néstor.

El tabernero se ausentó por unos minutos de la mesa y regresó con un sobre. Salazar lo abrió como si se tratara de su sentencia de muerte. Cuando vio la cifra palideció.

—¡Más de noventa euros! Pero si vivo solo, ¿cómo es posible?

—¿No te dejarás alguna llave abierta por ahí? Mira que tú eres un poco despistado.

Salazar lanzó una mirada ofendida a su amigo, que hacía esfuerzos por contener la risa.

—Esto tiene que ser un error administrativo —concluyó el inspector.

—Será que te están facturando el agua de regadío de algún viñedo —propuso Gyula con una expresión de inocencia que levantó las sospechas de Néstor.

—Tú no estarás detrás de esto, ¿no?

—¡Desde luego que no! ¿Qué crees? ¿Qué te estoy endosando la factura del bar? Ni queriendo podría hacer algo así.

—Bien, supongo que en algún momento tendré que ocuparme de este asunto —asumió Salazar con resignación—. En cualquier caso, mi prioridad ahora es el chiquillo. Espero que no os cause problemas hacerle compañía de vez en cuando.

—Vamos, que después de cuidar a la neurótica de Paca, ocuparnos un rato de un chiquillo de ocho años es pan comido.

—Pero qué perrera os ha entrado a todos con que Paca es neurótica.

—¡Ah! ¿No lo es?

—Desde luego que no. Es solo que no la comprendéis.

—¡Ja! El otro día la pillé in fraganti destruyendo el rollo de papel higiénico, cubierta por completo con los jirones. Cuando me vio se sentó a un lado para mirarme con cara de falsa inocencia, como si ella no tuviera nada que ver con el desastre que había causado. El único detalle es que llevaba encima una manta de papel blanco.

Salazar no pudo contener la carcajada.

—Es una gata con muchos recursos. De eso no hay duda.

Capítulo 11.

El día siguiente comenzó muy temprano para Salazar. Paca saltó sobre él antes de que saliera el sol. Siempre lo despertaba así, pero por lo general esperaba al amanecer. Néstor no dudaba que el cambio de horario fuera una forma de reprenderlo por haberla ignorado la noche anterior. Antes de irse a dormir, él le había hecho una rápida caricia detrás de las orejas, que ella recibió cerrando los ojos con un ronroneo de placer, pero su humano sabía que eso no era suficiente para sustituir sus vespertinas caricias en el lomo. No se podía jugar con los sentimientos de una gata sin sufrir las consecuencias. ¡Faltaría más!

De cualquier forma, madrugar le vino bien a Néstor, porque tenía bastante que hacer. Después de ducharse, rasurarse y llenar el cuenco de leche de Paca, que ya comenzaba a mirarlo con resentimiento por su demora, encendió el ordenador portátil con el fin de hacer una transferencia a Gyula para pagarle lo que había abonado para el sofá-cama y para que le pudiera comprar víveres, siguiendo las instrucciones de Carmela.

Miró el sofá donde él y Paca solían filosofar acerca de la vida y de los casos en los que él trabajaba. Se preguntó cómo se tomaría su gata el cambio. Aquel sofá era su mueble favorito. Esperaba que no hubiera represalias muy severas. Paca podía ser muy creativa cuando se enfadaba con él. Hizo el intento de ponerse al día con las noticias, pero la gata saltó a la mesa y se echó sobre el teclado, mientras lo miraba desafiante. Él la retiró con suavidad, para hacerla a un lado, pero en cuanto la soltó, ella volvió a acostarse frente a la pantalla. Nada, que no había manera. Néstor decidió que tenía las de perder en ese duelo, así que decidió marcharse.

Como ya era costumbre, se aseguró de que no hubiera ningún recoveco donde la gata pudiera quedar atrapada, cogió su gabán y bajó a desayunar al bar de Gyula. Su amigo lo recibió con el buen humor de siempre, le reiteró su buena disposición a ayudarlo con el chiquillo y le anunció que Dika estaba entusiasmada con la idea, pues ella se sentía muy a gusto con los niños.

Para variar, Néstor desayunó con calma antes de encaminarse a la comisaría. Si bien la noche anterior Santiago lo había puesto al día con el caso, quería leer los informes y comprobar si había llegado alguna

información de científica, antes de comenzar su búsqueda del escurridizo terapeuta.

García lo recibió en la puerta con una sonrisa amistosa. Era evidente que se mordía la lengua para no preguntarle cuál había sido el motivo de su ausencia el día anterior. Había que ver que era cotilla. Néstor simuló no darse cuenta de la expresión de curiosidad del guardia. Subió las escaleras y saludó a Lali. Ella no se contuvo.

—Buenos días, inspector jefe. Llega usted muy temprano hoy. Ayer lo echamos mucho de menos. Espero que su ausencia no haya sido por un problema de salud.

—Buenos días, Lali. Descuida, mi salud está muy bien. ¿Ha llegado el comisario?

—Todavía no. Debe estar llevando a sus hijos a la escuela. Ayer me advirtió que llegaría unos minutos más tarde. Que bien portados son esos chiquillos. ¡Y que guapos! ¿Verdad? ¿Los conoce usted?

—Desde luego —respondió Néstor. Pocas personas sabían acerca de su parentesco con Santiago. En la comisaría, solo Sofía. Se preguntó si los "buenos chiquillos" a los que se refería Lali serían los mismos "Zipi y Zape" que él tenía por sobrinos—. Son buenos chavales —le confirmó—. Estaré en mi despacho un rato, Lali. Cuando veas a la subinspectora Garay, por favor dile que quiero hablar con ella.

—Muy bien, inspector jefe.

Salazar entró en su oficina, la que antes había sido del comisario. Las copias de los informes sobre el caso estaban en su escritorio. Las leyó con detenimiento. Luego encendió el ordenador para comprobar si contaban con nuevos datos de la científica. Habían terminado la experticia del coche con algunos hallazgos interesantes.

El vehículo tenía raspones y golpes en el frente y los costados, pero no en el techo, que estaba intacto, lo cual significaba que en ningún momento había volcado. El golpe más severo fue en el frente, donde colisionó contra el árbol que lo detuvo en su descenso por la ladera. Un impacto que deformó la chapa, pero que no fue lo suficientemente fuerte para activar el airbag.

En el interior había huellas digitales que correspondían con las víctimas. El cinturón de seguridad de Natalia tenía un alambre desprendido del broche donde encontraron una gota de sangre. Habían enviado la

muestra al laboratorio para comprobar si pertenecía a alguna de las víctimas.

La conclusión de los peritos era que el coche se había salido de la carretera en la curva a poca velocidad y que luego se deslizó por la ladera, sufriendo daños moderados que no explicaban la muerte de las tres personas que viajaban en él cuando ocurrió el siniestro.

Néstor pasó a ocuparse de los informes de las autopsias. Como le había adelantado Javier, la causa de la muerte en el niño había sido fractura de las cervicales y cuando ocurrió el deceso, la víctima estaba de pie. No había señales de maltrato, ni abuso, pero sí mostraba bajo peso para su edad y poco desarrollo muscular, como si tuviera problemas de mala nutrición. Algo extraño en una familia bien estructurada como los Avana, a menos que el chico sufriera alguna enfermedad que lo explicara.

Con respecto a Vicente Avana, la causa de la muerte había sido "traumatismo craneoencefálico con fractura de maxilar superior". Molina concluyó que el golpe que lo mató había sido propinado con un bate. Las mordeduras de perro en sus extremidades las había sufrido minutos antes de morir.

Natalia, al igual que Diego, estaba libre de otras señales de maltrato, o de mordeduras. También había muerto por un golpe en la cabeza, pero en la parte posterior del cráneo y en su caso no había sido con un bate. El área de impacto tenía forma de media luna de una pulgada de diámetro, lo cual concordaba con la cabeza de un martillo. Los dos adultos también mostraban señales de pérdida muscular y peso muy bajo para sus correspondientes estaturas.

En el estómago de las tres víctimas había restos de alimentos, todos vegetales. Su última comida había sido muy escasa en proteínas, lo cual según Molina, podría explicar los signos de mala nutrición, en el caso de que ese tipo de dieta hubiera sido mantenida en el tiempo.

Néstor se recostó en el asiento. Los resultados encajaban con lo que ya sabían, pero estos nuevos detalles lo hicieron replantearse la situación: Una dieta baja en proteínas sostenida el tiempo suficiente para afectar el crecimiento de un niño, en el caso de que se comprobara que el problema no fuera a causa de una enfermedad. Tres víctimas y tres armas homicidas. A Diego le rompieron el cuello con las manos mientras estaba de pie. Hacía falta sangre fría y ser un hijo de puta. Con respecto a Vicente, le dieron un

batazo por la cara. A Natalia la asesinaron de un martillazo en el cráneo. La idea que comenzó a formarse en su cabeza le causó escalofríos a Salazar.

Tres víctimas, tres armas, tres asesinos. No iban detrás de un homicida, sino detrás de una organización criminal. Además, no debían perder de vista el detalle de la dieta. Una dieta a todas luces inapropiada para un niño. ¿Por qué la habrían adoptado entonces los Avana? ¿Cambiaron sus hábitos voluntariamente, o fueron forzados?

La llegada de Sofía interrumpió sus razonamientos. Después de los saludos de rigor, ella le preguntó cómo le había ido en Madrid y qué le había hecho marcharse en forma tan intempestiva. Néstor se sintió cohibido por la situación. ¿Cómo decirle que era padre de un niño de ocho años al que ni siquiera conocía? Por supuesto que se tendría que enterar. Sería imposible ocultárselo, pero no en ese momento. Después de toda la montaña rusa de emociones por la que había pasado en las últimas horas, el inspector no se sintió con fuerzas para enfrentarse con semejante noticia a la persona cuya opinión le importaba más que la de cualquier otra. De manera que decidió evadir la pregunta. Ya se lo contaría en otro momento, cuando él mismo hubiera asumido la idea.

—Fue un asunto sin importancia —le mintió—. Al parecer hubo un error. El demandado era un homónimo.

—¿Y te hicieron correr hasta Madrid sin comprobar que tenían la identidad correcta? —preguntó ella con sorpresa.

—Pues ya ves —le reafirmó Salazar, consciente de que esa trola no la creería ni el más inocente. Mucho menos una policía de raza como Sofía. Él adoptó una actitud seria que despertó todavía más las sospechas de la subinspectora. Estaba segura de que Néstor le ocultaba algo importante, pero decidió dejarlo pasar por el momento.

—Pues lamento que te hayan hecho esa faena.

—Gracias, ahora volvamos al trabajo.

El inspector le explicó a Sofía las conclusiones a las que había llegado acerca del caso y ella estuvo de acuerdo, aunque la idea también le causó una fuerte impresión.

—Tres asesinos. Sí, a la vista de las evidencias es lo más lógico, pero lo que me vuelve loca de este caso es el móvil.

—Creo que si respondemos el por qué, tendremos el quién.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella.

—Vuelve a hablar con la instructora de yoga, que es la única hasta ahora que tiene nexo con las dos mujeres involucradas, con Natalia y Ágata. Que te cuente todo lo que sepa acerca de ellas y sus familias. Es importante que aclaremos si la señora Avana era vegana, si equilibraba bien su dieta, si era seguidora de alguna creencia que influyera en sus hábitos alimenticios, o los de su familia. Comprueba también si la instructora sabe algo más acerca de esas charlas que Avana le recomendó a Vilaró.

—De acuerdo, ¿qué harás tú?

—Por lo visto, Natalia era muy reservada en cuanto al terapeuta que visitaba, pero debe haber alguna forma de localizarlo. Investigaré en los lugares de trabajo de la señora Avana para ver si encuentro información al respecto. Nos vemos en la reunión del equipo que Santiago programó para la primera hora de la tarde.

Mientras Sofía salía en dirección a la escuela de yoga, Néstor se encaminó al hotel Aranda. Él y su gabán desentonaron en el lujoso ambiente en cuanto cruzó el umbral. El empleado que se encontraba en la recepción frunció el ceño al verlo, después de lo cual hizo un gesto casi imperceptible a dos hombres con traje azul oscuro y corbatas del mismo color, que se encontraban cerca de la puerta. Los tíos se le acercaron, uno desde cada lado a paso rápido, mientras algunos de los huéspedes del hotel dejaban sus aburridas lecturas para prestar atención a lo que ocurría frente a sus narices.

Salazar quiso sacar su identificación, pero en cuanto llevó la mano al bolsillo interior del gabán, uno de los seguratas se le abalanzó, lo cogió por los brazos y le aplicó una llave inmovilizadora.

—¡Oiga! ¿Qué hace? ¡Que soy policía!

—Sí, claro. Y yo soy el heredero de la corona. No te jode —respondió el segundo sujeto, que ya los había alcanzado.

—¡Que sí! Que soy inspector de policía de la comisaría de "San Miguel".

—Que no cuela —replicó el primero sin soltar la llave.

A empujones lo sacaron de la recepción del hotel y lo pusieron literalmente "de patitas en la calle". Néstor tenía que reconocer que el recurso de una apariencia descuidada podía resultar útil a la hora de interrogar sospechosos, pero en ocasiones como esta era un incordio. Por lo general se tomaba este tipo de situaciones con filosofía, pero los últimos

días habían sido muy duros y su sentido del humor estaba en sus horas más bajas, así que simplemente se cabreó.

Sacó la identificación, la desplegó y alzó la mano, como si fuera un estandarte. Imposible no verla. Luego entró con paso firme.

—¡Policía! ¡Inspector jefe Néstor Salazar, de la comisaría de "San Miguel"!—gritó desde la puerta—. Al que se interponga en mi camino lo acuso de obstrucción y me lo llevo detenido.

Los seguratas que lo habían sacado con tan malos modos abrieron las bocas al unísono, mientras el empleado de la recepción palidecía. Nadie movió un músculo. El inspector avanzó sin contratiempos hasta llegar a la recepción, donde plantó su identificación frente a la nariz del prejuicioso empleado.

—Inspector —dijo el recepcionista con voz temblorosa, mientras intentaba dibujar una sonrisa que no le salía—. ¿En qué podemos ayudarle?

—Necesito hablar con el gerente.

—Sí, por supuesto. Le avisaré de su visita. ¡Eligio! —Alzó la voz, llamando al primer segurata—. Acompaña al inspector al despacho del gerente, por favor.

—Después de ti, Eligio —Lo invitó Néstor con un gesto, mientras le ponía cara de mala leche. Era una de las expresiones que había ensayado con Paca.

—Sí, señor. Perdone lo de antes, señor.

—Nada, pelillos a la mar, Eligio, pero como me entere de que vuelves a tratar así a un ciudadano, sea quien sea, serás mi invitado de honor en un hotel donde todas las ventanas tienen barrotes y el alojamiento tiene menos estrellas que el cielo diurno.

—Acusado de qué —se envaró Eligio.

—De agresión, de asalto… Puedo ser muy imaginativo cuando me cabreo.

—Pero yo solo cumplo órdenes.

—Lo cual no te exime de responsabilidad. Podrías haberme invitado a abandonar el recinto, además de permitir que me identificara. En lugar de eso, me has inmovilizado como si yo fuera una langosta que te ibas a zampar y me has echado de aquí con cajas destempladas. Tu licencia de segurata no te autoriza a agredir de buenas a primeras a cualquier persona que no sea de tu agrado.

—Ya le dije que lo siento. Además, usted no parece policía. ¿Cómo iba a saber…?

—¿Cómo? —preguntó Néstor, más cabreado todavía—. Mira, no tengo tiempo para perderlo contigo, porque hay un caso que debo resolver, pero será mejor que cambies de actitud, chaval, o estoy seguro de que nos veremos pronto, pero en comisaría.

Eligio comprendió que le convenía cerrar la boca. Cuando llegaron al despacho del gerente llamó a la puerta y una voz los invitó a entrar. El segurata abrió para entrar primero.

—Un inspector de la policía quiere verlo, señor.

—Hazlo pasar.

El gerente era un cincuentón delgado, de cabello ralo, anteojos redondos y traje a la medida. Miró a Néstor con una mezcla de sorpresa y desprecio.

—Soy el inspector Salazar, de la comisaría de "San Miguel".

—Un placer conocerlo inspector —respondió el gerente mientras le estrechaba la mano— ¿En qué puedo serle útil?

A espaldas de Néstor, Eligio cerró la puerta y puso tierra de por medio. El inspector aceptó la invitación del gerente de sentarse en una de las sillas frente a él.

—Estoy aquí por una de sus ex empleadas, señor…

—Medina, Jaime Medina.

—Muy bien, señor Medina. Ayer atendimos un siniestro en el que estuvo involucrada la señora Natalia Avana. Tengo entendido que fue empleada de este hotel.

—¿Natalia? Sí, por supuesto, pero creí que estaba viviendo en Italia. Hace más de tres años puso la renuncia. En su momento lo lamentamos mucho, porque era una gran repostera. ¿Cómo estuvo involucrada? ¿Tiene problemas? ¿Se encuentra bien?

—Me temo que no. El coche en el que viajaba con su familia se salió de la carretera en un camino de montaña y cayó por un despeñadero. Todos los ocupantes del vehículo fallecieron.

—¡Qué calamidad! Pues lo lamento mucho, pero ¿en qué podemos nosotros ayudar a la policía con algo así?

—Hay algunos detalles que necesitamos aclarar. Debo hablar con su jefe inmediato y con sus compañeros de trabajo.

—Desde luego. Lo llevaré a la cocina.

El gerente había perdido su actitud altanera después de saber lo que le había ocurrido a su ex empleada. Era evidente que la apreciaba. Néstor lo siguió hasta la cocina. Aunque estaba acostumbrado a la trastienda del bar de Gyula, aquello estaba en otra escala. Las dimensiones eran enormes, había superficies de acero inoxidable que algunos de los ayudantes limpiaban sin descanso. Varias estufas de gas lanzaban llamaradas de diferente intensidad sobre cacerolas y sartenes con todo tipo de contenidos, que eran vigiladas por cocineros vestidos de impecable blanco. Los olores se mezclaban en un batiburrillo que hacía difícil identificarlos, los gritos iban de un lado a otro de la habitación. Todos, hombres y mujeres usaban gorros por aquello de evitar un "pelo en la sopa" y corrían de un lado al otro buscando ingredientes, o cuidando una elaboración. En el fondo, dos chicos y una chica tenían las manos metidas hasta los codos en agua jabonosa, mientras lavaban los platos.

Néstor, que era una nulidad en la cocina, veía aquello como un pintor de brocha gorda frente a un Picasso. Distraído como estaba con el maremágnum, casi se da de bruces con el cocinero jefe, un hombre tan grande como Goliat y con la misma cara de pocos amigos.

—Inspector, le presento al jefe de la cocina, el chef Ventura. Andreu, este es el inspector Salazar. Me temo que nos trae malas noticias.

—¿Qué tipo de malas noticias?

—¿Recuerdas a Natalia Avana?

—¿Nati? ¿La Brujita? Cómo olvidarla, si era "la alegría de la huerta". ¿No se había ido a vivir a Italia? ¿Le pasó algo malo?

Salazar repitió lo que le había contado al gerente. Ventura se entristeció.

—Pues ya lo lamento. Nati era una persona de las que solo nacen muy de vez en cuando. Siempre con una sonrisa, dispuesta a ayudar a todo el mundo.

—¿Profesaba alguna religión? —Quiso saber Néstor.

—Pues no lo sé. Nunca hablamos de nuestras creencias.

—¿Era vegana?

—¿Nati? Desde luego que no. Pues no pocas "patatas a la riojana" con buen chorizo se comió aquí. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada importante. Dígame, señor Ventura. ¿Era muy comunicativa? ¿Había alguien con quien se sintiera en confianza? ¿Algún amigo, o amiga?

—Era amiga de todos. Nunca tuvo trato diferente hacia ninguno de sus compañeros.

—¿Alguna vez habló de un terapeuta de pareja al que visitaba?

—Pues, no. Todos la queríamos porque siempre era la primera dispuesta a ayudar, pero con sus cosas era muy reservada. Pero ¿por qué tanto interés en la víctima de un accidente de coche?

—Existen detalles que tenemos que aclarar.

—Ya —respondió el chef, con expresión escéptica—. Pues si le sirve de algo, al dimitir se dejó algunas cosas. Quise hacérselas llegar, pero cuando me di cuenta ya era tarde y luego no supe dónde enviarlas.

—¿A qué tipo de cosas se refiere? —preguntó el inspector envarándose.

—Nada importante: un viejo llavero, un par de fotografías, una libreta donde anotaba nuevas recetas para sus postres, un bolígrafo corriente, sus espátulas y pinceles favoritos.

—¿Le importaría mostrármelas?

—Por supuesto que no.

Ventura se ausentó unos minutos y reapareció con un tupper. Lo abrió en cuanto llegó junto a Néstor. En su interior estaban todos los objetos que había mencionado.

—¿Dice que estas herramientas de repostería eran sus favoritas?

—Sí, así es. Me sorprendió que las dejara aquí.

—¿Por qué? ¿No es posible encontrarlas en cualquier tienda especializada?

—Por supuesto que sí, pero ¿cómo explicarle, inspector? En este oficio uno se hace a las herramientas, o las herramientas a uno, el caso es que aunque parezcan todas iguales siempre hay algunas con las que nos sentimos más cómodos.

—Y estas eran las que cumplían esa función para la señora Avana.

—Era con las que mejor trabajaba.

—Gracias, señor Ventura —le dijo Néstor, mientras llamaba a científica para que enviaran a alguien a recoger el tupper—. Ha sido usted de gran ayuda.

Capítulo 12.

Mientras Néstor interrogaba a todos los empleados que habían conocido a Natalia llegó el mensajero del laboratorio de criminalística de la Jefatura Superior para recoger el tupper con las evidencias. Las entrevistas no aportaron nada nuevo. Todos apreciaban a Natalia Avana porque tenía un carácter amable y siempre estaba dispuesta a ayudar, pero coincidieron en que al mismo tiempo era una persona reservada y celosa de su privacidad. Pocos tenían noticia de sus problemas matrimoniales, ni mucho menos de que visitaba a un terapeuta.

Al salir del hotel, el inspector comprobó que aún faltaban un par de horas para la reunión pautada por Santiago, por lo que se encaminó a la Jefatura Superior de Policía. Asumió que el tupper y su contenido ya estarían en el laboratorio, así que decidió apurar un poco a los peritos. Antes de llegar se detuvo en un bar y compró un par de cafés para llevar y algunas rosquillas.

Una vez en el laboratorio localizó a Casimiro Barros, el jefe de criminalística. En cuanto el veterano experto lo vio llegar puso los ojos en blanco.

—Ya vienes a darme caña, Salazar. No han pasado ni cinco minutos desde que recibí las evidencias que nos hiciste llegar. Hay cuando menos seis casos por delante del tuyo, así que ni sueñes que te daré prioridad. Espera tu turno, como todos.

—Yo también me alegro de verte Casi —lo saludó Néstor, como si no hubiera escuchado nada—. Quería agradecerte la tarjeta que me enviaste cuando estuve en el hospital.

—De eso hace ya varios meses. ¿Me quieres hacer creer que esa es la razón por la que viniste? ¿Para darme las gracias?

—Y para traerte un café, que seguro no has tenido tiempo de tomarte uno y a esta hora apetece. ¿Quieres una rosquilla? Están recién hechas.

—¡Que estoy a dieta, joder! Si mi mujer se entera de que he comido una rosquilla…

—Y cómo se va a enterar. Yo no le voy a decir nada y estoy seguro de que tú tampoco.

—Eres el diablo Salazar, viniendo hasta aquí para tentarme —lo acusó el perito, que sin embargo cogió la rosquilla que el inspector le ofrecía, así

como el vaso de café.

—Solo soy un buen amigo —respondió Néstor, poniendo su expresión más inocente. La que mejor ensayada tenía.

—Gracias por el café y las rosquillas —le dijo Casimiro, que ya le había quitado el paquete de dulces de la mano e iba por la segunda—, pero no creas que esto te va a servir de nada. El tupper espera su turno.

—Bien, tú eres el que manda aquí —reconoció Salazar, acompañando la afirmación con un suspiro. Barros lo miró con desconfianza. Lo conocía lo suficiente para saber que el inspector era más peligroso cuando parecía que se había rendido. Y por lo general no lo hacía con tanta facilidad.

Casimiro esperó, pero Néstor no dijo nada. Eso le produjo más desasosiego.

—A ver, suéltalo de una vez.

—¿Qué?

—Lo que tengas que decir.

—¿Sobre qué? —preguntó Salazar haciéndose el tonto, mientras Barros atacaba su cuarta rosquilla y terminaba el café.

—Sobre el caso del tupper.

—¡Ah el caso del tupper! Nada, no te preocupes. Solo se trata del asesinato a sangre fría de una familia.

—¿Una familia?

—Sí, ya sabes, personas que comparten su vida, se quieren y se protegen. Así como tu mujer.

—Deja a mi mujer fuera de esto. Si la conocieras, no la usarías como ejemplo.

Casimiro esperó a que Salazar se explicara mejor, pero el inspector permaneció en silencio bebiendo con lentitud su café y mirando en todas direcciones como si curioseara.

—¿Y cómo los mataron? —preguntó Barros cuando ya no pudo más con la intriga.

—A golpes.

—Joder, que bestias.

—Claro que eso fue a los padres. Al chico le rompieron el cuello.

—¿También mataron a un chico?

—De diez años.

—Vamos a ver ese tupper —resolvió Casimiro—. Tenemos que atrapar a esos cabrones.

Salazar hizo lo posible para que no se le reflejara la sensación de triunfo en la cara. Manteniendo su expresión más neutra siguió a Barros, que fue al almacén a recoger el tupper. El policía y el perito se pusieron guantes, gorros y protegieron sus ropas para no contaminar las evidencias. El contenido del recipiente era el mismo que Néstor había visto en la cocina del hotel.

—¿A quién pertenece esto? —Quiso saber Casimiro.

—Era de una de las víctimas. De la madre.

—¿Cuál objeto quieres que analicemos primero, Salazar?

El inspector ya había tomado una decisión y esperaba la pregunta.

—La libreta de recetas —respondió.

—¿Qué esperas encontrar allí?

—Haz el análisis completo, huellas y todo lo demás, pero quiero comprobar si hay escritura indentada.

—¿Crees que ella pudo escribir algo importante que haya quedado grabado en el papel por presión?

—Ella tenía esta libreta en su trabajo. Tomaba notas relacionadas con las recetas de repostería que preparaba, pero si tenemos suerte puede haberla usado para escribir algo más personal que nos dé un hilo del cual tirar. Sí lo hizo, no habría dejado la hoja con la anotación, sino que la habría arrancado para llevársela, porque esta libreta tenía una función muy precisa.

—En ese caso comencemos por ahí.

Barros cogió la libreta con delicadeza, procurando manipularla lo menos posible, separó la hoja superior con mucho cuidado y la colocó sobre el equipo de detección electrostática. Sobre una receta de Fondant había marcas claras de un nombre, acompañado por un número, además de fecha y hora.

—Anselmo Narváez —leyó Casimiro—. ¿Ves el número?

—Sí, ya lo estoy anotando —confirmó Néstor mientras escribía a toda prisa en su propia libreta—. La fecha y la hora son de hace tres años. Parece una cita.

—¿Y eso es importante?

—Mucho, en esos días la conducta de la familia fue bastante extraña.

—¿Qué quieres decir con extraña?

—Se fueron de viaje por Europa en coche dejando atrás trabajos y escuela. Luego decidieron quedarse a vivir en Italia. Nadie volvió a saber

de ellos hasta que aparecieron hace dos días como víctimas de un supuesto accidente de coche.

—¿No me dijiste que los habían asesinado? —preguntó Barros comenzando a cabrearse.

—Y así fue. El accidente fue un montaje. Todas las evidencias apuntan en ese sentido.

—¿Te sirve esta información? —preguntó Casimiro un poco más calmado.

—Desde luego. Si tenemos suerte podría tratarse del terapeuta de pareja que les aconsejó hacer el viaje. Como supondrás, nos interesa mucho hablar con él, pero hasta ahora ha sido muy difícil identificarlo. Espero que este sea su nombre.

—De acuerdo, entonces vete a investigar, o a hacer lo que sea que haces y déjame trabajar. Continuaré ocupándome de la libreta y luego me pondré con los demás objetos del tupper. ¿Las huellas de las víctimas están en el sistema?

—Por supuesto.

—En ese caso, vete a la porra, que por tu culpa hoy me he salido de la dieta.

—De acuerdo, y muchas gracias, Casi.

Néstor le estrechó la mano y se dispuso a marcharse, pero el perito lo detuvo.

—Oye, Salazar, antes de que te vayas dime algo. ¿Es verdad que vives con una gata neurótica?

—Y dale. Que no es neurótica. Es solo que tiene una gran personalidad.

Capítulo 13.

En el momento en que entraba a la comisaría, Salazar recibió una llamada de Carmela. Su cuñada le había concertado una cita para aquella misma tarde con el director de la escuela donde estudiaban los gemelos. Néstor le agradeció su ayuda y le prometió que sería puntual. Iba retrasado, así que descartó hacer una pausa para comer.

Cuando llegó a "San Miguel" subió hasta el segundo piso, donde ya se encontraba reunido el resto del equipo.

—Al fin llegas, Salazar —le recriminó Pedrera—. Ya era hora. Estábamos a punto de comenzar la reunión sin ti.

—Ese comentario no es pertinente —comentó el comisario desde la puerta mientras fruncía el ceño—. Si el inspector jefe se retrasó, debe tener buenos motivos.

—Sí, señor.

—Muy bien. Veamos cuáles son las novedades. Comienza tú, Diji.

—De acuerdo. Visité al pediatra de Diego Avana. Fue su médico desde que nació hasta que dejó de acudir a sus citas, hace tres años. Recién hoy supo la razón.

—¿Sufría el niño de alguna enfermedad?

—Negativo. Era un chiquillo muy sano. El doctor se ocupaba de sus vacunas, controlaba su crecimiento, alguna vez lo vio por un resfriado, o algo similar, pero dentro de lo que podía esperarse en un chaval normal.

—¿También su dieta era habitual? —Quiso saber Néstor.

—El pediatra me dijo que no tenía ninguna restricción de alimentos. Cuando le comenté acerca del retraso de crecimiento y el poco peso que reporta la autopsia, se sorprendió mucho. Según él, la señora Avana era una madre dedicada, que si de algo pecaba era de sobreprotección.

—¿Los Avana no contactaron con él cuando decidieron viajar? —preguntó Santiago.

—No.

—Eso es extraño —opinó el comisario—. Los que sois padres lo comprenderéis. No me sorprende que no le hayan avisado del viaje, pero una vez que decidieron vivir en Italia, lo lógico hubiera sido contactar con el médico para que les hiciera llegar la historia clínica del niño y así poder llevársela al nuevo pediatra allí donde fueran a residir.

—En relación con ese viaje hay muchas conductas extrañas por parte de los Avana —señaló Sofía.

—Tienes razón —reconoció Ortiz—. ¿Qué averiguaste con la profesora de yoga?

—Pues no mucho. Natalia acudía a las clases de yoga con regularidad porque decía que le relajaban. Era partidaria del naturalismo, pero no al punto de hacerse vegana, ni abrazar la dieta macrobiótica. La señora Gómez afirma que por lo que ella sabe, Natalia solía comer al mejor estilo gastronómico riojano.

—¿Y averiguaste algo nuevo de la relación existente entre Natalia y Ágata?

—Que no había tal relación. No eran amigas. Solo coincidían en algunas clases.

—¿Te describió lo que ocurrió el día que Avana le entregó el folleto a Vilaró? —preguntó Néstor.

—Según la profesora, la conversación acerca de problemas matrimoniales surgió en forma espontánea. Ella no recuerda quién mencionó el tema primero. Ambas se lamentaban de haber intentado diferentes estrategias sin conseguir resultados, entonces Natalia comentó que ese fin de semana asistiría con toda la familia a un retiro que incluía charlas de autoayuda con un experto. Ágata se interesó, así que ella le regaló el folleto y le prometió que le contaría más a su regreso, en la siguiente clase.

—¿Y lo hizo?

—Gómez no lo sabe, porque Natalia no regresó después de eso. Me dijo que si cumplió su palabra lo habría hecho en otro lugar.

—¿Ágata continuó asistiendo al yoga después de esa conversación?

—Sí, lo hizo por un par de meses más. Luego también abandonó.

—Es interesante —comentó Salazar.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Santiago.

—En algunos datos que no encajan, pero no quiero llegar a conclusiones apresuradas. Antes prefiero conocer toda la información que manejamos hasta ahora.

—De acuerdo. Miguel, ¿qué puedes decirnos del hermano?

—Julián Avana se define a sí mismo como un artista. Es pintor. Al parecer, tenía algunas diferencias con su hermano que se originaban en el

reparto de la herencia de sus padres, que por lo visto era sustanciosa, pero que no se distribuyó en forma equitativa.

—¿Por qué?

—Avana padre estaba orgulloso de su hijo el enólogo, pero consideraba que el artista era un vago dispuesto a dilapidar su dinero. Por lo visto quiso darle una lección. No llegó a desheredarlo, pero mientras Vicente, el mayor, recibía el legado de pleno derecho, Julián heredó su parte mediante un fideicomiso en el Banco Riojano, que su hermano administraba como fiduciario, entregándole el dinero en cuotas mensuales que le permitían vivir con comodidad, pero sin excesos. El menor de los Avana solo recibiría el capital completo al llegar a la edad de jubilación. Según Julián, Vicente era muy estricto al seguir las disposiciones de su padre hasta hace tres años, cuando desapareció sin dejar rastro. No volvió a saber de él, ni de su dinero.

—¿Dejó de entregarle las mensualidades?

—Sí, pero eso no es todo. Al segundo mes de no recibir nada, después de infructuosos intentos por comunicarse con su hermano, Julián acudió al banco donde se suponía que debían estar depositados los fondos. Entonces descubrió que Vicente lo había retirado todo.

—Eso podría explicar el extraño viaje y la decisión de residenciarse con su familia en Italia —opinó Manuel.

—También sube al señor Julián Avana en la lista de sospechosos —señaló Remigio—. Como motivo me parece bastante bueno.

—Tienes razón —dijo el comisario Ortiz— ¿Coartada?

—La noche del siniestro la pasó con su novia; Soledad Macías.

—¿Pudiste interrogarla a ella?

—Se encontraba con él en su estudio. Confirmó que Avana estuvo toda la tarde y la noche a su lado.

—¿Hay algún otro testigo? —Quiso saber Remigio.

—El vecino del piso de arriba confirmó que ambos estaban en casa a medianoche. Pusieron la música muy alta y les tocó la puerta para amenazarles con llamar a la Policía si no bajaban el volumen de inmediato.

—Medianoche —repitió pensativo Néstor—. ¿A qué hora calculó Molina que ocurrieron los homicidios?

Diji buscó en los informes para verificar el dato, aunque en realidad todos lo sabían.

—Entre las siete y las siete cuarenta y cinco de la noche anterior al hallazgo de los cuerpos.

—El escenario del accidente pudo ser preparado en cualquier momento de la noche —argumentó Salazar—. La distancia entre Haro y el lugar donde el vehículo fue encontrado puede recorrerse en quince o veinte minutos. Lo que significa que tuvieron tiempo de sobra de asesinar a la familia, llevarlos a la carretera, montar el escenario y regresar.

—¿Antes o después de la visita del vecino? —preguntó Remigio.

—En el caso de que el vecino no estuviera involucrado, yo diría que después.

—De ser así tendrían que haberlos asesinado, mantenido escondidos los cuerpos por unas horas y luego llevarlos a la montaña para preparar el accidente.

—Es una buena teoría —opinó Ortiz—, pero, ¿por qué mantener ocultos los cadáveres hasta después de medianoche? No podían saber que el vecino los visitaría a esa hora.

—O tal vez la música alta fue una provocación para que bajara a quejarse —explicó Néstor—. Si los Avana murieron comenzando la noche, ese no era un buen momento para trasladar los cadáveres, porque aunque sea invierno, todavía las calles mantienen tráfico a esa hora. Además, es probable que necesitaran ese tiempo para preparar los cuerpos.

—¿Prepararlos?

—No olvidéis que los vistieron después de muertos.

—¿Les cambiaron las ropas para eliminar evidencias?

—Es posible —afirmó el inspector jefe—. Lo que me hace pensar que había algo en sus atuendos que podría llevarnos al asesino, o asesinos.

—¿Algo como qué?

—No tengo la menor idea —confesó Néstor.

El ordenador de Cheick dio aviso de la entrada de un correo. El subinspector lo abrió y levantó la mano para pedir la palabra, como si estuviera en la escuela.

—Es un informe del laboratorio, señor. La gota de sangre que se encontró en el alambre que sobresalía del cinturón de seguridad de la señora Avana no concuerda con el de ninguna de las víctimas.

—¡Excelente! —exclamó Remigio—. Entonces es probable que contemos con el ADN del asesino.

—Debió pincharse al acomodar el cuerpo de Natalia en el coche —opinó Sofía.

—Manuel, ¿qué encontraste sobre los Vilaró? —preguntó el comisario.

—David y Ágata Vilaró. Tienen dos hijos, Martín y Graciela, de catorce y once años respectivamente. Son originarios de Cádiz. Se residenciaron en Haro hace quince años por motivos de trabajo, pues el padre es agrónomo. Ella es maestra. Las familias de ambos se encuentran en Cádiz y no tienen parientes aquí.

—¿Los vecinos pudieron darte alguna información?

—Me temo que no. Es la clase de bloque donde cada uno va a lo suyo. Alguno los recordaba de saludarlos en el rellano, pero nada más.

—De acuerdo. ¡Remigio! —dijo el comisario en voz alta. El aludido dio un salto en su asiento, pues se había distraído.

—Diga, señor.

—¿Qué te informó la "Polizia di Stato"?

—Revisaron a fondo todos sus registros. Los Avana nunca pisaron Italia.

—¿No se residenciaron en Verona?

—Ni en Verona, ni en ningún lugar de la "península de la bota".

—¿Se habrá producido alguna confusión en las fechas? —sugirió Miguel.

—Ninguna —respondió el inspector Toro en forma categórica—. Lo revisaron desde cinco años antes de la fecha en que se supone que la familia salió de Haro, hasta ahora. La conclusión es una sola: los Avana les mintieron a todos.

—Pero, ¿por qué?

—Si Vicente acababa de desfalcar la herencia de su hermano, esa sería una buena razón —sugirió Diji.

—Desde luego —confirmó el comisario—. Hay que profundizar más en esa vía de investigación. ¿Qué hay de ti, Néstor? —Quiso saber Santiago —. ¿Pudiste encontrar algo?

Salazar les hizo un breve resumen de su visita al hotel, saltándose el bochornoso episodio de haber sido echado a patadas por los seguratas.

—¿Cuál dice que es el nombre que aparecía en la libreta, inspector? —preguntó Diji con el respeto que le caracterizaba.

—Anselmo Narváez.

El subinspector Cheick tecleó en su ordenador. Al cabo de unos instantes asintió.

—Aquí está: Anselmo Narváez, asesor matrimonial. Tiene su despacho en la calle Ventilla.

Salazar anotó la dirección antes de desplegar una sonrisa.

—Lo tenemos.

—¿Te ocuparás de interrogar al terapeuta? —le preguntó Santiago a Néstor.

—Me gustaría, pero tengo que resolver un asunto personal para el que necesitaré un par de horas y me llevaría mucho tiempo llegar hasta la calle Ventilla. En cambio el banco me queda de camino.

—De acuerdo —aceptó Ortiz, que sabía por Carmela acerca de la reunión con el director de la escuela—. En ese caso encárgate del gerente del banco. Remigio, tú entrevistarás al asesor matrimonial.

—Sí, señor.

—Miguel, regresa con Julián Avana y su pareja. Llévate una orden del juez para que te proporcionen las huellas y una muestra de ADN.

—¿Cree que el juez lo aprobará, señor?

—No deberías tener problemas con eso —respondió el comisario.

—Fue Aristigueta quien hizo el levantamiento del falso accidente —intervino Salazar—. Él siempre ha sido muy colaborador con nosotros. En cualquier caso, puedes argumentar que los sospechosos tuvieron el motivo, el desfalco del fideicomiso por parte de Vicente, dispusieron de los medios y su coartada es muy débil, así que tampoco les faltó la oportunidad. Con eso debería ser suficiente.

—De acuerdo.

—Cuando tengas las muestras ocúpate de que científica compare el ADN con la gota de sangre que encontraron en el cinturón de seguridad.

—Sí, señor.

—Tenemos que dar con el paradero de los Vilaró —insistió Santiago.

—Podríamos pedir colaboración a los medios de comunicación —sugirió Manuel.

—No, todavía no tenemos claro su papel en todo esto —refutó el comisario Ortiz—. Si están involucrados de alguna manera solo los alertaríamos. De momento mantendremos un perfil bajo. ¿Dónde trabaja el señor Vilaró?

—En "Bodegas del Norte".

—Muy bien, Manuel, a ver qué pueden decirte allí del paradero de David Vilaró.

—Sí, señor.

—Sofía, quiero que tú vayas a la escuela donde es maestra Ágata. ¿Es la misma donde estudian sus hijos?

—Sí, señor.

—En ese caso, que Manuel te proporcione los datos. Los Vilaró tienen que dejar de ser fantasmas. Diji, revisa los registros de empadronamiento, y los de compra-venta de propiedades y alquileres. Cuando se mudaron debieron establecerse en otro lugar. A ver qué encuentras.

Cheick asintió. Luego se concentró en el ordenador, mientras el resto del equipo salía para cumplir las tareas que tenían asignadas.

Néstor miró el reloj. Debía darse prisa si quería llegar a tiempo a la entrevista con el director de la escuela. Además, no podía presentarse con su apariencia habitual, o no le darían plaza a Salvador. Apuró el paso para llegar a su casa. Una vez allí pasó de largo frente a una sorprendida Paca, que lo miró somnolienta desde el nuevo sofá-cama. Se dio una ducha rápida, volvió a rasurarse y se vistió con un traje de buen corte que cubrió con un elegante abrigo. Rodeó su cuello con una bufanda y hasta se peinó.

Cuando salía, la gata lo llamó con un maullido implorante reclamando su atención, pero él no disponía de mucho tiempo, así que después de hacerle una rápida caricia detrás de las orejas salió de la buhardilla sin mirar atrás, preguntándose cuál sería la trastada con la que se desquitaría la vengativa felina. Salazar decidió que tenía asuntos más importantes de los cuales ocuparse. Después de todo, ya quedaban pocos adornos de cerámica o vidrio que romper. Él ya se había resignado a pagar por ellos y su casero parecía contento de poder cobrárselos.

Cogió un taxi y llamó al juez Aristigueta por el camino. Cuando llegó, ya Estela, la secretaria del jurista, lo esperaba con la orden que le permitiría al banco proporcionarle información sobre los Avana. Volvió a abordar el taxi, que lo esperaba en la puerta de los juzgados y que luego lo dejó frente a la escuela. El colegio consistía en dos sólidos edificios de piedra de dos pisos separados entre sí por un amplio patio de recreo, con una cesta de baloncesto en cada extremo. Una alta reja negra rodeaba todo el conjunto. Cada bloque contaba con amplios ventanales en forma de arco en el nivel inferior y rectangulares en el segundo piso. Se sorprendió a sí mismo preguntándose cómo se sentiría Salvador allí. ¿Se adaptaría al cambio?

Comprendió que ya comenzaba a pensar como padre. Entró y le gustó lo que vio: amplios y luminosos pasillos con aulas distribuidas a ambos lados. A esa hora los chiquillos estarían recibiendo sus clases. Después de seguir las instrucciones del bedel, Néstor encontró la oficina del director, don Calisto, que era un hombre de mediana edad bastante afable. La entrevista no fue muy larga, pues ya Carmela le había puesto al tanto de la situación.

Don Calisto le informó acerca de los requisitos que necesitaba para llevar a cabo la inscripción: debía llevar el certificado literal de nacimiento de Salvador y la sentencia del tribunal en la cual se concedía la guardia y custodia a Salazar. También debía informar acerca de cuál era la escuela de dónde provenía el niño para que el director pudiera solicitar información sobre su nivel escolar y calificaciones. Era posible que tuvieran que hacerle una evaluación al momento de su ingreso. Además le advirtió que faltaban pocos días para que se iniciaran las vacaciones de invierno, así que sería poco lo que el chico podría aprovechar hasta el reinicio de clases en enero, pero al menos podría ir adaptándose a su nuevo entorno y conociendo a sus compañeros.

A Néstor le parecieron pertinentes todas las solicitudes y observaciones de don Calisto, así que acordó hacerle llegar los documentos lo antes posible. Al cabo de una hora, ya el inspector había resuelto el espinoso asunto de la escolaridad de su hijo recién descubierto.

Se encaminó sin tardanza rumbo al Banco Riojano, que quedaba apenas a dos manzanas. Era una entidad financiera pequeña. Después de solicitar hablar con el gerente y mostrar su identificación, lo condujeron a una oficina donde lo esperaba una mujer que le pareció muy joven para el cargo que desempeñaba.

—Me dice mi secretaria que es usted de la Policía —le dijo, mientras se ponía de pie y lo saludaba con un apretón de manos—. Soy Alicia Blanxart.

—Inspector Néstor Salazar, de la comisaría de "San Miguel".

—Siéntese, por favor inspector. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Estoy aquí porque uno de sus clientes está involucrado en un caso que investigo.

—¿Involucrado de qué forma?

—Se trata de los hermanos Avana. Vicente Avana fue encontrado muerto en la escena de un accidente de coche. Tenemos entendido que era fiduciario de los fondos de su hermano, Julián Avana.

—Avana…Me resulta familiar… Sí, ya lo recuerdo, pero debe comprender inspector que la información de nuestros clientes es confidencial y sin una orden…

—Tengo aquí una orden —respondió Néstor, mientras sacaba el documento del bolsillo interno de su chaqueta y se lo entregaba a la gerente.

—De acuerdo —ella leyó con detenimiento y asintió—. Todo está correcto, inspector. ¿Qué necesita saber?

—Muy bien. Sabemos que el padre de los Avana dejó un fideicomiso en este banco para su hijo Julián. También tenemos información de que dicho fondo era administrado por el señor Vicente Avana, quien retiró el dinero hace tres años. Quisiera que me confirmara estos datos y de ser posible me proporcionara copia de los movimientos de dicho fideicomiso, así como de la fecha exacta en que fueron retirados los fondos.

Mientras Salazar hablaba, Alicia introducía nombres y claves en el ordenador para acceder a la información, al mismo tiempo que asentía.

—Es correcto. Lo recuerdo porque en esos días yo acababa de ocupar mi plaza aquí, tenía poca experiencia y tuve que consultar con mis superiores antes de autorizar el retiro. Recuerdo que el fiduciario estaba muy nervioso.

—¿Nervioso?

—Sí, parecía muy agitado. Trataba de que me diera prisa y se enfadó cuando le dije que debía esperar la autorización para poder permitirle retirar todos los fondos. Me preguntó si creía que era un ladrón. Fue muy desagradable.

—¿Cuál era el saldo del fideicomiso?

Blanxart consultó el ordenador antes de responder.

—Un millón ciento treinta y tres mil euros.

—Una cifra importante.

—Por eso quise asegurarme de que el señor Avana estaba autorizado para retirarla.

—¿Qué movimientos tenía esa cuenta?

—El fondo fue creado en enero del año 2010 y permaneció inactivo hasta el año 2012. Creo que fue entonces cuando el padre de los señores Avana falleció. Desde esa fecha se retiraban cinco mil euros todos los meses, hasta el veinte de octubre del año 2014, cuando recibimos la visita del señor Vicente Avana para retirar todos los fondos.

—¿A qué dirección eran enviados los comprobantes de retiro?

—A la empresa donde trabajaba el señor Vicente Avana.

—¿Nunca a su domicilio?

—No.

—¿Cómo retiraron los fondos?

—Mediante transferencia a un banco de Bahamas.

—¿No despertó sus sospechas que transfiriera el dinero a un paraíso fiscal?

—Desde luego, pero todo el procedimiento fue legal, así que no había nada que pudiéramos hacer.

—¿La cuenta de destino era también de Vicente Avana?

—No. El nombre del destinatario era Gilberto Salas.

—¿Podría proporcionarme todos esos datos?

—Por supuesto, la orden del juez me autoriza a entregarle toda la información que usted me requiera.

—Le agradezco mucho su colaboración. Dígame algo, ¿el señor Avana vino solo?

—No, ahora que lo dice, lo acompañaba una mujer. Por la confianza que parecía haber entre ellos, podría haberse tratado de su esposa, o al menos de su pareja.

—¿Cómo es que la recuerda después de tres años?

—Es porque ella me llamó mucho la atención, pues se veía tan angustiada como el señor Avana. Además me pareció que tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado. Recuerdo que en aquel momento pensé que tal vez estaban pasando por alguna situación difícil. Era lo que parecía.

—Gracias, señora Blanxart. Ha sido usted de mucha ayuda.

Capítulo 14.

En el camino de vuelta a la comisaría, Néstor iba meditando acerca de la información que le había proporcionado la gerente del banco. Se preguntó qué les había ocurrido tres años atrás a los Avana para que la pareja tuviera un comportamiento tan extraño. Y qué relación podía tener con el triple homicidio, si en realidad la tenía. Su entrevista con la señora Blanxart había sido muy reveladora, pero si arrojaba alguna pista que los acercara a la resolución del caso, él no era capaz de verla.

Llegó a "San Miguel" con la cabeza en otra parte. Saludó a García sin verlo y subió las escaleras hasta el segundo piso. Casi todos habían regresado de sus respectivas tareas, con excepción de Pedrera, que no debía tardar. Después de saludar a la plantilla y que todos excepto Sofía lo ignoraran, decidió servirse un café. Lo terminó al mismo tiempo que Miguel cruzaba la puerta, seguido por Santiago.

—Bien, ya estamos todos, así que demos comienzo a la reunión —anunció el comisario—. Ocupémonos primero de los Vilaró. No puedo quitarme de la cabeza que en la desaparición de esa familia está el nudo gordiano de este asunto.

—¿El nudo de quién? —preguntó Remigio.

—El nudo gordiano se refiere a una antigua leyenda que decía que quien deshiciera ese complicado nudo conquistaría Oriente. Alejandro Magno lo cortó con su espada. Viene a significar resolver un problema muy difícil en forma tajante, además de creativa.

—Comprendido, jefe. Gracias.

—Bien, si ya terminamos con la clase de refranes, no perdamos más tiempo y pasemos al caso. Manuel, ¿qué puedes decirnos acerca de David Vilaró?

—Tienen muy buenas referencias de él en las "Bodegas del Norte". Era un trabajador eficiente y confiable.

—¿Era?

—Hace un par de años renunció a su trabajo. Les comentó que extrañaba a su familia y que regresaría a Cádiz. Les sorprendió porque hasta ese momento parecía muy contento en Haro.

—¿Mantuvo contacto con alguien después de marcharse? ¿Algún compañero supo de él en estos dos años? —Quiso saber Miguel.

—Nadie. No volvieron a tener noticias suyas.

—¿La decisión fue tomada de un día para otro? —preguntó Néstor.

—Sí.

—¿Sabes la fecha exacta?

—Marzo del 2015.

—¿El día?

Manuel miró al inspector jefe como si calibrara si le estaba tomando el pelo.

—¿Es eso importante?

—Podría serlo.

—Lo siento, no pregunté el día, pero el encargado de las bodegas me dejó su tarjeta. Puedo llamarlo y averiguarlo.

—Hazlo, por favor.

—¿En qué estás pensando, Néstor? —Quiso saber el comisario.

—En nada concreto todavía, pero tenemos una familia que desapareció hace tres años y apareció muerta dos días atrás. El nombre de los Vilaró surge en el curso de la investigación y comienza a haber indicios de que también han desaparecido hace dos años. Tal vez los encontremos sanos y salvos. Podrían incluso estar involucrados en el asesinato de los Avana, pero no me perdonaría que aparecieran también muertos un día de estos. Creo que tenemos que escudriñar cada detalle del historial de las dos familias y compararlo.

—De acuerdo, me convenciste —reconoció Santiago—. Manuel, haz esa llamada y que te proporcionen la información más detallada posible. Sofía.

—Sí, señor. Estuve en la escuela donde trabajaba Ágata y donde estudiaban sus hijos. La historia es parecida. Por la misma fecha habló con el director, renunció y retiró a los niños a mitad del curso. Les explicó que regresaban a Cádiz porque su madre estaba enferma y tenía que cuidarla. Además, la abuela echaba mucho de menos a sus nietos, por lo que quería verlos.

—¿Se presentó ella sola? —intervino Salazar.

—Sí. Fue un detalle que le llamó la atención al director. Envió a los niños a Cádiz antes de hablar con él, arriesgándose a que perdieran el año escolar. Además que nunca le solicitaron información sobre los chavales desde el colegio de Cádiz.

—Pudieron evaluarlos en la escuela que los recibió para determinar su nivel —apuntó Remigio.

—Aun así. ¿Por qué ignorar sus calificaciones de años anteriores cuando solo tenían que pedirlas?

—¿Qué piensa el director sobre eso? —preguntó Santiago.

—Teme que los hayan sacado del sistema escolar.

—¿Por qué harían algo así?

—¿Para no ser localizados a través de sus hijos? —sugirió Diji. Salazar lo señaló con el índice como un gesto para indicar su aprobación.

—Así que tanto David como Ágata y sus hijos tuvieron un comportamiento extraño, renunciando a sus trabajos y escuela antes de desaparecer. Tienes razón, Néstor. Es inquietante.

Manuel le dio las gracias al gerente de las bodegas con quien hablaba por teléfono y colgó.

—La renuncia de Vilaró tiene fecha del 23 de marzo del año 2015 —anunció Manuel—. ¿Te dice algo esa fecha, Néstor?

—En realidad, no. Diji, ¿puedes ver si hay alguna relación entre el 20 de octubre del 2014 y el 23 de marzo del 2015?

—Trabajando, señor —respondió Cheick poniendo manos a la obra.

—¿De dónde sacaste esa fecha del 2014, Salazar? —preguntó Miguel.

—Ese fue el día en el que Vicente, acompañado por una mujer que podría ser su esposa retiró los fondos del fideicomiso de su hermano. También fue la última vez de la que tenemos noticia que alguien viera vivos a los Avana.

—Aquí está —los interrumpió Diji—. La única coincidencia es que ambos son lunes.

—¿Te sugiere algo, Néstor? —le preguntó el comisario.

—De momento, no.

—De acuerdo, no perderemos de vista ese dato. Sigamos, Diji.

—La única transacción que han realizado los Vilaró en Haro en los últimos dos años ha sido la venta de su piso. No hay registro de ninguna compra.

—¿Es lo único que vendieron? —preguntó Manuel.

—Era la única propiedad inmobiliaria que tenían.

—¿Qué hay del coche, o los coches?

—Negativo.

—Si se mudaron a Cádiz podrían haberse llevado el coche.

—¿Cuántos vehículos tiene la familia? —Quiso precisar Néstor.

—Dos. Uno a nombre de cada adulto.

—¿No han vendido ninguno? —preguntó Salazar, pensativo.

—No.

—Bien, debemos determinar si es verdad que se residenciaron en Cádiz, o si le mintieron al director de la escuela. Diji.

—Revisaré los registros de propiedad y alquileres de Cádiz. Si no los encuentro, me comunicaré con la Jefatura Superior de Policía local para que nos ayude a dar con los Vilaró.

—Muy bien —aprobó Ortiz—. Miguel.

—Julián y su prometida protestaron un poco por nuestra "fascista invasión de su intimidad", pero después de hacerles comprender que si no me proporcionaban las muestras allí, serían citados a comisaría, cedieron. Ya científica está procesándolas.

—Buen trabajo —lo felicitó el comisario. Luego volteó a mirar a su hermano que parecía meditar—. ¿En qué estás pensando, Néstor?

—En las muestras de ADN. También en el paralelismo que parece haber entre los Avana y los Vilaró, pese a que ambas familias tenían un nexo muy débil.

—Las clases de yoga —apuntó Sofía.

—Y sus problemas de pareja —señaló Salazar.

—Muchos matrimonios tienen problemas y no por eso desaparecen —opinó Miguel.

—Si por eso fuera, mi mujer y yo, hace años viviríamos en un universo paralelo —bromeó Remigio.

—Dime algo, Miguel —continuó Néstor, ignorando las opiniones de sus compañeros—. ¿No había unas horquillas entre los objetos que la señora Romero encontró debajo del armario? Los que suponemos que pudieron pertenecer a Ágata Vilaró.

—Sí.

—Las horquillas se usan en el cabello y si esas pertenecían a Ágata, podemos encontrar en ellas algún cabello con raíz, del cual se podría obtener una muestra de ADN.

—Sabes que si esos cabellos existen, científica los va a estudiar y también a incluirlos en el informe —replicó Pedrera.

—En realidad lo que quiero es que lo comparen con la gota de sangre encontrada en el cinturón de seguridad.

—¿Por qué crees que podría pertenecer a Ágata Vilaró?

—Su carné de biblioteca apareció en el bolsillo de una de las víctimas, ¿no es así? Eso la vincula en forma directa con la escena del crimen.

Las palabras de Néstor dieron que pensar a todo el equipo. Era evidente que había una estrecha relación entre los Avana y los Vilaró, pero no acertaban a descifrar de qué se trataba. ¿Corrieron ambas familias la misma suerte? Y si había sido así, ¿por qué? ¿Habían sido víctimas los Avana de los Vilaró? ¿Dónde permanecieron los Avana durante los tres años que transcurrieron entre su desaparición y su muerte? ¿Dónde estaban ahora los Vilaró? ¿Los encontrarían vivos, o muertos? Cada evidencia en este caso enredaba más el ovillo, en lugar de ayudar a resolverlo.

—¿Qué has podido averiguar con el terapeuta? —le preguntó el comisario a Remigio.

—Anselmo Narváez es psicólogo. Se especializa en consejería matrimonial y se mostró bastante colaborador. Es un hombrecillo afable que no parece capaz de matar una mosca.

—Yo no me fiaría de las apariencias —opinó el inspector jefe—. Sobre todo en este caso. ¿Qué te dijo?

—Como ya sabemos, los Avana acudieron a su consulta tres años atrás —informó Toro arrellanándose en el asiento—. Cumplieron las citas con estricta puntualidad, pero su percepción fue que no evolucionaban como debieran.

—¿Por qué?

—La crisis matrimonial ocurrió por una cana al aire de Vicente. Aunque juraba que era la única ocasión en la que le había sido infiel a su esposa, que la quería solo a ella y que aquello no volvería a ocurrir, Natalia le perdió la confianza. Ella decía que quería perdonarlo, pero que no le resultaba nada fácil olvidar su traición, porque nunca la hubiera esperado.

—Así que la terapia no sirvió de mucho —concluyó Manuel.

—No, según el propio consejero.

—¿Por qué entonces estaba Natalia tan entusiasmada que recomendó el procedimiento a la señora Vilaró?

—En realidad, no le recomendó al terapeuta —explicó Sofía—, sino un retiro familiar que incluía charlas de autoayuda para parejas. Además, ella misma todavía no lo había experimentado. Según la profesora de yoga, después de darle el folleto a Ágata, le prometió contarle cómo le había ido cuando regresara.

—Pero nunca regresó —sentenció Diji.

—¿Sabemos algo de esas charlas de autoayuda? —preguntó Ortiz.

—Nada en absoluto. Al igual que con el terapeuta, Natalia no hizo comentarios al respecto con nadie, excepto al parecer, con Ágata —explicó Garay.

—Debemos tratar de saber más sobre ese retiro y esas charlas. ¿Conoces la fecha exacta en la que se dio esa conversación entre Natalia y Ágata?

—Por desgracia, Laura Gómez no lo recuerda. Sabe que fue hace más o menos tres años porque fue la última clase a la que asistió Natalia, pero no pudo precisar la fecha con exactitud. Ha pasado mucho tiempo.

—¿No lleva un registro de las alumnas que acuden a sus clases?

—Sí, pero lo renueva cada año.

—¿Qué hay del folleto que está entre los objetos que suponemos pertenecieron a Ágata? —Quiso saber Santiago—. ¿Tenemos alguna información de científica acerca de su contenido?

—Es una guía turística de Barcelona —respondió Diji—. Lo podrán leer en el informe que resume lo que sabemos sobre el caso. No encontraron huellas digitales en el folleto. Según el perito, por el polvo que lo cubría supone que había permanecido bajo el armario por mucho tiempo, suficiente para que la grasa de las huellas se oxidara y con ello desaparecieran.

—¿Encontraron alguna huella en el carné de la biblioteca? —preguntó Néstor.

—Sí, en ese caso había una muy clara del pulgar.

—¿La hemos podido identificar?

—Todavía no.

—Gracias, Diji —intervino el comisario—. Tu informe puede ayudarnos a poner en orden las ideas. Es conveniente que lo distribuyas al correo de todos, para que podamos estudiarlo lo antes posible. Hoy toca llevarse el trabajo a casa —Luego se dirigió a Toro—. ¿Qué más pudiste averiguar con el terapeuta?

—No concluyeron la consejería —informó Remigio—. Faltaron a las dos últimas citas.

—Si no habían conseguido los resultados que esperaban, tiene lógica —opinó Miguel.

—Lo que sorprendió a Narváez no fue que dejaran el ciclo de sesiones sin terminar, sino que no avisaran. Por lo visto, este tipo de consulta se lleva a cabo por citas. El día y la hora de atención a una pareja quedan reservados, así que si alguien no acude y deja de avisar hace perder el tiempo al terapeuta y le quita oportunidad a otra pareja que esté en lista de espera. El licenciado se los explica a todos en la primera consulta. Era extraño que los Avana fallaran porque ambos estaban muy interesados en recuperar su relación, pero más inusual aún era que no avisaran que faltarían a la cita.

—Así que abandonaron sin más —puntualizó Manuel.

—Si lo hicieron con su trabajo, ¿por qué no con su terapeuta? —señaló Miguel.

—¿El consejero guarda relación de la fecha en que abandonaron?

—Sí, claro —respondió Toro mientras revisaba su libreta—. La última cita a la que acudieron fue el 15 de octubre. Narváez les planteó una serie de "tareas" que ellos prometieron llevar a cabo y que evaluarían en su próxima consulta, que debía ser el 22 de octubre. A esa no se presentaron y desde entonces no los volvió a ver, ni a saber de ellos hasta hoy.

—¿Se sorprendió cuando le hablaste del accidente?

—Bastante. Dice que siempre pensó que los Avana estaban molestos con él porque le culpaban del poco avance de su terapia.

—¿Alguna vez se quejaron? —preguntó Ortiz.

—No, pero al desaparecer de esa forma fue la única explicación que encontró.

—Dime algo, Remigio —intervino Néstor—. ¿Le creíste?

—Me pareció sincero, sí.

Salazar asintió. Toro era un policía de raza con una vasta experiencia. Se fiaba de su criterio. Santiago invitó a Néstor a informar sobre sus descubrimientos en la agencia bancaria. El testimonio de la señora Blanxart venía a confirmar las declaraciones de Julián, pero los detalles del comportamiento de Avana les dieron qué pensar.

—¿No le informó Avana a la gerente el motivo por el que quería cerrar el fideicomiso? —Se interesó el comisario.

—Me temo que no dio ninguna explicación.

—Lo que también llama la atención es que él se mostrara nervioso y su mujer llorosa —comentó Sofía.

—No tenemos la certeza de que fuera Natalia quien lo acompañaba —apuntó el inspector jefe—, pero en cualquier caso tienes razón.

—¿Lo creéis? —intervino Manuel—. Si yo estuviera desfalcando la herencia de mi hermano y dejándolo en la bancarrota, también estaría nervioso.

—Pero eso no explica el llanto de la mujer que lo acompañaba —insistió Néstor—. A menos que se tratara de Natalia y no estuviera de acuerdo.

—¿Cometió un desfalco contra la voluntad de su esposa? No parece una buena forma de arreglar las cosas.

—Por otro lado —retomó el hilo Salazar—, la visita al banco ocurrió el mismo día que retiraron al chico de la escuela. Estoy seguro de que ambos hechos están relacionados.

—De acuerdo —opinó Remigio—. ¿Qué puede hacer que una familia normal, sin problemas financieros, con sus cuitas matrimoniales, pero en general bien avenida, de repente decida renunciar a sus trabajos, retirar a su hijo de la escuela, robarle al hermano la herencia y largarse de viaje a cualquier sitio menos a Italia, para luego aparecer asesinados en la simulación de un accidente tres años después? ¿Alguien le encuentra lógica? Porque os juro que yo estoy perdido.

—Tal vez el desfalco explique las renuncias y el viaje. Después de algo así, querrían poner tierra de por medio —señaló Pedrera.

—Sí, tienes razón, pero ¿por qué el desfalco? ¿Pasaban por alguna situación económica difícil que los forzara a correr un riesgo tan alto? —preguntó Manuel.

—No hemos encontrado ninguna evidencia que nos haga pensar eso —le respondió Diji—. El legado del padre para Vicente fue más generoso que para Julián. La familia no tenía deudas cuando se marcharon.

—¿Julián denunció el hecho?

—No.

—¿Sabemos por qué? —inquirió el comisario.

—Según él, no quiso denunciar a su propio hermano —explicó Miguel, pero en su tono se percibía el escepticismo—. Argumentó que es un artista y que el dinero en realidad no le importa, así que no se hubiera sentido bien enviando a la cárcel a su familia.

—No lo creo —intervino Remigio—. Una traición así tiene repercusiones más allá del dinero. Por muy poco que le importara, debió

existir algún tipo de reacción.

—Tal vez el supuesto accidente tenga que ver con esa reacción —sugirió Pedrera.

—¿Qué pasó con el patrimonio familiar? —Quiso saber Ortiz—. Me refiero al dinero de Vicente.

—Según la experticia que hicieron los peritos de finanzas de científica, antes de abandonar Haro, los Avana vaciaron sus cuentas.

—Lo cual no es de extrañar si se marchaban —señaló Manuel—. Querrían su dinero allí donde estuvieran.

—¿Tenemos detalles de esas transferencias? —Se interesó Néstor.

—Aguarde un momento, jefe —le pidió Cheick mientras tecleaba—. ¡Esto si es interesante!

—¿Qué?

—Todo el dinero fue transferido a un banco de Bahamas a nombre de Gilberto Salas.

—El mismo destinatario del dinero del fideicomiso —les recordó Salazar—. Parece que ya contamos con un sospechoso más interesante que Julián Avana y su pareja. Tenemos que averiguar quién es Gilberto Salas.

Capítulo 15.

El sonido de un mensaje entrando al teléfono de Salazar interrumpió la reunión. Él se disculpó y se apartó un poco del grupo para leerlo, pues no sabía si era importante. Era de Gyula. Su amigo no lo perturbaría en su trabajo si el asunto fuera banal. Mientras los demás discutían acerca del nuevo sospechoso que había surgido de las investigaciones, Néstor leyó el corto mensaje: "Visita de trabajadora social. Requiere tu presencia". Un escalofrío recorrió la espalda del inspector, como si le hubieran anunciado una desgracia. Las palabras "trabajadora social" le traían ingratos recuerdos, cuando una mujer llamada Pilar García apareció en su vida poco después que su familia saltara en pedazos, para llevarlo a un Centro de Acogida donde pasaría la mayor parte de su infancia y adolescencia. Por otro lado, sabía que esa visita estaba relacionada con Salvador, un niño a quien todavía no conocía, pero que era su hijo y en pocas horas había vuelto su vida del revés.

Néstor regresó a la sala. Todos guardaron silencio para escucharlo, pues no era difícil que el mensaje tuviera relación con el caso.

—Lamento la interrupción —les dijo, mientras miraba fijamente a Santiago—. Debo ausentarme por un asunto personal que requiere mi presencia con urgencia.

El comisario comprendió enseguida que el mensaje estaba relacionado con la paternidad recién estrenada del inspector jefe, así que no hizo más preguntas.

—De acuerdo, puedes irte, Néstor —lo autorizó Ortiz—, pero antes vamos a concretar los siguientes pasos —anunció, mientras leía una libreta en la que había escrito algunas notas—. Diji, investiga a la familia Vilaró en Cádiz. Miguel, habla con el laboratorio para que hagan la comparación de ADN que sugirió el inspector jefe. Manuel, a ver qué encuentras acerca de Gilberto Salas en cuanto a registros civiles, cuentas bancarias y otros datos similares. Remigio, tú pregunta por ese sujeto entre tus informantes. Sofía, quiero que averigües la verdadera reacción de Julián cuando supo del desfalco. No me trago esa resignación altruista a ultranza. En cuanto a ti, Néstor, cuando hayas resuelto tu asunto, a ver si también puedes sacar alguna información sobre lo que se dice de este Salas en la calle.

Todos asintieron, disponiéndose a ocuparse de sus asignaciones. Después de una rápida despedida, Salazar salió a paso apurado en dirección a su casa. Llegó al bar de Gyula, donde Dika homenajeaba a una mujer enjuta de rasgos duros con su plato especial de boquerones en vinagre, al mismo tiempo que la aturdía con una cháchara intrascendente. Era seguro que Gyula la había enviado a entretener a la dama mientras él llegaba. La "trabajadora social" mantenía el ceño y los labios fruncidos como si se hubiera comido un limón. Néstor se preguntó si la expresión estaría relacionada con el vinagre del entremés, la verborrea de Dika, o la idea de reunirse con un supuesto padre ausente e irresponsable, que era él. Salazar se acomodó la corbata, se atusó el cabello y se enderezó antes de entrar. Sintió alivio por no estar usando el gabán en aquel delicado momento. Su visita al director de la escuela y el banco de Avana le permitieron librarse de causar una mala impresión. Desplegó su mejor sonrisa, la favorita de Paca.

—Buenas tardes. ¿Cómo estás, Dika? ¿Señora?

—¡Néstor! ¡Virgen del amor hermoso! Pero qué emperifollado vienes hoy —lo saludó la joven malagueña—. Mira, te presento a doña Gertrudis Espina. Es la "trabajadora social" que viene dizque a hacerte una evaluación para saber si tu casa es apropiada para recibir al chaval y también para conocerte. Saber si eres bien comportado. Y yo aquí le venía diciendo que no conozco mejor gachó para cuidar de un chiquillo, que eres persona legal y buen "monró". Entonces la invité a comerse unos boquerones de los que son famosos en mi tierra. Y por ahí debe venir el Gyula con un buen vaso de vino, que fue a buscar el de la cosecha especial, que a los amigos hay que tratarlos bien. Porque estoy segura de que después de conocerte hablará bien de ti, que eres un sol. ¡Y cómo toca la guitarra el "bedoró"! Si es que parece que lo han enseñado los ángeles. Y me perdona la blasfemia, que ya veo que es mujer devota porque lleva una cadena con la medallita de la "Virgen de la Vega", que no es por faltar, es que tiene que oírlo. Cuando él toca la guitarra aquí en el bar, es que se nos llena esto de parroquianos…

—¿Toca la guitarra en este bar? —preguntó doña Gertrudis, frunciendo aún más el ceño y los labios—. Creí que era usted policía.

—Sí, claro que soy policía. La música es solo un entretenimiento —aclaró el inspector, luego se dirigió a su amiga antes de que dijera algo que lo liara más—. Gracias, Dika. Ya que estoy aquí, yo me ocuparé de atender a la señora Espina.

—¿Te traigo algo, Néstor? ¿Una sidrita para refrescar? Es que él nunca toma vino —le aclaró a Gertrudis.

—¿No toma vino? —preguntó ella, frunciendo todavía más el ceño como si la hubieran ofendido en forma personal—. ¿Tiene algo contra nuestro vino, señor Salazar? Las vides riojanas son nuestro mayor orgullo.

—Un café estará bien, Dika, gracias —Salazar esperó a que la tabernera regresara tras la barra para prepararle la bebida, luego se dirigió a la "trabajadora social", que le pareció bastante predispuesta en su contra—. No tengo nada contra las vides riojanas, señora Espina, pero el vino fue un factor determinante en la muerte de mi hermano, así que de alguna manera me trae malos recuerdos. Puede pensar que es una superstición ridícula, pero no me sentiría bien tomándolo.

—Comprendo —respondió doña Gertrudis, mientas relajaba los rasgos de su rostro.

Dika llegó con el café para Néstor y el vaso de vino para su acompañante. Después de dejar el servicio sobre la mesa sujetó la bandeja en vertical, dispuesta a seguir convenciendo a la recalcitrante mujer de las virtudes del "Gato", que era el apodo que ella le había puesto al mejor amigo de Gyula.

—Muchas gracias, Dika —le dijo Salazar, en un tono que le hizo comprender que él se haría cargo.

La joven se retiró a continuar con sus tareas. Doña Gertrudis la siguió con la mirada.

—Su amiga parece apreciarlo mucho.

—Dika es una gran persona. El aprecio es mutuo.

—Entre ella y usted…

—¡No! Es la prometida de mi mejor amigo, el dueño de este bar. ¿Pero qué puede interesarle a usted cuál es mi relación con Dika?

—Señor Salazar, voy a dejar un niño de ocho años a su cuidado por orden de un tribunal de Madrid. Quiero estar segura de que usted es la persona idónea para cuidarlo.

—Soy su padre.

—Ese no es un mérito suficiente. En especial porque no ha mostrado la menor preocupación por el chiquillo hasta ahora.

—¡Porque no tenía idea de que existía! —Se defendió el inspector.

—¿Cómo es eso posible?

Néstor le explicó acerca de su relación con Sara, cómo ella lo abandonó, así como las amenazas de Pernía que lo obligaron a desaparecer, e impidieron que su ex novia pudiera localizarlo para contarle sobre el embarazo. Luego le habló sobre su encuentro con el asesino unos meses atrás, así como el descubrimiento de su paternidad ignorada a través de la citación de un tribunal civil madrileño.

—…Es por eso que nunca me preocupé por Salvador. Y tengo que confesar con tristeza que aún no lo conozco. Ni siquiera sabía de su existencia.

—Es una historia extraña, inspector, pero concuerda con los pocos datos que me fueron suministrados. Tengo que confesarle que antes de venir a visitarlo hice una investigación sobre usted y todas las referencias que encontré como persona y como policía son impecables.

—¿Pero en qué tiempo? Apenas ayer fue cuando el tribunal dictó sentencia otorgándome la guardia y custodia del niño.

—Usted es policía, así que no le sorprenderá cómo trabajamos. Antes de que la juez considerara siquiera la solicitud de la madre, debía saber quién era usted. Estar segura de su capacidad para cuidar al menor, quien es nuestra mayor preocupación.

—¿Quiere decir que si no hubiera pasado la prueba no hubiera prosperado la demanda?

—¡Por supuesto que hubiera prosperado! Es solo que en ese caso la sentencia hubiera sido distinta. Habría tenido que pasar una pensión para la manutención del niño, pero nunca se le hubiera considerado para la guardia y custodia, que era la solicitud de la madre.

—Pero si ya he pasado esa prueba, ¿cuál es la razón de su visita?

—Bien, sabemos que usted es un hombre de bien, un policía trabajador y honesto que lleva una vida ordenada, pero eso no nos garantiza que esté en capacidad de hacerse cargo de un niño como es debido. Además, su trabajo, aunque meritorio, no es el que yo escogería para un padre de familia. En especial un padre soltero. Su horario es irregular y usted corre riesgos. Tengo que comprobar que ha tomado medidas para que el menor no resulte perjudicado por ello.

—Comprendo.

—Le haré algunas preguntas, señor Salazar. Luego visitaremos su casa para saber si reúne las condiciones apropiadas.

—Está bien.

—¿Cuál es su horario de trabajo?

—Por lo general trabajo turnos de mañana y tarde, con un descanso intermedio, luego están las guardias en la comisaría y debo estar disponible si se me requiere para atender una emergencia.

—Por supuesto que esas emergencias pueden ocurrir a cualquier hora del día, o de la noche.

—Sí, por supuesto.

—¿Y ya ha pensado cómo resolver la situación si recibe una de esas llamadas, por ejemplo a media noche y su hijo duerme en su habitación? No puede dejarlo solo.

—Desde luego que no. Por fortuna, como usted misma ya ha notado, podré contar con la ayuda de buenos amigos, que ya se han ofrecido a apoyarme.

—Buenos amigos como la joven que me recibió con tanta gentileza.

—Sí. Dika está dispuesta a cuidar a Salvador si yo estoy ocupado. También Gyula, su prometido, que es mi mejor amigo. Ambos viven muy cerca, en esta misma calle. Luego están mi hermano y mi cuñada.

—¿Ellos también viven cerca?

—No, pero mi hermano Santiago es mi superior inmediato, así que conoce bien mi situación laboral. Su esposa se ofreció a recoger a Salva en la escuela cuando vaya a buscar a sus hijos y llevarlo a su casa para que haga los deberes, hasta que yo salga del trabajo y pueda recogerlo.

—¿Salva?

—Salvador.

—Entonces, según entiendo, su cuñada garantizaría que el niño sea recogido a la salida de la escuela, aunque usted estuviera ocupado. ¿Y dice que tiene hijos? ¿De qué edades?

—Seis años. Son gemelos, Lucas y Sebastián.

—Excelente. Eso situaría al menor en un ambiente familiar muy apropiado. Asumo por sus palabras que llevaría a su hijo a la misma escuela de sus primos.

—Sí, de hecho, hoy estuve hablando con el director y está dispuesto a darle plaza, aunque me requirió algunos documentos.

—Le facilitaremos los oficios que sean necesarios en beneficio del niño. Por otro lado, me complace saber que no ha perdido tiempo en procurar las medidas necesarias para ocuparse de su hijo —señaló doña Gertrudis asintiendo con aprobación—. Ahora solo es necesario que haga

una inspección de su casa, para comprobar que reúne las condiciones necesarias para recibir al menor.

Néstor esperó a que doña Gertrudis terminara su plato de boquerones y su vino. Al verla comer con tanto entusiasmo, se preguntó si podría pedir él también algo para picar, pues recordó que no había tenido tiempo de probar bocado desde la mañana, pero tuvo que reconocer que la presencia de la señora Espina lo cohibía un poco, así que decidió esperar a que concluyera su evaluación y se marchara. En cambio se bebió el café lo más despacio que pudo. Cuando la trabajadora social dio por terminado el tentempié y concluyó las alabanzas por tan exquisito manjar a una orgullosa Dika, abandonaron el bar y se encaminaron hacia la buhardilla de Salazar.

Mientras subían las escaleras, el inspector repasó en su mente el estado en el que había quedado su casa esa mañana. Por regla general era muy ordenado, pero no podía poner la mano en el fuego por lo que se le hubiera ocurrido a Paca en su ausencia. Por fin llegaron al piso y él abrió la puerta. Con un gesto de gentileza invitó a doña Gertrudis a pasar primero.

La buhardilla, como era de esperarse, no era muy grande. El salón contaba con el sofá-cama que había comprado Gyula, una mesita de centro y algunas repisas adosadas a la pared que ahora estaban vacías, después de la redecoración llevada a cabo por Paca. Tenía que reconocer que se veían mejor así. Hacia el lado derecho había una ventana, bajo la cual estaba la cesta de la gata, la cual usaba muy poco desde que ganó derechos sobre la cama. En el fondo, un mesón separaba el salón de la cocina, que era bastante pequeña, siendo generosos. Del lado izquierdo de la cocina, un corto pasillo daba acceso a la única habitación y el servicio.

Néstor comprobó con alivio que el salón estaba bastante ordenado. A Paca no se le veía por ninguna parte. En esta ocasión no salió a recibirlo, lo cual puso en guardia al inspector jefe. Entraron. La señora Espina observó el salón con detenimiento y pasó un dedo por la mesita de centro. Comprobó que no tuviera polvo y asintió. Se asomó a la ventana, luego se encaminó a la cocina y abrió el refrigerador. Salazar sintió un nudo en el estómago. Esa mañana le había servido a Paca el último resto de leche que quedaba. En realidad, lo último que quedaba de cualquier cosa, porque no había tenido tiempo de hacer la compra, así que su refrigerador parecía una empresa hidroeléctrica: solo tenía agua y luz.

Cuando vio que doña Gertrudis asentía complacida y pasaba a otra cosa caminando en dirección al dormitorio, él tuvo que comprobar la razón

de su conducta, así que abrió el refrigerador después que ella. Encontró que estaba repleto de frutas, vegetales, yogures y todo tipo de alimentos saludables que se le pudieran ocurrir. ¡Bendita Dika! Cerró la puerta del frigorífico aliviado y entonces la vio: una pluma blanca. ¿Qué hacía una pluma blanca en la cocina? Fue entonces cuando escuchó la voz aguda de doña Gertrudis:

—¡Pero qué está ocurriendo aquí!

Salazar sintió que el corazón le daba un vuelco y corrió hasta el umbral de la habitación. Por encima del hombro de la trabajadora social pudo ver que había plumas blancas por todas partes. Sobre la cama estaba Paca junto a la almohada destrozada. Pillada in fraganti, con las garras en su víctima, en cuanto lo vio pasó de una mirada concentrada en la diversión, a una de culpabilidad y luego de pretendida inocencia, mientras retiraba las patas de la malograda almohada y se echaba a su lado con las garras recogidas bajo su cuerpo mirando hacia otro lado, como si no hubiera visto una almohada en toda su felina vida. Por suerte, Néstor pudo contener la carcajada ante su descaro

—Lo lamento mucho, doña Gertrudis. Es mi gata. No sé por qué ha hecho esto.

—¿Ese animal está vacunado? —preguntó la mujer lanzándole una mirada de desprecio a Paca, que fue devuelta sin contemplaciones por la orgullosa gata.

—Sí, por supuesto. Tiene todas las vacunas. La llevo al veterinario con regularidad. Es una gata muy saludable. Un poco traviesa, nada más.

—¿Es agresiva?

—No, por supuesto que no. Es muy dócil —mintió Salazar con descaro.

La señora Espina lo miró dudando de su palabra. Se acercó a Paca como si ella fuera una pantera a punto de comérsela y extendió la mano para tocarla. La gata se erizó y le bufó sin contemplaciones. El inspector se apresuró a cogerla en brazos antes de que arañara a la intrusa.

—¿A eso le llama usted ser dócil?

—No está acostumbrada a los extraños —La defendió él mientras la sostenía en brazos y le acariciaba el lomo para tranquilizarla.

—Pero es que su hijo va a ser un extraño para ella. ¿Cómo puedo saber que no lo atacará?

—Me aseguraré de que se acostumbren el uno al otro —prometió Néstor—. Por lo general los niños y las mascotas se llevan muy bien.

—Esta no me parece una mascota a la que le agraden los pequeños —sentenció Espina desconfiada. Paca la miró con desaprobación.

—Doña Gertrudis. No hay ningún motivo para pensar que la gata podría ser un problema para Salvador. Al contrario, es probable que su presencia le facilite al niño adaptarse a un lugar extraño, donde no conoce a nadie.

—Sí, bueno, es una posibilidad —admitió ella, no muy convencida—. Está bien, pero estaré muy atenta, y si llego a ver un arañazo o un mordisco de esta… Esta…

—Miaaauuuu —la ayudó Paca.

—De esta gata. Si lastima al pequeño, así sea jugando, tendrá que escoger entre conservar a su mascota, o tener con usted a su hijo.

—Soy el primero que no permitiría que Salva sufriera ningún daño, en ninguna forma.

—Espero que así sea. Solo hay que ver cómo ha quedado esa almohada.

—Mau —dijo Paca en su defensa.

Salazar miró la almohada vuelta jirones y suspiró. Luego susurró al oído de la gata.

—Ya hablaremos tú y yo —Entonces la dejó en el suelo. Cuanto antes la perdiera de vista doña Gertrudis, sería mejor para todos.

Percibiendo que el ambiente estaba bastante tenso, Paca corrió a refugiarse debajo de la cama. Néstor se sujetó las manos a la espalda y compuso su expresión de despistado. Hubiera silbado, pero la situación no lo ameritaba. La trabajadora ya se asomaba en el baño. Cuando salió, su expresión era neutra.

—El piso está limpio y ordenado —sentenció—, con excepción de las plumas, por supuesto.

—Las recogeré de inmediato y le aseguro que no volverá a pasar.

—¿Cómo puede prometer algo así?

—Hablaré con el veterinario. No hace mucho tiempo que la gata vive conmigo y por eso algunas veces cometo errores de principiante. Por lo general, el veterinario me aconseja como resolver este tipo de problemas. No lo sé. Tal vez la gata estaba aburrida, tal vez se sentía sola. Encontraré una solución que sea satisfactoria para todos.

—Desde luego, pero en especial para el menor —ordenó doña Gertrudis.

—Por supuesto.

Por el rabillo del ojo, Salazar vio a Paca asomarse. Con disimulo y mucho cuidado la empujó de vuelta debajo de la cama con el pie. Quería que doña Gertrudis la perdiera de vista.

—Como le decía, salvo por el detalle de la gata, que aunque trate de esconderla no conseguirá que la olvide —dijo la insidiosa mujer—, el piso está en condiciones, pero hay una sola habitación. ¿Dónde va a dormir el niño?

—Él dormirá aquí. Yo ocuparé el sofá-cama que está en la sala.

—Bien. Como solución transitoria está bien, pero le aconsejo que piense en la posibilidad de mudarse a un lugar un poco más amplio, para que puedan estar más cómodos.

—Tomaré en cuenta su consejo y lo seguiré en cuanto me sea posible.

—De acuerdo, entonces daré mi aprobación para que el menor le sea entregado. Aquí tiene los documentos que me solicitó para que pueda inscribirlo en la escuela —le dijo la señora Espina, mientras le entregaba un sobre.

—Gracias. ¿Cuándo traerá a Salvador?

—El pequeño llega mañana a Haro, pero somos conscientes de que el tribunal le otorgó cuatro días para prepararse, aunque por lo visto se ha organizado bastante bien en muy corto tiempo.

—Si llega a Haro mañana y lo traerá cuatro días después de la sentencia del tribunal, ¿dónde pasará esos dos días que restan?

—En el Centro de Acogida. Descuide, es un buen lugar. Parece una escuela y tanto el director, don Alejandro Lamas, como el personal están muy calificados para…

—Todo eso lo sé —la interrumpió Salazar—. Conozco a don Alejandro y también el Centro, pero no quiero que mi hijo tenga que dormir una sola noche fuera de su hogar.

—¿Se siente en capacidad de recibirlo mañana?

—Desde luego.

—En ese caso, lo traeremos desde la estación —respondió la señora Espina—. Mi evaluación será muy positiva, pese a la fiera que alberga. Y créame que ha sido un placer para mí conocerlo.

Capítulo 16.

Salazar suspiró aliviado en cuanto doña Gertrudis por fin se despidió y se marchó. Se disponía a recoger las plumas cuando su estómago rugió, así que decidió bajar al bar a comer algo. Se preguntó dónde podía dejar el sobre. Considerando el estado de ánimo de Paca y después de ver cómo había quedado la almohada, decidió llevárselo con él. Además, así podría echarle una ojeada mientras le servían la cena.

Cuando llegó al bar, Gyula y Dika se encontraban detrás de la barra y dejaron lo que estaban haciendo al verlo aparecer por la puerta.

—¿Qué pasó Néstor? —le preguntó su amigo—. ¿Cuándo conoceré a mi sobrino? ¿Te puso alguna pega la trabajadora social?

—Una pregunta a la vez, Gyula. Me fue bien, pese a que Paca estuvo a punto de meterme en un buen lío.

—¿No me digas que arañó, o mordió a esa arpía? Mira que en este caso le daría la razón.

—No, no la atacó, aunque le faltó poco, pero por lo que puedo ver, doña Gertrudis no se ganó tu simpatía.

—Es que llegó aquí muy predispuesta contra ti, "Gato" —le aclaró Dika—. Que si un hombre solo no estaba en capacidad de hacerse cargo de un niño pequeño. Que si un policía tenía malos horarios y mucho riesgo. Preguntó si te conocíamos bien. Cuando le contamos que somos tus amigos, lo tomó por otro lado y quiso saber si pasabas mucho tiempo aquí bebiendo. Vamos, que le estaba buscando las cinco patas al gato.

—Pues las patas no sé si las encontró, pero al gato sin duda alguna.

—Tiene narices que una tía que no conoces venga a juzgar tu vida así como así —opinó Gyula indignado.

—Supongo que solo hace su trabajo —la justificó el inspector—. De cualquier forma, parece que pasé la prueba, así que mañana traen al chaval. Ahora lo que necesito es comer algo, que he tenido un día de aúpa.

—Pues siéntate en tu mesa que ya te llevo unos pimientos rellenos como no los has probado en tu vida.

—Ya será menos.

—Tú siéntate y espéralos. Te llevaré primero la sidra para que vayas abriendo boca.

Salazar siguió las instrucciones de su amigo, sentándose a su mesa favorita. Gyula lo siguió con el vaso de sidra y lo dejó frente a él. Luego regresó a la cocina para buscar los pimientos. Mientras esperaba, Néstor abrió el sobre y sacó los documentos que contenía. El primero era la sentencia del tribunal otorgándole la guardia y custodia de Salvador Villanueva. El segundo era el Certificado literal de nacimiento del chaval. El policía que había en él comenzó a leer con detalle ambos documentos y mientras lo hacía fue palideciendo hasta quedar lívido. Gyula llegó en ese momento.

—Néstor, ¿te encuentras bien? Estás blanco como un papel. ¿Qué te pasa?

—Nada, nada, estoy bien —respondió él guardando los documentos—. Bebí un sorbo de sidra y tengo el estómago vacío. Trae acá esos pimientos.

—De acuerdo —respondió su amigo, no muy convencido—, pero si llegas a sentirte mal, me avisas. ¿De acuerdo?

—Por supuesto.

Néstor comenzó a comer. Aunque los pimientos estaban muy buenos se le había quitado el apetito, pero sabía que tenía que reponer fuerzas, así que se obligó a terminar la ración. Luego le hizo un gesto a Gyula para que se le acercara.

—Necesito tu ayuda —le dijo a su amigo en cuanto se sentó frente a él.

El tabernero llamó al camarero para que retirara el plato vacío. Ambos esperaron a que el joven se alejara para comenzar su conversación.

—¿De qué se trata? —Quiso saber Gyula.

—Estamos investigando la muerte de una familia. Un triple homicidio que quisieron hacer pasar por accidente. En el curso de la investigación surgió un nombre: Gilberto Salas.

El tabernero se echó hacia atrás en la silla antes de mirar a Néstor con estupefacción.

—¡Un triple homicidio! —exclamó. Salazar le hizo gestos para que bajara la voz. Él se inclinó nuevamente hacia adelante en la mesa y habló en susurros—. ¿Quién puede ser tan bestia como para matar a una familia completa?

—Es lo que tratamos de averiguar.

—¿Y cuál es la relación que sospecháis que existe entre esa familia y este tío? Lo pregunto solo para saber dónde tengo que indagar.

—Fue el beneficiario de un desfalco que cometió una de las víctimas contra su propio hermano.

—Joder, menudos casos investigáis. No os debe quedar mucha fe en la humanidad.

—¿Por qué crees que vivo con una gata?

—Pues tratándose de Paca y la forma en que la humanizas, no sé cómo puedes confiar en ella.

—Oye, que le llenes el comedero de pienso no significa que puedes ofenderla —bromeó Néstor.

—Vale, haya paz —contemporizó Gyula alzando las manos en gesto de rendición—, pero de que es una gata neurótica no hay ninguna duda. ¿Qué fue lo que hizo para casi meterte en un lío con doña Gertrudis?

Néstor le contó en detalle todo lo ocurrido desde que llegaron al piso hasta que Espina le dio el visto bueno.

—Me hubiera gustado verte la cara cuando encontraste la almohada destrozada y la habitación llena de plumas —reconoció Gyula entre risas.

—Menos cachondeo, que ahora tengo que subir a barrer plumas y tener una conversación de hombre a gata. Pero volvamos al caso. ¿Te puedes hacer cargo?

—La duda ofende. Les preguntaré a mis primos. Si el tío se mueve en Haro, mañana te tendré una respuesta.

—Gracias. Te debo otra, Gyula.

—Te la apunto a la cuenta. Y los pimientos también.

—De acuerdo.

Néstor regresó a su casa con el estómago lleno y la cabeza vacía. Tendría que meditar acerca de su situación. ¿Por qué no le había pedido el teléfono a la señora Espina? Tal vez debería hacerle una visita al día siguiente antes de que le llevaran al chaval. Con esos pensamientos dándole vueltas en la cabeza se ocupó de recoger las plumas. Paca percibió su estado de ánimo sombrío y se quedó debajo de la cama.

Cuando terminó de limpiar, Néstor se recostó en el sofá-cama del salón. Solo entonces la gata salió de su refugio. En un primer momento con precaución, pero al ver que no se producía ninguna reacción contra ella, se acercó a su humano y se tendió junto a él para recibir sus bien merecidas caricias en el lomo. Después de todo lo había salvado de aquella peligrosa cosa blanda con olor a ave, en cuyas fauces desparecía la mitad de su

cabeza cada noche. No tenía nada que ver que hubiera sido divertido darle caza.

—Aquí estás Paca. Menuda la que liaste con la almohada. ¿Quieres decirme de dónde sacaste la idea?

—Maaauuuu.

—Sí, ya sé que es lo que hacen los depredadores. Atacan a sus presas cuando están desprevenidas y supongo que la almohada no estaba muy alerta.

—Meeeuu.

—¿Sabes que casi me metiste en un problema? Aunque quizá estuviste a punto de librarme de uno.

—Meumeumeu

—Eso no es excusa. No lo hiciste para ayudarme, sino para divertirte.

—Maaauuu.

—Sí, ya sé que doña Gertrudis no te simpatizó, pero eso no te daba derecho a amenazarla. Bien, supongo que ya no importa. No sé cómo decirte esto, pero nuestra vida está a punto de cambiar bastante.

—Meeeeuuuu.

—Sí, tal vez todo esto es un error. No lo sé. Mañana hablaré con doña Gertrudis. Es posible que me haya precipitado.

—Meumeu.

—Tienes razón, lo mejor será que nos vayamos a dormir, aunque gracias a ti tendré que hacerlo sin almohada —Suspiró—. Ni modo, mañana veremos qué nos depara el día.

Capítulo 17.

El día siguiente comenzó con el sonido insistente del móvil de Néstor. Era tan temprano que a Paca todavía no le había dado tiempo a despertarlo. Salazar abrió un ojo y gruñó. Debido a la costumbre que había cogido la gata de empujar el teléfono cuando lo veía sobre cualquier superficie y no habiendo sido pocas las veces en que el inspector lo había atrapado en el aire apenas a tiempo, ahora prefería dejarlo en el bolsillo del gabán, que solía meter en una cesta para que quedara bastante arrugado para el día siguiente.

Así que cuando le resultó imposible ignorar el molesto y agudo zumbido que había seleccionado como tono, no tuvo otra alternativa que levantarse y rebuscar entre los bolsillos hasta dar con él. Paca le lanzó una mirada de reproche desde los pies de la cama. ¡Que el sueño de una gata se respeta! Como temía, el inspector comprobó que la llamada provenía de la comisaría. Y a esa hora solo podía significar trabajo.

—¿Qué ocurre, Lali?

—Inspector jefe. ¡Qué bien que lo encuentro! Tenemos una llamada de emergencia.

—¿De qué se trata?

—En un camino rural al suroeste de Haro, una pareja que venía en su coche y cogió un desvío equivocado encontró a una mujer sola en muy malas condiciones corriendo por la carretera. Ya el inspector Toro y la subinspectora Garay deben haber llegado al lugar del suceso.

—De acuerdo, envíame la dirección exacta y entrégale las llaves del Corsa al oficial de guardia.

—Hoy es López quien está en el turno de noche.

—Muy bien. En diez minutos estoy allí.

Mientras Salazar se vestía a toda prisa bajo la mirada reprobadora de Paca, el móvil dio aviso de la recepción del mensaje. Tenía un mal presentimiento con respecto a la nueva llamada de emergencia, así que ni siquiera se detuvo a llenar el tazón de leche de la gata. Ya se ocuparía Dika más tarde, aunque sabía que Paca no se lo perdonaría y encontraría la forma de desquitarse. Salió de la buhardilla y bajó las escaleras a toda prisa. Sobre el gabán se había puesto el abrigo, lo cual fue una suerte porque al salir del portal lo golpeó el frío viento invernal, como un cuchillo que le

cortara la piel. La neblina apenas le permitía ver a dos palmos, así que tuvo que valerse de la linterna del móvil para saber por dónde andaba.

Recorrió a paso rápido la corta distancia que lo separaba de la comisaría. Las calles solitarias tenían una apariencia fantasmal. Todos los bares ya estaban cerrados a aquella hora y los parroquianos dormían en sus casas, envueltos en mantas, calentitos. Solo un pringado como él tenía que salir a trabajar en una noche como esa.

Cuando terminó de auto compadecerse e insultarse a sí mismo por haber escogido la profesión de policía, comenzó a pensar en un sentido más práctico. ¿Cómo se las arreglaría si una situación así se le presentaba con Salvador durmiendo en su casa? Sí, Gyula y Dika se habían ofrecido a ayudarlo, pero entonces tendría que esperarlos antes de poder salir. Su velocidad de respuesta se vería reducida. ¿Afectaría eso su eficiencia como oficial de la ley? ¿Quería asumir esa responsabilidad? ¿Acaso lo había pensado bien? No. Todo había ocurrido tan rápido que no había tenido tiempo de pensar en nada.

Néstor se sentía como la hoja de un árbol en medio de un huracán: arrastrado por los acontecimientos. Ni siquiera había tenido oportunidad de hacer una investigación con respecto a las afirmaciones de Sara. Había aceptado su paternidad sin una queja. ¿Sería que en el fondo deseaba ser padre y ni siquiera lo sabía? Tenía que reconocer que sentía una sana envidia de Santiago y su bien constituida familia. De que los gemelos llamaran a su hermano "papá" y lo miraran con ese afecto incondicional que solo pueden sentir los niños hacia sus padres.

¿Por qué no había formado él también una familia como lo había hecho Goliat? ¿Qué se lo impedía? Tuvo la oportunidad con Sara. Y ahora, ¿por qué no se permitía avanzar con Sofía en ese sentido? Bien, en realidad no estaba seguro de que su compañera quisiera fundar una familia, y menos con él, pero también sabía que era él quien llevaba puesto el freno de mano en la relación personal entre ambos. Mientras se hacía la pregunta surgió la respuesta. Tenía miedo. Miedo de volver a tener aquello que le habían arrebatado con tanta brutalidad. Miedo de volver a disfrutar de un hogar, porque entonces podía perderlo todo de nuevo. Su vida correría el riesgo de volver a saltar por los aires, así que se aferraba a la seguridad que le proporcionaba la soledad. No le podían quitar lo que no tenía.

Pero entonces, ¿quería de verdad hacerse cargo de un niño que en realidad no conocía? Era una responsabilidad enorme. Comprendió que sus

esfuerzos para que le dieran la guardia y custodia nacían de su ilusión de ser padre. Además de que detestaba la idea de que Salvador tuviera que pasar por la misma experiencia que él vivió cuando le cambiaron su hogar por un Centro de Acogida.

Por fin llegó a la comisaría. López le entregó las llaves del Corsa, así que se concentró en el camino. Después de introducir la dirección en el GPS, Néstor siguió las instrucciones hasta llegar a una zona bastante alejada de la ciudad. A un lado y otro solo podía ver descampados. El propio camino era de tierra. Supo que estaba en el lugar correcto cuando vio una aglomeración de coches junto a un pequeño estanque con aspiraciones de laguna. Había un Seat León del año de color gris platinado, una patrulla y la furgoneta de científica. Los peritos deambulaban a un lado de la carretera de tierra tomando fotos a diestra y siniestra. Sintió alivio al comprobar que la ausencia del forense. Toro hablaba con una pareja joven. A Sofía no se la veía por ningún lado.

—Buenos días, o noches —saludó al grupo.

—Hola, Néstor —respondió Remigio—. Me alegra saber que no soy el único pringado.

—¿De qué se trata? Lali no lo tenía claro.

—El señor Sandoval y la señorita Estévez provienen de Burgos. Equivocaron el camino y cogieron una desviación incorrecta. Por eso terminaron en esta carretera rural donde no hay absolutamente nada.

—¿Por qué decidieron viajar en plena noche invernal? —Quiso saber Salazar.

Ambos se miraron entre sí. El chico suspiró con resignación.

—Estuvimos celebrando mi ascenso con unos amigos. Nos conocimos anoche y debemos reconocer que bebimos bastante. En el calor de la fiesta decidimos que queríamos hacer una visita a las bodegas riojanas, así que cogimos el coche y…

—¿Ebrios?

Ninguno respondió, pero ambos bajaron la cabeza.

—Continúen —los invitó Salazar.

—Como ya le contamos al inspector, nos equivocamos en la ruta y terminamos aquí. Circulábamos despacio por las condiciones del camino y por la poca visibilidad encendimos los faros antiniebla. Primero nos asustó un estampido que se escuchó a lo lejos, luego vimos la silueta de la chica. Nos sorprendió encontrar a alguien en un paraje como este. Ella iba

caminando a paso apresurado y en algunas ocasiones intentaba correr, pero supongo que le debía resultar difícil pues no llevaba zapatos, sino unas sandalias de esas planas, como las que se usan en la playa que se sujetan entre los dedos. Ya sabe.

Salazar asintió, al mismo tiempo que lo invitaba a continuar hablando, con un gesto.

—Pues que nos pareció muy extraño —intervino la chica—. La pobre mujer debe terner los pies destrozados, pues un calzado así no es para un lugar como este. No protege lo suficiente.

—Además, por si fuera poco, con este frío solo vestía un sayón de lona —señaló Sandoval.

—Los sanitarios que la atendieron dijeron que tenía signos de hipotermia —le informó Remigio—. Sofía la acompañó en la ambulancia.

—Así que la vieron andar por esta carretera y les pareció extraño —resumió el inspector jefe—. ¿Qué pasó después?

—Pues nos detuvimos para preguntarle si estaba bien. Si necesitaba ayuda.

—En un primer momento, cuando vio las luces del coche trató de correr mirando a todos lados, como si buscara un lugar dónde esconderse —explicó la joven—, como si creyera que la estábamos persiguiendo, pero cuando la adelantamos y bajamos del vehículo se nos quedó mirando, entonces vino hacia nosotros, me abrazó y se echó a llorar. Temblaba de frío, así que la invitamos a entrar en el coche y pusimos la calefacción mientras llamábamos al 112 para pedir una ambulancia y avisarles a ustedes.

—Hicisteis bien. Es probable que le hayáis salvado la vida —sentenció Néstor—. Solo por eso haré de cuenta que no escuché que condujisteis después de haber bebido. ¿Tú oíste algo al respecto, Remigio?

—Nada en absoluto.

—Pero —advirtió Salazar levantando un dedo admonitorio—, a partir de ahora os mandaré a vigilar y si volvéis a hacerlo, me encargaré yo mismo de que la DGT no solo os multe, sino que os retire la licencia, porque tendré una repentina recuperación de mi amnesia. Que igual que habéis salvado la vida de esa chica, podíais haberos cargado a alguien.

—Sí, señor. Nada de conducir después de beber. Es una promesa —aceptó Sandoval.

—¿Cuál es la historia de la chica? —preguntó Salazar— ¿Qué fue lo que dijo?

—Ese es el problema, Néstor —señaló Remigio—. La chica está en estado de choque emocional. No fue capaz de hablar. Solo lloraba y repetía dos palabras: "Mi bebé".

—Bien, esperemos que mejore y pueda explicar qué fue lo que le ocurrió. Mientras tanto, tendremos que echar mano de lo que tenemos. ¿Sabemos su nombre?

—Me temo que ni siquiera eso. El fulano sayo es como un saco de harina invertido. No tiene nada parecido a bolsillos. Científica le dio un mono forense para que se cambiara y se los entregara. Lo mismo con las sandalias. Se lo llevaron todo para hacerle pruebas. Ella pareció muy contenta de perder de vista uno y otras. En fin, que no llevaba encima ninguna identificación.

Salazar asintió, mientras pensaba que aquello parecía un acertijo. Miró a su alrededor. A un lado tenía el estanque junto al camino de tierra, del otro lado campo yermo que colindaba con un viñedo muy bien cuidado. A cierta distancia del viñedo se veía terreno cultivado y tras este se apreciaba un muro blanco, por encima del cual se vislumbraban los tejados de varios caserones rurales.

—¿Sabes lo que es eso? —le preguntó a Toro.

—No tengo la menor idea. Parece una de las tantas bodegas de vino de la zona, pero a esta no la conozco.

—Es la única construcción visible desde aquí. Vamos, la visitaremos. Tal vez la chica viniera de allí —decidió Néstor. Remigio asintió y comenzó a seguirlo al Corsa.

—Inspector Salazar, nos gustaría que viera esto —lo llamó uno de los hombres de científica que venía corriendo desde un punto alejado del campo yermo. Salazar miró a Toro, que comprendió de inmediato.

—Yo me ocuparé de averiguar qué es eso. Nos vemos en la comisaría.

Remigio se dirigió a la patrulla y les indicó que lo acercaran a aquella construcción, mientras Néstor acompañaba al policía de la científica.

Salazar siguió al perito a través del campo dando un rodeo según sus instrucciones, para no alterar el escenario del delito. El chico al que habían enviado a buscarlo era uno de los más jóvenes del equipo y aún mantenía el entusiasmo propio de los novatos. Lo condujo a una zona que había sido acordonada y alrededor de la cual colocaron tablones para poder acercarse

sin destruir evidencias que pudieran hallarse sobre el terreno. Tres focos halógenos habían sido colocados en forma estratégica para alumbrar el área sobre la que era realizada la experticia. Un fotógrafo tomaba impresiones desde todos los ángulos posibles.

En el centro de la actividad, concentrado con la mirada fija en el suelo estaba Casimiro Barros, que al escuchar aproximarse a uno de sus hombres acompañado de Néstor, dio un rápido vistazo en dirección a ellos, para luego volver a fijarse en el suelo.

—Espero que hoy también hayas traído el desayuno, Salazar. No me vendría mal un café caliente con este frío.

—Lo siento, Casi. No encontré ningún bar abierto y no sabía que estabas aquí. ¿Cómo es que consiguieron sacarte de tu laboratorio?

—Ojalá hubiera sido del laboratorio. Me sacaron fue de la cama y lo que es peor, despertaron a mi mujer. Eso significa que lo más probable es que esta noche duerma en el sofá.

—Tú ya no haces trabajo de campo. ¿Por qué estás aquí?

—Estos chavales —respondió Casimiro señalando a sus compañeros—. Se sintieron un poco confundidos con lo que encontraron. No están seguros de que tenga relación con lo que se investiga, así que me hicieron llamar.

—¿Y qué fue lo que hallaron?

—Sobre el terreno hay algunas manchas de sangre, además de un batiburrillo de huellas. Puedes verlo por ti mismo —le explicó el experto, señalando el área sobre la que había concentrado su atención.

El inspector se asomó, sin bajarse del tablón y comprobó lo que le decía Barros.

—¿Y cuál es tu conclusión? —preguntó Néstor.

—Bueno, alguien resultó herido en este lugar. También hubo una aglomeración de personas. Fíjate que hay marcas de varias suelas de zapatos. Todas parecen corresponder a botas de campaña. Sin embargo no estoy seguro de que lo que haya ocurrido aquí tenga algo que ver con la chica que encontraron deambulando por el camino. Por eso te hice llamar. ¿Tiene ella alguna herida que podamos relacionar con esta sangre? ¿Calzaba este tipo de zapatos? ¿Anduvo por esta zona antes de llegar a la carretera?

—Solo puedo responderte a una de las preguntas. La joven no calzaba botas, sino sandalias, así que ninguna de estas huellas le pertenece. En

cuanto a si estuvo por aquí, todavía no lo sabemos. Está en estado de choque, por lo que no tenemos su versión de los hechos. En concreto, que no tenemos idea de dónde salió.

—¿Y tiene alguna herida?

—No lo creo, pero espera y lo corroboro. Llamaré a la subinspectora Garay, que fue quien la acompañó al hospital. Tal vez tuviera alguna herida que los chicos que la socorrieron no llegaron a notar.

Salazar marcó el número de Sofía, mantuvo una corta conversación con ella y luego colgó. Entonces se acercó un poco más a Bastos.

—La víctima no tiene heridas. La sangre debe ser de alguien más —anunció Néstor—. ¿Qué diablos ocurre aquí? —se preguntó a sí mismo.

—¿Tienes idea de si lo que encontramos en esta área guarda relación con lo que le pasó a esa chica?

—Para serte honesto, no tengo idea —reconoció el inspector, mientras volvía a fijar la mirada en el terreno. El amanecer despuntaba y la niebla comenzaba a levantarse, aunque todavía hacía necesario el uso de los focos. Néstor se acomodó los anteojos y entornó los ojos para ver mejor.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando una zona marginal a la que había sido iluminada.

Bastos dirigió su atención hacia el lugar donde apuntaba el dedo del policía, luego gritó en voz alta.

—¡Que alguien me traiga una linterna LED!

El joven que había servido de guía a Salazar apareció en pocos segundos con lo que su jefe solicitaba. Casimiro cogió la linterna y enfocó la potente luz sobre lo que Néstor había encontrado. Entonces asintió y levantó la mirada en dirección al inspector.

—Son huellas de perro —anunció sin atisbo de duda en su voz—. De un perro grande.

Salazar escuchó lo que el perito decía y las piezas comenzaron a encajar en su cerebro. Llamó al fotógrafo, que se le acercó.

—Por favor haz una serie fotográfica completa de esta zona. Trata de que tenga la mejor iluminación posible.

— De acuerdo.

Casimiro dejó que el hombre trabajara y se acercó a Néstor. Llevaba un tubo de ensayo con un hisopo manchado de sangre en la mano. Se lo mostró al inspector.

—Lo analizaremos.

—Ahora puedo responderte con cierta certeza, Casi. Estoy seguro de que estas huellas y la sangre están relacionadas con la mujer de la carretera y también con el caso del triple homicidio.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El perro. Una de las víctimas que encontramos en el falso accidente tenía mordeduras de un perro grande en las extremidades.

—¿Y la sangre? Si no pertenece a la chica de la carretera, ¿a quién pertenece?

—No lo sé, pero trataremos de averiguarlo. Pediré una orden al juez para que nos permita una muestra de ADN de la mujer que apareció hoy. También disponemos del ADN de otra mujer, Ágata Vilaró, que se encuentra desaparecida y que está relacionada con una de las víctimas. Y por supuesto, tendremos que descartar a los Avana. La familia que fue asesinada.

—Tú ocúpate de conseguir la orden. Yo me encargaré de que se lleven a cabo las comparaciones —confirmó Bastos—. ¿Algo más?

—Es evidente que aquí se reunieron varias personas. Los jóvenes que socorrieron a la mujer escucharon un estampido antes de verla. Como un disparo.

—¿Crees que le dispararon desde aquí?

—Es demasiada distancia para un arma corriente. Y un francotirador en un terreno así hubiera usado un trípode. Supongo que no habréis encontrado ningún casquillo, o cartucho.

—Negativo, aunque tal vez se lo llevaron. Tampoco hemos encontrado ninguna huella cónsona con las bases de un trípode.

—Eso confirma mi impresión. El disparo no fue contra la mujer. Hubiera sido inútil. Fue contra alguien que estaba justo aquí.

—Por eso la sangre. ¿Tienes idea de quién pudo recibir el disparo? —preguntó Bastos.

—No lo sé. La única pista que tenemos es que la mujer no deja de repetir dos palabras: "Mi bebé".

—Joder, Néstor. No se te estará pasando por la cabeza que esta sangre es la de un bebé.

—Espero que no —reconoció el inspector—. No consigo hacerme una idea de lo que ocurrió aquí, pero no puedo creer que la mujer huyera por la carretera y dejara atrás a un bebé solo.

—Podría llevarlo en brazos otra persona.

—¿Conoces alguna madre que en una situación así entregue a su hijo a alguien más?

—Solo se me ocurre que fuera al padre del niño. En especial porque considerara que él podría protegerlo mejor.

—Sí, tienes razón. En ese caso, sería más probable que el herido fuera el padre.

—¿Otra familia?

—Tenemos una familia muerta, los Avana, y otra desaparecida, los Vilaró. Ahora esto. Es un patrón que me pone la piel de gallina.

—¿En qué puedo ayudarte?

—¿Puedes saber a cuántas personas pertenecen estas huellas?

—Puedo precisarlo mejor a través de las series fotográficas.

—¡Excelente! Entonces espero tus informes.

—Le daré prioridad. No se cómo te las arreglas, pero siempre me pones a correr.

—Te prometo que en cuanto disponga de un poco de tiempo, te invitaré a almorzar.

—Acepto, porque si crees que con lo que jodes me vas a compensar con un café y cuatro rosquillas, vas listo. ¿Qué harás ahora?

—Voy al hospital. A ver si la víctima está mejor y nos puede contar su versión de los hechos. Remigio ya debe estar en aquellos edificios —explicó, mientras señalaba hacia el muro blanco en la distancia—. Queremos averiguar qué son. Si hay alguna posibilidad de que la mujer proviniera de allí, o si ellos escucharon, o vieron algo. Más tarde nos reuniremos en la comisaría para compartir la información.

—Parece un buen plan. En ese caso, dejaré la zona acordonada con un par de guardias vigilando, por si se hace necesario un segundo peritaje del terreno. Yo me voy al laboratorio para poner en marcha las experticias. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Capítulo 18.

Salazar se detuvo en la cafetería del hospital antes de subir a la habitación donde habían ingresado a la última víctima. Hizo el intento de llamar a la trabajadora social para concertar una cita antes de que se presentara con Salvador, pero el teléfono comunicaba. Era demasiado temprano para llamar al Centro de Servicios Sociales, así que decidió posponer sus asuntos personales para más tarde. Después de tomarse un café subió hasta el piso que le había señalado Sofía en su última conversación, sin olvidarse de llevar otra infusión para su compañera.

La hora de visitas aún no había comenzado y las enfermeras iban de un lado a otro midiendo constantes vitales, aseando a los pacientes que necesitaban ayuda para ello y administrando los medicamentos a quienes debían recibirlos. Enseguida localizó la habitación, al lado de cuya puerta estaba sentado Altuve, uno de los guardias de la comisaría.

—¡Inspector Salazar! ¿Qué lo trae al hospital? —preguntó una voz aguda que él recordaba muy bien.

—Señora Olmos. ¿Cómo está usted? —Devolvió el saludo—. No esperaba encontrarla en este piso. Creí que trabajaba en cirugía.

—Y así es, pero estoy haciéndole la suplencia a una amiga. ¿Y a usted qué lo trae por aquí? Espero que no haya tenido una recaída.

—Desde luego que no. He venido por motivos de trabajo.

La veterana enfermera lo miró con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Mientras Néstor estuvo ingresado después del atentado del Asesino de la Rosa, había sostenido no pocos altercados con la jefa de enfermeras de cirugía, la señora Yolanda Olmos, que ahora se encontraba frente a él con expresión inquisidora. Por suerte, durante la investigación de los secuestros que tuvieron lugar el verano anterior, Yolanda desempeñó un papel relevante en la detención de uno de los involucrados, gracias a lo cual habían enterrado el hacha de guerra.

—¿Puede explicarse mejor, inspector? —preguntó sin rodeos la enfermera, mientras fruncía el ceño.

—Debo hablar con la paciente de la habitación 412. La ingresaron anoche.

—Lo sé. Yo misma rellené la planilla de ingreso, pero la señora se encuentra en un estado emocional muy delicado y no debe recibir visitas, a

menos que sean de familiares cercanos. Además, ya hay una oficial de policía con ella.

—Entiendo y admiro su deseo de protegerla, señora Olmos —la aduló el inspector con una de sus sonrisas más carismáticas. Una de las favoritas de Paca—, pero aún no sabemos qué le pasó, ni quién es. Nos gustaría avisar a su familia, cuya presencia con toda probabilidad ayudaría en su recuperación, pero no podemos hacerlo si no nos permiten hablar con ella.

—Si su compañera no ha podido averiguar su identidad, ¿por qué cree que usted sí?

«Astuta arpía», pensó Salazar. La pregunta lo dejó descolocado, pero se recuperó con rapidez.

—Solo quiero intentarlo. Además, vengo del lugar donde se desarrollaron los hechos. Tengo información que mi compañera desconoce y que podría hacer reaccionar a su paciente.

—Está bien. Deme unos minutos. Hablaré con el médico de guardia para que decida si permite que entreviste a la señora.

Yolanda se ausentó, mientras Néstor se entretenía mirando a su alrededor. Detestaba el frío ambiente de los hospitales y las agujas. El olor a desinfectante y las agujas. El silencio impuesto y las agujas. En fin, que odiaba las agujas. Al cabo de poco tiempo la enfermera regresó.

—Tiene cinco minutos. Si no consigue que le diga lo que quiere saber, deberá conformarse y dejarla descansar.

—De acuerdo.

Néstor entró en la habitación después de saludar a Altuve y concederle quince minutos de descanso, con el fin de que pudiera bajar a la cafetería para un desayuno frugal. Mientras él y Sofía estuvieran allí, la víctima no corría peligro. Sabía que cualquier precaución era poca en un caso como ese. Quienes habían perseguido a la joven a través del campo, seguro estarían dispuestos a eliminar a una posible testigo incómoda antes de que pudiera hablar. Así que la mantendrían bajo protección policial mientras fuera necesario.

Como ya le había advertido la señora Olmos, dentro de la habitación se encontraba Sofía sentada en una silla junto a la cama y sosteniendo la mano de la mujer. Salazar se sintió conmovido cuando vio a la víctima. La chica no tendría más de veintidós, o veintitrés años. Estaba delgada hasta un extremo que le hizo recordar las fotos antiguas de campos de concentración. No necesitaba ser médico para saber que se encontraba frente a una persona

que sufría una severa desnutrición, pero lo que más le tocó el alma fue su mirada. En las cuencas hundidas y amoratadas sus ojos miraban sin ver un punto en la distancia. Desenfocados. Perdidos. Ese distanciamiento de la realidad se perdió en cuanto él cruzó el umbral. La víctima se agitó y comenzó a sollozar, mientras sujetaba el brazo de la subinspectora con desesperación, como un niño pequeño buscando la protección de su madre ante un peligro inminente.

—Calma, calma, tranquila Is. Es mi compañero, mi jefe. No te hará daño. Al igual que yo, solo quiere ayudarte.

Pese a que la respiración de la joven todavía era agitada, pareció calmarse un poco con las palabras de Sofía. Bien. Al menos comprendía lo que se le decía y su compañera había logrado ganarse su confianza. Era un paso gigantesco en la dirección correcta.

—¿Is?

—Es lo máximo que he podido descubrir con respecto a su identidad.

—¿Podemos hablar en privado?

—Sí, claro.

Con palabras suaves, Garay convenció a la chica de permitirle que se alejara unos minutos. Is se resignó, pero no la perdió de vista mientras ella se reunía en un rincón de la habitación para hablar con el inspector.

—¿Te ha dicho algo importante? —preguntó él en voz baja.

—No mucho. De vez en cuando comienza a llorar sin consuelo, repitiendo «Mi bebé». Le he preguntado dónde está su bebé, si podemos encontrarlo para reunirlo con ella, pero solo niega con la cabeza. Ayudé a las enfermeras a atenderla hasta que pude convencerla de que puede confiar en mí porque no voy a lastimarla. Lo más que he conseguido es que me diga su nombre, o tal vez es un apodo. No lo sé. Solo te puedo decir que es el nombre al que responde.

—De acuerdo. Esto no va a ser fácil. Déjame intentarlo.

—Tú eres el jefe.

Sofía volvió junto a la chica y le sostuvo la mano, mientras Salazar se acercaba sin dejar de sonreír. Se dirigió a ella con el tono más amable que pudo imprimir a su voz.

—Hola Is. Soy el inspector Salazar, el compañero de Sofía y estoy aquí para ayudarte. Sabemos que hay gente que quiere hacerte daño y queremos detenerlos, pero para eso necesitamos tu colaboración.

Is lo observaba con los ojos muy abiertos. Había miedo y desconfianza en su mirada. Néstor se preguntó qué tipo de infierno habría vivido esa chica para terminar en ese estado.

—Es evidente que conseguiste huir de quienes te hicieron daño —continuó Salazar—. Eso nos demuestra que eres una chica muy valiente. Encontramos huellas de un perro cerca del lugar donde fuiste rescatada. ¿Te persiguieron con un perro?

Is se retrepó en la cama, soltó un gemido y se abrazó a la mano de Sofía. Estaba claro que eso era un «sí».

—De acuerdo. Tranquila. Eso ya pasó. Encontramos otras huellas. ¿Había alguien más huyendo contigo?

La joven sacudió la cabeza para negarlo. Salazar suspiró aliviado. No quería mencionar allí que hubo un disparo y que encontraron sangre, porque existía la posibilidad de que fuera de alguien cercano a la chica.

—Muy bien. Estás siendo muy valiente, Is —le repitió el inspector para reforzar su confianza en sí misma—. Necesito saber si conoces a los Avana. Vicente, Natalia y Diego.

Is asintió con sacudidas violentas de la cabeza, gimiendo y sosteniendo con más fuerza el brazo de la subinspectora como si buscara protección. La reacción no se le escapó a Salazar.

—Is, te haré una última pregunta y te dejaré en paz. Necesitamos saber si Natalia, Vicente y Diego también fueron víctimas de los sujetos que te persiguieron.

La chica lo miró fijamente como si estuviera haciendo un esfuerzo. Asintió despacio y articuló las palabras con dificultad.

—Le dije a Nati que no lo hiciera, que era peligroso, pero no me escuchó —estalló en llanto y continuó hablando entre sollozos—. ¡Los mataron! ¡Un escarmiento! Eso dijeron. Nos enseñaron sus cadáveres. Están muertos. ¡Muertos!

Después de aquellas reveladoras palabras, Is se cerró en banda. Se acurrucó en posición fetal para llorar, resistiéndose a los intentos de Sofía y Néstor de consolarla. El inspector comprendió que lo mejor sería dejarla sola. Insistir en que hablara en ese estado sería causarle daño y ellos no estaban allí para eso. Salazar salió a llamar a la señora Olmos, que le soltó un rapapolvo por haber desequilibrado a su paciente. Luego Yolanda llamó a una de las enfermeras más jóvenes para que acompañara a la chica.

Después de varias entradas y salidas del personal de enfermería, de una visita del médico de guardia que fulminó con la mirada a los dos policías, y de no pocos reproches murmurados en voz baja, la enfermera jefe suministró un sedante a la joven paciente, quien poco a poco se fue tranquilizando hasta sumirse en un profundo sueño.

—Creo que aquí ya no podemos hacer más —murmuró el inspector.

—Aquí ya han hecho demasiado, señor Salazar —le espetó Yolanda en tono de reproche.

—Lamentamos mucho que Is…

—¿Quién?

—Is. Ese fue el nombre que le dio la víctima a la subinspectora.

—Lo registraré en la historia. No teníamos idea de cómo identificarla. ¿Cómo es que consiguió que le revelara su nombre? —le preguntó a Sofía con franca admiración.

—Supongo que con un poco de paciencia y trato amable —Fue la respuesta de Garay. Néstor la hubiera besado.

Bueno, tenía que reconocer que hubiera querido besarla en cualquier circunstancia, pero… Ejem… Esa era otra historia. Las palabras de la subinspectora golpearon a la enfermera jefe donde más le dolía. En su ego.

—Supongo que esas son las mejores herramientas en un caso así —reconoció Yolanda—. ¿Alguna vez ha considerado dedicarse a la enfermería, subinspectora?

—Es lo que hubiera querido mi madre, pero yo soy feliz como policía.

—Comprendo —afirmó la enfermera, con expresión de no comprender nada.

—Señora Olmos —intervino Salazar, aprovechando la desventaja temporal de su interlocutora—. Debe ser consciente de que la señora Is corre peligro. Los hombres de los que huía podrían atentar contra ella para que no los delate —La enfermera abrió mucho los ojos, porque ese era un terreno donde se sentía insegura—. Mientras permanezca ingresada habrá siempre un oficial en la puerta para protegerla, pero es necesario restringir el número de personas que puedan tener acceso a ella.

—¿Qué es lo que quiere decir, inspector?

—Confiamos en usted —la aduló Néstor—. Necesitamos que nos proporcione una lista de los médicos de confianza que la atenderán, así como de las enfermeras, aunque me gustaría que durante su turno lo hiciera usted en persona.

—Cuente con ello, inspector.

—¿Qué tanto conoce a la joven que la acompaña en este momento?

—Soy amiga de su madre y la conozco desde que era una niña. Es una excelente enfermera, paciente y muy dulce. La persona ideal para acompañar a alguien en el estado emocional de la señora Is.

—Perfecto. En ese caso daremos las instrucciones pertinentes al guardia de la puerta y nos marcharemos. Le agradeceríamos que nos avisara cualquier cambio en el estado de la víctima. Sospechamos que hay al menos una familia en peligro y su testimonio podría ser de mucha ayuda para protegerlos.

—De acuerdo. Los mantendré informados.

—Gracias, señora Olmos. Nunca se lo dije, pero mientras estuve ingresado, usted era mi enfermera favorita —volvió a adularla el inspector con descaro. Sofía le lanzó una mirada de «no te pases», pero la sonrisa de satisfacción de Yolanda le confirmó que había colado. Néstor había aprendido que nada era tan fácil de creer como lo que se quería escuchar. Por inverosímil que resultara.

Salieron del hospital en dirección a «San Miguel». Salazar le pidió a Sofía que condujera ella el Corsa y aprovechó la oportunidad para volver a llamar a doña Gertrudis, pero el móvil estaba fuera de cobertura. Quiso comunicarse entonces con el Centro de Servicios Sociales, pero todas las líneas estaban ocupadas. Cuando la subinspectora detuvo el coche frente a la comisaría, Néstor decidió que tendría que posponer la llamada. Ya era hora de que comenzara la primera reunión del día.

Saludaron al paso a García y a Lali mientras subían al segundo piso. Todos los demás estaban allí. Incluso el comisario esperaba recostado sobre uno de los escritorios, con expresión impaciente.

—¡Ya habéis llegado! —exclamó Ortiz—. ¿Qué pasó con la chica? ¿Está bien? ¿Habéis averiguado qué hacía corriendo en plena noche en medio de la nada?

—Son muchas preguntas, comisario —respondió Salazar—. La chica está a salvo. En cuanto a su estado de salud, es difícil decirlo. No se encuentra herida, pero sí desnutrida y aún no se recupera del choque emocional.

Néstor y Sofía pasaron a explicar en detalle todo lo relacionado con el rescate de la joven en la carretera, los hallazgos en el terreno y la entrevista que tuvieron después en el hospital con la víctima.

—Joder. ¿Queréis decir que la chica que apareció anoche en la carretera tiene relación con el asesinato de los Avana y la desaparición de los Vilaró? —preguntó Remigio.

—Estamos seguros, al menos con los Avana —confirmó el inspector jefe—. Por lo poco que pudo decir, ella conoció a la familia y trató de convencer a Natalia de que no hiciera algo, pero por lo visto no tuvo éxito. También nos confirmó que a la familia la asesinaron y les mostraron los cadáveres «como escarmiento».

—¿«Como escarmiento»? ¿Pero entonces, de qué estamos hablando aquí? —se escandalizó Manuel.

—Está claro que los homicidios no son perpetrados por una sola persona —puntualizó Néstor—. Sabemos que con respecto a los Avana, al menos intervinieron tres. Así que es probable que hablemos de una organización criminal. Por otro lado, había huellas de varios individuos en el campo a través del cual fue perseguida Is.

—Is. ¿Ese es el nombre de la última víctima? —Quiso precisar Diji.

—Es correcto —confirmó Sofía— Fue el nombre que me proporcionó ella misma después de mucho insistir. Aunque tal vez se trate de un apodo, o un diminutivo.

—Supongo que no te dio su apellido —señaló Miguel.

—No.

—Is podría ser el diminutivo de Isabel —sugirió Manuel.

—O de Isaura. De Isadora. De Isis —razonó Santiago—. Podría ser el diminutivo de un apodo. No creo que nos permita identificarla.

—Estoy de acuerdo —señaló Salazar—. Es más importante que nos centremos en las evidencias y los hechos. Ya tomamos las primeras medidas para tratar de identificarla. Por otro lado, en el terreno se encontraron huellas de un perro grande. Ella misma nos confirmó que lo usaron para perseguirla.

—Como a los Avana —apuntó Diji.

—Solo que en el caso de Vicente Avana, el perro sí le dio alcance —intervino Miguel.

—Eso explica por qué es el único miembro de la familia que tenía heridas por mordeduras —dijo Salazar—. Los Avana también debieron ser perseguidos por estos hombres y su perro, tal vez por ese mismo campo. Es casi seguro que Vicente Avana se enfrentó al animal para proteger a su familia.

—La ubicación del campo es diametralmente opuesta al lugar donde fueron encontrados los cadáveres —puntualizó Remigio.

—Lo cual tiene mucha lógica si lo piensas. Quienes los persiguieron y asesinaron querrían que las pesquisas se llevaran a cabo lo más lejos posible de ellos. Por eso movieron los cadáveres.

—¿Cómo es que el perro alcanzó a Vicente Avana, pero no pudo detener a la chica?

—Habría que conocer las circunstancias en las que se dieron ambas persecuciones.

—¿La sangre que encontró científica en el campo no podría pertenecer a uno de los Avana? —sugirió Diji.

—No lo creo —descartó Néstor—. Esta sangre era bastante fresca. Además, los elementos meteorológicos hubieran barrido la evidencia después de dos días a la intemperie.

—En ese caso, estamos como al principio —Se quejó Remigio—. Y esto se complica cada vez más.

—Por cierto, ¿pudiste averiguar algo en las edificaciones detrás del muro blanco? Es lo más cercano que hay en la zona. La chica pudo provenir de allí.

—No lo creas. Detrás del muro hay una bodega muy exclusivista. Según el segurata, la mayor parte de las edificaciones son depósitos que se encuentran vacíos desde hace más de setenta años. Cuentan con muy poco personal y producen vino en pequeñas cantidades, por encargo.

—¡Por encargo?

—Así es. Al parecer es un caldo de primera calidad. Tienen una forma muy peculiar de mercadeo. Salen a subasta a través de una página web con una oferta limitada y los clientes pujan por las pocas existencias.

—Debe ser muy costoso —señaló Miguel.

—Solo para sibaritas —confirmó Remigio.

—¿Conocemos el nombre de ese vino?

—«Conarvid»

—No lo había escuchado en mi vida —reconoció Pedrera.

—Claro que no. Seguro que tú solo tomas el del tetra pack del «super» —bromeó Remigio.

—Seriedad, caballeros —intervino el comisario, poniendo orden—. ¿Qué más averiguaste, Toro?

—No mucho más. No me permitió entrar. Me dijo que tendría que llevar una orden para poder hacerlo.

—Tal vez podamos intentar visitarlos en horario laboral y hablar con el gerente.

—No, no funcionan así. Tampoco llevan a cabo catas. El lugar está cerrado la mayor parte del tiempo. Según el vigilante, todo el personal administrativo trabaja por internet desde su casa. El complejo cobra vida desde la siembra hasta la cosecha y mientras elaboran el caldo. Pero a estas alturas del invierno, allí no queda ni el gato.

—Todo eso suena muy extraño —opinó Diji— ¿No podríamos conseguir una orden para un registro de ese lugar?

—De momento no tenemos evidencias —reconoció Santiago—. A menos que no haya otra explicación acerca de dónde pudo provenir la última víctima.

—No es suficiente —argumentó Salazar—. Si bien es la construcción visible desde el camino, siempre existe la posibilidad de que los sujetos que buscamos estuvieran trasladando a la joven y ella escapara del vehículo.

—Además de que en realidad no es la única construcción de la zona —señaló Remigio—. Es la que resulta visible desde el lugar de los hechos, sí, pero existen tres empresas más en cinco kilómetros a la redonda.

—Ocúpate tú mismo de visitarlas, Remigio —le ordenó el comisario.

—Lo que ordene, jefe.

Ortiz suspiró, mientras pensaba que aquel caso se complicaba cada vez más. Por si no fuera suficiente con el asesinato de la familia Avana y la desaparición de los Vilaró, ahora surgía de la nada esta nueva víctima, de la que no conocían ni su identidad, ni qué era lo que le había ocurrido.

Capítulo 19.

—¿Sabemos algo del bebé del que habla la chica? —preguntó Santiago.

—Me temo que nada —reconoció Néstor—. Cada vez que se lo mencionábamos a Is, ella caía en una crisis de llanto. Solo repetía esas dos palabras, pero no pudimos dilucidar qué fue lo que le ocurrió a la criatura.

—Tenemos que resolver este caso lo antes posible —presionó el comisario—. Si ese bebé está vivo y en manos de esos desalmados…

—Nos dejaremos la piel para resolverlo —sentenció Salazar, comprendiendo los sentimientos de Santiago.

Néstor miró a su alrededor. Aquel caso estaba minando la moral del grupo. Después de todo, las víctimas eran familias y cada uno pensaba en sus propias novias, esposas e hijos, quienes los tuvieran. Palmeó con fuerza un par de veces para romper el ensimismamiento de sus compañeros, y hasta de su jefe.

—Muy bien. Ya habéis escuchado. Debemos apresurarnos y el caso no se va a resolver solo. Miguel, ¿tenemos algún avance en las experticias forenses?

—Hablé con el laboratorio. Llevarán a cabo la comparativa entre los cabellos encontrados en el piso de los Vilaró y la gota de sangre en el coche siniestrado de los Avana. Les metí caña. Prometieron los resultados para esta tarde.

—Perfecto. Regresa al laboratorio. Barros ya debe haber registrado las muestras de sangre encontradas hoy en el campo. Que también las comparen con las que ya tenemos. Debemos averiguar quién resultó herido durante la escaramuza de anoche.

Néstor observó de reojo a su hermano. Ya se había recuperado del repentino bache emocional y volvía a ser él mismo. Dejó que retomara las riendas de la reunión con su imponente vozarrón.

—Diji, ¿encontraste a los Vilaró en Cádiz?

—No, comisario. Primero hice una búsqueda para comprobar si existía algún contrato de compra-venta, o alquiler, a nombre de alguno de los Vilaró. El resultado fue negativo. Tampoco abrieron nuevas cuentas bancarias, aunque las que ya tenían fueron cerradas antes de su desaparición.

—¿Qué pasó con el dinero?

—Lo retiraron en su totalidad.

—¿De qué banco?

—De la Caja de Haro.

—Muy bien. Ocúpate de visitar el banco para averiguar cuándo retiraron el dinero, cómo, y si hay una transferencia como en el caso de los Avana, a quién. Lo compararemos con lo que ya sabemos de la otra familia. A ver si encontramos un patrón.

—Sí, señor. Al no existir ningún registro, o rastro financiero, me comuniqué con la Jefatura Superior de Policía en la ciudad y acordamos que la búsqueda se extendiera a toda la provincia —continuó el subinspector Cheick—. Los Vilaró eran vecinos de Jerez de la Frontera, pero abandonaron la ciudad hace quince años.

—Eso fue cuando se trasladaron a Haro —apuntó Miguel.

—Sí, pero según la Policía de Cádiz no han regresado.

—Tal vez mintieron en sus trabajos, al igual que los Avana —sugirió Remigio.

—Todo apunta a que así fue —confirmó Cheick.

—¿Tienen familia en Cádiz? —Quiso saber el comisario Ortiz.

—Sí. Los padres de él están vivos y tiene una hermana. El padre sufre de Alzheimer y se encuentra ingresado en una institución. La madre es muy anciana, así que requiere cuidados especiales. Pude hablar con su hermana, Graciela Vilaró. Está muy enfadada con David y su cuñada.

—¿Por qué?

—Dice que él era muy cercano a su madre. La llamaba casi todos los días, estaba pendiente de sus necesidades y en la medida que se lo permitía su trabajo hacía viajes de dos o tres días para verla. También llevaba de visita a sus nietos en las vacaciones de verano y navidad. El hijo perfecto. Pero hace dos años recibieron una llamada en la cual Vilaró les informó que llevarían a cabo un viaje, que pasarían un tiempo fuera, así que se comunicarían menos. A Graciela le sorprendió, porque con las actuales tecnologías es difícil encontrar un lugar desde donde no puedas comunicarte, pero asumió que su hermano necesitaba un poco de espacio y no indagó más. Al cabo de un par de meses comenzó a preocuparse, porque aún no tenía noticias de David. El hermano de Ágata, su único pariente vivo tampoco sabía nada. Graciela me confesó que estuvo a punto de llamar a la Policía y reportar la desaparición de su hermano, su cuñada y sus sobrinos,

pero en vista que él mismo le había anunciado que estaría ausente por una larga temporada, temió estar haciendo una tormenta en un vaso de agua y se quedó tranquila.

—Han pasado dos años —señaló Remigio—. ¿En todo este tiempo no ha sospechado nada?

—Por lo visto, hubiera sospechado que algo malo ocurría si no hubiera tenido noticias suyas, pero después de cuatro meses le llegó una postal. A partir de entonces las ha recibido cada cierto tiempo.

—¡Una postal? —preguntó Néstor, muy sorprendido— ¿Quién envía postales hoy en día?

—También a ella le resultó extraño —reconoció Diji—. En especial porque su hermano es muy aficionado a la tecnología, pero al menos eran noticias, así que no se hizo más preguntas.

—¿Desde dónde eran enviadas?

—Desde diferentes ciudades de Europa.

—¿Cuántas postales recibió?

—Me dijo que hasta ahora le han llegado seis. Por lo que me contó no dicen mucho. Solo que están bien y que aún no tienen intenciones de regresar.

—Sería interesante hacer el peritaje de esas postales —sugirió Néstor.

—Ya se las pedí. Las enviará por encomienda urgente. Espero que lleguen hoy mismo.

—¿Cuál es el motivo del enfado de Graciela con su hermano? —preguntó Sofía, aunque ya lo sospechaba.

—Su ausencia. De preocuparse por la salud de sus ancianos padres a pasar de todo en pocos días. Estos dos años de ausencia han deteriorado mucho la salud de la madre, desencadenando una fuerte depresión.

—De hijo preocupado a pasota. Es cuando menos extraño —reconoció Santiago—. ¿Qué hay de Ágata? ¿Pudiste hablar con su hermano?

—Sí, pero me aportó mucho menos. Nunca fueron muy unidos, así que el distanciamiento ya venía desde mucho tiempo atrás. No le sorprendió la falta de noticias.

—Así que él no recibió llamadas, ni postales —precisó Néstor.

—No.

—De acuerdo, veamos qué conseguimos sacar en claro de esas postales —puntualizó el comisario—. ¿Fueron escritas por el propio David Vilaró?

—De su puño y letra.

—Pasemos entonces a otra cosa. Manuel, ¿qué pudiste encontrar de Gilberto Salas?

—Nada en absoluto en Haro, señor. No hay registros de propiedad, o alquiler, cuentas bancarias, no posee tarjeta de crédito, ni ha pedido nunca un préstamo. No está empadronado en esta provincia. No hay registro de trámites de DNI, o pasaporte de ningún habitante de La Rioja con ese nombre.

—¿Investigaste en el resto de la península? —Quiso saber el inspector jefe.

—Sí, por supuesto. En este caso encontré a dos personas que responden al nombre de Gilberto Salas. Uno vive en Barcelona y otro en La Coruña. Los investigué a ambos. Al que vive en Barcelona podemos descartarlo.

—¿Por qué? —Preguntó el comisario.

—Porque tiene noventa y cinco años. Además, sufre de demencia senil. El gallego, en cambio, es un maestro de escuela de cuarenta.

—Un maestro de escuela con más de un millón de euros en las Bahamas. No suena muy coherente —reconoció Néstor—. Encárgate tú mismo de investigarlo, Manuel. A ver si tiene alguna conexión con los Avana, o con los Vilaró. Debemos precisar si fue el beneficiario de los fondos desfalcados del fideicomiso.

—Bahamas es un paraíso fiscal —apuntó Miguel—. No nos proporcionarán información.

—Esperemos que no sea necesario traspasar las fronteras para conseguir respuestas —opinó Néstor—. Antes de hablar con el maestro pídele una orden a Aristigueta, e indaga acerca de sus finanzas. Hay dos cosas que no se pueden esconder: la tos y el dinero. Trata de precisar si hay dispendios que no puedan ser justificados con su sueldo.

—De acuerdo. Me pongo a ello.

Llegó el turno de Sofía de informar sobre lo que había averiguado acerca de Julián Avana. La subinspectora bebió un sorbo de agua antes de iniciar su exposición.

—Como ya habíamos discutido, Julián Avana es el menor de los hermanos. Siempre fue considerado la oveja negra de la familia. Escudándose en la excusa de ser pintor, lleva una vida disipada y poco

productiva. Ayer entrevisté a la asistenta de los Avana cuando aún vivía el padre, don Alfonso. La dama guarda buenos recuerdos de su jefe. Me refirió que para él había sido muy duro tomar la decisión de restringir el acceso de su hijo menor a su herencia, pero estaba seguro de que si la recibía sin condiciones, no le duraría ni un año. Por otro lado, Julián Avana siempre proclamó que el dinero no le interesaba, pero según Angelina Ferro, la amiga de Natalia, la señora Avana se quejaba de que eran muchas las ocasiones en las que Vicente tuvo que "prestarle" para supuestos proyectos, aunque sabía que si no lo hacía su hermano pasaría hambre, pues la mensualidad que recibía del fideicomiso la gastaba en menos de quince días.

—¿Gastaba cinco mil euros en quince días todos los meses? —preguntó Manuel con sorpresa—. ¿En qué?

—En licores, bacanales, invitaciones fastuosas a todos sus conocidos.

—¿Drogas?

—Es probable. Tiene antecedentes por drogas en su adolescencia.

—¿Era camello?

—En realidad, no. Cuando Julián tenía diecisiete años, sus padres se ausentaron por un viaje. Su hermano residía en la Universidad, así que la casa familiar quedó a su disposición. Organizó una fiesta bastante ruidosa. Cuando la Policía acudió por las quejas de los vecinos encontraron sustancias ilícitas. La investigación determinó que era Avana quien las había llevado a la fiesta para proporcionárselas a sus amigos. Fue encontrado culpable de "inducción al consumo" y sentenciado, pero como era menor de edad, no tenía antecedentes y la pena no llegó a los dos años, se libró con trabajos comunitarios.

—Así que el más joven de los Avana es un "pieza" —comentó Miguel—. ¿Y un sujeto así se quedó tranquilo después de que el hermano lo dejara sin blanca? No me lo trago.

—Es ahí a dónde quiero llegar —señaló Sofía—. No se interpuso ninguna denuncia después del desfalco por parte de Julián. Ni por la desaparición de su hermano, ni del dinero.

—No debió sorprenderle que su hermano desapareciera después de robarle más de un millón de euros —opinó Remigio—. Lo extraño hubiera sido que se quedara en Haro.

—Lo que es más llamativo es que no hiciera nada para encontrarlo, o recuperar su dinero. ¿Tienes idea de la razón, Sofía? —Quiso saber Néstor.

—Me hice la misma pregunta —reconoció la subinspectora—. Se me ocurrió que Julián Avana debía tener una razón de peso para ocultar la existencia de ese dinero. Sin embargo, sabemos que su origen es del todo legal, producto de una herencia, así que…

—La única explicación es que ocultara su existencia a Hacienda para evadir los impuestos —concluyó el inspector jefe.

—Es lo mismo que yo pensé. Me comuniqué con Hacienda y pude comprobar que Julián Avana nunca declaró el ingreso de esos sesenta mil euros anuales. Según él, subsistía con la venta de sus cuadros, lo cual no llega a mil euros.

—¿Al mes? —preguntó Diji.

—Al año. Además cobra el paro.

—¡No me jodas! —exclamó Pedrera.

—Se emplea durante un año como repartidor, chófer, empleado de limpieza, o cualquier trabajo similar. Luego se hace despedir y cobra el paro por 21 meses.

—Así que no podía denunciar el robo del fideicomiso sin delatarse a sí mismo —señaló Remigio—. Tendría que pagarle una fortuna a Hacienda y enfrentar cargos por evasión, además de fraude por cobrar el paro.

—Es correcto —confirmó Garay—. Esa es la verdadera razón por la que no denunció a su hermano cuando se dio a la fuga con su dinero.

—¿Y qué hizo? —preguntó el comisario—. ¿Se quedó de brazos cruzados?

—Es lo que parece.

—No lo creo —opinó Salazar—. Un sujeto que es capaz de todo lo que has descubierto, no se conformaría con tanta facilidad. Ese dinero era lo único que le permitía llevar el estilo de vida que le gusta, así que no creo que se conformara. No podía hacer mucho a través de las vías oficiales sin comprometerse a sí mismo, pero disponía de otras alternativas.

—¿Qué estás sugiriendo, Néstor? —Quiso saber Ortiz.

—Que debemos averiguar en las calles acerca de este asunto —respondió el inspector jefe—. No me sorprendería que hubiera empleado medios poco ortodoxos para dar con Vicente, recuperar el dinero y quién sabe si de paso, cobrar venganza. Además, pienso que sería conveniente interrogarlo.

—No me incomoda la idea —Lo respaldó Santiago—. Continúa.

—No tenemos nada en concreto para relacionarlo con el asesinato de la familia Avana, pero gracias a los descubrimientos de Sofía, disponemos de pruebas suficientes de fraude y evasión como para ponerlo a la sombra una buena temporada. Creo que debemos indagar los movimientos de este individuo, arrestarlo y luego confrontarlo. Es probable que hagamos descubrimientos interesantes.

—¿Sospechas que él asesinó a su hermano y su familia? —preguntó Manuel.

—No lo descartaría sin investigarlo —argumentó Néstor.

—Estoy de acuerdo —señaló Santiago—. ¿Quieres ocuparte de esto, Néstor? Estoy seguro de que tus contactos nos pueden aportar información interesante.

—Muy bien. Me haré cargo de Julián Avana, aunque debo reconocer que alguna pieza no encaja en esa teoría. Como la desaparición de los Vilaró, o la aparición de Is.

—¿Y si son dos casos diferentes? —sugirió Diji—. Quiero decir, hemos asumido que están relacionados por el hallazgo del carné de la señora Vilaró en el bolsillo de Natalia Avana, pero, ¿y si existiera otra explicación para ello?

—Lo veo un poco rebuscado, la verdad —discrepó el comisario.

—Además, no debemos olvidar al perro —señaló Salazar—. Los Avana se enfrentaron a uno, como evidencian las mordeduras que tenía Vicente. Por otro lado, por las huellas y el interrogatorio a Is sabemos que un perro grande la persiguió. También debemos tomar en cuenta el estado de las víctimas.

—¿A qué te refieres? —Quiso saber el comisario.

—Tanto los Avana como la joven muestran claras señales de desnutrición. En otras palabras: han pasado hambre. Como coincidencia me parece demasiado.

—Vamos a suponer que Julián encontró a Vicente y en venganza por el robo lo asesinó junto con su familia —sugirió Remigio—. ¿Qué relación podría tener con la desaparición de los Vilaró y qué sentido tendría perseguir a Is?

—¿Tal vez ambas familias colaboraron en el desfalco y por eso se convirtieron en objetivo de la venganza de Julián?

—David Vilaró es agrónomo y Ágata, maestra —puntualizó el inspector jefe—. No veo qué relación pudieran tener con el desfalco que

cometió Vicente, o cómo podrían haberlo ayudado. Además, los Vilaró también vendieron sus propiedades y vaciaron sus cuentas. Su perfil se aproxima más a las víctimas que a los victimarios.

—¿Qué me dices de la chica? De Is —Quiso saber Pedrera.

—Ni siquiera sabemos quién es en realidad —reconoció Néstor—. Todo hace pensar que también es una víctima, pero no podría asegurarlo.

—¿Tal vez colaboró con Vicente en el desfalco y quisieron ajusticiarla de la misma forma que los Avana, pero se les escapó? —sugirió Remigio—. Podría ser que el caso diferente fuera el de los Vilaró. Todavía no sabemos qué ha sido de ellos.

—¿Y dónde dejamos a Gilberto Salas? —les recordó Diji—. Todavía no sabemos qué papel juega en todo esto.

—Este caso tiene más aristas que un puerco espín —Se quejó Remigio—. No hay por dónde afrontarlo.

—A ver, señores. Seamos disciplinados y no desesperemos —les recomendó Néstor—. Todas las evidencias apuntan a que se trata del mismo caso. De modo que si no aparecen nuevas pruebas que demuestren lo contrario, seguiremos en la misma vía.

—Estoy de acuerdo con el inspector jefe —lo respaldó Santiago—. Remigio, ¿averiguaron algo tus informantes acerca de Gilberto Salas?

—Nada, señor. El tío es un fantasma. Nadie lo había escuchado nombrar hasta ahora.

—Tal vez esté limpio —sugirió Manuel.

—Tiene una cuenta en un paraíso fiscal que fue el destino del dinero de un desfalco —discrepó Miguel—. ¿Cómo va a estar limpio?

—Es posible que este fuera su primer delito —respondió Manuel, defendiendo su punto—. Que se haya beneficiado de un desfalco no significa que sea un delincuente habitual.

—Manuel tiene razón —lo respaldó Néstor—. Podría tratarse de un ciudadano común con un umbral de honestidad bajo, que haya cedido a la tentación de ganar una importante cantidad de dinero sin esfuerzo.

—Eso nos regresa al maestro —opinó el comisario—. ¿Tú has descubierto algo con tus contactos, Néstor?

—Esta tarde debería tener una respuesta.

—Muy bien. ¿Qué medidas habéis tomado para descubrir la identidad de Is?

—López debe estar en este momento en el hospital tomándole las huellas digitales y una muestra de ADN —respondió Salazar—. También le pedimos a científica que enviara un fotógrafo para que podamos preguntar a todos los relacionados con los Avana y los Vilaró, por si alguno de ellos la puede reconocer.

—Muy bien. Encárgate tú de la chica, Sofía.

—Sí, señor.

—Esperemos que las indagaciones sean fructíferas.

En ese momento sonó el móvil del inspector jefe y cuando vio de quién se trataba se le quedó la mente en blanco. El número que apareció en la pantalla correspondía a doña Gertrudis.

Capítulo 20.

Néstor respondió el móvil con la esperanza de que la trabajadora social le estuviera llamando debido a sus intentos de comunicarse con ella. Sin embargo, el motivo resultó ser mucho más perentorio. Acababa de recibir a Salvador en la estación y se encaminaba a la casa del inspector para llevarle a su hijo. Salazar se excusó con sus compañeros argumentando que tenía que resolver un asunto urgente y delicado. A Santiago no le resultó difícil unir los puntos para comprender lo que ocurría. Después de todo, ya habían discutido los aspectos más importantes, así que podían dar por concluida la reunión.

Néstor apuró el paso para llegar a su piso a tiempo. Tal vez tendría oportunidad de hablar con la trabajadora social después de todo, aunque tenía que reconocer que hubiera preferido hacerlo antes de que le llevara al chiquillo. Cuando cruzó el umbral de la buhardilla, Paca, que había estado durmiendo en el sofá, lo miró desconcertada. ¿Qué estaba haciendo allí su humano cuando todavía había luz? ¿Habría acudido para darle comida? Una merienda mañanera no estaría nada mal. Que una gata necesitaba alimentarse. No eran pocos los desafíos que tenía que afrontar para defender el territorio. Hasta a un monstruo plumífero había tenido que enfrentarse. Y ni siquiera había recibido un tazón de leche en agradecimiento. Que los humanos no se enteraban de nada.

Y "para muestra, un botón", el suyo la cogió con una mano y la desalojó del cómodo sofá sin ninguna consideración.

—Meeooouu —protestó ofendida.

Salazar no le prestó atención. En cambio se ocupó de retirar los pelos que la gata había dejado sobre la tapicería, luego comprobó que todo estuviera limpio y ordenado. Cuando concluyó que era así, por fin se detuvo un momento a pensar.

—¿Pero por qué me preocupo si al final he decidido no recibir hoy al niño? —le preguntó a Paca, que refugiada en un rincón, le lanzó una mirada de reproche. Aquello no se le hacía a una gata.

Llamaron a la puerta y el corazón de Néstor dio un vuelco. Apenas le dio tiempo de quitarse el gabán, colgarlo del perchero, alisar un poco el traje con las manos y atusarse el cabello. Luego abrió la puerta.

Ante él se encontraba doña Gertrudis sosteniendo una maleta. A su lado había un pequeño muy delgado, envuelto en un abrigo de lana. El chico tenía el cabello castaño abundante y revuelto. Los ojos, grandes como canicas negras se enfocaron en Salazar. La mirada de Salvador estaba cargada de miedo, incertidumbre y desconcierto.

Néstor sintió que se le encogía el corazón, porque aquella mirada le recordó la de Gabriel, su pequeño hermano asesinado de un golpe por su padrastro. Era la misma expresión que solía tener Gabriel cuando se desataban las trifulcas en su casa y su padrastro, un maltratador, golpeaba a su madre sin piedad.

Salazar siempre se sintió culpable por no haber podido evitar que aquella mala bestia causara la muerte de su hermano. De manera que todas sus resoluciones y su lógica se desplomaron en cuanto lo atravesó la mirada del chiquillo.

—He visto que me ha llamado varias veces, inspector —dijo doña Gertrudis—. Lamento no haberle respondido de inmediato, pero estaba en la estación esperando a Salvador y allí hay muy mala cobertura. ¿Quería decirme algo?

—Nada importante —Se escuchó decir Néstor—. Pasen por favor. Así que tú eres Salvador. Encantado de conocerte. No sé si te lo habrán explicado, pero yo soy tu padre.

—Lo sé —respondió el niño, cambiando la mirada de desamparo por una de reproche—. También sé que nunca me ha querido. Mi abuela me lo contó antes de morir, así que no es necesario que se haga el simpático conmigo.

Néstor enarcó las cejas. Por lo visto, la relación con Salvador no empezaba con buen pie. Recordaba a la madre de Sara. Una mujer estirada y chapada a la antigua, que nunca aprobó que vivieran juntos sin haberse casado. Pero, ¿por qué le habría contado la vieja arpía al chiquillo que él no lo quería? ¡Cómo iba a quererlo si no tenía idea de su existencia!

—Ya tendremos tiempo de hablar sobre eso, Salvador. Y también de conocernos mejor.

—Sí, claro.

—Señor Salazar. ¿Tiene usted la tarde libre, o debe regresar al trabajo?

—Debo volver a la comisaría, doña Gertrudis, pero no se preocupe. Estoy seguro de que Dika puede quedarse con Salva hasta que yo regrese.

—Mi nombre es Salvador —protestó el chiquillo—. Solo mi madre y mis amigos me llaman Salva. Y usted no es uno de ellos.

—De acuerdo. Será como quieras, Salvador.

—¿Está seguro de que podrá arreglárselas? —Quiso saber la trabajadora social, al ver la actitud hostil del niño.

—Todo estará bien, doña Gertrudis. No se preocupe.

La mujer suspiró, no muy convencida, se dio media vuelta y se marchó. Salazar cogió la maleta, la llevó a la habitación y la puso sobre la cama. Salvador se quedó sentado en el sofá, mirándose la punta de los zapatos. Al cabo de un momento, Néstor regresó a la sala.

—¿Quieres merendar algo? —La palabra "merendar" hizo que Paca, que se había refugiado en su cesta, levantara la cabeza para prestar atención —. Aún faltan un par de horas para el almuerzo. Si tienes hambre…

—Estoy bien. ¿No tenía que irse a trabajar?

—Yo preferiría que me tutearas, Salvador. Y no te voy a dejar solo.

—¿Por qué no? Ya tengo ocho años. Y cuando mi madre está enferma, soy yo quien la atiende.

—Es admirable, pero no sería un padre responsable si te dejo solo. ¿No crees?

—Nunca ha sido un padre responsable —le reprochó el chiquillo—. Es más, nunca ha sido un padre. ¿Por qué no sigue con su vida y me deja en paz?

Néstor se sintió desconcertado. Era capaz de sacarle información a cualquier delincuente gracias a su astucia, pero frente a aquel chiquillo se sentía torpe y sin argumentos, entre otras razones porque debía cuidar que sus palabras no lo lastimaran.

—Escucha, Salvador —dijo en voz baja mientras se sentaba frente a él —. Estás enfadado y lo comprendo. Tienes razón de sentirte así. Por otro lado, no sé por qué tu abuela te dijo que yo no te quería. Verás, las circunstancias hicieron que tu madre no me contara que estaba esperando un hijo mío y esa fue la razón de mi ausencia. De haber sabido que existías, nadie habría podido impedirme ejercer mi paternidad. ¿Lo entiendes?

—No le creo. Mi abuela nunca mentía. Y ella me dijo que usted no me quería. Que cuando supo que mi madre estaba embarazada quiso que abortara. ¿Lo va a negar?

—¡Por supuesto que lo niego! ¡Eso no es verdad!

Salvador apretó los labios, cerrándose en banda. Salazar comprendió que estaba pasando por la curiosa experiencia de ser interpelado por un niño de ocho años. Y no había salido bien librado. Suspiró. Aquello llevaría tiempo.

—Bien. Te lo dejaré claro —sentenció Néstor con voz firme—. Te guste o no, ahora estás bajo mi responsabilidad. Tienes solo ocho años, así que por ningún motivo voy a dejarte solo. Llamaré a una amiga que trabaja en el bar que está junto al portal. Ella te hará compañía hasta que yo pueda volver del trabajo. Podéis aprovechar el tiempo para desempacar. Yo regresaré al anochecer.

Salvador se encogió de hombros sin levantar la mirada de la punta de sus pies.

—¿Y en este piso no hay ni siquiera un televisor? Pues qué mierda.

—No lo hay porque nunca veo la televisión. Solo los noticieros y para eso es suficiente el ordenador. Sin embargo, entiendo que las cosas han cambiado. En cuanto tenga oportunidad haré que traigan un televisor, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Cuidarás tu vocabulario. Y será mejor que trates con amabilidad a Dika, que nos está haciendo un favor a ambos. ¿Estamos de acuerdo?

—No tengo nada contra esa Dika. ¿Quién es? ¿Su novia?

—Es la novia de mi mejor amigo y una buena amiga. Voy a llamarla, pero antes quiero que te comprometas a ser respetuoso y amable con ella.

—¿O qué?

—Te puedes ir olvidando del televisor.

—Está bien, acepto. Si no lo hago, moriré de aburrimiento.

Quince minutos después, el inspector salía de la buhardilla habiendo dejado a Salvador con Dika, que no paró de alabar al chiquillo por lo guapo que era. Cuando Néstor cerró la puerta a sus espaldas, Paca levantó la mirada. Ya se había vuelto a marchar sin dejarle la merienda. Estos humanos nunca aprendían.

Después de dejar a Salvador con Dika y antes de regresar a sus tareas, Salazar se detuvo en "La Callecita", el bar de Gyula, para tomarse un café y conversar con su amigo. Llevaba clavada en el alma la mirada de desamparo de Salvador y necesitaba una dosis de realidad mundana para sacudirse la congoja que el chiquillo le había causado. Pese a su decisión de no recibir al niño hasta llevar a cabo algunas verificaciones cuando

comprendió que se había dejado llevar por los acontecimientos, en cuanto vio al chaval con la actitud hostil con la cual pretendía esconder su fragilidad, la determinación de Néstor se vino abajo. El recuerdo de sí mismo entrando al Centro de Acogida, el de Gabriel encogido llorando, oculto en el armario del dormitorio de ambos cuando su padrastro descargaba sus frustraciones golpeando a su madre y algunas veces también a Néstor. Todas esas imágenes lo asaltaron a traición frente al evidente miedo del chiquillo. Imaginó lo que habría representado para Salvador separarse de su madre, abandonar su hogar, su escuela, su ciudad, para ser arrastrado a un lugar desconocido junto a un hombre que según le habían contado no quería saber nada de él.

Se preguntó por qué la vieja arpía, la madre de Sara, le había mentido a su nieto al decirle que su padre no lo quería y había hecho lo posible para que fuera abortado. Era consciente de que la muy bruja no lo quería a él como yerno, que se alegró mucho cuando Sara lo abandonó, pero le pareció que lo que le había dicho a Salvador era en extremo cruel. De cualquier manera, Néstor estaba decidido a cuidar del chiquillo el tiempo que fuera necesario, de la mejor forma posible. No podía permitir que terminara en una institución. Tendría que aprender a ser padre.

Con estos pensamientos en la cabeza llegó hasta el bar, saludó al camarero al pasar y le pidió un café. Luego se sentó en su mesa. Cuando le sirvieron la infusión preguntó por Gyula. El empleado le pidió que esperara que fuera a buscarlo. No había tomado el segundo sorbo cuando vio a su amigo aproximarse.

—Hola Néstor. Me dijo Dika que subía para cuidar del chiquillo. ¿Qué tal vuestro primer encuentro?

—Me temo que no fue lo que esperaba —confesó el inspector.

A continuación le contó los detalles desde que doña Gertrudis se presentó con el chaval, hasta que él salió de la casa. Su amigo se echó hacia atrás en el asiento.

—Pues lo tienes crudo, amigo. Vas a tener que ganártelo. ¿Serás capaz?

—Haré mi mejor esfuerzo —prometió Salazar encogiendo un hombro, mientras tomaba otro sorbo de café—, pero recuerda que no depende solo de mí. Al final será el chico quien decida cómo será nuestra relación. Lo que sí puedo asegurarte es que haré lo que pueda para que se sienta lo mejor posible.

—Es muy noble de tu parte, colega, pero eso no me sorprende. ¿Puedo ayudar en algo?

—De hecho, sí. Al parecer es imperdonable que no tenga un televisor. ¿Podrías…?

—Descuida. Me encargaré de que te lleven uno.

—Gracias, te haré una transferencia esta misma noche. En cuanto llegue a casa.

—No te apures —respondió Gyula, mientras hacía un gesto con la mano como si espantara una mosca, para restarle importancia al dinero.

—¿Sabes si hay alguna otra necesidad perentoria para un chico de ocho años de esta generación? A nosotros nos bastaba con un balón de fútbol, pero…

—No lo sé. No tengo mucha experiencia al respecto. ¿Una consola, tal vez?

—Ya, pero ¿cuál?

—Pues no sé qué decirte, pero supongo que tu hermano y tu cuñada podrán orientarte mejor al respecto. Por los gemelos.

—Claro. Bien, ya nos iremos adaptando. De momento el televisor, que es el primer reclamo.

—Creo que esto de la paternidad te va a salir por un pico.

—Y que lo digas, pero pasando a otro asunto. ¿Has recibido alguna información sobre Gilberto Salas?

—Que no existe nadie que se mueva en ambientes sospechosos que use ese nombre. Ni real, ni como alias. Si algún Gilberto Salas reside en Haro, estaría limpio como una patena.

—Nosotros tampoco hemos encontrado a nadie que responda a ese nombre en toda la provincia —confesó Salazar—. Tenemos que indagar por otras vías, pero te agradezco el esfuerzo.

—Nada. Tú a mandar.

—Gracias. De hecho tengo otro encargo para ti.

—Dispara. ¿Sobre quién has puesto la lupa esta vez, Sherlock?

—Julián Avana.

—Espera, que ese nombre me resulta conocido —Gyula guardó silencio unos momentos mientras hacía memoria. El inspector terminó su café, dándole tiempo a pensar—. Sí. Ahora recuerdo. Mi primo Kavi me comentó acerca de las fiestas de ese tío. Al parecer, son famosas.

—¿Kavi ha acudido a esas fiestas?

—No. El tal Julián reparte anfetas y pirulas como si fueran caramelos. Kavi pasa de todo eso, pero alguno de sus amigos sí que es asiduo a las fiestas de "Velázquez", que es como lo llaman en las calles, aunque mi primo reconoce que lamenta perderse el buen vino. Al parecer el licor tampoco escasea cuando el pintor decide homenajear a su corte.

—¿Por qué el apodo?

—Sarcasmo. El tío se cree un gran artista incomprendido, pero sus cuadros son una mierda. ¿Qué necesitas saber de él?

—Hace tres años, su hermano le birló más de un millón de euros de un fideicomiso que le dejó su padre en herencia —explicó Néstor.

Gyula silbó.

—Ahora comprendo por qué no he escuchado sobre esas bacanales hace ya bastante tiempo.

—Lo más importante es que en su momento, el señor Julián Avana no hizo ningún esfuerzo aparente por encontrar a su hermano, ni por recuperar su dinero.

—Eso sí sería extraño si se trata del mismo tío del que he oído hablar. ¿Por qué os interesa a vosotros?

—¿Recuerdas lo que te conté acerca de la familia que fue asesinada? Se trata del hermano de Julián, Vicente Avana, junto con su esposa y su hijo.

—Lo recuerdo. ¿Sospecháis de Avana?

—Digamos que es una "persona de interés" para la investigación.

—¿Qué quieres que averigüe del personaje?

—Creemos que su aparente desinterés en el dinero del fideicomiso, así como en el paradero de su hermano y su familia no se debe a desprendimiento por el dinero, sino a que poner una denuncia formal lo hubiera dejado en una situación muy comprometida.

—Así que crees que usó otras vías.

—Estoy seguro de ello.

—Déjame hacer algunas llamadas. Por lo que me ha contado Kavi, el tío actúa como un toro en una cristalería. Se cree "el padrino" gracias a la corte de aduladores que lo rodea, pero es más bien torpe, así que no creo que sea difícil descubrir lo que quieres saber.

—Debo visitar al director de la escuela de Salvador para llevarle los documentos y que lo admita, pero estaré pendiente de tu llamada.

—Te avisaré en cuanto tenga información.

—Gracias, Gyula. Siempre me sacas las castañas del fuego.

—Nada, que para eso estamos. Y por cierto, ya han pasado varios meses desde que recibiste el disparo. ¿Cuándo crees que podemos reanudar el entrenamiento que dejamos pendiente entonces?

—Eh…Yo…Se lo preguntaré al doctor Alvarado cuando acuda a la cita de control, pero creo que todavía es pronto.

—¿Ah sí? Creí que tu recuperación había sido muy satisfactoria. Que ya estabas casi bien.

—Sí, claro, pero tú sabes, algún tirón de vez en cuando. No sé. Yo creo que todavía no.

—Todavía no —repitió Gyula—. No olvidarás preguntárselo. ¿Verdad?

—Cuenta con ello —afirmó el inspector ajustándose los anteojos.

Capítulo 21.

Sofía llegó hasta la Biblioteca Municipal y se detuvo a contemplar su arquitectura antes de entrar. Se trataba de un edificio de cuatro pisos con fachada de piedra. El último nivel era una amplia terraza con una balaustrada adornada con arabescos. Llevaba una fotografía de Is que le había hecho el fotógrafo de la Policía en el hospital. El viento frío la animó a entrar, y una vez en su interior buscó a la señora Márquez, una de las bibliotecarias a quien Remigio y Diji ya habían interrogado a causa del carné de Ágata Vilaró, pero cuyas respuestas aportaron muy poco a lo que ya sabían. Al salir de la reunión en la comisaría, la subinspectora visitó a Angelina Ferro, la amiga de Natalia, así como el edificio donde habían vivido los Vilaró. Hasta ahora no había tenido suerte, pues nadie parecía conocer a Is. Tenía la esperanza de que alguien identificara a la joven en la Biblioteca. Tal vez la chica también fuera asidua al lugar y hubiera conocido a Ágata Vilaró entre esas paredes. De no tener resultados, su última opción sería la profesora de yoga.

Cuando Sofía mostró su identificación a la encargada, esta no pudo disimular una expresión de desagrado. A nadie le gusta recibir una visita de la Policía.

—Ya dos de sus compañeros estuvieron aquí, pero me temo que es poco lo que puedo decirles acerca de Ágata.

—La señora Vilaró no es el motivo de mi visita.

—¿Ya la han encontrado? Le adelanto que por aquí no ha regresado.

—Me temo que todavía no hemos dado con su paradero, ni el de su familia, pero estamos trabajando en ello. Me trae otro asunto.

—¿Ah, sí? Dígame, ¿de qué se trata?

Sofía abrió la carpeta que llevaba en la mano y sacó la fotografía de Is para mostrársela a la encargada.

—¡Por Dios! ¡Pero si es Is! —exclamó la mujer con franca sorpresa—. ¡Pero qué delgada está! ¿Por qué me muestra esta foto, subinspectora? ¿No está ella en Houston?

—Entonces la reconoce.

—Sí, por supuesto. Trabajó aquí hasta hace seis meses. Tenía plaza por medio turno.

—¿Es común que contraten a alguien por medio turno?

—¡Oh! Fue una concesión especial. Un acuerdo al que llegó con la directora. Verá, la chica estaba en una situación difícil. Su esposo sufre de una enfermedad grave y requiere cuidados, además de que tienen una niña pequeña. Ella necesitaba llevar algún ingreso a la casa. Él cobraba una pensión por discapacidad, pero no era suficiente, así que ella trabajaba medio turno.

—¿Puede decirme cuál es el nombre completo de la joven?

—Sí, claro. Es Isadora Ramos.

—De acuerdo —dijo la subinspectora, mientras tomaba nota del nombre en su móvil—. ¿Qué puede decirme de ella?

— Una de las encargadas se jubiló hace seis meses, así que su plaza de trabajo quedó vacante. La directora hizo una solicitud a la agencia de empleo y al día siguiente nos enviaron a Is. Ella le contó su tragedia y doña Amelia se apiadó de la chica, así que la contrató para que trabajara media jornada.

—¿Quién cubría el turno restante?

—Un chico que pasó a cubrir la jornada completa cuando Is se fue.

—¿Por qué se fue?

—Por su esposo. Tenía que hacerse un tratamiento en Estados Unidos. En Houston, así que ella pidió que la cesaran y se marchó.

—Si su situación económica era tan difícil, ¿cómo es que pudieron irse a Estados Unidos?

—No lo sé. Escuché algo sobre una donación, pero no indagué mucho. Me alegré por Isadora y por su esposo. Ambos son muy jóvenes para tener que pasar por un calvario como ese.

—¿Le contó algo acerca de la enfermedad de él?

—Me dijo el nombre…Era extraño, nunca antes lo había escuchado mencionar. Terminaba en algo así como grave… Tendrá que perdonarme, subinspectora, pero no lo recuerdo. Lo que sí recuerdo es que lo debilitaba mucho y le impedía llevar una vida normal. Is se lamentaba de que él había sido muy activo, pero desde que enfermó se agotaba con mucha facilidad. Ella nos comentaba que los días malos hasta se le hacía difícil mantener los ojos abiertos, porque se le caían los párpados.

—¿Alguna vez Is mencionó el nombre de su esposo?

—Ella se refería a él como Guille, así que supongo que se llama Guillermo.

—¿Ramos es apellido de soltera, o de casada?

—Creo que de casada. La directora debe saberlo con mayor certeza, pues tiene su ficha de trabajo.

—¿Qué me puede decir acerca de la niña? ¿ Isadora le contó algo sobre ella?

—Sí, claro. Esa criatura es su motivación para seguir adelante. Se llama Maite. Una preciosidad. El mayor orgullo de Is era enseñarnos sus fotografías.

—¿Qué edad tiene la niña?

—Bien, tenía cuatro meses cuando Is renunció, así que ahora debe tener más o menos diez meses.

—Dígame, señora Márquez. Y por favor piense bien la respuesta porque esto es importante, ¿Isadora y la señora Vilaró se conocían?

—Por supuesto. Ágata venía con mucha frecuencia y en diferentes horarios, así que todos la conocíamos.

—¿Sabe si conversaba mucho con Is?

—Desde luego. Ágata es una persona muy preocupada por los demás, así que siempre tenía una frase de aliento y un consejo para Is.

—De acuerdo, gracias. Me está ayudando mucho.

—Pero dígame, subinspectora. ¿De dónde salió esa fotografía que acaba de mostrarme? ¿Por qué se ve tan demacrada? ¿Está enferma? ¿Dónde está?

—Isadora fue encontrada en un camino rural en estado de choque.

—Pero… ¿Qué fue lo que le pasó?

—Todavía no lo sabemos. Estamos haciendo averiguaciones. Sus aportes ayudarán mucho, pues ni siquiera conocíamos su nombre completo.

—Pobre chica. ¿Dónde está? Me gustaría poder visitarla. Debe necesitar la compañía de alguien conocido.

—Me temo que no puedo suministrarle esa información, pero le aseguro que haremos lo posible por encontrar a su familia y comunicarnos con ellos. ¿Puede darme usted alguna información al respecto?

—Is hablaba poco de su familia. Creo que estaba enfadada con su padre, pero no tengo claro el motivo.

—¿Sus padres viven en Haro?

—Creo que viven en Burgos. Ella mantenía la comunicación con su madre, pero a su padre no le hablaba.

—¿Sabe usted cómo se llaman los padres?

—Lo siento. Ella nunca los mencionó por sus nombres.

—Bien. ¿Cuándo podría hablar con la directora de la Biblioteca? ¿Se encuentra ahora en su despacho?

La señora Márquez miró el reloj y asintió.

—Si se da prisa, todavía la puede encontrar antes que se vaya a casa. Su oficina está en el tercer piso.

—Gracias.

Sofía subió por las escaleras, satisfecha por los resultados de su entrevista con la bibliotecaria. Al conocer la identidad de Is podrían localizar a su familia. Eso ayudaría mucho a la chica, quien resultaría una testigo estrella si salía de su ensimismamiento. Por otro lado, era muy importante su conexión con Ágata Vilaró. Eso significaba que las tres familias estaban relacionadas, aunque los nexos fueran muy frágiles en apariencia.

La subinspectora tenía una sensación de apremio. Percibía que debían darse prisa, pues había vidas en peligro. Todavía no sabían el destino que habían corrido los Vilaró, Guillermo Ramos, o el bebé, Maite. Si seguían con vida, esa investigación sería su única oportunidad.

Capítulo 22.

Después de salir de "La Callecita", Néstor cogió un taxi que lo dejó en la escuela. Don Calisto lo esperaba porque debía recibirle los documentos necesarios para la inscripción de Salvador. El inspector cubría el gabán con el abrigo y se había peinado, pues no quería dar mala impresión. El director lo hizo pasar en cuanto llegó, recibió el sobre con toda la documentación y comenzó a revisarla. Después de unos minutos levantó la vista de los papeles.

—Bien, parece que todo está en orden —anunció don Calisto—. Las calificaciones del chico están en el promedio y su nivel, según la escuela de Madrid, corresponde al segundo ciclo de primaria. Por supuesto que tendremos que hacerle una evaluación a su ingreso para determinar con más exactitud sus fortalezas y debilidades, y así poder ayudarlo en aquellas áreas en las que sea necesario.

—¿Eso significa que lo aceptará?

—Desde luego. No solemos recibir chicos con el curso ya comenzado, pero la señora Ortiz, su cuñada, nos ha puesto al tanto de las circunstancias especiales de su caso. Además nos ha hablado muy bien de usted. Doña Carmela es una de las madres que más colabora con las actividades de nuestra escuela, así que viene usted muy bien recomendado.

—Gracias. ¿Cuándo puede comenzar Salvador?

—Mañana mismo, por supuesto.

—¿Y necesita algo? ¿Libros, cuadernos…?

—Sí, desde luego, pero ya le haremos llegar una lista que incluya las recomendaciones de los maestros del niño. De momento, serán suficientes un cuaderno y un lápiz para que tome notas. Si necesita algún libro se lo podemos proporcionar de nuestra Biblioteca hasta que usted se lo compre.

—Gracias, no sabe el peso que me quita de encima —reconoció Néstor, mientras estrechaba la mano del director.

—Le recomiendo que mañana sea usted mismo quien lo traiga a clases. El primer día puede ser muy duro para el chico. Son muchos cambios a los que debe adaptarse.

—Sí, claro, descuide. Yo mismo lo traeré.

Salazar se despidió de don Calisto y en cuanto salió del despacho encendió el móvil y vio que tenía una llamada perdida de Gyula. Se la

devolvió de inmediato.

—Hola Néstor. ¿Todo bien? Me sorprendió no poder comunicarme por tu móvil.

—Todo bien. Estaba en una reunión con el director de la escuela de Salvador y apagué el teléfono. ¿Ocurre algo? ¿Salva está bien?

—Él está bien, descuida. Según Dika han congeniado. Te llamo por otro asunto. Tengo la información que me pediste.

—¿Tan pronto?

—Es eficiencia, colega. Aprende de tus mayores.

—Déjate de chorradas y dispara. ¿Qué encontraste?

—Pues que tenías razón. Hace tres años, Julián Avana contrató a un detective privado. El asunto dio que hablar, porque el tío es rácano para cualquier cosa que no sean sus bacanales.

—Lo vería como una inversión —razonó Salazar—. ¿Sabes el nombre del detective?

—Sí, claro. Se llama Braulio Quintero y tiene su despacho en el número 18 de la calle Conde de Haro.

—La conozco. De acuerdo, gracias Gyula. Nos vemos esta noche.

El inspector salió de la escuela y se encaminó hacia la dirección que le había proporcionado su amigo. Agradeció el trabajo, que le permitía mantener la mente ocupada. En ese momento prefería no pensar en la responsabilidad que se había echado sobre los hombros. Esperaba estar haciendo lo correcto, porque no se perdonaría cometer un error que perjudicara a Salvador.

Permaneció sumido en sus pensamientos por un buen rato, hasta que notó que el taxi se detenía. Fue entonces cuando comprendió que habían llegado a su destino. Frente a él había un edificio bastante antiguo y mal conservado. Recordó el comentario de Gyula acerca de lo tacaño que era Julián Avana. Un detective privado era caro, pues a sus honorarios había que sumarle los viáticos, que no siempre eran fáciles de comprobar. Por si fuera poco, los honorarios tendrían que ser cónsonos con los riesgos de la investigación. Supuso que después del desfalco y ya sin contar con la ayuda del mismo hermano que le había robado, Julián habría sido mucho más cuidadoso a la hora de gastar su dinero. Era probable que hubiera escogido al detective en función de los costos.

Junto a los timbres del telefonillo estaban los rótulos que identificaban a los habitantes del edificio. Se leían con dificultad, pues eran tan viejos que

la tinta se había deslavado en muchas letras. Encontró uno que rezaba: "Bra li Quin ro De ctive rivado". Ese debía ser. Salazar llamó y le abrieron sin preguntar quién era. El inspector empujó la puerta y entró en un portal oscuro que olía a humedad y desinfectante barato.

Subió las escaleras usando la linterna del móvil para evitarse sorpresas desagradables. Por fortuna, no tuvo que llegar muy lejos. Junto a una de las puertas del primer piso había un rótulo metálico que parecía bastante nuevo y desentonaba con el descuido del entorno. En él podía leerse el mismo enunciado que se adivinaba junto al timbre del portal. Esta vez con claridad. Se quitó el abrigo, dejando a la vista el gabán arrugado. También se alborotó el cabello y encorvó los hombros. Ya estaba listo.

Néstor llamó al timbre y con la misma premura que en el portal, un pitido le avisó que le habían abierto. Entró y se encontró en una pequeña sala de espera, donde lo recibió una mujer de mediana edad muy bien arreglada, con una mirada que reflejaba curiosidad.

—Buenas tardes —lo saludó, al mismo tiempo que sonreía—. ¿Tiene usted cita con el detective Quintero?

—No, pero debo hablar con él sin demora —respondió Salazar, mientras desplegaba su identificación—. Policía.

—¿Hay algún problema... Inspector? —preguntó la secretaria entornando los ojos para leer mejor.

—Espero que no, pero es importante que hable con el detective Quintero.

—¿Quién es, Evelia? —gritó una voz desde el interior del despacho que estaba detrás de la puntillosa secretaria.

—La Policía —respondió ella con el mismo tono de voz, claramente molesta por la intromisión de su jefe.

La puerta del despacho se abrió y en el umbral apareció un hombre que ya sobrepasaba la edad de jubilación por bastantes años. Usaba un traje a la medida, corbata de seda y un pañuelo también de seda en el bolsillo, doblado a la perfección. Tenía el cabello más blanco que gris y un bigote canoso muy bien recortado. Los zapatos que calzaba estaban tan bien pulidos que parecían espejos. Cuando vio a Néstor enarcó una ceja.

—¿Es usted policía? —le preguntó, con un tono que dejaba claro que no lo creía.

—Inspector Salazar, de la comisaría de "San Miguel" —respondió Néstor, mientras le mostraba su identificación—. ¿Es usted el detective

Braulio Quintero?

Quintero miró con detenimiento la identificación, como si buscara alguna evidencia de que fuera falsa. Cuando se dio por satisfecho miró al inspector con el mismo cuidado de arriba abajo. Luego torció la boca en un gesto de desagrado.

—Es evidente que la disciplina en la policía se ha relajado demasiado. En mis tiempos, a alguien con esas pintas no lo hubieran dejado salir a la calle. Se hubiera ganado cuando menos un par de días sin empleo, ni sueldo.

—¿En sus tiempos? ¿Era usted policía?

—Y de los mejores, jovencito. Modestia aparte, de los mejores.

—¿Qué hace ejerciendo como detective privado en un lugar como este?

—Trabajé en la Jefatura Superior de Policía de Haro hasta hace diez años. Allí alcancé el rango de comisario cuando me llegó la edad de jubilación. Yo quería continuar haciendo lo que sé hacer mejor, pero no me lo permitieron, así que no tuve más alternativa que aceptar. Sin embargo, aún me sentía en capacidad de continuar investigando, de modo que monté mi tienda aparte. Saqué la licencia, renuncié a la mitad de mi jubilación y me hice detective privado.

—¿Valió la pena? —Quiso saber Salazar, al mismo tiempo que miraba a su alrededor la cutre oficina—. ¿Quiero decir…?

—Te refieres a esto. Bien, no es para hacerse rico —reconoció el detective—, pero tampoco te dejes llevar por las apariencias. Mi hija está pasando por un mal momento, así que he tenido que ayudarla. Es por eso que no he podido mudarme a un lugar más apropiado. Sin embargo estoy seguro de que vendrán mejores tiempos. Pero supongo que no has venido para averiguar si vale la pena hacerse detective privado —sentenció don Braulio. Salazar se preguntó en qué momento había pasado a tutearlo. ¿Y desde cuándo él pensaba en su testigo como don Braulio?

—No, señor. Creo que nos puede ayudar en uno de los casos que estamos investigando. ¿Le dice algo el nombre de Julián Avana?

—Ese. Claro que me dice algo. Menudo pieza. Para empezar, todavía estoy tratando de cobrarle mis viáticos. Solo pagó los honorarios que le pedí por adelantado. Del resto no he visto ni un "duro". Pero no te quedes ahí, jovencito. Pasa a mi despacho, que me hace ilusión volver a ayudar a la Policía, aunque sea como testigo.

Néstor entró a la oficina. Quintero, a sus espaldas se dirigió a su secretaria.

—Evelia, por favor no me pase llamadas. Y no estoy para nadie —Cuando cerró la puerta, la secretaria puso los ojos en blanco.

Una vez en el despacho, don Braulio se sentó detrás de su escritorio e invitó a Néstor a ocupar una de las sillas destinadas a los visitantes. Salazar tuvo la sensación de estar frente a uno de sus superiores rindiendo cuentas. Se sacudió ese pensamiento antes de afrontar la sonrisa sarcástica del detective.

—Muy bien, inspector, ¿qué es lo que quiere saber de ese truhan de Avana? —le preguntó a Salazar retomando el trato formal, aunque Néstor percibió cierto tono de guasa, como si no lo tomara del todo en serio.

—¿Cuándo lo contrató?

—Hace tres años. Quería que buscara a su hermano, que había desaparecido junto con su familia.

—¿Qué tanto avanzó en la investigación?

—No mucho. Avana me dio muy pocos indicios. Solo pude comprobar que el hermano era todo lo contrario de Julián. Un padre responsable y un excelente trabajador. La historia que contó acerca de irse a vivir a Italia era mentira, así que supuse que se había cansado de que el maula de su hermano lo sableara. Mi ex cliente es más vago que la quijada de arriba. De trabajar, poco.

—¿No le explicó por qué quería encontrarlo?

—Dijo que estaba preocupado por él y por su familia.

—¿Y usted le creyó?

—Desde luego que no, pero Vicente siempre le sacaba las castañas del fuego a Julián, así que supuse que quería recuperar su tonto útil.

—¿No le habló del fideicomiso?

—¿Qué fideicomiso?

—El padre de los Avana dejó la parte de la herencia de Julián en un fideicomiso que era administrado por Vicente. Antes de desaparecer, el mayor de los Avana transfirió todo el dinero a Bahamas.

—Joder. ¡Qué familia! No, Julián no mencionó ningún fideicomiso, ni me pidió que localizara el dinero. Solo me habló de su hermano y de la preocupación que sentía por su desaparición. Argumentó que marcharse así no era una conducta normal en él.

—¿Qué le dijo que hiciera si lo encontraba?

—Que no le dijera nada a nadie y le avisara su nueva dirección. Según Julián, su intención era visitar por sorpresa a su hermano para convencerlo de regresar, o al menos de mantener la comunicación.

—¿Creyó su historia?

—Como le dije, creí que quería localizar a su hermano para que siguiera dándole dinero, pero de policía a policía, dígame, ¿por qué le interesan tanto los Avana? ¿Julián por fin puso una denuncia?

—¿Por fin?

—Fue lo que le aconsejé en su momento, pero no quería ni oír hablar de ello.

—No me sorprende —respondió Néstor.

—Vamos, Salazar, no se haga de rogar. ¿Cuál es el interés de la Policía en este caso? Me he perdido de algo, ¿verdad?

—Sabe que no puedo discutir un caso que todavía está en investigación.

—De acuerdo, lo comprendo. Le propongo algo: Le daré todo lo que tengo sobre los Avana, aunque debo reconocer que no es mucho. Por otro lado, pregunte por mí. Tal vez se lleve una sorpresa. Si en algún momento cree que puedo serle de utilidad, vuelva por aquí.

—Echa mucho de menos el trabajo policial, ¿no es así?

—No tiene idea de cuánto. Además, intuyo que el caso Avana tiene más fondo del que yo creía.

—Es un trato —aceptó el inspector sorprendiéndose a sí mismo, mientras le estrechaba la mano.

—Espere, tómese un café, que ahora le pido a Evelia que busque todos los expedientes. No hay mucho, pero algunas veces la respuesta está en los detalles. ¡Evelia! —gritó, obviando el interfono que tenía a un lado.

Al cabo de unos segundos la puerta se abrió, dando paso a una secretaria con cara de pocos amigos.

—Don Braulio, ya le he dicho mil veces que cuando necesite algo me lo pida por el interfono. ¡Que no estoy sorda!

—No me gusta ese chisme —protestó el detective—. Mira, por favor tráenos un par de cafés y saca del archivo todo lo que encuentres sobre el caso Avana.

—Enseguida —aceptó Evelia, con un suspiro de resignación.

Mientras la secretaria cumplía con el encargo, Quintero miró a Néstor con una sonrisa llena de sarcasmo que dejó descolocado al inspector. El

café ya debía estar preparado, porque Evelia no tardó ni medio minuto en regresar con él y volver a salir en busca del expediente.

—Entonces dime, chaval. Pareces un chico listo. ¿Cómo van las cosas en comisaría?

—Bastante bien, la verdad. No tengo quejas —respondió Salazar, evasivo.

—Me dijiste que estás en "San Miguel" ¿No es así?

—Sí, señor.

—Espera, ¿no es esa la comisaría que ha resuelto varios casos importantes? Sí, claro, ahora recuerdo… La muerte del concejal, con toda aquella trama de extorsión, y luego los suicidios de los adolescentes. ¡Ah, sí! Y los secuestros de chavales que destaparon toda aquella red de corrupción. Joder, menuda la que liasteis. No me perdí ni una sola noticia al respecto. Te confieso que la pasé chachi mientras esos casos estuvieron en la palestra.

—Debo reconocer que ha sido un año muy ocupado.

—¡Pero ya va! —exclamó don Braulio, cuyo entusiasmo iba en aumento— Que ahora recuerdo que todos esos casos los llevaba un tal Salazar. ¿No me digas que eres tú?

—Pues si quiere no se lo digo, pero… —reconoció Néstor encogiéndose de hombros.

—Pues si te soy honesto, chaval, las ganas que tenía de conocerte. Que se ve que eres un policía 10. Pues ahora con más razón. En lo que pueda ayudar, aquí me tienes.

—Gracias —respondió el inspector, que se libró de sonrojarse porque en ese momento entró la secretaria con una carpeta en la mano.

—Aquí está todo lo que tenemos del caso Avana.

—Dáselo aquí al inspector Salazar —le ordenó Quintero, mientras señalaba a Néstor con un gesto de la mano—, que ahí donde lo ves, es un crack de la investigación policial.

—Gracias don Braulio. Se lo devolveré en cuanto le haga copias.

—No te apures, chaval. Que aquí dentro sigue latiendo un corazón de policía —señaló el detective, palmeándose el pecho.

Néstor sonrió al comprender por qué aquel pintoresco ex policía y ahora detective le había simpatizado. Le recordaba a su padre. Un policía de corazón. Si Sebastián hubiera vivido lo suficiente era seguro que hubiera sido como Quintero.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, don Braulio?

—Sí, claro. Pregunta.

—¿Cuál es su edad?

—Pues aquí entre nosotros, acabo de cumplir los setenta y ocho, pero no se lo digas a Evelia, que ella cree que tengo cinco menos.

Salazar sonrió ante la picardía del viejo policía.

—¿Hay algo más que pueda decirme acerca del caso Avana? ¿Algo que no haya reseñado en los expedientes?

—¿Te refieres a una percepción subjetiva?

— Considerando su experiencia, eEstoy seguro de que su opinión personal podría ser de utilidad.

—Pues mira, ahora que lo dices, en cierto modo me alegró que Avana no me pagara lo que me debía, porque eso me permitió salirme del caso. Mi impresión es que ese Julián es un mal bicho y que le iba a hacer un flaco favor a Vicente y a su familia si los encontraba.

Capítulo 23.

La oscuridad ya había caído sobre Haro, pese a que aún no eran las seis de la tarde. Sin embargo las calles estaban muy lejos de ser lúgubres, pues las luces navideñas se encargaban de levantar el ánimo de los viandantes que se animaban a salir con aquel frío. Santiago había fijado la última reunión del día para las siete, así que Néstor se encaminó de vuelta a la comisaría. Era evidente que el caso de los Avana - Vilaró preocupaba al comisario, pues fijar el encuentro para la última hora de la tarde era una forma evidente de meterles caña.

El inspector subió hasta el segundo piso, saludando al paso a García en la entrada y a Lali en la antesala del despacho del comisario.

—Ya todos han llegado y lo están esperando —le advirtió la secretaria al verlo pasar. Él asintió para indicar que había escuchado, pero no se detuvo a dar una respuesta.

Casi sin aliento, por fin Salazar llegó a la sala común. Cada uno de sus compañeros ocupaba su escritorio, mientras Ortiz, al frente, observaba con detenimiento la pizarra en la que habían colocado las fotografías del accidente, las de Is y el carné de Ágata Vilaró, así como los nombres de Julián, de Gilberto Salas, el banco del fideicomiso y el de las Bahamas. La intención era mostrar todas las evidencias que tenían de tal manera que contaran una historia, solo que en este caso resultaba tan confusa que ninguno de ellos era capaz de comprenderla. Ni siquiera tenían una idea clara de la relación que existía entre las familias que suponían víctimas del delito. Mucho menos del motivo de todo aquel despliegue criminal.

—Me alegra que ya estés aquí, Néstor —Fue el recibimiento por parte del comisario—. Eras el único que faltaba, así que ya podemos dar comienzo a la reunión. Tú primero, Sofía. ¿Has tenido suerte con la identidad de Is?

La subinspectora informó acerca de su entrevista con la bibliotecaria. Luego pasó a explicarles la conversación que tuvo con la directora.

—Vino a confirmar todo lo que me había dicho la señora Márquez, además de aportarme algunos datos más concretos: Isadora llegó de parte de la oficina de empleo, contó su historia a la señora Orellana y logró conmoverla. Su apellido de soltera es Ibarra. Es originaria de Burgos, donde viven sus padres, Balbino y Rafaela. Dejó los estudios para casarse y eso

causó un cisma en su relación con su padre, que además no aprobaba al chico que había elegido, así que el señor Ibarra se desentendió de su hija a partir de ese momento. Sin embargo, ella mantenía comunicación con la madre a espaldas del padre, y era Rafaela quien la ayudaba cuando las cosas se ponían demasiado feas.

—¿Dejó la casa paterna para casarse?

—Ya vivía en Haro. Los Ibarra son comerciantes a quienes al parecer les va muy bien. Isadora estudiaba en la universidad de Logroño, pero sentía un cariño especial por Haro, o eso les hizo creer a sus padres, así que Balbino aceptó comprarle un piso pequeño para que tuviera cómo comenzar cuando terminara su carrera.

—¿Qué estudiaba?

—Turismo, pero abandonó en el tercer año.

—Déjame adivinar —intervino Néstor—. Ese cariño por Haro tenía mucho que ver con Guillermo Ramos, ¿no es así?

—Él era recepcionista en un hotel de esta ciudad.

—¿Sabemos cuál?

—El Aranda.

—Es el mismo hotel donde trabajaba Natalia Avana —señaló Diji—. Tal vez tengamos una relación.

—Es cierto —afirmó el comisario—. Vale la pena indagar sobre el asunto. ¿Puedes encargarte, Sofía?

—Por supuesto, señor.

—¿Qué más pudiste averiguar?

—Por fortuna, la señora Orellana estaba muy pendiente de la chica y con frecuencia escuchaba sus cuitas. Isadora y Guillermo se casaron hace un par de años y se instalaron en el piso que don Balbino le puso en la calle Portugal. Tuvieron a la niña, Maite. Esperaban que gracias a su primera nieta la actitud del señor Ibarra fuera más comprensiva, pero no ocurrió así. La situación se complicó cuando Guillermo enfermó un par de meses después del nacimiento del bebé.

—¿Pudiste averiguar de qué enfermedad se trata?

—La directora me dijo que Ramos tiene "miastenia gravis".

—Es la primera vez que escucho sobre esa enfermedad —confesó Manuel—. ¿De qué se trata?

—Según lo que la propia Is le contó a la directora, la miastenia causa una debilidad en los músculos que puede llegar a ser muy severa. Eso

obligó a Guillermo a pedir la baja en el trabajo y solicitar una pensión por discapacidad.

—Debió resultar una situación muy difícil para la pareja —opinó Remigio—. Recién casados y con un bebé. Una pensión por discapacidad no da para tanto.

—Por eso Is buscó trabajo —señaló Sofía—, pero solo podía cubrir media jornada, porque también debía cuidar de Guillermo y de Maite.

—¡Vaya panorama!

—La señora Orellana me confesó que los Ramos comenzaron a tener problemas matrimoniales y que Is estaba muy preocupada por ello.

—¿Qué tipo de problemas? —Quiso saber Pedrera—. ¿Tenía intenciones de abandonarlo?

—Al contrario. Guillermo se sentía mal por la postración en que lo había dejado su enfermedad y le insistía a ella para que se marchara con la niña y que rehicieran su vida. Le decía que no quería ser un lastre. Is siempre se negó, porque lo quería. Hasta que salió la oportunidad de que lo atendieran en Houston. Al parecer se trataba de un tratamiento nuevo experimental.

—¿Sabes en qué hospital? —le preguntó Néstor.

—Is no se lo comentó.

—De acuerdo. Manuel, llama a Houston —ordenó el comisario—. Veamos si podemos encontrar ese hospital. Y si lo encuentras, comprueba la participación de Guillermo Ramos en el estudio para esa nueva medicina. Averigua si estuvo allí solo, o si lo acompañó su familia.

—Sí, señor.

—Disculpa la interrupción, Sofía. Continúa, por favor.

—Bien. La última vez que la directora vio a Is fue cuando le entregó la renuncia para acompañar a su esposo.

—¿No tuvo noticias de ella después de eso? —Quiso saber Salazar—. ¿Ni una llamada, ni un correo?

—Nada. A la señora Orellana le pareció extraño, porque mientras trabajó en la Biblioteca, Is había sido muy cercana a ella, pero concluyó que debía estar muy liada con el tratamiento, la enfermedad y el bebé, así que lo dejó estar.

—¿Qué pasó con el piso? —le preguntó Néstor—. ¿Lo conservaron? ¿Lo vendieron?

—La directora no lo sabe.

—Habrá que averiguarlo —sentenció Ortiz—. Diji.

—Sí, señor. Buscaré en los registros y preguntaré a los vecinos.

—Muy bien. Sofía, quiero que tú también te encargues de dar con la familia de la chica y avisarles la situación. Seguro querrán venir a verla. Cuando lo hagan, que pasen por aquí. Tal vez puedan ayudarnos a aclarar un poco este sinsentido.

—Sí, señor.

—Miguel. ¿Qué nos tienes?

—La sangre de la hebilla del cinturón de seguridad se corresponde con los cabellos encontrados en el piso de los Vilaró.

—Así que alguno de los Vilaró contribuyó a montar la escena del accidente —sentenció Remigio.

—Tomando en cuenta que el cabello estaba adherido a las horquillas y que estas suelen ser usadas por las mujeres —razonó el propio Pedrera—… La conclusión de científica es que la gota de sangre es de Ágata, o de su hija.

—Por supuesto que la probabilidad mayor corresponde a la madre —argumentó Diji—. Y eso explicaría en parte por qué apareció el carné de la biblioteca de Ágata en el bolsillo de la víctima.

—Lo dejó allí para que lo encontráramos —sentenció Salazar—. Dejó una nota discordante para que nos llamara la atención y así evitar que nos dejáramos llevar por las apariencias.

—El carné es una petición de auxilio —concluyó el comisario—. Una razón más para que nos demos prisa en resolver este caso.

—¿Qué hay de la sangre en el campo? —preguntó Remigio—. ¿Se corresponde con la del cinturón de seguridad y el cabello?

—No. La sangre no pertenece a ninguno de los desaparecidos.

—¿Cómo puedes saberlo si no hay muestras con las cuales comparar el ADN?

—Porque no es sangre humana.

Ninguno de los investigadores pudo disimular la expresión de sorpresa, con excepción de Salazar, que había comenzado a comprender, así que asintió como si esperara ese resultado y respondió a la pregunta muda que asomaba a los ojos de todos.

—Es sangre de perro —sentenció.

Miguel confirmó la afirmación de Salazar con respecto a la sangre que encontraron en el campo.

—El perro que persiguió a Is debe ser también el que mordió a Vicente Avana —sugirió Diji.

—Eso explicaría por qué ella pudo escapar sin que la alcanzara.

—Pero ¿por qué lo mataron? —preguntó Manuel—. No lo entiendo.

—A menos que tuvieran una buena razón para ello —señaló Salazar —. Es un campo lleno de malas hierbas y matorrales. Tal vez el perro resultó lastimado durante la persecución y por eso lo sacrificaron.

—¿Qué sugieres?

—Creo que debemos regresar a ese campo y escrutar muy bien los alrededores del lugar donde se encontraron las manchas de sangre.

—¿Buscando un casquillo?

—Buscando un agujero —corrigió Néstor—. Una madriguera, o algo similar donde un animal que corriera en la oscuridad haya podido romperse una pata.

—Es una buena teoría —lo apoyó Ortiz—. Miguel, encárgate.

—Sí, señor.

—Remigio, ¿qué encontraste en los alrededores del camino donde rescataron a la última víctima?

Toro sacó su libreta del bolsillo, pues las nuevas tecnologías no terminaban de convencerlo.

—Solo hay tres construcciones a las que se pueda llegar a pie desde ese punto de la carretera: la primera es una industria láctea, la segunda una mueblería. Ambas tienen horario diurno y por la noche solo quedan los seguratas, que niegan saber nada acerca del asunto.

—¿Qué hay de la tercera?

—Es una empresa transportista. Aquí los horarios son más flexibles porque en ocasiones salen camiones durante la noche para que la mercancía pueda llegar a primera hora de la mañana, pero el gerente me dio acceso a los itinerarios y la noche de autos no hubo ningún despacho.

—¿Encontraste algo reseñable en alguna de ellas?

—No. En realidad, fueron mucho más colaboradoras que la bodega, pero no saqué nada en claro de ninguna de las visitas.

—Tal vez la chica escapó de un coche que la trasladaba —sugirió Diji.

—Es posible, pero yo no descartaría todavía ninguna de las empresas a las que se puede llegar andando —opinó el inspector jefe.

—De acuerdo —confirmó Santiago—. Manuel, ¿qué has podido averiguar de Gilberto Salas?

—Le pedí a Aristigueta una orden para investigar las finanzas del maestro gallego, pero me temo que por ese lado no encontré nada. Si la cuenta de las Bahamas es de Salas, nunca la ha tocado. Tiene una hipoteca sobre su piso que apenas alcanza a pagar. Sus movimientos financieros son más bien escasos. Con honestidad, no creo que se trate de la persona que buscamos.

—¿Usaron un nombre falso?

—Tal vez —opinó Remigio—, pero eso dificultaría mucho las cosas a la hora de abrir una cuenta, aunque fuera en un paraíso fiscal. Necesitan enviar documentación, así que tendrían que haber usado también un pasaporte falso.

—Esperemos que no sea el caso, porque entonces nos resultará más difícil encontrar al responsable. ¿Qué hay de las finanzas de los Vilaró? —Quiso saber el comisario.

—La historia es muy similar a la de los Avana, pero sin desfalco —señaló Manuel—. Vendieron su piso y retiraron todo el dinero de sus cuentas mediante una transferencia internacional.

—A un banco de las Bahamas —sugirió Néstor.

—Es correcto.

—¿A nombre de Gilberto Salas? —preguntó Sofía.

—No. Esta vez fue a nombre de Catarina Jordán.

—¿Sabemos quién es?

—En este caso, solo encontré una Catarina Jordán, que vive en Logroño, pero no creo que se trate de ella.

—¿Por qué no?

—La semana pasada cumplió noventa y dos años.

—¡Un momento! —exclamó Salazar poniéndose de pie, como si hubiera un resorte en la silla—. Aquí hay un patrón. ¿No lo veis? —Ante la expresión sorprendida de sus compañeros, el inspector jefe decidió explicarse—. Sabemos que el destinatario del dinero de los Avana fue Gilberto Salas, y que existe una persona con ese nombre en Barcelona, que además es un anciano con demencia senil, y ahora la segunda destinataria, Catarina Jordán, también resulta una nonagenaria.

—¿Adónde quieres llegar? —lo apremió el comisario.

—¿Y si las identidades de estas personas están siendo utilizadas a sus espaldas para abrir esas cuentas y alguien más las maneja en su nombre?

Hoy día todo se lleva a cabo a través de procedimientos electrónicos, así que cualquiera que conozca las claves correctas puede mover el dinero.

—Pero para abrir las cuentas sí hubieran tenido que cumplir ciertos requisitos, llevar documentos de identidad…

—Y disponer del capital. En un paraíso fiscal, no exigen mucho más —completó Néstor—. Vamos a suponer por un momento que alguien cercano a estos mayores hace que le entreguen su documentación con engaños, luego abre la cuenta bancaria, después de lo cual se escuda detrás de esa identidad en apariencia inocente, para manejar grandes cantidades de dinero sin levantar sospechas. ¿Quién va a pensar que un nonagenario está incurso en lavado de capitales?

—Pero aunque el anciano en cuestión no tiene idea de lo que ocurre a sus espaldas, alguien está usando su identidad para esconder dinero mal habido —completó la idea Remigio—. ¡Joder, tienes razón!

—Toro, quiero que tú te encargues de averiguar lo que puedas acerca de este asunto.

—Sí, señor.

—¿Encontraste algo más, Manuel?

—No, señor. Eso es todo.

—De acuerdo, entonces es tu turno, Néstor. ¿Qué puedes decirnos sobre los pasos de Julián Avana después del desfalco?

Salazar les explicó su entrevista con el detective privado, aunque no mencionó la impresión que le había causado don Braulio. De todas maneras, no era que hubiera descubierto mucho, pues contratar a un detective privado para que buscara a su familia desaparecida no era un delito, aunque resultara bastante sospechoso que lo hubiera hecho sin haber puesto primero una denuncia por los canales regulares.

—No creo que la intención de Julián a la hora de encontrar a Vicente fuera restablecer la comunicación —opinó Miguel.

—¿Y si lo encontró y fue él quien asesinó a la familia? —sugirió Remigio.

—Eso no explicaría por qué después de una vida intachable Vicente se ensució las manos con un desfalco para transferirlo a un tercero y luego desapareció.

—¿Chantaje? ¿Extorsión? —sugirió Sofía.

—Es la conclusión más lógica.

—¿Y quién los asesinó? —preguntó Diji— ¿El extorsionador, Julián, o un tercero?

—Yo me inclinaría por el extorsionador —opinó Salazar.

—¿Por qué?

—Por las marcas de mordedura de perro y la aparición de Is. El animal los conecta. Además tenemos el carné de Ágata en el bolsillo del pantalón de Natalia —Néstor comenzó a enumerar con los dedos—, luego está la gota de sangre en el cinturón de seguridad. Eso no nos deja dudas acerca de la presencia de Ágata Vilaró en el montaje del accidente. Julián tendría motivo para asesinar a su hermano, tal vez incluso a su familia por retaliación, pero no habría justificación para que involucrara a los Vilaró, o a Is. Y por si fuera poco, recordad que hay más de un asesino.

—Al menos tres —murmuró Sofía.

—Eso no significa que Julián sea un santo, o que no hubiera asesinado a su hermano de haberlo encontrado, pero creo que nunca dio con él.

—¿Lo descartarías, entonces?

—Tiene mucho que explicar. Después de todo, tenemos pruebas de que ha cometido fraude y evasión de impuestos. Debemos hacer que lo arresten por esos delitos y una vez aquí, interrogarlo para ver si puede darnos algún indicio.

—De acuerdo, Néstor —lo refrendó Santiago—. En ese caso, prepara el informe y habla con el juez Aristigueta para que emita la orden de captura.

—Será lo primero que el juez verá en su escritorio por la mañana.

Capítulo 24.

Cuando terminó la reunión, Ortiz dio por concluida la jornada y todos salieron en dirección a sus casas. Salazar ni siquiera se percató de la iluminación navideña de la plaza, que contrastaba con la densa oscuridad de la noche y que permitía adivinar que al otoño solo le quedaban un par de días. Iba sumido en sus pensamientos, y sus temores se incrementaban con cada paso. Le resultaba mucho más fácil afrontar el trabajo policial, por difícil que fuera el caso que les tocara resolver, que encarar su nuevo rol como padre. ¿Habría pasado Santiago por lo mismo en su momento? Nunca habían tocado el tema, pero supuso que no. Después de todo, su hermano tuvo la oportunidad de hacerse a la idea tras nueve meses de embarazo, recibir a los gemelos desde el día de su nacimiento y verlos crecer. Sus hijos lo veían como una figura de autoridad, que al mismo tiempo les proporcionaba afecto y protección desde que tenían memoria.

La situación de Néstor era muy diferente. De la noche a la mañana se había convertido en el padre de un niño de ocho años que no conocía y cuya existencia ni siquiera sospechaba. Un chaval que había visto su mundo puesto del revés también de un día para otro a causa de la enfermedad de su madre, y que ahora tenía que vivir con un "padre" que era un perfecto desconocido, de quien para colmo le habían dicho que había tratado de deshacerse de él como si fuera un estorbo. No era extraño que el chiquillo se mostrara hostil. Y Salazar sabía que no sería fácil ganarse su buena voluntad.

En la medida en que se acercaba a su casa, el corazón le latía más rápido y le comenzaron a sudar las manos. Hizo varias respiraciones profundas para calmarse. El aire frío penetró en sus pulmones, despejándolo un poco. Cuando por fin llegó a "La Callecita" ya se sentía más tranquilo. Entró a saludar a Gyula, lo cual era una buena excusa para retrasar un poco el momento de enfrentar sus temores. El tabernero se encontraba secando vasos.

—Hola Néstor. ¿Qué tal el día?

—Atareado —reconoció el inspector—, ¿cómo va todo por aquí? ¿Se ha comportado bien el chaval con Dika?

—Ella me llamó hace unos minutos. Se han adaptado bien el uno al otro. Al parecer "el churumbel es un encanto". Palabras textuales. En

menudo lío me has metido, colega. Esto no se hace.

—¿Lío? ¿De qué lío hablas? —preguntó Néstor con preocupación.

—Pues que ahora a Dika se le ha despertado el instinto maternal, y esta tarde me ha lanzado al menos tres indirectas sobre cuándo tendremos nuestro primer "chinorré". ¿Sabes lo que significa eso?

Salazar se rio con alivio y malicia al imaginar a Dika en plena campaña pro-maternal, con su amigo Gyula como objetivo.

—Pues no me parece mala idea, que ya es hora. Después de todo, ya tienes edad.

—¡No me jodas! Solo soy seis meses mayor que tú.

—Sí, pero yo ya tengo un hijo de ocho años.

—Deja, deja, que no estoy para cambiar pañales, ni para pasar noches de insomnio. Que tú te has escaqueado de esa parte de la paternidad. Te han traído al chaval ya criadito.

—Está bien, supongo que tienes razón —reconoció Salazar con un suspiro—, pero yo que tú me lo pensaría. Mira que Dika no es de las que se da por vencida con facilidad. Dime, ¿Salva almorzó?

—Almorzó y merendó dos veces. Que con lo que comen tu hijo y tu gata, me parece que vas a tener que empezar a buscarte un segundo empleo. Podría ofrecerte una plaza como guitarrista en este local. Por amistad. Con respecto al chaval, lo que no ha hecho todavía es cenar.

—¿Podrías…?

—Te subiré unas merluzas en salsa verde que están como para ponerlas en un cuadro.

—Prefiero comérmelas.

—No has almorzado, ¿verdad?

—Llevo el día solo a base de café.

—De acuerdo, entonces sube y dile a Dika que baje, que ya se acerca la hora punta. Luego te envío al camarero con las merluzas.

—Se me hace la boca agua solo de pensarlo. Por cierto, quiero preguntarte algo.

—Dispara.

—¿Qué puedes contarme acerca del detective? De Braulio Quintero.

—¡No me digas que es uno de tus sospechosos!

—No es eso, pero estoy interesado en saber quién es en realidad. ¿Por qué te sorprende mi pregunta?

—Porque tú sueles preguntarme por gente poco recomendable, como el Julián Avana, pero el detective Braulio, que es como lo llaman en la calle, es un tío legal.

—¿Qué tan legal?

—Si lo pillaran en un renuncio me sorprendería tanto como si te ocurriera a ti. No es una reputación que sea fácil ganarse en la calle. Fue policía y de los buenos. Nunca se resignó a dejar el curro, así que abrió su propio "chiringuito".

—Sí, algo así fue lo que me explicó. El despacho no parece muy próspero, pero me contó que tiene una hija a la que debe ayudar económicamente.

—Puff, ahí sí te la coló, amigo —le informó Gyula riéndose, al mismo tiempo que se esmeraba en el vaso que secaba en ese momento—. Don Braulio vivía para el trabajo policial y nunca se casó. Tampoco le apareció ningún hijo perdido, como alguien a quien conozco. Hasta donde sé, vive solo.

—De manera que me mintió —comprendió Néstor, sintiéndose un poco tonto al haber sido engañado de forma tan pueril—, pero ¿por qué no decirme la verdad en algo así?

—Porque no es cierto que el negocio le vaya bien. Es muy mayor, lo cual muchos potenciales clientes consideran una desventaja. Es de la vieja escuela, así que no utiliza mucha tecnología cuando lo contratan por un caso de infidelidad. Además, todos saben que si lo que investiga está relacionado con un delito, lo denunciará a la Policía, porque en el fondo es lo que sigue siendo. Así que es probable que te contara esa trola por orgullo.

—Comprendo. Bien, entonces subo, que cuanto antes dejemos de hablar, antes me envías esa merluza.

Néstor se encaminó a su casa a paso pausado. Se detuvo un momento frente a la puerta al escuchar el sonido de voces extrañas en el interior, hasta que comprendió que se trataba del nuevo televisor. Suspiró. Tenía que hacerse a la idea de que su vida había cambiado. Punto. Abrió usando las llaves y encontró a Dika, Salvador y Paca sobre el sofá, los tres muy concentrados en el programa que transmitía la tele. Salva estaba recostado sobre su amiga y Paca se acurrucaba junto a la pierna del chiquillo, mientras él le acariciaba detrás de las orejas. La expresión de la gata era de absoluto éxtasis. Néstor carraspeó para hacer notar su presencia, ante lo cual el chico se enderezó, adoptando una actitud alerta. Dejó de prestarle

atención a la pequeña felina, con lo cual el inspector se ganó una mirada de franco reproche por parte de Paca. Al parecer, la única que se alegró de verlo fue Dika.

—¡Bendita sea tu estampa, ya estás aquí! —fue el saludo con el cual lo recibió la joven.

—Hola, ¿cómo habéis pasado el día?

—Pues muy bien, gachó. Hemos hablado mucho y ahora veíamos la tele para pasar el rato —respondió Dika poniéndose de pie—. Ya el churumbel almorzó y merendó. Y también la gata. Que menudo apetito tienen los dos. Y ahora me voy, que seguro Gyula necesita que lo ayude en el bar.

—Muchas gracias, Dika. No tengo como agradecer tu ayuda.

—Que no es nada, que para eso están los amigos. Además, ha sido un placer pasar la tarde con un chico tan listo y bien educado —respondió su amiga, mientras pasaba a su lado para marcharse—. ¿Ya te has puesto de acuerdo con mi gachó para la cena?

—Sí, gracias. Ya lo hemos hablado.

—Entonces me voy. Adiós Salva. Y no olvides nuestra conversación.

—Adiós Dika —se despidió el chico, mientras la saludaba con la mano.

A Paca todo aquel ritual que se traían los humanos le parecía bastante inútil. ¡Si ni siquiera se terminaban apareando! Además, cuando se centraban unos en otros la ignoraban a ella. ¡Lo cual era imperdonable! Sin ir más lejos, cuando llegó su humano, el cachorro de hombre dejó de mimarla. Con lo bien que estaba.

Para que no quedaran dudas de que se sentía ofendida, Paca se bajó del sofá y se refugió en su cesta. No pretenderían que saludara a su humano. ¡Faltaría más! Néstor comprendió que en la conducta de la felina había un mudo reproche y se sintió un poco desanimado. Ni siquiera la gata se había alegrado por su llegada.

Después que Dika se fue, Salvador ignoró a Néstor, volviendo a concentrarse en la televisión. Era un programa de concursos y en ese momento uno de los participantes rompió a llorar porque había sido descalificado. Los demás le palmeaban la espalda y lo consolaban, aunque lo más probable era que en el fondo se alegraran de no ser ellos mismos los que quedarían por fuera. El inspector se quitó el gabán y lo metió en una

cesta para que estuviera arrugado al día siguiente, luego se sentó frente al chico.

—¿Cómo has pasado el día, Salvador? ¿Te has encontrado bien con Dika?

El muchacho se encogió de hombros sin dejar de mirar la pantalla, mientras respondía con un murmullo:

—Bien. Dika es "guay".

—Me alegra. ¿Y puedo saber de qué habéis hablado tanto?

—De ti —respondió el chaval con descaro, sin dejar de mirar el concurso, al que simulaba prestar atención, mientras volvía a encogerse de hombros—. Ella trató de convencerme de que eres un tío legal.

—¿Y lo consiguió?

Salvador negó con la cabeza por toda respuesta. Antes de que Néstor pudiera decir algo llamaron a la puerta. Como suponía, era el camarero de "La Callecita", que le subía una viandera con dos raciones de merluza, además de un par de guarniciones de vegetales. Salazar llevó el botín a la cocina y comenzó a poner la mesa.

—¿Me ayudas? —le pidió al chaval.

El chico fijó la mirada en la punta de sus zapatos y se dispuso a obedecer, mientras volvía a encogerse de hombros. ¡Como continuara con ese hábito iba a terminar con un hombro dislocado! El inspector le sirvió la cena y un vaso de cola cao a su hijo. Él mismo acompañó el pescado con un vaso de sidra.

—Hoy visité la escuela donde serás admitido —le informó Salazar mientras cenaban—. Te harán una evaluación, pero no debes preocuparte. La idea es comprobar tu nivel en las diferentes materias para ayudarte donde sea necesario.

Asentimiento y encogimiento de hombros.

—Mañana te llevaré yo a clases, pero como mi horario es muy irregular y no sé si me sea posible recogerte, lo hará tu tía Carmela. Los hijos de ella, tus primos, también estudian allí. Estoy seguro de que te llevarás bien con ellos. Son gemelos y tienen un par de años menos que tú, así que espero que seas amable tanto con tu tía, que nos está haciendo un favor, como con tus primos. ¿De acuerdo? Cuando me desocupe te recogeré en su casa.

Asentimiento y nuevo encogimiento de hombros. El inspector suspiró al pensar que le resultaba más fácil comunicarse con Paca, aunque no fuera

de la misma especie. Al menos el chaval comió con buen apetito. Por dejar, casi no deja ni el plato.

Terminada la cena y demasiado cansado para lidiar con la ira de un hijo que no conocía, Néstor mandó a Salvador a cepillarse los dientes, darse una ducha y ponerse el pijama, mientras él lavaba los platos. Ya se ducharía él después del muchacho. No veía la hora de dejarse caer en una cama.

El chiquillo obedeció y Salazar comprendió que no tendría que vencer su rebeldía, sino su indiferencia, lo cual le pareció en extremo más difícil. Paca escuchó el parloteo de los humanos con cierta indiferencia hasta que ese maravilloso olor impregnó todo el lugar. ¡Pescado! No era su favorito, porque ella prefería las sardinas, pero era pescado. Ninguna gata que se preciara de serlo dejaría pasar algo así. De manera que se acercó a la mesa y lanzó los maullidos más lastimeros de su repertorio, pero por increíble que pareciera, ni el humano, ni el cachorro se dignaron a prestarle atención. Ni una triste hebra de pescado dejaron caer a sus fauces. ¡Era imperdonable!

Néstor no estaba de humor para atender los berrinches de la gata, además de que no quería darle un mal ejemplo a Salvador, así que ignoró las súplicas de Paca, aunque le partían el corazón. Luego, mientras él lavaba los platos, la gata frotó el lomo contra sus tobillos, al mismo tiempo que continuaba profiriendo maullidos lastimeros. De la cena ya solo quedaba el recuerdo, pero el inspector supuso que el olor seguía impregnando las fosas nasales de la manipuladora felina. Cuando terminó su tarea, Salazar acarició el cuello de la gata.

—Ya no me ignoras, ¿no es así, ingrata?

—Maaauuu.

—Lo siento, Paca. Con Salvador aquí, algunas cosas tendrán que cambiar, así que a partir de ahora tu ración será la del comedero. No quiero que el chico se acostumbre a alimentarte por fuera, o terminarías rodando.

—Maauuu.

Tal vez fuera porque la gata comprendió por el tono de voz que ya no había nada que hacer, o porque al lavar los platos ya había desaparecido el olor de la merluza, el caso es que Paca se retiró ofendida. En ese momento, Salvador salió de la habitación, ya duchado y vestido con el pijama.

—¿Te cepillaste bien los dientes?

—Sí, señor. ¿Puedo ver un rato más la televisión?

—Hasta que yo salga de la ducha, luego abriré la cama y tú regresarás a la habitación a dormir. Que mañana toca madrugar para ir al cole.

—Sí, señor —respondió Salvador con expresión de recluta.

Paca se había acurrucado junto a la puerta del dormitorio rumiando su rabieta. Gyula tenía razón, esa gata estaba demasiado mimada. Salazar se encaminó hacia la habitación para darse la ducha que tanto anhelaba, pero al pasar junto a Paca, esta se puso de pie de repente interponiéndose delante de su humano y haciéndolo caer como un saco de patatas. ¡La muy… Le había puesto la zancadilla!

Néstor se volteó para quedar sentado en el suelo, dirigiéndole una mirada furiosa, mientras ella simulaba fijar su atención en otro lado, al mismo tiempo que lanzaba un maullido inocente. Salazar se disponía a regañarla cuando escuchó una fuerte carcajada. Salvador, de pie en la sala, lloraba de risa. Era la primera vez que Néstor veía reír a un chaval que no debería estar haciendo otra cosa, así que olvidó la humillación a la que había sido sometido por su propia gata y sonrió.

Salvador no podía dejar de reír. Una risa nerviosa pero contagiosa, así que el inspector comenzó a imitarlo, al principio en forma contenida, pero luego a carcajada limpia, sintiendo un gran alivio al liberarse del estrés que había venido acumulando en los últimos días.

Paca los contempló confundida. Los humanos eran muy extraños. Poco a poco, ambos, padre e hijo se fueron serenando, y las carcajadas se fueron espaciando. Al cabo de un rato, los dos hacían respiraciones profundas para recuperar el aliento. Néstor miró a Salvador, quien parecía haberse quitado una enorme carga de encima. El chiquillo también vio a Salazar, sentado en el suelo y por alguna razón sintió confianza. Entonces corrió hasta donde estaba su padre, le echó los brazos al cuello y rompió a llorar.

Salazar, un poco confundido, lo dejó desahogarse, le devolvió el abrazo y le acarició la cabeza para consolarlo.

—Calma, Salvador, todo va a estar bien.

El chaval no podía hablar a causa del llanto, pero la crisis fue cediendo, y al cabo de unos segundos pudo murmurar entre sollozos.

—Es que tengo miedo —confesó.

—No debes temer. Soy tu padre y estás entre buenas personas que quieren lo mejor para ti. Hasta la gata te quiere —agregó sonriendo.

—No… No es eso lo que me asusta.

—Entonces qué es.

—Tengo miedo de que mi mamá se muera y no volver a verla.

—Tu mamá está en tratamiento —lo consoló Salazar con un nudo en la garganta—. Los doctores están haciendo lo mejor por ella. No debemos perder la esperanza de que consigan curarla. Y mientras tanto, yo cuidaré de ti —le prometió, mientras lo sujetaba por los hombros y lo separaba un poco de sí, para mirarlo a la cara y que pudiera comprobar que le decía la verdad—. Soy tu padre. No te dejaré solo. Además, tenemos el apoyo de Dika, de Gyula, de tus tíos y tus primos. Somos muchas las personas que estamos aquí para ayudarte a pasar este trago amargo de la enfermedad de tu mamá.

Salvador se quedó callado un momento, escrutando el rostro de Néstor, como si buscara en su expresión la comprobación de sus palabras. Después de unos segundos habló:

—¿Puedo llamarte papá?

Salazar asintió, incapaz de responder. De inmediato el chaval se volvió a aferrar a su cuello y lo abrazó con fuerza, mientras el curtido inspector sentía cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

Capítulo 25.

Mientras Salva dormía y antes de acostarse, Salazar realizó el informe para solicitarle a Aristigueta que librara una orden de busca y captura a nombre de Julián Avana. A la mañana siguiente, padre e hijo se levantaron temprano, cogieron el autobús y llegaron a tiempo a la escuela de Salvador. El chico llevaba un cuaderno de los que venía usando en Madrid que estaba casi nuevo. De momento tendría que ser suficiente. En la puerta encontraron a Carmela con los chiquillos. Néstor los presentó y los gemelos se mostraron muy contentos por tener un primo mayor que ellos. Salvador también lo celebró. Al parecer, la situación se desarrollaba mejor de lo que Salazar había esperado. Después de que el hielo se rompió entre ellos gracias a Paca, y el chico se sinceró acerca de sus temores, la relación entre los recién estrenados padre e hijo se distendió bastante. Aún tenían que conocerse mejor, pero ambos habían dado un paso gigantesco en la dirección correcta.

Después de una corta conversación con el bedel entraron para hablar con don Calisto, quien celebró la puntualidad de su nuevo alumno y lo dejó en su oficina resolviendo una prueba, mientras salía a la sala de espera para tener unas palabras con Néstor.

—Descuide, señor Salazar. Lo deja en buenas manos. Cuando termine de examinarse le asignaré un salón de clases y lo presentaré yo mismo a sus compañeros y maestros. Estoy seguro de que se sentirá bien con nosotros.

—De acuerdo, gracias, don Calisto. En el formulario que rellené está el número de mi móvil. No dude en llamarme si es necesario. He acordado con mi cuñada que ella lo recoja cuando venga a buscar a los gemelos. Es más seguro así, por mi trabajo. Ella se ocupará de que haga los deberes.

—De acuerdo, pero no es necesario que se preocupe por eso. Las clases formales terminan hoy, así que Salvador tendrá todas las vacaciones de invierno para cumplimentarlos. Mañana se celebrará el acto navideño, al que por supuesto usted está invitado. Sé que no es fácil siendo policía —levantó la mano el director para detener en seco la protesta que ya surgía en los labios del inspector—, pero alentamos a los padres a acudir, porque para los chicos es muy importante. Como todos los años, llevaremos a cabo un Belén viviente. Claro que no es posible que todos los niños formen parte de

él, así que hoy haremos un sorteo para designar a los alumnos que representarán algún papel. Los demás se distribuirán entre la estudiantina, los que formen parte del coro de villancicos y los que repartirán chocolates entre el público. Lo más importante es que ningún chaval se sienta excluido. Todos son importantes.

Néstor asintió, aturdido por el discurso del director y le prometió que haría lo posible por asistir. De allí salió a toda prisa a los juzgados para entregarle el informe a Estela, la secretaria del juez Aristigueta. Antes de llegar, tuvo tiempo de comprar una caja de bombones.

—¡Inspector Salazar! ¡Qué gusto verlo! Y qué elegante viene hoy.

Néstor se había puesto un traje y luego el abrigo sobre el arrugado gabán para que don Calisto no perdiera la buena imagen que tenía de él, pues no quería que Salva resultara perjudicado por las estrategias de su oficio. Sin darse cuenta, ya había comenzado a pensar como un padre. Tomar conciencia de ello lo asustó.

—Sí, es que vengo de una reunión importante.

—Ningún problema, espero.

—Ninguno, no se preocupe. He venido a traerle un informe a su señoría para que emita una orden de busca y captura contra un ciudadano.

—¿Ya han comenzado a hacer arrestos en el caso que llevan adelante? Nadie puede poner en duda la eficiencia de su comisaría, inspector.

—Bueno, en realidad no estamos seguros de la participación de esta persona en el caso, pero sí encontramos algunos ilícitos financieros, que es la razón para la orden de captura.

—Comprendo. Le explicaré al juez que es prioritario.

—Gracias, Estela. Además, para mostrarle mi gratitud por ser tan colaboradora con nosotros, quería hacerle entrega de este pequeño presente. ¡Feliz Navidad!

—¡Son para mí? —exclamó ella simulando sorpresa, pues ya era costumbre que Salazar la agasajara con pequeños regalos—. Gracias, usted siempre tan detallista, inspector. Espere unos minutos y en seguida le traigo esa orden de captura.

Néstor sonrió complacido. Se sentó en la antesala del despacho a esperar, mientras repasaba en su cabeza la lista de los reyes godos. Ahora que era padre necesitaba estar preparado para cualquier eventualidad. Nunca había sido capaz de aprendérsela y lo habían cateado en más de una oportunidad por ello, así que lo consideraba un reto pendiente. La secretaria

regresó cuando iba por Recesvinto. Y fue una suerte, porque el siguiente era el que nunca recordaba.

—Aquí la tiene, inspector. El juez no me puso ningún impedimento. Comentó que las pruebas eran contundentes.

—Gracias, Estela. Es usted un sol.

—Siempre a su orden, inspector. Y Feliz Navidad.

Salazar se encaminó a la comisaría. Cuando pasó por la recepción, le entregó la orden a García para que la procesara con los agentes.

—Avisadme cuando hayáis detenido a este pájaro. Estoy muy interesado en mantener una conversación con él.

—No lo dude, jefe. Cuando llegue el nuevo huésped, usted será el primero en saberlo.

Néstor pasó las siguientes dos horas ocupado completando trámites burocráticos que llevaba bastante atrasados, mientras su cabeza daba vueltas porque estaba seguro de que había un detalle importante que se les había pasado por alto. Era una sensación desagradable, que podía comparar con un sediento que tuviera un vaso de agua al alcance de la punta de los dedos, pero que no podía coger. En eso estuvo, tratando de atrapar al vuelo la idea que se le escapaba, hasta que la secretaria del comisario, bendita fuera, lo interrumpió.

—Lo esperan en el segundo piso para la reunión de hoy, inspector jefe.

—Subo enseguida, Lali, gracias.

Néstor recogió los papeles y subió. Ya todo el equipo estaba presente, con excepción de Remigio. En cuanto hizo notar su presencia saludando, Santiago tomó la palabra.

—Bien, vamos a comenzar.

—Falta Remigio —apuntó Manuel.

—El inspector Toro se encuentra en Barcelona ocupándose de indagar acerca de Gilberto Salas —les informó y luego retomó la disposición a continuar con la reunión—. De acuerdo, tengo la desagradable sensación de que este caso no avanza, que quienes asesinaron a los Avana, persiguieron a Is, e hicieron desaparecer a los Vilaró nos llevan una enorme ventaja. Eso tiene que cambiar.

—Estamos haciendo lo posible, jefe.

—Y no desmerito vuestro trabajo, pero tenemos buenas razones para pensar que hay vidas en peligro, así que nos tenemos que dejar la piel para resolverlo. A ver, Sofía. ¿Qué pudiste averiguar en el hotel Aranda?

—Natalia Avana y Guillermo Ramos no llegaron a conocerse. Él entró a trabajar seis meses después que ella renunciara. De modo que no coincidieron. A pesar de ello, creí que sería importante conversar con los empleados que hubieran mantenido trato con ambos.

—¿Sacaste algo en claro de esas entrevistas?

—Ambos eran buenos trabajadores. Natalia era muy extrovertida y mantenía excelentes relaciones con todos sus compañeros. Se trataba del tipo de persona que ofrecía su ayuda sin ningún interés personal, así que todos la querían. La noticia del accidente causó mucha tristeza. Con respecto a Guillermo, trabajó como recepcionista por muy poco tiempo. El aporte más interesante sobre él lo hizo la gobernanta del hotel, la señora Rosalía Ojeda. Me comentó que Ramos estuvo a punto de ser despedido antes de que tuviera que pedir la cesantía por enfermedad.

—¿Por qué lo iban a despedir? —preguntó Manuel.

—Por comportamiento inadecuado con una de las damas que se hospedaba en el hotel.

—Con Isadora —sugirió Salazar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sofía—. ¿También lo investigaste?

—No, pero era previsible. Isadora Ibarra proviene de una familia acomodada, así que antes de que su padre le comprara el piso, era de esperar que se alojara en un hotel. Y puesto que se enamoró de Ramos, no es difícil sospechar que el Aranda fuera el lugar donde se conocieron.

—Es correcto. Al parecer, el señor Ibarra se enteró de esto y puso una queja al hotel argumentando que su empleado había seducido a su hija. La directiva del Aranda estaba considerando las circunstancias para saber si la conducta de Guillermo había sido correcta o no, cuando le diagnosticaron la miastenia gravis y tuvo que solicitar la baja.

—¿Pudiste localizar a los padres de Is —le preguntó Néstor.

—Ayer mismo. Ya deben estar en Haro. Los cité para esta tarde aquí, en comisaría.

—Excelente. Dejaré esa entrevista en tus manos y las de Néstor —ordenó Ortiz—. Manuel, ¿qué pudiste averiguar en el hospital donde se supone que recibe tratamiento el señor Ramos?

—Hablé con todos los hospitales y universidades de Houston y en todo el estado de Texas. Ninguno está desarrollando estudios sobre la miastenia gravis, ni tampoco han escuchado hablar de un paciente español con el nombre de Guillermo Ramos.

—¿Estás seguro de que preguntaste en todos? ¿Qué cubriste las opciones por completo?

—Muy seguro, señor. Hoy me disponía a indagar en los estados colindantes a Texas. Tal vez los Ramos no quisieran ser muy específicos acerca del lugar donde se llevaría a cabo el estudio.

—Bien pensado. Avísame si encuentras algo. ¿Te preocupa algo, Néstor? —le preguntó Ortiz a su hermano, que se había quedado pensativo.

—Sospecho que nos encontraremos de nuevo en un callejón sin salida —confesó con pesadumbre—. Lo más probable es que al igual que los Avana y los Vilaró, los Ramos también mintieran a sus conocidos acerca del lugar al que pensaban marcharse.

Ortiz se quedó pensativo ante las palabras de su inspector jefe. Hubiera querido tener un punto de vista más optimista, pero no le resultó posible. También sospechaba que ese tratamiento experimental no existía. Volteó a mirar a Diji.

—¿Qué encontraste en los registros sobre las propiedades de los Ramos?

—Su única propiedad era el piso de la calle Portugal, que el señor Ibarra compró para su hija. Estaba a nombre de Isadora. Fue vendido por la fecha en que ella se dio de baja de la Biblioteca.

—¿Averiguaste qué pasó con el dinero?

—Fue trasferido a las Bahamas.

—¿Qué nombre usaron esta vez? —preguntó Manuel, pensando que ese caso se multiplicaba como una hidra. Cuanto más investigaban, más lejos parecía la solución.

—Gilberto Salas.

—¡Bien! —exclamó Salazar—. Repitieron el destinatario y con eso despejaron cualquier duda sobre la conexión entre el asesinato de los Avana y la persecución de Is, así como el posible secuestro de su familia.

—¿Dónde deja esto a los Vilaró? —preguntó Miguel—. No tenemos ningún rastro de ellos. ¿Cómo podemos estar seguros de que todo este despliegue de delitos compone un solo caso?

—El carné de la Biblioteca y la gota de sangre sitúan a Ágata Vilaró en la escena del crimen de los Avana. Por otro lado, había una relación de amistad entre Isadora y Ágata. Si "A" se relaciona con" B "y "B "con "C", entonces" A" se relaciona con "C".

—Eso está muy bien en las matemáticas —ripostó Miguel, que detestaba darle la razón a Salazar—, pero ¿podemos extrapolar estas conclusiones a la investigación policial?

—En este caso creo que sí —opinó Santiago—. La conducta de las víctimas se repite. Y eso por sí solo es una conexión.

—¿Qué encontraste en el campo donde se dio la persecución de la señora Ramos, Miguel? —preguntó el inspector jefe.

—Tenías razón —reconoció Pedrera con un suspiro de pesar—. Hay una madriguera de topo cerca del área donde científica encontró la mancha de sangre y el casquillo. No es difícil que un perro corriendo en la oscuridad se hubiera roto una pata en ella.

—Y eso fue lo que salvó a Isadora de no terminar como los Avana —concluyó Néstor.

—Pero entonces, ¿dónde están Guillermo y el bebé? —inquirió Sofía.

—Es una buena pregunta —reconoció Salazar—. Veamos. Hay que poner orden a este galimatías, o nunca seremos capaces de encontrar el hilo del cual tirar, aunque lo tengamos frente a las narices.

—Me parece buena idea —lo respaldó el comisario—. Diji, pasa al frente y ve ordenando las evidencias según vayamos razonando. ¿Alguien quiere comenzar?

—Lo haré yo —Se ofreció Néstor—. En primer lugar tenemos una familia con buena solvencia financiera. Pareja con buenos trabajos, piso propio y que disponen de cierto capital gracias a una herencia. Ambos son considerados gente de bien, tanto por sus vecinos, como sus compañeros de trabajo. Con un hijo de diez años.

—La situación ideal para cualquiera, de no ser porque tenían problemas matrimoniales como consecuencia de una infidelidad.

—Es correcto —continuó el inspector jefe—. Por ese motivo buscan ayuda.

—¿Cree que ese detalle es importante? —preguntó Diji con cierta timidez.

—Puede serlo, porque si no estoy equivocado, es un factor común a las tres parejas.

—Sí lo es —confirmó Sofía—. Tanto los Avana, como los Vilaró, como los Ramos, manifestaron en algún momento que pasaban por una crisis matrimonial.

—En ese caso, por favor anota la coincidencia —Diji obedeció, mientras Néstor ponía en orden sus ideas. Luego continuó—. De acuerdo, sigamos la secuencia como ocurrió y no como la conocimos nosotros: Natalia Vilaró manifiesta en su clase de yoga que tiene intenciones de acudir a un retiro familiar, el cual supone que le ayudará a superar el bache en su relación. ¿Sabemos algo de ese retiro?

—Por desgracia no hemos encontrado nada acerca del tema —confesó Sofía— Ella fue muy reservada al respecto.

—Pero sí sabemos que se lo recomendó a Ágata.

—Fue lo que dijo la profesora de yoga.

—De acuerdo. El lunes siguiente se comienza a dar el comportamiento extraño por parte de los Avana. Ella acude al colegio del chico para retirarlo en medio del curso, a causa de un supuesto viaje que nunca se dio, mientras Vicente, un hombre intachable hasta ese momento, comete un desfalco sobre el fideicomiso de su hermano y le roba el dinero en beneficio de un tercero. Según los testigos, ambos parecían alterados. ¿Qué nos indica eso?

—Que algo ocurrió ese fin de semana que causó ese extraño comportamiento —concluyó Sofía. Néstor la señaló con el lápiz en un gesto de aprobación.

—¿Y qué pudo haber ocurrido para desatar semejante reacción? —preguntó Miguel.

—¿Alguien vio al niño ese lunes?

Todos los policías se miraron unos a otros, comenzando a comprender lo que sugería el inspector jefe.

—Es cierto —confirmó Diji—. Ninguno de los testigos lo mencionó cuando los Avana tuvieron ese extraño comportamiento.

—Fijaos que Natalia usó las palabras "retiro familiar", no de pareja —continuó Néstor—, con lo cual es razonable pensar que Diego Avana asistió con ellos. Además, no tenemos noticia de que lo hayan dejado con nadie más durante esos días. Vamos a suponer entonces que la familia acude al retiro para resolver sus problemas, pero no resulta lo que esperaban, sino que es una carnada que utiliza un grupo delictivo para atraer familias incautas. Retienen al niño y extorsionan a los padres para que les cedan todos sus bienes a cambio de la vida de su hijo…

—Pero después de algo así, no podrían dejarlos ir, porque perderían el control sobre ellos…

—De manera que los mantienen como rehenes —confirmó Salazar—. Están en sus manos, así que pueden continuar aprovechándose de ellos.

—¿Cómo? —preguntó Manuel—. Ya no tendrían un euro.

—Trabajo. Mano de obra esclava.

—Joder —murmuró Manuel, expresando el sentimiento de todos—, pero ¿en qué tipo de sociedad criminal estás pensando, Néstor?

—En una secta —respondió Salazar sin dudarlo—. Tuvimos varias conferencias sobre este fenómeno en el curso al que asistí hace algunos meses. Aunque parezca sorprendente, en España pululan como las hormigas en la miel. Las lagunas en la legislación las favorecen. Por otro lado, las sectas destructivas han mutado para camuflarse con la sociedad y pasar desapercibidas. Ya no son grupos apocalípticos que prometen la salvación por extraterrestres, como ocurría en la década de los 80, sino que se mimetizan con comunidades que predican la espiritualidad, confundiéndose con aquellos que sí tienen esos objetivos y no son peligrosas. En este caso, no sería difícil que atrajeran a sus víctimas con la promesa de retiros, acompañados de charlas que favorecieran la armonización de las relaciones familiares.

—Es una teoría interesante —reconoció Santiago, respaldando la idea —. Diji, por favor anótalo y escribe a su lado un signo de interrogación.

—Sí, señor —respondió el subinspector obedeciendo.

—Sigamos razonando —sugirió el comisario—. Estoy empezando a ver un poco más clara la situación. Por favor continúa, Néstor.

—De acuerdo. Así que los Avana ya han caído en la red. Al cabo de algunos meses, Ágata Vilaró, quien tiene el mismo tipo de conflicto matrimonial que Natalia, recuerda la recomendación de su conocida y decide probar. ¿Por qué no? Después de todo, qué de malo puede haber en pasar unos días en familia en un lugar apartado recibiendo charlas alentadoras acerca de la unión familiar.

—Y caen también en la trampa —refrendó Sofía.

—Pueden haber usado el mismo modus operandi para la extorsión. Después de todo, los Vilaró tenían dos hijos. Además, cuando los retiraron de la escuela, los niños tampoco estaban allí. Los padres se presentaron solos.

—Tienes razón —afirmó Manuel asintiendo.

—¿Sabemos qué día de la semana acudieron los Vilaró a retirar a los chicos de la escuela y renunciar a sus trabajos?

—Haré algunas llamadas y lo averiguaré enseguida —Se ofreció Manuel—. Supongo que el mismo razonamiento es válido para los Ramos.

—Es correcto, así que pregunta también en la Biblioteca.

—Todo eso tiene mucha lógica, Salazar —reconoció Miguel—, pero ¿cómo terminaron muertos los Avana?

—Es evidente que intentaron escapar. Fue entonces cuando los persiguieron con el perro, les dieron alcance y los asesinaron. Luego montaron la escena del accidente de coche. ¿Recordáis lo que dijo Is acerca de que les mostraron los cadáveres como escarmiento? Así que vamos a suponer que para ejercer mayor presión sobre sus víctimas los obligan a colaborar con el montaje. A vestir los cuerpos y disponerlos en las posiciones adecuadas.

—Es entonces cuando Ágata introduce el carné en el bolsillo de Natalia y se pincha con la hebilla del cinturón de seguridad para proporcionarnos una muestra de ADN —señaló Sofía.

—Es eso mismo lo que estaba pensando —dijo Salazar.

—¿Pero por qué tuvieron que vestirlos?

—Si estaban retenidos contra su voluntad hubiera sido más fácil para los miembros de la secta impedir los intentos de fuga si sus ropas y calzados no eran los apropiados para la intemperie.

—Como le ocurrió a Is.

—Exacto. También tendríamos la respuesta de por qué todas las víctimas están desnutridas. Una alimentación insuficiente les facilitaría el control a los captores. Con respecto a Isadora, estoy seguro de que ella también huyó, solo que en su caso sí tuvo éxito.

—Gracias a que el perro que la perseguía se rompió una pata.

Néstor asintió y se disponía a continuar su exposición, cuando el móvil lo sacó de su concentración. Era un mensaje de don Calisto: "Señor Salazar, quisiera hablar con usted cuando le sea posible". C. S.

Cuando el inspector levantó la vista del móvil vio entrar a Manuel, que parecía bastante agitado. Antes de que pudieran preguntarle, anunció:

—Tanto en el caso de los Vilaró, como en el de los Ramos, el día en que renunciaron a sus respectivos trabajos fue un lunes.

Capítulo 26.

El anuncio de Manuel era un indicio de que estaban en el camino correcto. Que el comportamiento extraño de las víctimas se diera el mismo día de la semana en dos casos podría ser una coincidencia, en tres era un patrón. El comisario fue el primero en reaccionar:

—Muy bien. Esto nos ayudará a canalizar las investigaciones en forma más efectiva. Si el factor común a las tres familias víctimas fue ese retiro, debemos conseguir más información al respecto.

—Es notable que a estas alturas todavía no tengamos un dato preciso sobre esa actividad —opinó Pedrera.

—No creo que sea casualidad —intervino Néstor—. Lo más probable es que antes de acudir al retiro, las familias fueran advertidas acerca de no hablar de ello.

—¿Y eso no las hubiera alertado?

—Pudieron decirles que los cupos eran limitados, que la lista de espera era muy larga, que al recibirlas en esa fecha les estaban haciendo un favor, pero que les rogaban no divulgarlo para evitar quejas de los demás aspirantes.

—Pero entonces, ¿por qué lo mencionó Natalia? —preguntó Sofía.

—Natalia tenía una personalidad especial. Le gustaba ayudar a las personas, así que cuando encontró a alguien con un problema, del cual ella creía tener la solución, no resistió la tentación de ofrecerla.

—Entonces debemos centrarnos en averiguar todo lo posible sobre ese retiro —opinó el comisario—. Tenemos claro que fue la propia Natalia quien se lo recomendó a Ágata, pero ¿cómo llegó Natalia hasta allí? Según lo que pudo averiguar Remigio, no fue el asesor matrimonial quien hizo la recomendación.

—Tal vez sea de utilidad averiguar si Isadora también buscó ayuda, o donde lo hizo —señaló Néstor haciendo un esfuerzo por concentrarse en el caso, pues conforme pasaban los minutos, su preocupación por el mensaje del director iba en aumento—. ¿Interrogaste a la directora de la Biblioteca sobre qué hizo Is en cuanto a sus problemas matrimoniales, Sofía?

—Por supuesto, pero no sabía nada al respecto —La subinspectora miró el reloj—. Los padres de Isadora deben estar aquí en 20 minutos. Tal vez ellos tengan alguna idea sobre ese asunto.

—De acuerdo, a ver si podéis sacar algo en claro de la entrevista con ellos —les pidió Santiago a Néstor y Sofía. Luego se encaró a Diji—. ¿Qué se sabe acerca de las postales que envió Vilaró a su familia?

—En cuanto llegó la encomienda las llevé yo mismo a científica —respondió Cheick—. De las seis postales, tres se enviaron desde París, una desde Nápoles y las dos restantes provenían de Londres. Habían sido enviadas por correo ordinario. Científica hizo estudios grafológicos, comparando la escritura con documentos que nos proporcionaron en la Bodega donde trabajaba Vilaró. Coinciden. El perito me confirmó sin lugar a dudas que las postales fueron escritas de puño y letra por David.

—¡Mierda! —exclamó Miguel. Santiago lo miró con reprobación—. Lo lamento, señor. Otro callejón sin salida. Nunca nos habíamos tropezado con un caso tan frustrante.

Aunque los demás detectives no lo habían expresado en voz alta, en sus rostros se podía ver la misma decepción que había hecho explotar a Pedrera. Si aquellas postales eran auténticas, toda la teoría que les había permitido ver un poco de luz al final del túnel se derrumbaba como un castillo de naipes. Salazar permanecía pensativo.

—¿Qué usó Vilaró para escribir las postales, Diji? —preguntó por fin.

—Un bolígrafo, por supuesto.

—¡Excelente! Creo que vale la pena determinar la antigüedad de la tinta para comprobar que fueron escritas en las fechas en que las enviaron.

—No te sigo, Néstor —confesó el comisario—. ¿A qué te refieres?

—Vamos a suponer que cuando los Vilaró fueron retenidos y extorsionados, los secuestradores obligaron a David a escribir esas postales. Luego un miembro de la secta las envió cada cierto tiempo desde diferentes ciudades de Europa, para evitar que la familia de los Vilaró en Cádiz sospechara lo que ocurría. Recordad que esas postales fueron lo que evitó que la hermana de David pusiera una denuncia por su desaparición y la de su familia.

—Es un argumento interesante —reconoció Santiago—, pero no estoy seguro de que sea de utilidad. Ten en cuenta que la datación de tinta en un documento es complicada y los resultados no siempre son concluyentes.

—Estaba pensando en una técnica nueva que se ha desarrollado en la Universidad del País Vasco. Se llama Datink y es mucho más precisa y fiable que los métodos tradicionales —les informó el inspector jefe—. Tengo un amigo en Bilbao que forma parte de ese proyecto. Podríamos

enviarles las postales. Si David Vilaró las escribió todas al mismo tiempo, es seguro que lo hizo bajo coacción.

—Me parece buena idea —lo respaldó el comisario—. Poneos de acuerdo tú y Diji para ver si podemos datarlas. Mientras tanto, vamos a seguir trabajando en la teoría de la secta. Escucho sugerencias.

—Es importante localizarla en el mapa —opinó Miguel.

—Su carnada es un "retiro familiar"—señaló Salazar—, lo cual significa que debe estar ubicada en un lugar apartado que pueda alojar por unos días a un grupo de personas. Además, es muy probable que se encuentre cerca del lugar donde fue perseguida Isadora.

—Recuerda que también es posible que ella huyera durante un traslado —opinó Miguel.

—Tal vez, pero lo encuentro menos probable. Tendría que haber un buen motivo para que fuera necesario cambiar su lugar de reclusión. Por otro lado, ese camino de tierra donde la encontraron y sus alrededores resultarían perfectos para que un grupo así se ocultara.

—¿La Bodega? —preguntó Diji.

—La Bodega tiene una alta probabilidad, pero no podemos olvidar el resto de las empresas. Cualquiera de ellas podría ser una tapadera para albergar a la secta.

—Tal vez deberíamos descartar a la compañía transportista —opinó Sofía—. Después de todo, le permitieron la entrada a Remigio.

—Le permitieron la entrada a las oficinas, como en una visita guiada —discrepó el inspector jefe—. No podemos estar seguros de qué había más allá.

—De cualquier manera, no tenemos evidencias para solicitar el allanamiento de ninguna de ellas —precisó el comisario—. Así que será necesario avanzar en la investigación antes de dar un paso tan definitivo.

Salazar asintió y volvió a invadirle la desagradable sensación de que estaba pasando por alto algo importante. Sin perder el tiempo usó su propio móvil para hacer la llamada que le permitiera a Cheick cumplir con su tarea. Mientras Santiago les ordenaba a Miguel y Manuel que elaboraran los informes que aún estaban pendientes por redactar, él se acercó a Sofía. Antes de que pudiera abordarla, García se asomó con actitud algo timorata. Néstor comprendió que se debía a la presencia del comisario. Cuando el agente vio a Salazar le hizo un gesto para indicarle que necesitaba hablar con él. El inspector jefe se acercó a la puerta.

—Espero no estar interrumpiendo algo importante, señor.

—Descuida, la reunión acaba de terminar. ¿Qué quieres decirme?

—Los oficiales que envié para arrestar al señor Juan Avana acaban de informarme de que no han podido dar con él.

—¿No lo encontraron en su casa?

—El lugar está vacío. Ni siquiera hay ropa en los armarios.

—Así que el pájaro voló —concluyó Néstor pensativo—. Debe haberse olido que tarde o temprano nos enteraríamos de sus trapicheos. De acuerdo García, pasa el aviso a los aeropuertos más cercanos, así como a la estación de autobuses y del ferrocarril —Salazar levantó la vista y llamó a Manuel, que se le acercó. Después de ponerlo al día con la situación comenzó a impartir órdenes—. Manuel, proporciónale a García los datos del coche de Avana para que pueda pasárselos a la DGT. Si el sospechoso intenta salir de Haro por carretera podremos localizarlo gracias a las cámaras viales. También llama a su banco y levanta un alerta sobre sus tarjetas bancarias. Si intenta utilizarlas que nos avisen de inmediato. Por si ya ha salido de La Rioja envía un alerta nacional con toda la información que tenemos para que sea detenido donde se encuentre y que no pueda salir de la península.

—Sí señor.

—De acuerdo. Yo también haré lo posible por encontrarlo. Ahora más que nunca es importante que tengamos una conversación con el artista.

Tanto Manuel, como García se pusieron manos a la obra. Néstor aprovechó la pausa para apartarse un poco y llamar al director de la escuela de Salvador. Respondió al tercer timbrazo.

—Don Calisto. Sí, recibí su mensaje. Disculpe que no le haya podido devolver la llamada antes, pero estaba en medio de una importante reunión. ¿Ocurrió algo?

—No se preocupe, señor Salazar. Todo está bien. Lamento haberlo interrumpido en su trabajo. Mi llamada tiene que ver con una autorización que deseo pedirle en nombre de la Escuela.

—¿Una autorización? ¿Sobre qué?

—¿Recuerda que le hablé acerca del acto de Navidad de los chicos mañana y nuestra preocupación para que todos participen?

—Sí, claro.

—Bien, el caso es que queremos retirar a Salvador del sorteo.

—¿Van a dejarlo fuera? Comprendo que acaba de llegar a la Escuela, pero ¿eso no lo hará sentirse excluido?

—No, inspector, creo que no me he explicado. No queremos excluirlo. Verá, una de las evaluaciones que cumplió hoy el niño fue con el maestro de música. ¿Por qué no me dijo que el chiquillo tiene una voz tan extraordinaria?

"Porque no tenía la menor idea", pensó Salazar con tristeza, pero guardó silencio, así que el director continuó hablando.

—De manera que el maestro y yo pensamos que en lugar de entrar en el sorteo, Salvador debe ser seleccionado de una vez para participar en el coro.

—¿Y no tendría que haber ensayado con sus compañeros?

—Es usted un bromista, inspector. Sabe muy bien que con el nivel que tiene Salvador en el canto, no le resultará difícil adaptarse en corto tiempo. Además, queremos que sea el solista.

—¡Solista! ¿Y él que opina sobre eso?

—Está muy ilusionado, por supuesto. Solo haría falta la autorización de usted.

—Bien, si a Salvador lo hace feliz y usted considera que es positivo para su adaptación a la Escuela, adelante. Tiene mi permiso.

—Gracias, inspector. Esto hará muy feliz a su hijo. Le enviaré con él la autorización para que la firme. En cuanto a la toga…

—¡Toga?

—Sí, claro. Los niños del coro deben vestir una toga.

—¿Y dónde puedo encontrar esa toga de hoy para mañana? —preguntó Néstor angustiado.

—No se preocupe. Tenemos aquí algunas que han sido donadas por ex alumnos. Solo necesitaría algunos arreglos. Tengo constancia de que usted es un hombre muy ocupado, así que si me lo permite, puedo llamar a la señora Carmela para que se haga cargo. Ella tiene experiencia, gracias a sus hijos.

—Se lo agradecería.

—Entonces, todo arreglado —respondió don Calisto, antes de colgar.

Néstor suspiró mientras colgaba el móvil. Se sintió aliviado, pues estaba seguro de que Carmela haría lo posible por ayudarlo. Tendría que pensar en un regalo que demostrara la enorme gratitud que sentía hacia su

cuñada. Antes de que pudiera meditar acerca de ello, vio que Sofía se le acercaba. Los padres de Isadora debían estar por llegar.

En cuanto Néstor llegó junto a Sofía, ella le informó que los Ibarra ya los estaban esperando en la recepción. Salazar decidió que su propio despacho sería el mejor lugar para llevar a cabo la entrevista, así que ambos bajaron un piso. Una vez instalados en la oficina, el inspector llamó por la centralita para que hicieran pasar a los testigos, pero antes de recibirlos decidió que prescindiría del gabán. Asumió que conseguiría más información de los Ibarra si causaba buena impresión, así que dejó la gabardina colgada en un perchero y para sorpresa de Sofía, hasta se peinó.

Al cabo de un rato, una pareja entró por la puerta. Ambos vestían con elegancia, aunque la actitud de don Balbino era más altiva que la de su esposa. Él rondaba los sesenta años, mientras que ella no parecía tener más de cincuenta. Salazar se puso de pie para recibirlos, les estrechó las manos y después de presentarles a la subinspectora Garay y de haberlos invitado a sentarse, dio inicio a la entrevista.

—Les agradecemos mucho que se hayan tomado la molestia de venir hasta la comisaría. Somos conscientes de lo difícil que deber resultar para ustedes todo esto.

—Ha sido espantoso —reconoció la señora Ibarra, mientras se enjugaba las lágrimas con un pañuelo—. El estado en el que se encuentra mi pobre hija, tan delgada, demacrada. Además, ni siquiera nos reconoce.

—¿Su reacción cuando los ha visto no ha sido positiva?

—Como si hubiéramos sido dos extraños. Así reaccionó —confesó don Balbino con amargura—. Es por eso que estamos aquí, inspector. Queremos que nos explique qué le ha pasado a Isadora.

—Debo confesarle que todavía no lo sabemos, señor Ibarra.

—¡Pero tendrán una idea de qué va todo esto! ¿O es que no han averiguado nada?

—Estamos investigando y tenemos alguna teoría, pero me temo que no podemos compartirla con ustedes. Mientras la investigación esté abierta debemos ser reservados acerca de los descubrimientos.

—Comprendo eso en el caso de los periodistas y del público en general, pero somos los padres de una víctima.

—Aun así. Esa información forma parte del secreto del sumario, de manera que les ruego comprensión.

—Entonces, ¿por qué nos ha hecho venir si no es para informarnos de lo que ocurrió? —preguntó don Balbino, indignado.

—Los hemos llamado porque tal vez puedan ayudarnos a avanzar en la dirección correcta para que podamos atrapar a los que le hicieron esto a Isadora.

—¿Ni siquiera puede decirnos qué ha sido de nuestra nieta?

—Lo que puedo referirles son las circunstancias en las que su hija apareció: una pareja que recorría una vía rural la encontró corriendo al borde de la carretera, con indumentaria inapropiada para la intemperie.

—¿Qué clase de indumentaria?

—Un sayo y sandalias.

—¿Con este frío? ¿Y de noche?

—Eso me temo. Las únicas palabras que ha pronunciado desde entonces han sido "Mi bebé". Aparte de eso, la subinspectora logró que le dijera su nombre, o parte de él: Is. Solo pudimos conocer su identidad cuando mostramos su fotografía en la Biblioteca donde trabajaba.

—Si no conocían su identidad, ¿cómo llegaron a saber que trabajaba en la Biblioteca? —Quiso saber don Balbino.

—Porque sospechábamos que la aparición de Isadora podía estar relacionada con otro caso que llevamos adelante.

—¿Qué caso?

—Señor Ibarra, por favor, no insista. Debe confiar en que haremos todo lo posible por averiguar qué fue lo que le ocurrió a su hija y encontrar a su nieta, pero para ello debemos hacerle algunas preguntas.

—Pregunte lo que quiera, inspector —intervino doña Rafaela—. Mi marido es un obseso del control, pero por el bien de nuestra hija tendrá que poner de su parte y dejar a la Policía hacer su trabajo. ¿Qué necesita saber?

—¿Tenía Isadora problemas matrimoniales?

Balbino miró a su mujer al mismo tiempo que los policías. Ella suspiró. Estaba claro que mantenía abierta la comunicación con su hija, a espaldas de su marido.

—Sí —respondió por fin— Después de que Guillermo enfermó discutían casi todos los días. Él quería que ella lo recluyera en una institución de salud, y le pidió el divorcio para que Isadora pudiera continuar adelante su vida junto con Maite. Ella se oponía.

—¿Quiere decir que todo esto tiene algo que ver con el inútil de mi yerno? ¿Qué él está involucrado de alguna forma? —inquirió el señor

Ibarra.

—De momento, no conocemos el paradero del señor Ramos —respondió el inspector—. Tampoco si está involucrado de alguna forma, pero los indicios apuntan más bien a que sería otra víctima.

—¿Y nuestra nieta? ¿Saben algo de Maite?

—Estamos haciendo lo posible por encontrarla —señaló Sofía, interviniendo por primera vez.

—¿Le habló alguna vez su hija de un retiro familiar? —preguntó Salazar, recanalizando el interrogatorio.

—No, pero sí me comentó que estaban visitando un asesor matrimonial, aunque al parecer no estaba dando resultado.

—¿Conoce usted el nombre del asesor?

—Deje que recuerde… Sí, era un nombre poco común… Ella hablaba mucho del licenciado… Narváez. Sí, ese era el nombre, ahora lo recuerdo, era Narváez.

Tanto Néstor como Sofía se envararon en sus asientos en cuanto escucharon el nombre. Cruzaron miradas. La revelación de la señora Ibarra podía ser un indicio importante.

—¿Es posible que el nombre completo fuera Anselmo Narváez? —Trató de precisar Salazar.

—¡Sí, eso era! Estoy segura. El asesor matrimonial se llamaba Anselmo Narváez.

—Parece que no es la primera vez que escuchan ese nombre —señaló don Balbino—. ¿Tiene algo que ver con lo que pasó?

—No estamos seguros —confesó Néstor—, pero no es la primera vez que el señor Narváez sale a relucir en este caso. Ya lo habíamos entrevistado, pero creo que vale la pena volver sobre esa pista. Nos están ayudando mucho y se los agradecemos. Señora Ibarra, ¿el nombre de Gilberto Salas le dice algo?

—No, es la primera vez que lo escucho.

—¿Quién es? —Quiso saber el padre de Isaura.

—La persona a cuya cuenta su hija transfirió el dinero de la venta del piso —le explicó Salazar.

—¿Isadora vendió el piso que le compré?

—¿Usted no lo sabía?

—No —reconoció don Balbino antes de voltear hacia su mujer, quien negó con la cabeza. Ella tampoco sabía nada al respecto.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con su hija, señora Ibarra?

—Hará casi un año. En su última conversación estaba más animada que de costumbre, pero no me dijo por qué. Solo que era más optimista con respecto a poder salvar su matrimonio. Después de eso no pude volver a hablar con ella.

—¿Eso no la sorprendió? —preguntó el inspector—. ¿No denunció su desaparición?

—Es que no la daba por desaparecida. Verá, ella no respondía mis llamadas porque me dijo que estaba muy agobiada con el trabajo, atender a la niña y a Guillermo, pero sí mantuvo la comunicación. Me hacía llegar mensajes por un chat.

—¿Chateaban en directo?

—No en directo. Yo le enviaba mensajes que ella me respondía cuando podía. En general me decía que estaba bien.

—¿Nunca notó nada extraño en esos mensajes?

—Eran cortos y no daba muchas explicaciones, no como cuando hablábamos por teléfono, pero yo pensaba que se debía a la enorme carga que debía sobrellevar. ¿Es importante? ¿En qué está pensando, inspector?

—Sospecho que la persona con la que chateaba no era Isadora, doña Rafaela —reconoció Néstor—, sino su secuestrador.

—¡Dios Santo! —exclamó la atribulada madre.

—¿Tendría algún problema en permitirnos el acceso a esos mensajes? —preguntó Salazar—. Es posible que nos proporcionen alguna pista.

—Por supuesto. Cuente con ello, inspector.

—Gracias. Sus aportes han sido de mucha ayuda, pero nos gustaría pedirles algo más.

—Si contribuye a descubrir lo que ha ocurrido y encontrar a Maite, cuente con ello, inspector —aceptó Rafaela. Balbino asintió para señalar su conformidad.

—La subinspectora Garay es la única persona hasta ahora que ha conseguido alguna información de parte de Isadora. Es probable que esa comunicación mejore en presencia de su familia. Queremos su autorización para volver a interrogar a su hija. Con la mayor delicadeza, por supuesto.

—¿Lo haría usted, subinspectora? —preguntó la señora Ibarra con cierta reserva.

—Sí, señora.

Los padres de Isadora se miraron entre sí. Estaba claro que la idea no les gustaba, pero por otro lado, su nieta continuaba desaparecida.

—Aceptamos, pero con una condición —sentenció doña Rafaela.

—Usted dirá.

—Que yo estaré presente en todo momento.

Capítulo 27.

Después de que los Ibarra abandonaron la comisaría, Néstor y Sofía decidieron hablar con Ortiz para ponerlo al día con respecto a los resultados de la entrevista que acababan de concluir. Lali los hizo pasar sin demora y no tardaron mucho en cumplir con su cometido.

—Es una suerte que la señora Ibarra haya mantenido la comunicación con Isadora —reconoció Santiago—. ¿Qué opináis acerca del resurgimiento del nombre de Narváez?

—Pudiera ser una coincidencia —planteó Salazar, aunque no parecía muy convencido.

—Pero tú no lo crees.

—No. Sabemos que los Avana acudieron a varias sesiones con este asesor, así como los Ramos. Y ambos terminaron en ese "retiro familiar". Los Vilaró, por otro lado, cayeron en la trampa a causa de la recomendación inocente de la propia Natalia.

—Recuerda que Isadora y Ágata se conocían —apuntó Sofía—. Es posible que los Ramos se interesaran por las charlas por recomendación de la propia señora Vilaró.

—Un boca a boca, en lugar de un "centro de captación" de las víctimas —razonó el inspector—. Es posible. Minimiza los riesgos para la organización, pero por otro lado, no les garantizaría la captación de víctimas. Este tipo de recomendaciones no siempre se dan en forma espontánea.

—Así que sigues sospechando del asesor.

—Creo que al menos vale la pena investigarlo.

—¿Sabemos quién se lo recomendó a los Avana, o a los Ramos?

—Me temo que no, pero sería interesante averiguarlo.

—De acuerdo, en ese caso tal vez sea buena idea visitarlo hoy mismo —señaló el comisario.

Sofía asintió y comenzó a levantarse de la silla, pero Salazar le hizo un gesto para que se quedara sentada. Parecía meditativo. A Santiago le sorprendió su actitud.

—¿No estás de acuerdo, Néstor?

—Si quieres que sea sincero, no lo estoy —respondió el inspector, permitiéndose tutear a Goliat, puesto que Sofía estaba en cuenta de que

ambos eran hermanos—. Si el asesor estuviera involucrado y nos presentáramos allí para interrogarlo, después de haber sido abordado por Remigio, se pondrá a la defensiva, lo negará todo y además le pondremos sobre aviso. No tenemos ninguna evidencia clara con la cual presionarlo. Creo que una visita de la Policía en estos momentos sería contraproducente para nosotros.

—¿Qué sugieres entonces? ¿Que lo dejemos así?

—Por supuesto que no, solo que empleemos una táctica diferente.

—Miedo me das —confesó Santiago—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Sofía y yo podríamos presentarnos como un matrimonio con dificultades en busca de ayuda profesional. Nos prestaríamos a ser captados y a ver qué pasa.

—Parece una buena idea. ¿Estás de acuerdo, Sofía?

—Por supuesto, señor.

—Bien, entonces tratad de concertar una cita con Narváez lo antes posible.

—Sí, señor.

—Con respecto al chat —continuó el comisario—, hablaré con científica para que inicie las experticias y le asignaré el seguimiento a Pedrera. Por cierto, Néstor. Carmela me llamó mientras estabais reunidos con los Ibarra. Me pidió que te dijera que no te preocupes por la toga de Salvador, que dejes ese asunto en sus manos. Según don Calisto, tu hijo tiene una voz celestial. Bien, no debería sorprendernos. Después de todo , debe haber heredado el talento musical de su padre.

Ortiz soltó la explicación sin notar que Néstor abría mucho los ojos para indicarle que no mencionara ese asunto frente a su compañera. Por supuesto que a Sofía no se le escaparon ni las palabras del comisario, ni los gestos de Salazar.

—¿Tu hijo? ¿Una toga? —le preguntó ella—. Y ¿quiénes son don Calisto y Salvador? Si puedo saberlo, claro.

El tono ofendido de la subinspectora hizo comprender a Goliat que había hablado de más. Era evidente que su hermano no había mencionado a su compañera el pequeño detalle de que ahora era padre. Enderezándose en el asiento, Santiago adoptó una actitud de dignidad, mientras Néstor lo fulminaba con la mirada.

—Bien, creo que ese es un asunto que tendréis que discutir entre vosotros. Si necesitáis apoyo para la operación de infiltración os

proporcionaré todos los medios que me pidáis. Ahora mismo daré la orden a Lali.

—Muchas gracias, comisario —murmuró Salazar entre dientes, mientras se levantaba de la silla y evitaba la mirada inquisidora de Sofía. Ortiz carraspeó y cogió el primer documento que alcanzó de los que había en su escritorio para disimular su desconcierto.

Una vez afuera del despacho del comisario, la subinspectora detuvo a su compañero. Su expresión no auguraba nada bueno. El inspector sintió un nudo en el estómago que se le subió a la garganta.

—¡Ni un paso más! Me vas a decir ahora mismo de qué va todo eso de una toga, y un hijo cantante. ¿En qué lío te has metido ahora, Néstor?

—Vamos a mi despacho. Allí te lo explico.

Una vez en la oficina del inspector jefe, este le contó toda la historia, desde que recibió la citación, hasta que fue informado de que tenía como descendiente a un "Plácido Domingo" en ciernes. Sofía se quedó boquiabierta, literalmente.

—¿Y nunca sospechaste que tenías un hijo?

—Nunca. De haber tenido el menor atisbo de sospecha hubiera investigado y me hubiera ocupado del muchacho desde que nació. Pero así son las cosas.

—Ya veo. ¿Y cuándo pensabas contármelo? ¿O pretendías mantenerlo en secreto?

—Desde luego que iba a decírtelo y a presentarte a Salvador. Es un chiquillo genial y estoy seguro de que os llevaréis bien, pero comprende Sofía, todo esto ha sido tan repentino que yo mismo todavía no me he hecho a la idea de que soy padre.

—No estoy segura de que eso sea una buena excusa. De cualquier manera, ya no podemos hacer nada al respecto.

—¿Me perdonas?

—Me lo pensaré.

—Gracias —le dijo Néstor con una sonrisa. Sabía que dar por concluido el episodio sería la mejor forma de que se olvidara su pifia. Así que decidió pasar a otro asunto—. Espera, déjame preguntar el teléfono del asesor para que tú lo llames.

Antes de que su compañera pudiera abrir la boca, Salazar usó la centralita para comunicarse con Lali. Un par de minutos después, Sofía usaba su propio móvil para concertar la cita. Empleó una voz lastimera para

rogarle a la secretaria del licenciado Narváez que los atendiera con urgencia. Néstor se sintió orgulloso de su pupila.

—Ya está —sentenció Garay, al colgar el móvil—. Tenemos cita pasado mañana a esta hora. Somos el señor y la señora Rocha y somos padres de un niño de cuatro años.

—¿Te preguntó si teníamos hijos? —Quiso saber el inspector, pues aquello le disparó las alarmas.

—No me lo planteó como requisito —reconoció Sofía—, pero lo indagó con sutileza durante la conversación. Preferí contestarle en forma afirmativa porque todas las víctimas hasta ahora tienen hijos.

—Perfecto. Antes de mañana debemos ponernos de acuerdo acerca de una historia que coincida con el perfil de las familias que acudieron al retiro. Tiene que ser atractivo para la secta: piso propio, de ser posible libre de hipoteca, solvencia económica. Empleos bien remunerados. Ese tipo de detalles. Necesitamos despertar su codicia si es allí donde se lanza la carnada.

—Faltan veinticuatro horas. ¿Qué hacemos mientras tanto?

—Tú debes ir al hospital para intentar que Isadora te revele algo más. Hazlo con mucha sutileza y tacto.

—De acuerdo. ¿No irás conmigo?

—Sospecho que en este caso, mi presencia podría ser contraproducente. Cuantas más personas extrañas, menos confiada se sentirá Is. Cuando hayas concluido la entrevista, trata de averiguar lo que puedas acerca de Anselmo Narváez.

—Muy bien. ¿Qué harás tú?

—Tengo que irme de cacería.

—¿De cacería?

—Para atrapar a un pájaro que al parecer levantó el vuelo.

Capítulo 28.

Mientras salía de la comisaría, Néstor pensó que el caso comenzaba a cobrar forma, pero era consciente de que todavía quedaban muchas incógnitas por resolver y Julián Avana le parecía una pieza clave, así que era urgente encontrarlo. Con esa idea en mente habló con García para que una patrulla le diera un aventón.

—¿Adónde vamos, jefe?

—A la calle Conde de Haro.

—Marchando.

Entretanto, Sofía cogió el Corsa para dirigirse al hospital. Aparcó el coche y subió a la habitación de Isadora. La joven, que parecía dormida, tenía mejor aspecto pero todavía le faltaba mucho para recuperar la normalidad. Su madre estaba sentada a su lado cogiéndole la mano, mientras don Balbino la contemplaba con preocupación, apoyado en una esquina, de pie con los brazos cruzados.

—¡Subinspectora! No la esperábamos tan pronto —murmuró doña Rafaela.

—Es importante que no nos demoremos en conseguir las evidencias.

—Desde luego. Sus compañeros me acaban de llamar para decirnos que enviarán a un mensajero de sus laboratorios que recogerá mi móvil. Y me preguntaron en qué universidad estudió Isadora. ¿Sabe por qué?

—Al no tratarse de textos manuscritos no pueden hacer estudios grafológicos, pero la universidad puede proporcionarles a los expertos en estilismo forense algún texto que haya sido redactado por su hija para poder comparar el estilo de Isadora con el de los mensajes del chat y así determinar si fueron escritos por ella.

—¿Y semejante comparación es confiable? —preguntó don Balbino.

—En un 95%.

—Sorprendente.

—¿Está Isadora dormida? —preguntó Sofía.

Por toda respuesta, Is abrió los ojos y volteó a mirar a la subinspectora para gran alivio de esta. La respuesta de la joven, además de permitirle llevar adelante el interrogatorio de inmediato, le hizo comprobar que pese a su estado psicológico alterado, Isadora era capaz de comprender lo que se le decía.

—Creo que será mejor que baje a tomarme un café —decidió el señor Ibarra, al comprender que su presencia solo serviría para cohibir a su hija —. ¿Te traigo algo, querida?

—No, gracias, Balbino. Estoy bien.

—Y usted, subinspectora, ¿desea algo?

—No, muchas gracias, señor.

El padre de Is asintió, cruzó la habitación y salió sin demora. La joven miraba a Sofía con los ojos muy abiertos, como si su presencia la asustara. Apretó la mano de su madre con más fuerza cuando la subinspectora se acercó.

—Te ves recuperada, Isadora —le dijo la detective con tono amable—. Eso me alegra mucho. ¿Te encuentras mejor?

Is, que no había dejado de mirarla a los ojos hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—¿Recuerdas lo que te ocurrió?

Nuevo asentimiento casi imperceptible y comenzaron a correrle lágrimas por las mejillas, mientras la presión sobre la mano de Rafaela iba en aumento hasta casi lastimarla.

—Escucha, Is. Estoy aquí para ayudarte. No tienes nada que temer — la animó Sofía, al notar la tensión que se apoderaba de la joven—. Aquí están tus padres que no te van a dejar sola. Además, en la puerta hay un agente las veinticuatro horas del día cuya única tarea es cuidarte. Los que te hicieron esto ya no pueden lastimarte más. ¿Lo comprendes?

Isadora respondió rompiendo a llorar.

—¡No quería hacerlo! —exclamó en un murmullo—. Le dije que no, pero era la única forma de que me dejaran ver a Maite. Yo no quería.

—Está bien. Calma. Lo que hiciste fue por Maite. Eso lo comprendemos. ¿Ellos la amenazaron?

Isadora asintió sin dejar de llorar.

—¿Es esto necesario, subinspectora? —intervino Rafaela con angustia —. ¡Mírela! Todavía no está bien.

—Lo último que quiero es perjudicarla, señora Ibarra, pero es posible que haya vidas en peligro y tal vez Isadora sea la única que pueda darnos la clave para salvarlas.

—Mi bebé. Mi bebé. ¿Dónde está mi bebé? —gritó Isadora en medio de una crisis de llanto—. ¡Por favor no me lo quiten! No se lleven a Maite. No se la lleven…

Rafaela se acercó más a su hija y la abrazó, dejando que llorara sobre su hombro y se desahogara mientras ella le acariciaba la cabeza hasta que poco a poco, la chica se fue tranquilizando y la crisis de llanto dio paso a sollozos distanciados. Sofía se sintió fatal, pero supo que tenía que seguir presionando. Las palabras de Isadora le hacían pensar que la pequeña Maite se encontraba en grave peligro en manos de personas sin escrúpulos. Eso, si ya no estaba muerta.

—Isadora, quiero ayudarte —murmuró la subinspectora, mientras trataba de ignorar la mirada furiosa de doña Rafaela—. Queremos encontrar a Maite para traerla de vuelta a tu lado, pero para eso necesito tu ayuda. ¿Sabes a dónde se la llevaron?

—Al corral —murmuró la joven con tristeza.

—¿Al corral? —preguntó Sofía confundida, pero animada porque la testigo estaba respondiendo al interrogatorio—. ¿Puedes decirme qué es el corral? ¿Dónde está?

—Atrás.

"¿Atrás? ¿Atrás de qué?", pensó Garay con desesperación. Trató de tranquilizarse. Era necesario que le transmitiera calma y seguridad a Isadora si quería conseguir alguna información de utilidad.

—¿Atrás de qué está ese corral, Isadora? ¿Puedes decírmelo?

—Atrás de los barracones.

Así no iban a llegar muy lejos. Tenía que comprender que la chica continuaba en choque y por lo tanto sus respuestas eran automáticas. No estaban razonadas. Sofía se preguntó a sí misma si ella sería la persona más indicada para una entrevista como esa. Hubiera preferido que en ese momento estuviera allí Néstor y que fuera él quien llevara las riendas del interrogatorio. Pero no. Si su jefe había confiado en ella para esa tarea tan delicada no lo defraudaría ni a él, ni a sí misma. Respiró un par de veces para darle oportunidad a Is de tranquilizarse y al mismo tiempo lograr ella también cierto nivel de relajación.

—Esos barracones, ¿estaban cerca de la carretera donde te encontraron los chicos que te rescataron?

La joven se encogió de hombros, mientras hacía un leve asentimiento. Sofía lo interpretó como un más o menos. Vio su oportunidad de precisar una de las dudas que no habían podido responder durante la investigación.

—Is, quiero hacerte una pregunta muy importante sobre el lugar donde te encontraron —La joven levantó la mirada para prestarle más atención—.

¿Alguien te llevó hasta allí en un coche, o llegaste por tus propios pies desde el lugar donde te tenían secuestrada?

En lugar de responder, Is volvió a romper en llanto, mientras se agitaba entre los brazos de su madre.

—Me va a alcanzar… El perro me va a alcanzar… Por favor… No quiero terminar como Nati. Está detrás de mí… Por favor.

—Calma, calma, Is. Ya pasó. El perro no te va a alcanzar porque está muerto. Lo mataron porque se rompió una pata.

La revelación hizo que la chica la contemplara como si quisiera descubrir si le decía la verdad. Miró a su alrededor y se detuvo en el rostro de su madre, que también lloraba en silencio. Sofía esperaba que se tranquilizara al comprender que la persecución había terminado, que ella lo había logrado y que estaba en el hospital, rodeada de su familia y personas que querían ayudarla, pero en lugar de eso, Isadora volvió a romper en llanto y a gritar:

—¡No quería hacerlo! ¡Juro que no quería hacerlo, pero ellos me obligaron! ¡Si no lo hacía iban a lastimar a mi bebé!

—¿Qué fue lo que te obligaron a hacer, Is?

—Matar a Guillermo. Ellos me obligaron a asesinar a mi esposo.

Capítulo 29.

Al llegar al número 18 de la calle Conde de Haro, Néstor llamó por el telefonillo y enseguida escuchó el timbre que le indicaba que la puerta había sido abierta. Subió por las escaleras y en cuanto llegó al rellano del primer piso escuchó el segundo timbre, el que le daba paso franco al propio despacho del detective Quintero. Cuando cruzó el umbral pudo apreciar el cambio de expresión de Evelia. De esperanza a decepción. Como el inspector ya suponía, la salita de espera estaba vacía.

—Buenos días, señora Evelia. ¿Me recuerda? —la saludó él con su mejor sonrisa.

—¿Cómo no iba a recordarlo, inspector? Es usted memorable.

Salazar se preguntó si aquel comentario sería un elogio, o un insulto. Prefirió dejarlo así, por si acaso.

—¿Está don Braulio?

—Se encuentra en su despacho.

—¿Está ocupado?

—¡Ja! —respondió ella con sarcasmo—. Espere que le avise que está usted aquí.

Evelia presionó el botón del interfono para notificarle a su jefe acerca de la presencia del policía, pero en ese momento se abrió la puerta de la oficina del detective y este apareció en el umbral, elegante como un dandi.

—¿Es que no puede esperar a que le avise por el interfono de quién se trata? —le reprochó la secretaria. Por el tono, Salazar comprendió que era un frecuente motivo de diatriba.

—No me gusta ese chisme —fue la respuesta de don Braulio, luego miró al inspector—. ¡Néstor, hijo, que bueno verte por aquí! Pasa, anda, pasa. ¿Puedes traernos un par de cafés, Evelia?

—Enseguida —respondió la secretaria poniéndose de pie y encaminándose hacia el fondo del pasillo mientras refunfuñaba. El inspector alcanzó a escuchar algo sobre policías pelmas.

—No le hagas caso —le aconsejó Quintero, mientras hacía un gesto con la mano como si espantara una mosca—. Es un poco gruñona, pero buena persona. Entra y cuéntame en qué puedo serte útil.

—Espero no estar interrumpiéndolo, don Braulio. ¿Estaba trabajando en algún caso?

—Sí, sí, claro —respondió el detective demasiado rápido. Salazar sabía que estaba mintiendo, pero simuló que le creía, para así permitirle conservar su dignidad—. Estaba con un par de asuntos, pero siempre tengo tiempo para ti, chaval.

¡Chaval? Nadie lo llamaba así desde… Desde mucho antes de que dejara de serlo. Siempre se interponía algún otro calificativo: trasto, gamberro, granuja, liante, y otras lindezas similares. Si hacía memoria, el último que lo había llamado chaval había sido su padre. El recuerdo lo conmovió.

Después de agradecer al detective por permitirle ocupar su tiempo, el inspector entró al despacho y se instaló en una silla frente a Quintero, que se sentó detrás del escritorio, después de acomodarse las perneras de los pantalones para que no perdieran la raya. Se ajustó las solapas de la chaqueta y miró con seriedad a su ex colega.

—Suéltalo, chico. Necesitas ayuda, ¿verdad? —preguntó esperanzado.

—Eh… Sí, don Braulio. Verá, estamos interesados en tener una conversación con Julián Avana, pero cuando envié a buscarlo, ya no se encontraba en su casa.

—El pájaro voló —concretó el veterano detective. Salazar asintió—. Seamos sinceros. ¿De qué clase de conversación estamos hablando? ¿Una como inocente testigo, o como acusado?

—Acusado.

—Comprendo. Y lo más probable es que "Velázquez", que no tiene la conciencia muy limpia, pusiera pies en polvorosa antes de que vosotros os interesarais en él.

Salazar lo miró con sorpresa cuando comprobó que estaba al tanto del apodo callejero de su antiguo cliente.

—¿Sabía usted que lo llamaban así?

—No te sorprendas tanto, chaval. Que yo también tengo mis contactos en las calles.

En ese momento entró Evelia con una bandeja y sirvió los cafés. No les preguntó cómo los querían. Se limitó a colocar una taza de café solo frente a cada uno y dejar una azucarera en el centro del escritorio.

—Te ofrecería leche, pero se nos dañó el frigo —se excusó don Braulio.

La secretaria puso los ojos en blanco y salió con la bandeja sin decir palabra. A Néstor le quedó claro que el mencionado refrigerador no existía.

—No se preocupe, señor. Me gusta el café así.

—Y bien, continúa. ¿En qué te puedo resultar útil?

—Había pensado que en vista que Julián Avana fue su cliente, pudiera proporcionarnos algún dato que nos ayudaría a dar con él. Una dirección, un teléfono. Algún lugar público en el cual se hubieran reunido.

—Supongo que eres consciente de que al haber sido Avana mi cliente, le debería cierta confidencialidad.

—Por supuesto, pero esta se refiere al caso por el cual lo contrató. La información que le solicito no tiene ninguna relación con ello —argumentó Néstor—. Por otro lado, no me atrevería a pedírselo si no hubiera vidas en juego.

—¡Conque esas tenemos! ¿Tan grave es el fregado en el que se ha metido ese truhan?

—Así de grave —confirmó Salazar, mientras acompañaba sus palabras con un gesto de asentimiento de la cabeza—. Claro, que aún no hemos podido determinar su participación directa. Es la razón por la que debemos interrogarlo, pero podría poseer información clave acerca del caso que estamos investigando.

—Si no estáis seguros de su participación en el delito sobre el que indagáis, ¿por qué lo citáis en calidad de acusado?

—Porque tenemos pruebas de que está incurso en otro tipo de actividades ilegales.

—De acuerdo, Néstor. Estás de suerte. Verás, como te dije en nuestra primera entrevista soy un policía de corazón, así que antes de decidir abrir esta oficina me asesoré con un buen abogado, pues no estaba dispuesto a hacerle favores a ciertos individuos que me pudieran contratar con intenciones que contravinieran los términos legales. ¿Me voy explicando? —preguntó, al mismo tiempo que le guiñaba un ojo.

—De maravilla —fue la respuesta del inspector, pese a que le había parecido que el planteamiento tenía demasiados vericuetos verbales.

—Así que antes de aceptar un nuevo cliente —continuó el detective—, la condición "sine qua non" para que acepte el caso es que renuncien a la confidencialidad de la información que pudiera estar relacionada directa, o indirectamente con cualquier acto delictivo. Aunque por supuesto, la cláusula solo me permite revelárselo a la Policía y a los organismos legales competentes.

Néstor comprendió entonces la razón por la que un detective tan experimentado tuviera la sala de espera vacía. Esas cláusulas espantarían a más de la mitad de sus potenciales clientes. Se preguntó cómo pagaría el alquiler de la oficina, al mismo tiempo que sentía crecer su respeto por el policía que tenía frente a él.

—¿Entonces dispone usted de alguna información que pueda ayudarnos con respecto a Avana?

—Me temo que solo cuento con la dirección de su casa. Y las reuniones siempre fueron celebradas en este despacho, así que respecto a eso es poco lo que puedo proporcionarte, pero… Tengo mis recursos. Si confías en mí y me das unas horitas, te lo entregaré envuelto en papel de regalo y con un lacito.

—Le agradezco mucho la oferta, don Braulio, pero no sería correcto. Ese es mi trabajo, por el que me paga la comunidad. No es de ley que lo subcontrate para que cumpla con una de mis tareas.

—Esa respuesta habla bien de ti, hijo. No esperaba menos, pero yo también soy un ciudadano preocupado y según me has dicho, en este asunto hay vidas en riesgo.

—Sí, pero…

—Pues entonces, ninguna ayuda sobra y te puedo asegurar que la mía puede ser de gran utilidad. No necesitas contarme de qué va el asunto. Ya me lo dirás cuando salga del secreto del sumario, que yo también estuve donde tú estás ahora y te comprendo, pero tú me has caído muy bien, chaval. Y si me permites ayudar a la policía me harás muy feliz. Por supuesto que el asunto corre por mi cuenta. ¿Qué dices?

Néstor suspiró. No quería abusar de la buena voluntad de don Braulio, pero por otro lado, era imperativo encontrar a Avana. Meditó un momento acerca de cuál sería la conducta más correcta en ese caso. ¿Por qué la vida, siendo tan complicada, no venía con un manual de instrucciones,?

—Muy bien, don Braulio, hagamos esto. No puedo pedirle que investigue acerca del paradero de Julián Avana, ni mucho menos que nos lo entregue empaquetado para regalo, pero si llega a sus oídos alguna información interesante, hágamelo saber. ¿De acuerdo?

—Es un trato —respondió el detective estrechándole la mano y desplegando una sonrisa satisfecha.

Capítulo 30.

Cuando salió del despacho del detective, Néstor se comunicó con Gyula para pedirle que hiciera lo posible por dar con el paradero de Julián. Estaba seguro de que si alguien podía proporcionarles una pista, ese sería el primo de su amigo: Kavi. Después de colgar llamó a Sofía de inmediato. Ella le explicó a grandes rasgos lo que había revelado la entrevista con Isadora. Mientras regresaba a la comisaría en un taxi, el inspector iba dándole vueltas a la cabeza acerca de las reacciones de la chica. Si la gente que la había retenido contra su voluntad no solo había asesinado a Guillermo, sino que la había obligado a ella a cometer semejante crimen contra su voluntad, significaba que se enfrentaban a sujetos mucho más peligrosos de lo que había supuesto.

Cuando entró a "San Miguel" no encontró a García en la recepción. Era seguro que se había sumado a la búsqueda del prófugo Avana. En su lugar estaba Mendoza, un chico novato y avispado, deseoso de mostrar su valía.

—Buenas tardes, inspector jefe.

Sorprendido, Salazar echó un vistazo a su reloj. De nuevo se le había echado el tiempo encima. Ya había pasado la hora del almuerzo, pero no había tiempo para pensar en una pausa. En lugar de eso devolvió el saludo al agente, antes de preguntarle por el comisario.

—Ahora está reunido con el inspector Toro en su despacho, señor.

—¿Remigio ya regresó de Barcelona?

—Hace diez minutos, inspector.

—De acuerdo, gracias por la información, Mendoza. Mira, la subinspectora Garay debe estar por llegar. Por favor pídele que se reúna con nosotros en el despacho del comisario Ortiz.

—Así lo haré, señor —respondió el joven, que al escuchar mencionar a Sofía adoptó una actitud mucho más seria, lo cual disparó las alarmas de Salazar.

—Y cuídate mucho de mirarla en forma inapropiada —le advirtió, mientras lo señalaba con un índice acusador.

—¿Yo, señor? Sería incapaz —respondió el joven policía sonrojándose.

"Te pillé", pensó Néstor. Mendoza carraspeó y sintió alivio cuando su superior se encaminó hacia la escalera. ¿Sería cierto lo que se decía en los pasillos acerca de que Salazar era capaz de adivinar lo que pensabas? El novato decidió que se andaría con pies de plomo con el excéntrico inspector jefe. Y con su compañera.

Cuando Salazar llegó a la antesala del despacho del comisario, Lali lo recibió con una sonrisa. ¿Esa era la misma secretaria que hasta hacía pocos meses lo había considerado sospechoso de cualquier imprevisto que surgiera en la comisaría? Claro que por lo general estaba en lo cierto, pero ella nunca llegó a saberlo. Al parecer, su acercamiento con Santiago sirvió para que la fiel secretaria moderara las reservas que sentía hacia él. En cualquier caso, aunque la nueva actitud de Eulalia era menos divertida, sí resultaba más cómoda.

—Qué bueno que ha llegado, inspector jefe —le dijo en cuanto lo vio, manteniendo su actitud siempre formal—. El comisario Ortiz me había preguntado por usted. Está con el inspector Toro y tiene interés en que se reúna con ellos.

—Gracias Lali. Por cierto, la subinspectora Garay debe estar por llegar. ¿Podrías…?

—Le diré que entre en cuanto la vea.

—Perfecto —respondió el inspector, mientras llamaba a la puerta y entraba.

—Pasa, Néstor —lo invitó su hermano—. Remigio estaba a punto de contarme lo que averiguó en Barcelona.

—¿Cómo es que regresaste tan pronto?

—Eficiencia, Salazar, eficiencia —respondió el veterano inspector con orgullo—. Cuando el comisario me designó la tarea de Salas llamé a un viejo amigo en Barcelona, que de inmediato comenzó a hacer algunas indagaciones. Yo cogí el último tren del día y pasé la noche en la ciudad condal. Mata, mi amigo, ya me había adelantado alguna información y me la hizo llegar al móvil. Así que esta mañana a primera hora, yo ya estaba en la residencia donde se encuentra ingresado el señor Salas. Por eso pude regresar tan pronto.

—Pues te felicito —reconoció Néstor—. ¿Y pudiste averiguar algo?

Remigio sacó su libreta del bolsillo de la chaqueta y consultó los garabatos, ininteligibles para cualquiera que no fuera él.

—Bien, Como ya sabíamos, Gilberto Salas es un nonagenario que sufre de demencia senil. Es imposible que ese anciano haya podido abrir una cuenta en ninguna parte. El pobre hombre está desconectado de la realidad.

—¿Entonces estamos en otro callejón sin salida? —intervino Salazar con preocupación. Toro levantó el índice para solicitar paciencia.

—No tan rápido. Mata pudo averiguar que Salas tiene una hija, un yerno y una nieta, que son su única familia, porque su esposa murió hace veinte años. Son ellos quienes lo ingresaron cuando comenzó a dar señales de demencia senil. El detalle es que no viven en España.

—¿Dónde viven?

—En Bélgica. Visitan al abuelo una vez al año, que es cuando lo llevan de paseo por un par de horas.

—No parecen una familia muy dedicada —comentó Santiago.

—En absoluto. Lo interesante es que en la residencia llevan un registro de las entradas y salidas de los ancianos. En especial de aquellos que no conservan sus capacidades mentales. Resulta que hace tres años apareció una visita. Se presentó como una sobrina de Salas y les pidió que le dieran permiso para llevarlo a dar un paseo.

—¿Y se lo permitieron? —preguntó Néstor con sorpresa.

—El encargado de guardia en ese momento era una enfermera que estaba allí como suplente desde hacía pocas semanas. Así que dio el permiso. La supuesta sobrina regresó al señor Salas al cabo de un par de horas, lo cual no le sirvió de mucho a la enfermera, que de cualquier forma fue despedida de inmediato, pues Gilberto no tiene sobrinos.

—¿Se supo adónde lo había llevado? —preguntó el comisario.

—Nadie tiene la menor idea. Examinaron al anciano y lo encontraron bien. Él ni siquiera recordaba que había salido, mucho menos donde estuvo.

—Si ya tenía cita, es tiempo más que suficiente para tramitar el pasaporte —sugirió Salazar.

—Pensé lo mismo. Por suerte, Mata ya me había enviado la dirección de la comisaría donde fue emitido el pasaporte de Gilberto Salas. Está muy cerca de la residencia de ancianos y la fecha en la que fue entregado coincide con la visita de la sobrina.

—Así que hicieron la solicitud de la cita y luego fueron a buscar al señor Salas el día señalado —resumió Néstor—. Solo hubieran necesitado el DNI y hacerle una foto según los requerimientos correspondientes.

Llevaron al señor Salas a la comisaría, donde pidieron el documento en su nombre. Una vez concluido el trámite, devolvieron al anciano a la residencia. Así se hicieron con un documento de identidad legítimo, de un ciudadano que nunca levantaría sospechas.

—Nos enfrentamos a sujetos muy inteligentes —Se quejó Ortiz.

—¿Cómo es que Salas llevaba el DNI encima? —Quiso saber Néstor.

—¿A qué te refieres?

—Es un paciente con demencia senil. En esas condiciones no creo que le permitan tener el documento en su habitación. Correrían el riesgo de que lo perdiera, o que lo tirara a la basura al no recordar lo que es.

—Pues en eso no había pensado —reconoció Remigio.

—Lo más probable es que el documento estuviera en la ficha de ingreso de Salas —sugirió Santiago—. De ser así, alguien dentro de la residencia debía estar en complicidad con la falsa sobrina.

—La enfermera suplente —opinó Néstor—. Se me hace difícil creer que hayan empleado dos personas donde podían resolver con una que estuviera en el lugar apropiado.

—¿Qué sabemos de esa enfermera, Remigio? —le preguntó el comisario.

—Su nombre es Modesta Pavía —respondió el inspector Toro, después de consultar su libreta. Fue enviada a la residencia desde una agencia de empleos para suplir por casi tres meses a una de las enfermeras que estaba de baja por permiso de maternidad. No duró ni diez días en el trabajo. Después de la pifia con el señor Salas, la directiva de la residencia estaba dispuesta a despedirla, pero no fue necesario porque desapareció.

—No volvió a presentarse, ¿verdad? —Quiso asegurarse Néstor. Remigio asintió para confirmar las palabras del inspector jefe.

—Es el cómplice que buscamos —concluyó el comisario.

—Es lo más probable —opinó Néstor—. Creo que necesitamos saber más acerca de esta enfermera.

—Me ocuparé de investigarlo —confirmó Remigio.

—Pienso que también sería interesante averiguar si Pavía se acercó en algún momento a la señora Jordán, la nonagenaria que vive en Logroño, en cuya cuenta depositaron sus bienes los Vilaró.

No había terminado Néstor de pronunciar las últimas palabras, cuando llamaron a la puerta y después de ser autorizada entró Sofía, que también se sorprendió cuando vio que Remigio ya había regresado. En los siguientes

minutos, ella explicó en detalle su entrevista con Isadora, después de lo cual sus compañeros la pusieron al día acerca de lo que ellos habían estado discutiendo.

—¿Qué me dices tú, Néstor? —preguntó Ortiz—. ¿Hay alguna noticia de Julián Avana?

—Si trata de salir de la ciudad, o de mover sus cuentas bancarias, lo pillaremos. También he puesto en movimiento mis contactos en la calle para que nos ayuden a encontrarlo. Es cuestión de tiempo que demos con él.

—¿Has previsto que puede haber salido de Haro antes de que lo comenzáramos a buscar? —preguntó Santiago.

—Ya Manuel tiene instrucciones al respecto, aunque dudo que haya llegado tan lejos sin dinero.

—¿Y si guardaba una reserva en efectivo para casos así? —sugirió Remigio.

—¿Un sujeto que dilapidaba cinco mil euros en menos de quince días en bacanales y que después tenía que pedirle a su hermano para no pasar hambre el resto del mes? Es poco probable. Tengo la impresión de que cualquier billete de más de cinco euros en el bolsillo de este tío le causaría un prurito insoportable. Tendría que gastarlo.

—Esperemos que tengas razón. Estoy seguro de que no nos lo ha contado todo y es prioritario poder interrogarlo —señaló Santiago.

—Soy de la misma opinión.

—De acuerdo. No podemos hacer nada con respecto a Julián Avana hasta que demos con él —argumentó el comisario—, así que vamos a centrarnos en lo que tenemos. ¿Alguna sugerencia?

—Es evidente que Isadora todavía no está en pleno uso de sus facultades y que sus respuestas son más emocionales que razonadas, pero en lo poco que ha manifestado nos ha dejado algunas pistas que no podemos perder de vista —argumentó Salazar, mientras comenzaba a enumerar con los dedos—. En primer lugar, confirma que compartió cautiverio con Natalia, que estuvo retenida y la separaron de su hija. También que la obligaron a matar a su propio esposo, mediante amenazas contra la niña…

—Eso es algo que no puedo comprender —lo interrumpió Sofía—. ¿Por qué secuestrar a Guillermo Ramos, para luego asesinarlo? ¿Qué ganaban con ello?

—Es evidente que Ramos les estorbaba. Enseguida les plantearé mi opinión al respecto. Sigamos —continuó enumerando—. Quiero detenerme por un momento en la fuga de Is. Si la habían acorralado al extremo de que fue capaz de matar al hombre que tanto amaba, ¿qué ocurrió para que se atreviera a huir?

—Tal vez llegó a un punto de quiebre y no pudo soportar más el cautiverio —sugirió Remigio— Preferiría arriesgarse a morir antes que continuar viviendo en esa situación.

—Ese que acabas de señalar es un detalle importante —apuntó Néstor —. Estas personas no soportan el cautiverio por miedo a que las maten, sino por miedo a perder a sus seres queridos.

—Lo siento, no te sigo —reconoció Santiago.

—Isadora lo expresó, aunque hay que leer entrelíneas. Maite fue llevada al "corral". Y el "corral" queda detrás de los "barracones". ¿Qué os sugiere eso?

—La forma en que los secuestradores organizaron el cautiverio —respondió Sofía, al comenzar a comprender.

—¿Y no os recuerda algo?

—Una cárcel.

—¡Exacto! Una cárcel, pero como estamos hablando de familias, yo lo relacionaría más bien con un campo de concentración. Vamos a suponer por un momento que los barracones están destinados a retener a los prisioneros.

—¿Y el corral?

—A sus hijos —concluyó el inspector jefe de inmediato—. Cuando presionaste un poco a Isadora, ella respondió gritando que no le quitaran a su bebé. Que no se la llevaran al corral, lo cual me hace pensar que estos psicópatas controlan a sus víctimas a través de sus hijos. Se los quitan, o les permiten verlos en función de su obediencia y sumisión.

—Es monstruoso —opinó el comisario.

—Estoy de acuerdo, pero todos aquí hemos visto y conocido muchos monstruos capaces de esto y de mucho más.

—Pero si controlan a sus víctimas a través de sus hijos. ¿Cómo es que Isadora intentó escapar? —preguntó Sofía, con la piel de gallina ante la respuesta más probable.

—Ya sabemos que su esposo está muerto. Ella misma confesó haberlo asesinado. Así que solo podían controlarla a través del bebé. Si se atrevió a

huir sin llevársela, solo puede haber un significado.

—Maite está muerta —sentenció Remigio y sus palabras causaron un espeso silencio, que al final fue roto por el propio Salazar.

—O ella cree que lo está. Mientras no tengamos un cuerpo, debemos asumir que la niña está viva.

—No podría estar más de acuerdo —opinó Santiago, mientras recordaba el empecinamiento de su hermano al afirmar que su hijo Lucas estaba vivo cuando lo secuestraron y cómo esa obstinación había permitido rescatar al niño sano y salvo—. ¿Adónde quieres llegar, Néstor?

—Al origen del delito. Opino que todo esto confirma que nos encontramos frente una secta.

—¿Y qué importancia puede tener que sea una secta, o una organización criminal al uso? —preguntó Remigio, que no comulgaba mucho con los enfoques psicológicos de las investigaciones frente a la delincuencia—. Los resultados son los mismos y los tenemos a la vista: una familia asesinada a sangre fría, otra secuestrada, que no sabemos si es la única. Lo más probable es que haya más. Y una chica que ha perdido su salud física y mental después de haber sido obligada a asesinar a su propio esposo, además de tal vez haber perdido a su bebé. Secta, o no secta, tenemos que atrapar a esos hijos de puta lo antes posible.

—Y lo haremos, Remigio —respondió el inspector jefe, comprendiendo los sentimientos de su compañero, que con toda probabilidad estaría pensando en su propia familia—. Sin embargo, no debemos perder de vista el enfoque correcto del problema, pues si se trata de una secta, no solo nos estaríamos enfrentando a una organización criminal, como tú dices, al uso. Me refiero a sujetos que actúan por intereses económicos y de poder, sino que al menos una parte de la estructura criminal la manejarían fanáticos. Es decir, personas que sostienen a ultranza creencias tan arraigadas que todas las barreras de contención, tanto psicológicas, como sociales serían rebasadas, por lo que estaríamos en presencia de individuos capaces de cualquier cosa.

—Estás pensando en "La Familia Manson", ¿no es así? —Quiso saber Ortiz.

—Es un ejemplo. Tal vez el más conocido, pero por desgracia, no el único.

—Perdóname, Salazar —insistió Toro—, pero eso de las sectas me suena a la clase de cosas que son propias de las pelis americanas. Nosotros

estamos en España. No lo olvides.

—En eso te equivocas, Remigio. Conozco el tema porque recibimos algunas charlas sobre ello durante el curso especial que realicé hace algunos meses. ¿Recuerdas?

—Sí, claro, cuando tuviste que regresar de repente porque secuestraron al chavalín del comisario.

—Ese mismo. Bien, las charlas las dictó un psicólogo que dirige un programa sobre el tema, auspiciado por el Ayuntamiento de Málaga. Lo más probable es que sea la persona que más sabe sobre sectas en la península. Gracias a él puedo decirte que existen entre doscientas y doscientas cincuenta sectas activas en España.

—¡Jooodeeer! ¿Y de dónde sacan tanto chiflado que las siga?

—No te equivoques, Remigio. Las sectas no están interesadas en personas conflictivas o con problemas psicológicos. Captan a sus seguidores entre ciudadanos corrientes. Sus objetivos suelen ser jóvenes que se unen a grupos porque quieren ayudar y en muchos casos mejorar el mundo y la sociedad. Muchos de ellos ni siquiera son conscientes de que han sido absorbidos por una secta. Se aprovechan de su buena voluntad.

—¿Cómo es eso posible?

—Porque la imagen que tenemos de una secta es la de un grupo vestido con sayones que pasa el día con cánticos, golpeando bombos y panderetas, mientras esperan que una nave espacial los salve del fin del mundo. Una imagen muy peliculera. Todo hay que decirlo.

—¿Y no es así?

—Tal vez en un principio existieran sectas así, hace treinta o cuarenta años, pero han mutado para sobrevivir. Ahora se esconden detrás de mamparas que son bien vistas por la sociedad, como grupos de meditación, de yoga, y hasta alguna ONG. Eso no quiere decir que todos estos grupos sean sectas. La mayoría son auténticos, pero las sectas utilizan estos conceptos para mimetizarse sin ser detectadas.

—¿Y cómo se sabe cuál es una secta y cuál no?

—Aunque cada una tiene sus propias características, existen algunas señales de alarma: casi siempre giran alrededor de una figura central, un líder o gurú, al que los seguidores deben obediencia ciega. Las sectas peligrosas suelen exigir una cuota, aporte, o donación, que representa un fuerte capital.

—Como en este caso.

—Así es, aunque debo reconocer que en la investigación que manejamos, estas donaciones no parecen haber sido realizadas en forma voluntaria, sino bajo extorsión.

—De acuerdo. ¿Qué más necesitamos saber para decidir que se trata de una secta?, porque hasta ahora no hemos encontrado evidencias de ningún gurú, y las "donaciones", no son tales.

—Tienen una serie de normas o reglas que deben seguir todos los adeptos sin discusión. De no hacerlo tendrían consecuencias.

—¿Qué tipo de consecuencias?

—Depende de la secta, pero pueden ir desde rechazo por parte del grupo hasta castigos físicos. Manipulan a través del miedo. Y para facilitar el control de sus seguidores hacen lo posible por distanciarlos de familiares y amigos. Cualquiera que no pertenezca al grupo debe ser captado, o considerado enemigo.

—Mira, ese sí es un punto en el que puedes tener razón. ¿Qué más?

—Alteran la dieta. En realidad, este fue el primer indicio que me hizo pensar en una secta. La mala nutrición, que ha sido un factor común en todas las víctimas que hemos encontrado. Tanto en los Avana como en Is.

—No comprendo, ¿qué tiene que ver la dieta con todo esto?

—Una alimentación pobre en algunos nutrientes, como las proteínas por ejemplo, puede alterar la función cerebral al punto de hacer que el adepto sea más sumiso, y por tanto, manipularlo con mayor facilidad.

—Eso explicaría el estado en el que fueron encontradas todas las víctimas de este caso —lo respaldó el comisario.

—De acuerdo —se rindió Toro—. Acepto que podríamos estar frente a una secta, aunque debéis reconocer que no todo coincide.

—Tienes razón —aceptó Salazar—. Debo admitir que algo chirría en mi teoría. Si estamos en lo cierto y los "adeptos" son captados mediante extorsión, eso no encajaría en el comportamiento de una secta, en la que sus seguidores son convencidos.

—¿No has dicho que estas organizaciones mutaron para sobrevivir? —señaló Sofía—. Tal vez no se les hacía tan fácil captar seguidores, gracias a que las personas están mejor informadas que hace algunos años y por eso recurrieron a la extorsión para no quedarse sin víctimas.

—Tal vez —reconoció Néstor, con tono dubitativo—. De cualquier manera, me gustaría tener mayor certeza al respecto.

—¿Qué piensas hacer?

—Llamaré al profesor Cuesta. Es probable que pueda aportar información que nos ayude a dilucidar cómo funciona esta maquiavélica organización.

Capítulo 31.

—Antes de irnos quiero que me des tu opinión acerca de un aspecto que no comprendo —señaló Sofía, dirigiéndose a Néstor.

—No tengo todas las respuestas, pero inténtalo.

—¿Por qué asesinaron a Ramos? Y sobre todo, ¿por qué obligaron a Isadora a cometer semejante crimen?

—Solo puedo especular —advirtió el inspector jefe—, pero debemos tener claro que los objetivos de una secta no están relacionados con seguir una religión, o una ideología. Esa es la excusa. La carnada que usan para atraer a sus víctimas.

—Es evidente que tienen motivaciones económicas —intervino Remigio.

—Correcto, pero además buscan el control. Estas organizaciones por lo general giran alrededor de un líder, o gurú, que suele ser megalómano. Alguien que disfruta el poder total que ejerce sobre sus adeptos.

—Dinero y poder —comentó el comisario—. Dos fuertes motivaciones, pero ¿qué relación tiene eso con la pregunta que te hizo Sofía?

—Los sujetos que perseguimos no se conforman con vaciar las cuentas bancarias y quedarse con las propiedades de sus víctimas. ¿Por qué creéis que los mantienen en cautiverio? Los quieren a ellos.

—Había pensado que el motivo para retenerlos era evitar que los delataran —argumentó Sofía.

—Ese es un beneficio adicional, pero estamos hablando de tíos que no tienen reparo en asesinar una familia a sangre fría. Podrían haberlo hecho después de la extorsión y haber desaparecido los cuerpos. Secuestrarlos y mantenerlos en cautiverio aumenta mucho los riesgos que corren.

—¿Entonces por qué lo hacen? —Quiso saber Remigio.

—Por los mismos dos motivos que planteamos hace unos minutos: dinero y poder. Al dejarlos con vida pueden explotarlos para que sigan siendo productivos para el grupo delictivo. Además de satisfacer las necesidades de poder del gurú.

—Joder. Este asunto me pone la piel de gallina —confesó Remigio.

—Y no es para menos, pero aquí tenemos la respuesta a la pregunta de Sofía. Ramos estaba tan enfermo que no podía trabajar, por lo que no sería

útil a la secta. Por otro lado, al obligar a Isadora a asesinarlo quebraban su resistencia y demostraban que ejercían un control total sobre ella.

—¡Son unas bestias! —exclamó la subinspectora.

—Creo que no he escuchado mejor definición —la respaldó Néstor.

—Muy bien —intervino Santiago, mientras miraba su reloj—. Remigio, tú tienes que investigar si la identidad de la señora Jordán pudo ser robada por la secta, al igual que la de Gilberto Salas.

—Llamaré a algunos de mis contactos en Logroño para averiguarlo —afirmó el inspector Toro.

—De acuerdo. Néstor, asesórate acerca del funcionamiento de las sectas. Creo que esa información será vital para llevar adelante este caso.

—En cuanto regrese a mi oficina me pongo a ello.

—Sofía, tú puedes tomarte un descanso. Concertaremos la reunión en la sala común a las 8:30 de la tarde. A ver si empezamos a despejar la maleza y ver el camino. Ahora largaos que tengo trabajo.

Todos asintieron y abandonaron el despacho de Ortiz. Remigio subió al segundo piso con la intención de poner a trabajar a sus compañeros de Logroño. Sofía mencionó algo acerca de irse a almorzar y le preguntó a Néstor si quería que le trajera algo. Él se negó con amabilidad antes de entrar a su despacho. Por fortuna había registrado los datos de Cuesta en su móvil, así que marcó el número en el teléfono fijo y llamó a Málaga. Al segundo timbrazo le respondió la voz atiplada de una secretaria. Después de identificarse, Salazar le pidió hablar con el profesor, quien lo atendió enseguida.

—Aquí Cuesta. ¿Quién es?

—Profesor, soy Néstor Salazar. Tal vez no me recuerde, pero nos conocimos en Huesca hace unos meses, durante el curso acerca de antiterrorismo y organizaciones criminales.

—Por supuesto que lo recuerdo. Es posible que no se haya percatado, inspector, pero a usted no se le olvida con facilidad.

Néstor guardó silencio por un par de segundos meditando esas palabras. Las había escuchado hacía poco tiempo. ¿Dónde? No importaba. Le habían despertado la misma duda acerca de si se trataba de un elogio, o un insulto.

—Eh…Bien. Lamento distraerlo de sus obligaciones, pues tengo constancia de que es un hombre muy ocupado, pero necesito su asesoría con

respecto a un caso que estamos investigando. Las víctimas son familias y sospechamos que lo que se mueve por detrás de bambalinas es una secta.

—Me sentiré muy satisfecho si puedo ayudar.

Acto seguido, Néstor pasó a explicarle en detalle todo lo que habían descubierto desde que los miembros de la familia Avana aparecieron muertos en el escenario de un falso accidente. Cuando terminó, la línea se mantuvo en silencio. Salazar creyó que la comunicación se había cortado.

—Profesor Cuesta, ¿está ahí?

—Aquí estoy, Salazar. Solo meditaba acerca de lo que me ha contado y me temo que tengo que darles la razón. Lo más probable es que se trate de una secta.

—¿Aun cuando las víctimas hayan sido extorsionadas y no captadas?

—Eso es lo de menos. No sería la primera organización de este tipo que retiene a personas contra su voluntad mediante la extorsión. La manipulación a través del miedo suele ser su tarjeta de presentación.

—¿Puede proporcionarme alguna información que pueda resultarnos de utilidad?

—¿Saben cómo se hacen llamar? Tal vez los conozca.

—Me temo que esa es una información que no ha surgido todavía en la investigación.

—Bien. De cualquier manera suelen tener una organización muy parecida entre ellas. Es importante que ustedes sepan cómo suelen actuar.

—Lo escucho.

—Las sectas funcionan como una estructura piramidal. En la cúspide se encuentra el líder, gurú, maestro, o como quiera que lo llamen. Suelen reconocerle atributos, o poderes especiales. Algunos de estos líderes llegan a creerse sus propias mentiras. Es más, se han dado casos en los cuales están tan desequilibrados que terminan convencidos de que son Dios, o han sido escogidos por Él.

—¿Es así siempre?

—No. También he visto simples estafadores que son muy conscientes de lo que hacen. Lo que sí son comunes son los rasgos de narcisismo y megalomanía. Por otro lado, alrededor del líder se agrupa una élite privilegiada. Por debajo de estos suelen existir mandos medios, que son los que someten a la base.

—Comprendido.

—Los adeptos son obligados a la sumisión absoluta hacia sus líderes, quienes se presentan como "espiritualmente elevados", "superiores", un escalafón que no puede alcanzar un simple mortal. Así que para los seguidores es imposible romper el esquema de dominación. La crítica es inaceptable, de manera que si alguien se atreve a cuestionar el menor detalle, suelen desencadenarse consecuencias. Desde luego que un control tan absoluto sobre un grupo de personas exige entre otros métodos, el aislamiento de los sujetos captados. Los verdaderos objetivos de la secta son económicos, aunque se han dado casos de un fin político. Por supuesto que estos objetivos tan prosaicos no son atractivos para las potenciales víctimas, así que se esconden detrás de fachadas religiosas, filosóficas y espirituales. El adepto es una simple herramienta en manos de sus superiores, que es utilizada sin consideración alguna con el único fin de alcanzar los verdaderos propósitos de la secta.

—Deduzco por sus palabras que los adeptos son deshumanizados.

—Por descontado. Además, como les señalé en las charlas, el seguidor es acorralado psicológicamente hasta que percibe a todas las personas que no pertenecen a la secta, incluidos familiares y amigos, como enemigos, o personas susceptibles de ser captadas para su salvación.

—Es aterrador —reconoció el inspector—. ¿Cómo consiguen alienar así a sus víctimas?

—En primer lugar suelen explotar los puntos débiles de las personas que eligen: puede ser la soledad, el idealismo, la necesidad de pertenencia, o cualquier rasgo por el estilo. Varía de una organización a otra. La captación suele involucrar tres etapas: en primer lugar el enamoramiento, que es cuando la invitan a un ambiente agradable sin ejercer ningún tipo de presión, luego le plantean un dilema en el cual le convencen de ser un elegido, o de haber recibido una "llamada superior" para incorporarse al grupo. Una vez que la víctima acepta el "llamado", se les persuade de que para cumplir su misión deben recibir un entrenamiento o formación. Es entonces cuando se aplican los métodos de control mental.

—Este es un factor discordante en el caso que investigamos —reconoció Néstor—. Si estamos en lo cierto, las víctimas no fueron captadas, ni son retenidas mediante esos procedimientos, sino por extorsión.

—No es lo habitual, lo admito, pero que haya víctimas que permanecen en la secta por métodos coercitivos no exime de que existan

adeptos. Si los cautivos son la base, los seguidores podrían ser el escalafón inmediatamente superior.

—Si está en lo cierto, nos estaríamos enfrentando…

—A una organización con un número indeterminado, pero considerable de ciudadanos involucrados en el delito, que en cierto modo son tan víctimas como los cautivos.

La conversación con el profesor Cuesta terminó de quitarle el apetito a Néstor. Aunque disponía de tiempo suficiente para un refrigerio antes de la reunión, los descubrimientos de las últimas horas le habían cerrado el estómago. Cuanto más averiguaban, más complicado se presentaba el panorama. Tenía el mal presentimiento de que detener esa organización criminal y rescatar a las víctimas no sería tarea fácil. De momento solo tenían una vaga idea de la localización de la secta, que ni siquiera podían considerar segura, pues las declaraciones de Isadora eran dudosas en el mejor de los casos, dado su precario estado de salud mental. Por el lado de los sospechosos, no tenían ni uno, lo cual era frustrante a estas alturas de las indagaciones. Salazar tenía esperanzas de que eso cambiara después de interrogar a Julián Avana, pues sospechaba que el truhan podría saber algo al respecto, pero para poder sonsacarle alguna información, primero tendrían que encontrarlo.

En lugar de salir a comer algo, Néstor decidió llamar a su cuñada Carmela para saber cómo iban las cosas con Salvador. Debía reconocer que debajo de las inquietudes que le causaba el caso, también subyacía una preocupación por su hijo recién estrenado. Después de todo, para el chaval no debía resultar fácil la situación. Su tía y sus primos eran para él tan extraños como su propio padre, de modo que al pensar en el chiquillo se sintió un poco angustiado. Lo asaltó cierta inquietud cuando marcó el número de la casa de su hermano y el teléfono repicó un buen rato antes de ser respondido por una Carmela con voz agitada.

—¡Diga!

Era una sola palabra, pero espetada con el tono duro de quien quiere librarse con rapidez del incómodo incordio que motivó su pronunciación. Por detrás, Salazar escuchó un batiburrillo de ruidos que parecían disparos repetidos, silbidos, una música estruendosa que enervaba el ánimo, además de gritos infantiles. Sus alarmas se dispararon alertándolo, pero luego se relajó cuando comprendió que el telón sonoro de fondo correspondía a algún videojuego que tenía un volumen bastante alto.

—Carmela, soy Néstor. ¿Está todo bien?

—Ah, hola Néstor. Espera un momento —le pidió con voz amable, luego se apartó del auricular y gritó a voz en cuello—. ¡Es la última vez que os los digo, bajad el volumen de ese televisor! ¡Si no me obedecéis, os pondré espinacas cocidas sin sal para la merienda! ¡Que tengo ahí un manojo bien hermoso!

Como por arte de magia el volumen de la batalla descendió en una caída espectacular de decibeles. ¡Qué manera de controlar la chiquillada! ¡Aquella mujer era genial! ¿Darían cursos para ser una madre eficiente en alguna parte, de la que no tenían ni idea los hombres? A estas alturas todo le parecía posible.

—Ahora sí, Néstor, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Ya me estás ayudando bastante al ocuparte de Salva, Carmela. En realidad solo llamaba para saber cómo van las cosas.

—Ah, pues muy bien. El chaval es un encanto. Los que me traen de cabeza son mis dos diablillos, que se han venido arriba con el primo.

—¿Se están llevando bien?

—De maravilla. Los gemelos lo han subido a su habitación para mostrarle todos sus juguetes y allí estuvieron un rato, que casi ni los sentí. Hasta se aprovecharon de la visita los muy bellacos, para convencerme de que les hiciera unas rosquillas de merienda, en honor de su invitado. Y aquí me pillaste, con las manos en la masa, literalmente, mientras ellos están jugando con la consola. Me parece a mí que ese par heredó muchos de tus genes, porque son unos linces para sacar provecho de cualquier situación. Por cierto, ya está resuelto el asunto de la toga.

—Carmela, ¡eres una maravilla! No sabes cómo te agradezco el cable que me estás echando. No hubiera sabido qué hacer sin tu ayuda.

—Nada, que se hace con cariño. Además, como te digo, el chaval es un sol. Si hasta me ayudó a poner y quitar la mesa sin yo decirle una palabra. Con eso te lo cuento todo. Y siguiendo el ejemplo detrás vinieron los gemelos, cada uno con su plato, que me quedé con la boca abierta. Además, el favor también se lo estoy haciendo a Santiago, que si no tuvieras quien te cuidara al chaval, no te quedaría otro remedio que pedir una excedencia y me ha contado Santi que ahora te necesita como nunca, porque lleváis un caso complicado entre manos.

—Y tanto. Pues me has dejado mucho más tranquilo al saber que todo está bajo el control de tus manos expertas. Ya recogeré al chiquillo cuando

termine.

—Trabaja tranquilo, que estos trastos se lo están pasando chachi. Y no te preocupes, porque ya te lo vas a llevar merendado.

—Gracias de nuevo, Carmela.

Cuando colgó, Salazar tuvo que reconocer que parte de la angustia que lo agobiaba se había aliviado. De manera que así se sentía ser padre. Con todo lo que tenían encima con respecto al difícil caso que llevaban adelante, saber que su hijo se había adaptado a su familia y se lo estaba pasando de lujo con sus primos, le proporcionó un alivio inesperado.

Animado, se ocupó de algunos trámites burocráticos pendientes y al cabo de un rato, armado de un valor inesperado gracias a las buenas noticias, decidió tomarse un café allí, en la comisaría. Se lo pidió a Lali. Haberlo preparado él mismo hubiera sido más que valiente, temerario. Casi lo había terminado cuando el reloj de la pared le hizo recordar que era la hora de la reunión. Subió al segundo piso, donde encontró a Remigio con el auricular pegado a la oreja, tomando notas, Diji estaba concentrado en el ordenador. Sofía había regresado y releía los informes de las experticias. A Miguel y a Manuel no se los veía por ninguna parte.

No le dio tiempo a saludar, cuando sintió la voz profunda del comisario a sus espaldas. Al voltear vio que Miguel le seguía los pasos a Santiago.

—Bien, veo que ya estamos todos aquí. Os felicito por la puntualidad.

—Falta Manuel —apuntó Pedrera.

—El subinspector me avisó que no podría asistir. Continúa apoyando a García en la búsqueda de Julián Avana.

—¿Hay alguna novedad al respecto? —preguntó Néstor, que consideraba prioritario poder interrogar al fugitivo.

—Nada. Parece que se lo ha tragado la tierra —reconoció Ortiz con pesar—, pero se están haciendo todos los esfuerzos y el cerco se estrecha cada vez más. Es cuestión de tiempo.

Néstor asintió con conformidad y obedeciendo a un gesto de su hermano comenzó a relatar la conversación que había tenido con el profesor Cuesta, además de agregar información de su propia cosecha acerca de la organización criminal a la que se enfrentaban.

—Espera —intervino Remigio—, ¿nos estás diciendo que cuando encontremos a estos tíos tendremos que tratarlos como víctimas?

—No a todos. A los cautivos, por supuesto, así como a los adeptos y los mandos medios. Al menos hasta que se haya determinado si alguno de ellos ha cometido delito. En cuanto a los líderes y el gurú, son criminales de la peor calaña.

—Primero tendremos que ser capaces de detenerlos —apuntó Miguel con pesimismo—, algo que todavía estamos muy lejos de conseguir.

—¡Nada de derrotismo! —lo reprendió el comisario—. Daremos con ellos. Solo tenemos que perseverar y hacer bien nuestro trabajo. A ver, Diji. ¿Qué puedes decirnos acerca de la datación de la tinta en las postales?

—Me puse en contacto con el amigo del inspector Salazar. Fue muy receptivo, así que le envié las postales. Por cierto, me dijo que estaba muy interesado en hablar contigo, por un asunto que tiene que ver con un anuncio por palabras.

—Ah, eso… Nada. Yo después lo llamo —respondió Néstor sonrojándose—. No se negaría a hacerte el favor por eso. ¿No?

—No. Cuando le expliqué de qué iba se mostró muy colaborador. Refrendó lo que ya sospechábamos. La tinta de todas las postales tiene la misma fecha.

—De manera que alguien obligó a Vilaró a escribirlas al mismo tiempo y luego las fueron enviando según les convenía —precisó Remigio.

—Con lo cual ya tenemos la certeza de que la familia Vilaró es retenida contra su voluntad por la secta —señaló Santiago—. Antes de continuar, ¿quieres explicarnos el asunto ese del anuncio por palabras, Néstor? El procedimiento este de la datación de tinta puede ser un recurso muy valioso aun cuando todavía su uso no sea oficial. No me gustaría saber que no contaremos con él porque tu amigo tiene razones para estar enfadado contigo.

—¡Que no, que es una tontería de nada! —insistió Salazar, ganándose una mirada de desconfianza por parte de su hermano mayor.

—Yo juzgaré si tiene importancia o no —insistió el comisario con tono severo—. Suéltalo de una vez.

—Bien, Iñaki y yo coincidimos en unas charlas acerca de procedimientos forenses cuando yo estaba destinado a Madrid. Tenéis que comprender que en aquellos días yo era joven y alocado.

—No hace falta que lo jures —murmuró Santiago entre dientes. Aquello pintaba mal—. Continúa.

—Bien, este, Iñaki era… Ya sabéis… Que se ligaba a todas las chicas y nos dejaba a todos a dos velas. Y entonces un día, mientras leía el periódico vi uno de estos anuncios por palabras, estos que buscan pareja y… Pues nada, que había uno en el que se buscaba chico, de veinte a treinta años, simpático, ya sabéis, lo normal en estos casos —Néstor hizo una pausa. Todos los ojos estaban fijos en él, en especial los de su hermano. Tragó saliva y continuó—. Pues resumiendo, que respondí al artículo en nombre de Iñaki. Luego concerté una cita con la chica que me gustaba y le dije a él que una amiga de ella sería su pareja.

—Y supongo que la supuesta amiga era la chica del anuncio —precisó el comisario.

—Pues tampoco es para tanto —opinó Remigio—. Organizaste una doble cita y le conseguiste de pareja a la chica del anuncio. ¿Por qué se cabreó?

—Espera, Remigio —insistió Santiago—, que sospecho que hay más. Porque hay más, ¿verdad Néstor?

—Bueno, tampoco mucho más. Solo que cuando llegamos a la cita, la chica resultó más fea que Picio.

—¿Es todo? —Salazar se encogió de hombros.

—Casi.

—¿Casi?

—Es que al final se casó con ella.

Capítulo 32.

—Será mejor que lo dejemos así —opinó Santiago para alivio de Néstor—. Sofía, por favor explícales a los demás lo que me has informado acerca de lo que averiguaste con Isadora.

Durante los siguientes minutos, la subinspectora les hizo un resumen detallado de la entrevista. Cuando terminó, el silencio se apoderó de la sala.

—¿La obligaron a asesinar a su esposo? —preguntó Miguel, incrédulo —. ¿Cómo te pueden obligar a asesinar a alguien? Quiero decir, ¿por qué no se negó a hacerlo?

—No conocemos las circunstancias del supuesto homicidio —argumentó Salazar—. Lo que sí sabemos es que la chica estaba a merced de esos criminales y que usaron a su bebé para extorsionarla. No perdamos el foco. Nuestro objetivo son los que controlan esta secta. Ellos son los verdaderos culpables de la muerte de Ramos.

—¡No me puedo creer que la estés defendiendo! —insistió Pedrera—. ¡Confesó que asesinó a su esposo enfermo!

—No la defiendo, pero soy policía, no juez. Mi trabajo y te recuerdo que también el tuyo, es detener a los presuntos autores de delitos y entregárselos a la justicia para que sean procesados. No somos nosotros los que debemos decidir quién es culpable, o inocente.

—Tú mismo lo has dicho: "detener a los que cometen un delito". Esta chica confesó un homicidio. ¿Tienes intención de pretender no haberte enterado?

—Desde luego que no, pero Isadora está en un hospital y ya se encuentra bajo custodia. No irá a ninguna parte. Además, no está en condiciones de comprender su situación.

—Muy bien, está bajo custodia en un hospital, Ahora tenemos que pedir la orden de captura.

—¿Con qué evidencias?

—¿Te parece poco la confesión de homicidio?

—Una confesión que fue realizada bajo un estado emocional alterado, por una persona que en este momento no está en pleno uso de sus facultades. ¿De verdad crees que ningún juez nos tomaría en serio con algo así?

—Estás dispuesto a creer la historia de su fuga, pero no su confesión del homicidio —lo confrontó Miguel—. No estás siendo coherente, Salazar.

—¡Bueno, ya basta! —intervino el comisario, interrumpiendo la diatriba—. Esta discusión no tiene sentido. Isadora Ibarra está bajo custodia en un hospital, su confesión por sí sola en las condiciones en que se dio no es suficiente para pedir una orden de arresto, pero eso no significa que olvidaremos el asunto. Debemos concentrarnos en detener a los causantes directos de todos los delitos que se han cometido en este caso y en el curso de la investigación se deben aclarar las circunstancias de la muerte de Ramos y el papel que tuvo su esposa en ello. Hasta entonces, cualquier argumentación al respecto es bizantina. ¿Está claro?

Miguel bajó la cabeza y hubiera querido esconderse debajo del escritorio. Aunque nunca lo reconocería, el comisario Ortiz lo intimidaba. Con respecto a Néstor, se sintió relajado por la intervención de Santiago, pues aun cuando no le había dado la razón en forma explícita, en el fondo refrendó su punto de vista, así que el inspector jefe se recostó del borde de uno de los escritorios en una actitud distendida. Goliat no lo intimidaba desde que tenía ocho años.

—Bien, volvamos a lo que interesa —continuó Ortiz—. Pedrera, ¿qué puedes decirnos de los mensajes del chat?

—Vengo de hablar con el perito en estilismo forense. La universidad les envió una redacción que Isadora escribió en un trabajo de fin de curso. El experto comparó su estilo con el de los mensajes del chat.

—¿A qué conclusión llegó?

—Los textos no fueron escritos por la misma persona.

—Esto podría ser un error del cual sacar ventaja —señaló el comisario —. Si conservan el móvil de Isadora tal vez podamos localizarlo. Diji, pídele una orden al juez Aristigueta y contacta a la compañía de teléfonos para ver si la triangulación nos permite ubicar ese móvil.

—Hicieron creer a la madre que se comunicaba con su hija, mientras ella vivía un infierno ¡Son unos hijos de puta! —opinó Remigio.

—Sí, pero muy astutos —apuntó Salazar—. En resumen: tranquilizaron a los parientes de la familia Vilaró mediante el envío periódico de postales que fueron escritas por el propio David, casi seguro que bajo coacción. Por otro lado, los padres de Isadora nunca sospecharon acerca de su situación porque alguien la suplantó en un chat que mantenía con su madre. Es evidente que buscan evitar que los parientes de los

secuestrados se percaten de que ocurre algo extraño. La pregunta que me hago es ¿cuál fue la estrategia en el caso de los Avana?

—¿Por qué le preocupa? —preguntó Diji.

—Porque Julián Avana nunca nos ha mencionado ni postales, ni cartas, ni chats que lo tranquilizaran acerca de la suerte de su hermano y su familia.

—No es de extrañar —intervino Remigio—, después de todo, Vicente desfalcó el fondo fiduciario de Julián. Es lógico que cortara cualquier tipo de comunicación.

—A eso voy. ¿Cómo supieron los líderes de la secta que existía ese fideicomiso? Estaba a nombre de Julián, no de Vicente. Con la familia Avana no se limitaron a obligarlos a transferir sus fondos y vender sus propiedades, sino que fueron más allá: los forzaron a un desfalco sobre los bienes de un familiar. Después de eso, por supuesto que no era necesario mantener un hilo de falsa comunicación con el menor de los Avana. Así que ni siquiera lo intentaron.

—No comprendo a dónde quieres llegar —confesó Sofía.

—Estos individuos actúan como profesionales. Se informan acerca de sus víctimas: su patrimonio, sus parientes. No dejan nada al azar. No creo que se confíen solo de la palabra de sus cautivos. Tienen acceso a sus casas, a sus documentos, así que no es difícil que hayan encontrado alguna carta de David a su hermana, o el chat entre madre e hija en el móvil de Isadora, pero en el caso Avana, los pagos del fideicomiso los recibía Julián, que era el beneficiario. Los comprobantes de los movimientos eran enviados a la empresa donde trabajaba Vicente. ¿Cómo supieron acerca de la existencia de esos fondos?

—Tal vez se los confesó la propia víctima —sugirió Diji—. O tuvieron acceso a los comprobantes que llegaban a la empresa.

—Puedes tener razón —admitió Salazar—. El propio Vicente pudo ofrecérselos con la vana esperanza de que un aporte monetario mayor comprara la libertad de su familia. También es probable que los secuestradores hayan tenido acceso a los comprobantes, bien porque tengan a alguien infiltrado en esa empresa, o porque hayan acudido a recoger los objetos propiedad de Vicente, en su nombre.

—Esta última opción es fácil de comprobar —señaló el comisario—. ¡Pedrera!

—Ya estoy llamando a la empresa para averiguarlo, señor —respondió Miguel, mientras descolgaba el teléfono.

—Sospecho por tu tono que consideras una tercera opción —comentó Ortiz mirando a su hermano.

—En realidad, sí. Creo que los Avana conocieron socialmente a sus verdugos. Que de alguna forma estuvieron relacionados.

—¿Qué te hace pensar eso? —Quiso saber Sofía.

—Vamos a verlo por un momento como una epidemia —sugirió el inspector jefe, mientras avanzaba hacia la pizarra donde estaba expuesto el caso, después de coger un marcador para dibujar un diagrama conforme iba hablando—. Digamos que las "charlas matrimoniales" son el agente de contagio. "El virus".

—¿Ahora eres epidemiólogo? —Se burló Remigio.

—Déjale plantear su teoría, Toro —intervino Santiago.

—Muy bien —continuó Néstor sin inmutarse—. Tendríamos el caso de los Ramos, que han tenido contacto con "el virus" a través de una recomendación de Ágata Vilaró en la biblioteca.

—Recuerda que la recomendación de Ágata a Isadora fue sobre el consejero matrimonial. No acerca de las charlas —apuntó Miguel, que ya había concluido su indagación.

—No nos consta que no lo haya mencionado. Tampoco tenemos la certeza de que no exista una relación entre el consejero y las charlas.

—De acuerdo, sigue —lo animó Ortiz.

—Tenemos la certeza de que Ágata se "contaminó" por la recomendación de Natalia. Está confirmado por la profesora de yoga, que escuchó la conversación. Si lo vemos como una "epidemia", los Ramos serían el "paciente dos", los Vilaró el "paciente uno" y los Avana el "paciente cero". Lo cual significaría que ellos fueron quienes tuvieron el primer contacto con la secta.

—¿Quieres decir que la secta se formó en función de victimizar a los Avana? —preguntó Remigio escéptico.

—No. Algo así no tendría lógica. Más bien creo que la secta ya existía, que se acercó a los Avana porque se enteró de la existencia del fideicomiso, así como las moscas se acercan a la miel, que desplegó todas sus estrategias para captarlos como adeptos, pero los Avana no cayeron en su red, y ellos no estaban dispuestos a dejarlos marcharse de rositas, así que los extorsionaron para retenerlos. Les funcionó y lo convirtieron en una práctica habitual.

—Si estás en lo cierto, sería fundamental investigar a fondo el entorno de los Avana.

—En especial a Julián —confirmó Néstor.

Ortiz asintió, luego se dirigió a Miguel.

—¿Qué te respondieron en la empresa donde trabajaba Vicente Avana?

—Todos los objetos y documentos de su propiedad permanecen allí desde que renunció. Nadie ha pasado a recogerlos en su nombre.

—Eso nos deja solo dos opciones por las que la secta pudo enterarse de la existencia del fideicomiso —reafirmó el inspector jefe—. Los propios Avana, o ya lo sabían antes de acercarse a la familia.

—¿Qué hay de la opción de un infiltrado en la empresa? —preguntó Remigio.

—Lo considero poco probable, pues aunque hubiera algún adepto entre los compañeros de Vicente, eso no implicaría que esa persona tuviera acceso a su correspondencia personal. Dudo que Avana dejara ese tipo de notificación bancaria por ahí, sobre cualquier superficie.

—Tienes razón —afirmó Santiago—. De acuerdo, Remigio, ¿qué pudiste averiguar sobre la beneficiaria de los bienes de los Vilaró.

El inspector Toro sacó del bolsillo su sempiterna libreta y pasó algunas hojas hasta que dio con las notas que buscaba. Se echó hacia atrás en el asiento y comenzó su exposición:

—La señora Catarina Jordán, de noventa y dos años de edad, vive en Logroño con su hija, Nuria Jordán de Meléndez, de sesenta y siete años, viuda, de profesión enfermera. Aunque doña Catarina sufre de Alzheimer, su estado físico es bastante bueno para su edad. Su hija se resiste a ingresarla en una institución y como está jubilada, se dedica a cuidarla.

—Eso tira por tierra la teoría de los pasaportes mal habidos —planteó Miguel—. A menos que Nuria Jordán perteneciera a la secta.

—Si fuera así, es poco probable que los líderes usaran a su madre como sujeto visible —argumentó Néstor—. Eso establecería un nexo, un hilo que seguir. No. Son demasiado listos para cometer un error tan elemental.

—Aquí los únicos listillos sois vosotros, que hoy vinisteis con ganas de bronca —les recriminó Toro—. ¿Me dejáis seguir?

—Disculpa la interrupción, Remigio —se excusó Néstor—. Continúa, por favor.

—Bien, a lo que iba. Un viejo colega de la Jefatura de Logroño me proporcionó los números telefónicos de Nuria y así pude entrevistarla. Resulta que hace un par de años, ella tuvo que viajar a Cuenca porque su nieta embarazada estaba por salir de cuentas y necesitaba su ayuda, así que después de indagar entre antiguas compañeras, le recomendaron una enfermera, a quien contrató para que cuidara de su madre en su ausencia. ¿Adivináis el nombre de la susodicha?

—Modesta Pavía —respondió Sofía.

—Premio para la dama.

—Esto cierra el círculo —opinó Santiago—. Está claro que la organización criminal accede a ancianos cuyos problemas de memoria los convierte en personas a las que pueden instrumentalizar con facilidad mediante esta enfermera. En la primera oportunidad les tramitan el pasaporte y una vez que tienen el documento de identificación en su poder, lo utilizan para abrir una cuenta en un paraíso fiscal, que sus líderes manejan por vía electrónica.

—Parece que ya tenemos claro su modus operandi —comentó Remigio.

—Han construido una perfecta maquinaria de estafa y extorsión —opinó Néstor—. Por lo visto, nos enfrentamos a una inteligencia criminal.

—Inteligencia criminal o no, de igual modo los atraparemos —sentenció el comisario—. Cada vez estrechamos más el cerco a su alrededor.

—Solo que todavía no tenemos idea de sus identidades, ni conocemos su ubicación —puntualizó Miguel, menos optimista que los demás.

—Sus identidades las descubriremos cuando demos con su centro de operaciones —señaló el inspector jefe—. Con respecto a la ubicación: No tenemos clara su dirección, pero sí hay una alta probabilidad de que el centro de retención se encuentre cerca del lugar donde apareció Isadora. Eso reduce bastante el área en la que debemos buscar.

—Estoy de acuerdo —intervino Ortiz—. Es cuestión de tiempo para que fijemos su ubicación, así que estoy dispuesto a dar el siguiente paso.

—¿Qué paso, señor? —preguntó Sofía, intrigada por la determinación en las palabras de su superior.

—Debemos estar preparados. No nos enfrentamos a un asunto trivial. Tendremos que detener a los cabecillas mientras protegemos a las víctimas que están en su poder, algunas de las cuales son fanáticos dispuestos a

defender a ultranza a sus propios verdugos. De manera que hoy mismo elaboraré un informe que llevaré por la mañana a la Jefatura Superior. Vamos a necesitar el apoyo de los mandos para disponer de los recursos logísticos necesarios para una operación como la que afrontaremos.

—Es una buena idea —lo apoyó el inspector jefe—. En cuanto descubramos dónde se encuentran estos malnacidos no podremos perder el tiempo.

—Muy bien. Quiero decirles que me satisficieron mucho los resultados de esta reunión —los felicitó el comisario—. Estoy seguro de que estamos cerca. Además, quiero advertirles que mañana el inspector jefe y yo llegaremos un par de horas tarde, pero estaremos disponibles por intermedio de Lali si surge alguna novedad. Ahora marchaos a casa a descansar.

La orden no tuvo que ser repetida. Todos recogieron sus abrigos y comenzaron a salir en dirección a sus casas. Antes de que Salazar pudiera imitar a sus compañeros sintió la pesada mano de Santiago sobre su hombro.

—Si piensas ir a casa a recoger al chiquillo, ¿por qué no vienes conmigo?

—Parece buena idea —reconoció Néstor, aceptando el aventón.

Con la cercanía de las fiestas navideñas, el tráfico estaba lento, así que demoraron un poco más de lo normal en llegar hasta los adosados de Cantarranas, donde vivía Santiago con su familia. Por el camino discutieron algunos aspectos del caso, así que a pesar de la demora, el trayecto no le resultó tan pesado a Salazar. Cuando llegaron, encontraron a una Carmela sonriente, pero exhausta, que alabó lo bien educado y considerado que era Salvador y lo mal que en contraste se habían comportado los gemelos, deseosos de impresionar a su primo.

Avergonzado por el trabajo extra que le estaba causando a su cuñada, Néstor se deshizo en agradecimientos y halagos. Carmela también le entregó la toga que Salva debería usar al día siguiente en el coro. Ante la pregunta de su cuñado del papel que les correspondería a los gemelos, le respondió que Sebas iría de pastorcillo, mientras que a Lucas le tocaría repartir chocolates entre los asistentes, disfrazado de aldeano. Los gemelos estaban tan contentos como Salva con los roles que les habían tocado en el sorteo, pues lo único importante era participar de la fiesta y disfrazarse.

Fue entonces cuando Salazar tomó conciencia de que en medio de un caso tan complicado como el que se traían entre manos, su hermano

Santiago, el antiguo rey del escaqueo familiar, iba a hacer un paréntesis de dos horas que incluía a su inspector jefe para asistir a un acto escolar. La respuesta ante un hecho que había desconcertado a Néstor se resumía en dos palabras: Era padre. Preferiría compensar aquellas dos horas con una noche completa de trabajo, antes que decepcionar a sus hijos. Y Néstor comprendió que él sentía lo mismo.

Capítulo 33.

Después de negarse a que los llevaran en coche de vuelta a su casa, Néstor y Salva cogieron un taxi. Salazar comenzó a pensar con seriedad en la conveniencia de comprar un coche. Si una vez reiniciadas las clases tenía que coger todos los días un taxi, aquello le saldría por un pico. Y ya sus ahorros estaban resintiendo la experiencia de tener un hijo. Por otro lado, el viaje de regreso también le resultó ligero, pues el humor del chaval había mejorado bastante desde la mañana. Estaba entusiasmado con la oportunidad de ser solista en el coro y pasar la tarde con sus primos había sido un bálsamo para el chiquillo, que por algunas horas pudo volver a comportarse como un niño. Salazar hizo una nota mental de gratitud hacia los gemelos. El regalo de Reyes de ese año debía ser cónsono con el buen fondo de aquel par de revoltosos.

Cuando llegaron al portal, el inspector se detuvo un momento en "La Callecita" para saludar y recoger la cena. Gyula le tenía preparados un par de tupper con milanesas de ternera, que él recibió con un concierto de tripas y una involuntaria salivación. Entonces recordó que no había comido nada sólido desde el desayuno. Entregó el tupper a la custodia de su hijo. Subieron a la buhardilla mientras Salvador, el mismo chaval de expresión malhumorada y pocas palabras del día anterior, continuaba contándole lo bien que lo había pasado aquella tarde. ¡Benditos fueran los gemelos!

En cuanto entraron, Néstor sintió un escalofrío en la espalda. La buhardilla estaba a oscuras, pero desde el fondo de la habitación se escuchaba el sonido de la cisterna del váter vaciándose cada pocos minutos. Su primera reacción fue sujetar a Salvador por el hombro con suavidad para que no continuara avanzando. Luego se agachó un poco para murmurarle en el oído:

—No hagas ruido, Salva. Baja hasta el bar y quédate con Gyula y Dika hasta que yo vaya a buscarte.

El chico advirtió el tono preocupado de su padre y asintió con la cabeza. Entonces se dio media vuelta y volvió a salir escaleras abajo para obedecer la orden que acababa de recibir. Néstor se abrió el gabán y cogió el arma que llevaba en su funda bajo el brazo. Con pasos lentos y sin hacer ruido avanzó pistola en mano, dispuesto a enfrentar al intruso que había violado su hogar, mientras se preguntaba qué haría el sujeto en el sanitario.

¿Lo habría sorprendido un repentino dolor de estómago mientras cometía su fechoría?

Salazar apartó de su mente las elucubraciones que no lo llevaban a ninguna parte. Había alguien en su casa y no era probable que llevara buenas intenciones. Avanzó con lentitud cruzando la sala. Las luces del dormitorio y el baño también estaban apagadas. Ni siquiera se vislumbraba la luz de una linterna, pero lo que era seguro era que el tío estaba en el servicio. Cada pocos minutos continuaba escuchándose la cisterna. Decidió sorprenderlo. Eso le daría ventaja frente al otro.

La puerta del sanitario estaba abierta. Salazar se plantó a un lado del umbral, cubriéndose con la pared junto al marco de la puerta. Con una mano continuó apuntando al interior del servicio, mientras con la otra alcanzaba el interruptor de la luz.

En cuanto el servicio se iluminó, él avanzó un paso sujetando el arma con las dos manos, mientras apuntaba en dirección al inodoro. La sorpresa fue mayor ante lo que encontró.

—¡La madre que te parió, Paca! Así que tú eres la responsable de las facturas de agua que me han llegado.

Paca lo miró con cierta expresión de reproche. ¡Que a una gata no había que darle esos sustos cuando se estaba divirtiendo! Había aprendido que si bajaba una palanca junto a esa cosa blanca que los humanos visitaban con cierta frecuencia, el agua que había en la taza se movía y era muy entretenido tratar de atraparla con la pata. Claro, que hasta ahora no lo había conseguido, pero ella era una cazadora muy eficiente. Pillarla solo era cuestión de práctica.

Salazar miró a la gata y lo comprendió todo, aunque le costaba creer que hubiera aprendido a bajar la cisterna, pero como pasaba sola tanto tiempo en la buhardilla tenía oportunidades de sobra para inventar travesuras. Frunció el ceño al recordar las cuentas del agua, pero poco a poco se fue calmando y el asunto comenzó a hacerle gracia. Cuando guardó el arma en su funda ya sonreía y al cabo de pocos segundos se sintió ridículo con su conducta de poli hollywoodense. Entonces se echó a reír a carcajadas, dejándose deslizar por la pared hasta sentarse en el suelo, mientras Paca lo miraba como si se hubiera vuelto loco. ¡Había que ver lo raros que eran los humanos!

Paca permanecía inmóvil, sin tener muy claro qué podía esperar de su humano. Sus finos sentidos de cazadora habían percibido ese estado de

ánimo en el que el tono de voz era como un bufido. Ese en el cual no había caricias, ni galletas con sabor a sardinas, pero de un momento a otro pasó a emitir el sonido que ella consideraba como el ronroneo de los humanos, que emitían cuando eran pródigos en dar caricias y comida. Por si acaso, la gata decidió no moverse. Se limitó a emitir un tímido y corto "Meau".

Néstor continuaba sentado en el suelo mientras se recuperaba del susto. Reía a carcajadas, las cuales brotaban en forma espontánea, como una fuente que lo desahogaba, liberándolo del estrés. No llevaba allí ni dos minutos, cuando escuchó pasos que se acercaban. Se puso de pie sin prisa y recuperó la compostura a tiempo para ver aparecer a Gyula con un bate en la mano y la misma expresión de angustia en el rostro que debió tener él antes de descubrir quién era el "intruso". O en este caso, "la intrusa".

—¿Estás bien? ¿Dónde está ese hijo de puta? —preguntó con el bate en ristre, mientras miraba de un lado a otro, dispuesto a defender a su amigo.

—Ahí lo tienes —fue la respuesta de Néstor, apuntando con el pulgar por encima del hombro en dirección a la gata a su espalda. Paca permanecía sentada junto al inodoro, mirándolos con ojos de falsa inocencia.

—¡Paca es la intrusa? Subí en cuanto Salvador nos explicó por qué había regresado al bar. Creí que había alguien esperándote. Que necesitarías ayuda.

En pocas palabras, el inspector le relató al estupefacto tabernero lo que había ocurrido en realidad. Gyula también se echó a reír, aunque con menos ímpetu que su amigo. Salazar cogió a su gata, apagó la luz y cerró la puerta del servicio para evitar que Paca volviera a las andadas. Entonces su amigo regresó al bar, después de prometerle a Salazar que él o Dika acompañarían a Salvador de vuelta a casa.

Cuando el chiquillo se enteró acerca de la verdadera causa de los ruidos que los recibieron creyó que su padre se estaba cachondeando de él. Que era una especie de broma que le había preparado. Después de que las aguas volvieron a su cauce y los ánimos se templaron, cenaron con apetito y el chaval se preparó para irse a dormir. No tardó ni diez minutos en quedarse frito.

Después de cumplir sus deberes como padre, asegurándose de que Salvador estuviera bien abrigado, Salazar se recostó en el sillón. A Paca también se le había pasado el susto, así que después de subir de un salto, se acomodó junto a él, en el hueco que quedaba entre el cuerpo de su humano

y el respaldo. Allí estaba bien calentita. Como respondiendo a un reflejo condicionado, Néstor comenzó a acariciarle el lomo.

—Menudo susto me diste hoy, Paca. Que estas cosas no son juegos.

—Maaauuu.

—Sí, yo sé que debe ser muy aburrido para ti pasarte todo el día en este piso sin ninguna compañía, pero es que se te ocurren ideas de bombero.

—Meeeeuuuuu.

—De acuerdo, reconozco que yo también tengo la culpa porque no me he preocupado de proporcionarte ninguna diversión. Así que hagamos un trato: yo te consigo un juguete y tú dejas de hacer travesuras.

—Meu.

—¿Eso fue un "trato hecho", o un "vete a freír monos"?

Ronroneo de placer cuando su humano le acarició detrás de las orejas.

—Muy bien, le pediré a Dika que pregunte en la tienda de animales qué puede funcionar. Ahora, no te acostumbres, que también Salva necesita juguetes y mis finanzas no dan para tanto. ¿De acuerdo?

Silencio y movimiento para acomodarse mejor en el hueco.

—Ya veo que hoy no estás muy comunicativa. Bien, déjame comentarte acerca del caso que estamos investigando. Tal vez puedas darme tu opinión.

—Meeeuuuu.

—Vamos a analizarlo desde el principio: todo comenzó con un falso accidente de coche, que fue un montaje para ocultar el asesinato de una familia: los Avana. En el cuerpo de Natalia Avana encontramos un carné de biblioteca de otra mujer, Ágata Vilaró. Cuando comenzamos a investigar, descubrimos que ambas familias llevaban bastante tiempo desaparecidas, aunque sus allegados habían sido engañados para que no dieran el alerta. En esto aparece una mujer en estado de choque y con claras señales de haber permanecido cautiva: Isadora. Entonces descubrimos que hay una relación entre las tres mujeres y que Is había desaparecido junto con su familia. ¿Me sigues?

—Meeeeuuuuu.

—De acuerdo. Antes de desaparecer, las tres familias han entregado todo su patrimonio a terceros. Así que llegamos a la conclusión de que se trata de una organización criminal que funciona como una secta. Extorsionan a sus víctimas quitándoles todo lo que poseen y luego los retienen contra su voluntad, casi seguro para explotarlos.

—Meumeu.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Es espantoso. Algunas veces pienso que los humanos somos más bestias que aquellos a quienes llamamos animales.

—Miau.

—Oye, tampoco te pases. Que yo también soy humano. No necesitas herir mis sentimientos.

—Maumau.

—Disculpa aceptada. Sigamos. A estas alturas no tenemos ni puñetera idea de quiénes pueden estar detrás de esta diabólica maquinaria, pero yo creo que los líderes de la secta tuvieron algún tipo de contacto social con los Avana, que fueron los primeros en caer en la red. ¿Qué opinas?

—Meeeuuu.

—Me alegra que estés de acuerdo conmigo. Está claro que los facinerosos estaban en conocimiento de la existencia del fideicomiso del hermano de Avana, que él manejaba. No es algo que se comente con el vecino, o con un compañero de trabajo. Por eso creo que el truhan de Julián Avana puede tener la clave del asunto.

—Maaauuu.

—Sí, es cierto. La probabilidad es mayor si tomamos en cuenta cuál es el ambiente en el que se mueve este sujeto. El problema es que se encuentra en paradero desconocido. Y no hace falta que me recuerdes que debimos ponerlo bajo vigilancia cuando descubrimos sus tejemanejes, porque debes reconocer que hemos tenido demasiados frentes abiertos.

—Mieeeeuuu.

—¡Que no son excusas! Es la verdad. De cualquier manera, solo es cuestión de tiempo que lo encontremos.

Paca levantó la cabeza y lo miró con reproche cuando él se despistó y dejó de acariciarla al gesticular.

—Disculpa —Se excusó el inspector, volviendo a pasar la mano por el lomo de la exigente gata—. De cualquier manera, estoy seguro de que pronto daremos con la identidad de los líderes.

—Meumeumeu.

—Desde luego que estoy seguro. Gata de poca fe. Aunque debo reconocerte que tengo la sensación de haber pasado por alto algo importante.

La gata cerró los ojos con placer cuando Néstor volvió a acariciarle detrás de las orejas. El movimiento se fue haciendo más pausado, mientras la modorra se apoderaba de él. Ya Paca se había quedado dormida. De repente, el inspector se incorporó y abrió mucho los ojos. Su felina, que ya estaba harta de esos despertares bruscos le bufó y le arañó una mano antes de saltar del sofá, lo más lejos posible del desconsiderado humano.

—¡Eso es, Paca! ¡La huerta! ¿Por qué hay un huerto en terrenos de una bodega? Son tierras aptas para la vid. ¿Qué hace una empresa vinícola cultivando coles y lechugas?

Antes del amanecer, Néstor tuvo la desagradable sensación de sentirse observado. Sin mucho ánimo abrió un ojo. La sala todavía estaba muy oscura, pero aun así pudo percibir una pequeña silueta recortada a su lado. Todavía medio dormido se incorporó asustado y la descarga de adrenalina lo despertó por completo. Cuando recordó que no estaba solo comprendió que la pequeña silueta correspondía a Salvador. Encendió la luz de la lámpara de mesa que tenía junto al sofá y al hacerlo pudo comprobar que eran apenas las cinco de la mañana.

Con la luz de la lámpara vio que el chaval estaba recién bañado, vestido por completo y bien peinado. El chico lo miraba con cierta timidez, al mismo tiempo que parecía ansioso.

—Salva, ¿qué haces levantado?, ¿te ocurre algo?, ¿te duele la tripa?

El chiquillo negó con la cabeza.

—No quiero llegar tarde.

—¡Tarde? ¡Son las cinco de la madrugada, hijo! Si todavía no han puesto ni las calles. Anda, vete a dormir, que te prometo que llegaremos a tiempo.

—¿Estás seguro? Mira que tendremos que ir en taxi, o autobús. Es mejor salir temprano —sentenció el niño con convicción.

—Joder, una cosa es salir temprano y otra dormir allí. No te preocupes. Mira, te prometo que le pediré prestado el coche a Gyula para estar seguros de llegar a tiempo. ¿Está bien?

Salvador asintió más o menos conforme y regresó a su habitación. Paca, que se había despertado con la incursión del chiquillo, se mantuvo atenta a las reacciones de su humano, con la esperanza de que todo aquello desembocara en un desayuno tempranero, pero el cachorro regresó a su habitación y el humano apagó la luz y volvió a acostarse después de envolverse en las mantas. ¡Qué decepción! ¡Que a una gata no se le debía

tratar de forma tan desconsiderada! ¡Que ya ella se había hecho ilusiones de un buen tazón de leche fresquita!

Decidida a hacer valer sus derechos felinos ¡Faltaría más!, la gata salió de su cesta y subió de un salto al sofá-cama donde se amodorraba su humano. Salazar ya comenzaba a coger de nuevo el sueño cuando sintió algo raro en una oreja. Era como si le estuvieran pasando una lija triple cero. Medio dormido trató de apartar la molestia. Por un momento el "lijado" se detuvo, pero enseguida se reinició. ¡Que así no había manera de dormir, joder! Contra su voluntad volvió a abrir los ojos, para descubrir a Paca sentada junto a su cabeza, concentrada en rebajarle la oreja a punta de lametones de esa lengua de lija que él ya conocía tan bien.

—¡Qué coño haces, Paca! ¡Déjame dormir!

El inspector se sentó en la cama, cogió a la gata y la depositó en el suelo. Entonces trató de reanudar el sueño donde lo había dejado. Vana esperanza. No había terminado de poner la cabeza sobre la almohada cuando su terca felina, que había vuelto a subirse de un salto, reanudó el lijado "orejil".

—¡Jooder! —exclamó mientras volvía a encender la luz y se levantaba de la cama.

Salazar se encaminó a la cocina refunfuñando. Sabía lo que quería Paca y tenía claro que la única forma de que la pequeña felina lo dejara en paz era servirle un tazón de leche. En cuanto lo puso en el suelo, la lustrosa gata negra se acercó con rapidez y comenzó a beber la leche con fruición. El inspector regresó a la cama, pero en lugar de acostarse se quedó sentado en ella.

—¡A la mierda! ¡Ya me desvelé! —exclamó, lanzando una mirada de reproche a Paca, quien concentrada en su tazón de leche, no le hizo ni puñetero caso.

Néstor se dedicó a darle vueltas a la cabeza. Pensó en Salvador, en su nueva situación de padre y cómo se sentía al respecto. Debía reconocer que era una experiencia reconfortante, pese al miedo que le había causado al principio y que solo ahora reconocía. Meditó acerca de Sara y su enfermedad. Enfrentar la posibilidad de la muerte era muy duro, él lo sabía bien a causa del disparo que recibió del Asesino de la Rosa unos meses atrás, pero hacerlo sabiendo que se dejaría a un niño solo en este mundo tan inhóspito, debía ser espantoso. Eso hizo que recordara a su madre. Después que se la llevaron al hospital con una crisis nerviosa a consecuencia del

homicidio de Gabriel, él no había vuelto a verla. Un par de meses después del fatídico suceso, mientras Néstor permanecía en el Centro de Acogida, don Alejandro lo llamó a la dirección para notificarle que su madre había muerto. Él sintió que la tierra se abría bajo sus pies. Años después supo que ella se había suicidado.

La situación de Salvador era muy diferente, pero el resultado podría ser el mismo. El inspector deseó con todas sus fuerzas que Sara se recuperara. El chico la necesitaba. Por mucho que él se esforzara, nunca podría sustituir a su madre. Por otro lado, la idea de que el chaval regresara a Madrid le hacía sentir una extraña congoja. Aunque siempre podría visitarlo. Ahora era su padre con respaldo de la ley. ¿O no?

De sus preocupaciones personales, el inspector pasó a darle vueltas al asunto de la secta. El detalle que había recordado la noche anterior les daba una ubicación. La sede estaba en la Bodega, ahora estaba seguro. Aunque eso por sí solo no era suficiente para pedir una orden de allanamiento, sí permitía que centraran sus esfuerzos para conseguir evidencias que les permitieran solicitarla.

Salazar, ya resignado a que no iba a dormir más, se acercó a la mesa, cogió papel y lápiz y comenzó a trazar una estrategia. Los conocimientos que había adquirido algunos meses atrás en el curso especial le venían como anillo al dedo. Sabía lo que había que hacer. Ahora también conocía dónde. Como había dicho Santiago: el cerco se estrechaba.

Paca, que ya se había terminado la leche se relamió satisfecha y regresó a su cesta. Entonces lo miró con severidad porque él había dejado la luz de la lamparita encendida. ¡Que una gata necesitaba dormir!

—¿Qué? ¿Ya terminaste, saboteadora?

—Maauuu.

—Pues ahora te aguantas la luz.

La gata lo miró con actitud altiva, salió de la cesta con paso elegante y se encaminó al dormitorio, que a los pies de la cama del cachorro también se dormía bien. Salazar la ignoró y continuó trazando planes.

La llegada del alba lo sorprendió lápiz en mano, mientras daba los últimos detalles a su estrategia. Se lo plantearía a Santiago en cuanto tuviera oportunidad, para ponerlo en práctica lo antes posible. Eran las 8:35. Disponían de una hora para llegar hasta la escuela, pues el acto comenzaba a las diez y los chiquillos debían apersonarse media hora antes para que los

organizaran. Al ser una escenificación que repetían cada año, era más fácil el proceso.

Despertó a Salvador, que se había acostado de nuevo, vestido. Era evidente que el chiquillo estaba entusiasmado con su papel en el coro. Néstor se dio una ducha rápida, se rasuró a toda prisa y se vistió con uno de sus mejores trajes. No parecía él. Después de ponerse abrigo y bufanda decidió dejar el gabán en casa por ese día, pues más tarde tendría que acudir a la cita del asesor matrimonial con Sofía haciéndose pasar por una pareja, así que en esta ocasión no le convendría presentarse como un desarrapado.

Bajaron al bar, después de imponer su autoridad sobre Salva, que quería que se saltaran el desayuno porque temía llegar tarde. Gyula les sirvió unas rosquillas, además de café a Néstor y leche caliente al chaval. Cuando Salazar le explicó la causa de la inquietud del niño, él se ofreció a llevarlos y dejarlos en la puerta de la escuela. Eso tranquilizó al muchacho.

Llegaron con tiempo suficiente. Diez minutos antes de la hora programada. Salvador llevaba la toga bien doblada en el brazo y se encaminó al salón de música para reunirse con el coro, mientras Néstor esperaba en los pasillos de la escuela con los demás padres. Tan desorientado como uno más, hasta que llegaron Santiago y Carmela con los gemelos.

Ortiz se acercó a su hermano en cuanto lo vio, mientras su esposa llevaba a los chiquillos a su salón de clases, donde se reunirían con sus compañeros. Salazar aprovechó esos minutos para contarle al comisario lo que había recordado la noche anterior y explicarle su plan a grandes rasgos. Santiago se sintió muy complacido. Él había elaborado el informe para llevárselo a los mandos esa misma mañana con la finalidad de solicitarles recursos. Ahora podía ser más concreto y plantearles además el plan de Néstor. Si lo aprobaban, la existencia de la secta tendría las horas contadas.

Capítulo 34.

La escenificación del Belén viviente dio comienzo quince minutos después de lo programado. Los niños que representarían los papeles principales estuvieron a tiempo en sus ubicaciones. Una escenografía de cartón pintado simulaba un establo, con una mula y un buey del mismo material enmarcando una cuna de paja sobre la que reposaba un muñeco. Un chico y una chica de los cursos mayores, con sus correspondientes disfraces hacían los papeles de San José y la Virgen. Al fondo, un chiquillo con rostro de querubín de unos siete años se movía inquieto, molesto por el peso de las alas de cartulina y papel crespón que le incomodaban.

El coro fue el primero en entrar y ocupar su lugar a un lado del escenario. Carmela le explicó a Néstor que los chiquillos cantarían villancicos para acompañar la entrada de los "pastorcillos". Mientras tanto, los "aldeanos" repartirían chocolates entre el público. Luego sería el turno de tres chavales mayores disfrazados de Reyes, que al final de la escenificación, bajo el coro de "Ya vienen los Reyes Magos" repartirían juguetes sencillos entre los más pequeños.

—¿De dónde salen todos esos juguetes? —preguntó Salazar, sorprendido—. ¿Cómo puede pagarlos la escuela?

—Es que no es la escuela quien los paga, tonto. Cada padre le hace entrega a la maestra de sus hijos de los regalos que les corresponden. Ella los etiqueta para que reciban el correcto. Ya la maestra de los gemelos tiene los suyos.

—¿Cómo es que nadie me lo dijo? —Se quejó Salazar con angustia—. Yo no compré nada para Salva. ¡Se va a quedar con las manos vacías, mientras sus compañeros reciben regalos!

—Ya estás pensando como padre —observó su cuñada sin inmutarse —. No te preocupes, Néstor, que cuando fui a buscar los juguetes para los gemelos, también le compré algo a Salvador sin que se diera cuenta. Su maestro ya tiene su regalo.

—Gracias Carmela. Me quitas un peso de encima. ¿Por qué no me lo contaste? Fui yo quien debió comprar ese regalo.

—Porque ya tienes bastante con el caso ese que os trae de cabeza. Lo sé por Santiago. No quise cargarte con más preocupaciones.

—Pero entonces te debo…

—Ya tendremos tiempo de hacer cuentas. Ahora relájate, cuñado y disfruta el espectáculo. No serán profesionales, pero son muy tiernos.

Fue entonces cuando comenzaron a escuchar un alboroto en el escenario. Santiago, que había permanecido ajeno a la conversación entre su mujer y su hermano, reía a carcajadas. Néstor enarcó las cejas y siguió la vista del adusto comisario. En el pesebre se libraba una batalla. Una de las pastorcillas más pequeñas tironeaba de la muñeca que representaba al "Niño", mientras "la Virgen" trataba de evitar que se la llevara, sujetándola por el otro extremo. "San José" contemplaba los acontecimientos con la boca abierta, mientras el "Ángel" aprovechaba la distracción del momento para deshacerse de las molestas alas. La carcajada del público era general. Una de las maestras más jóvenes resolvió el desaguisado acercándose a la "pastorcilla" con un peluche. Cuando se lo ofreció a la chiquilla, esta soltó su presa para abrazarse al mullido oso, que encontró mucho más atractivo. Una madre se aproximó al pesebre y le recolocó las alas al rebelde "Ángel". Luego condujeron a la transgresora con sus padres y el espectáculo continuó.

Los niños del coro entonaron un par de villancicos, que el oído de músico de Salazar tuvo que reconocer que se escuchaban bien. Entonces el director del coro hizo una señal y Salvador se puso al frente. Estaba rígido, nervioso, hasta que comenzó a cantar, después de lo cual se fue relajando. Entonó "El tamborilero" con una voz que los dejó a todos boquiabiertos, incluyendo a su propio padre. Néstor sintió como si se elevara unos centímetros en el aire, además de experimentar el deseo de contarle a todos a su alrededor que ese era su hijo. Comprendió que ese nuevo sentimiento era orgullo paterno. El villancico fue el telón de fondo para la entrada de los "pastorcillos" en dirección al pesebre y para que los "aldeanos" comenzaran a repartir chocolates. Carmela, sentada junto a Salazar, buscaba a sus hijos con la mirada. Al cabo de unos segundos expresó su inquietud en voz alta.

—¿Dónde están los gemelos?

Néstor y Santiago recorrieron el pequeño auditorio con la vista, pero tampoco los encontraron. Como si lo hubieran acordado, los tres se pusieron de pie y salieron al pasillo. Una vez afuera decidieron separarse para buscarlos. Ella revisaría los salones de clases, la dirección, salón de maestros y la biblioteca. Santiago buscaría en los servicios del primer piso. A Néstor le corresponderían los salones y servicios del piso superior.

Salazar subió las escaleras y dio inicio al registro. Allí estaban los salones de clases de los chicos mayores, pero no podían dejar ningún rincón sin revisar. En la medida en que iba descartando aulas, su angustia iba creciendo. Cuando ya estaba a punto de gritar los nombres de los chiquillos, abrió una puerta y los vio.

Sebas vestido de "pastorcillo" y Lucas de "aldeano" concentraban su atención en una cesta ya casi vacía que había entre los dos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Salazar con voz autoritaria.

Los chavales voltearon hacia él, mirándolo con expresión culpable. El inspector tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltar la carcajada cuando comprobó que ambos tenían las manos y las caritas embadurnadas de chocolate.

—¡Tío Néstor! —exclamó Lucas—. ¿Qué…Qué haces aquí?

—Yo pregunté primero.

—Es que… Es que… Queríamos ir al servicio y…

—¿Al servicio? —Ambos asintieron al unísono—. ¿Y puedo saber por qué habéis subido a este piso, si hay servicios a nivel del auditorio donde deberíais estar en este momento?

Los dos respondieron al mismo tiempo.

—Estaban dañados —dijo Lucas.

—Los estaban limpiando —argumentó Sebas.

Cuando cada uno escuchó la respuesta del otro, lo miró con un fruncimiento de ceño.

—¿Sabéis el susto que nos habéis dado a vuestros padres y a mí?

—Perdón —soltaron ambos a coro, mientras se encogían de hombros y bajaban la cabeza al mismo tiempo—. ¿Quieres una chocolatina? —le ofreció Lucas—. Queda una.

Salazar cogió la chocolatina que le ofrecía su sobrino a modo de soborno y la guardó en el bolsillo con un suspiro. Tenía que reconocer que si él hubiera estado en el lugar de los chavales, a su edad, también se hubiera escaqueado para comerse los chocolates de la cesta. Tal vez su cuñada tuviera razón y los gemelos habían heredado más de un gen de su tío.

—De acuerdo. Ahora vamos a buscar a vuestros padres.

—¿Te chivarás?

—Por esta vez, no —Cedió. Después de todo, había aceptado el soborno de la chocolatina y eso lo hacía cómplice—, pero esperad.

El inspector sacó un pañuelo de su bolsillo y lo usó para limpiarles el chocolate de las manos y las caras.

—Ya estáis. Vamos.

Cuando bajaron al primer piso encontraron a Santiago y Carmela casi al borde de un ataque de nervios. Su madre corrió a abrazarlos, mientras su padre suspiraba con alivio. Estaba demasiado reciente el recuerdo del secuestro de Lucas.

—¿Dónde estaban? —le preguntó su cuñada a Néstor.

—Estaban buscando a otro chico del curso de Salva y se despistaron.

Tanto Santiago como Carmela lo miraron con el ceño fruncido. Semejante explicación no podía colar. Los gemelos corrieron a refugiarse dentro del auditorio, reuniéndose con sus compañeros.

—No esperarás que creamos eso, ¿verdad?

—Digamos que yo no les presionaría mucho si no tienen hambre a la hora del almuerzo, ni tampoco me preocuparía demasiado si les llega a doler la tripa —sugirió Salazar, encogiéndose de hombros.

—¿Pero de qué estás hablando? —preguntó Santiago, confundido.

—Ya —Fue la respuesta de Carmela, mientras desplegaba una sonrisa cómplice—. Me parece que nuestros hijos están a punto de sufrir un empacho.

El comisario iba a pedir una explicación cuando el móvil del inspector los interrumpió:

—Inspector. ¡Qué bien que lo encuentro! Soy Braulio Quintero. ¿Me recuerda?

—Desde luego, don Braulio. ¿En qué puedo ayudarlo?

—En esta ocasión, seré yo quien te ayude, chaval. Estoy en un bar de la calle Alemania. Tengo a la vista el piso donde se esconde Julián Avana.

En cuanto colgó el móvil, el inspector llamó a Manuel para que se encontrara con el detective y procediera al arresto de Avana. Por suerte, el acto de fin de año ya tocaba a su fin, pues ya entraban los tres chavales de los cursos superiores que representaban a los Reyes Magos y enseguida comenzaron a repartir los regalos entre los más pequeños. Desde el momento en que la chiquillada vio a "Sus Majestades" se perdió el orden y no fueron suficientes ni padres, ni maestros, para contener la emoción de los pequeños. Todos abrían los regalos con ilusión, aunque la mayor parte eran fruslerías de esas que se encuentran junto a la caja de los supermercados para tentar a los aburridos chiquillos que acompañan a sus

madres en la compra. Pese a su poco valor, para los niños representaban un aperitivo de lo que se avecinaba cuando los Reyes les proporcionaran lo que habían pedido en sus correspondientes cartas, de modo que no les resultaba fácil contener su entusiasmo.

Salvador se aproximó corriendo a su padre, acompañado por sus primos. Los gemelos llevaban un par de coches de plástico iguales, pero de diferente color. Cuando Néstor vio lo que Salva traía en la mano, palideció.

—¡Papá, mira lo que me han traído los Reyes! —gritó emocionado, mientras le guiñaba un ojo.

Salvador ya se consideraba mayor y había dejado claro que él sabía quiénes eran los Reyes Magos, pero acordó seguir la corriente, para no desilusionar a sus primos.

—Una flauta. ¡Qué bien! —murmuró Salazar con un nudo en el estómago, al mismo tiempo que miraba a Carmela con cierto resquemor. Su cuñada reía entre dientes—. Ya veo que te gustó.

—¡Claro que sí! Es lo que quería. Siempre quise aprender a tocar la flauta, ayer se lo comenté a la tía Carmela, pero mi madre me daba excusas. Que si cuando seas un poco mayor, que si aprende bien teoría y solfeo primero, que si, ¿para qué necesitas una flauta con esa voz que tienes?

—Me pregunto por qué sería —comentó Salazar, pensando en las horas que tendría que soportar los chirriantes ruidos de una flauta de juguete tocada por un chiquillo inexperto, pero entusiasmado.

Tanto Salva, como sus primos corrieron a reunirse con sus compañeros para comparar regalos, después de enseñar sus tesoros a sus correspondientes padres. El inspector miró a Carmela, un poco desconcertado.

—¿Una flauta? ¿Yo qué te he hecho? —preguntó con voz de víctima —. ¿Acaso te robé el biberón en otra vida?

—No te lo tomes a mal —le respondió ella riéndose—. Una broma sin importancia. Además, lo más probable es que cuando reciba los verdaderos regalos en Navidad y Reyes, se olvide de la flauta.

—¡Pero faltan días para eso!

—Bienvenido al mundo de los padres, hermanito —lo animó Santiago, mientras le daba una palmada en el hombro que casi se lo disloca—. Bien, yo creo que esto ya se ha terminado y nosotros tenemos trabajo pendiente.

—Podéis iros tranquilos. Yo me ocuparé de que los chicos se despidan de sus compañeros y maestros antes de llevármelos a casa. Con todo y

flauta —reafirmó Carmela.

Santiago y Néstor salieron en dirección a la comisaría. Cuando llegaron, García había vuelto a ocupar su lugar en la recepción. Saludó muy animado a sus jefes.

—García, si estás aquí es porque supongo que ya habéis conseguido arrestar a Julián Avana —sugirió el comisario.

—Sí, señor. El interfecto está arriba, en la sala de interrogatorios. Esperando al defensor.

—¿Ha pedido que llamen a alguien en particular?—preguntó Néstor.

—No, señor. Solicitó un abogado de oficio.

Salazar se quedó pensativo por un momento. Ortiz lo miró y por su expresión comprendió que algo estaba maquinando.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—¿Puedes prestarme tu portafolio?

—¿El portafolio? —repitió el comisario intrigado—. Desde luego, pero tengo aquí los informes que debo llevar a la Jefatura Superior para solicitar los recursos que necesitaremos en la operación que habrá que llevar a cabo.

—Solo serán unos minutos —insistió Néstor—. Además, ni siquiera necesitaré abrirlo.

Ortiz le entregó el portafolio al inspector jefe, quien se acomodó la corbata y se atusó la rebelde y abundante cabellera. Por suerte, aquella mañana se había puesto uno de sus mejores trajes a causa del acto escolar.

—¿Cómo me veo? —preguntó, después de completar el acicalamiento y coger el portafolio de su hermano.

—No pareces tú —Fue la respuesta del comisario, que todavía no salía de su asombro.

—Gracias. ¿Cuándo llamaron al defensor?

—No hará ni cinco minutos, inspector —precisó García—, pero nos advirtieron que se demoraría poco más de una hora, pues el abogado de oficio de guardia se encuentra en medio de una audiencia. Iba a avisarle a Mendoza para que regrese al detenido a su celda mientras llega el letrado.

—¡No lo hagas! Voy a subir yo para reunirme con el señor Avana.

—Néstor, te recuerdo que no puedes interrogarlo si no es en presencia de su abogado —le advirtió Santiago.

—Es que no voy a interrogarlo —aclaró Salazar—. Solo voy a hacerle compañía. Te sugiero que enciendas el ordenador de tu despacho y grabes

lo que ocurre en la sala.

Mientras el comisario parpadeaba desconcertado, él se encaminó con paso decidido en dirección al tercer piso. Le pidió a Mendoza que le abriera la puerta, enderezó la espalda y entró con paso seguro.

—¿El señor Julián Avana? —El detenido asintió, mientras Néstor se acercó a él con la mano extendida para estrechársela—. Buenas tardes, es un placer conocerlo. Mi nombre es Néstor Salazar.

—Me alegra que esté aquí. ¡No soporto estar encerrado! —respondió Avana. El inspector se sentó a su lado y colocó el portafolio sobre la mesa —. ¿Sabe de qué me acusan?

Salazar asintió sin pronunciar palabra. Avana continuó:

—¡De evasión de impuestos y estafa al fisco! ¡De eso me acusan! ¿Puede creerlo? —le preguntó el detenido muy alterado, mientras se ponía de pie y comenzaba a pasearse por la habitación—. Mi hermano me roba, se queda con todo mi dinero y ahora estos cretinos pretenden acusarme de no haber declarado que recibía dinero de ese fideicomiso. En lugar de tratar de recuperar lo que Vicente me desfalcó. Apareció muerto y eso lo lamento, sobre todo por el chaval, pero no es excusa para que no traten de encontrar el dinero que es mío. En lugar de eso, la Policía me detiene. ¡Es un absurdo! He tenido que vivir los últimos tres años del paro. ¿Sabe lo que es eso? He perdido a todos mis amigos. Ya ninguno quiere saber nada de mí, desde que Vicente desfalcó mi dinero. ¡Porque ese era mi dinero!

Néstor se enderezó en la silla, mostrando interés, pero sin decir nada.

—Y mi novia —continuó el ofendido Julián—. ¿Sabía que la pérdida del fideicomiso me costó mi noviazgo? No Griselda, la chica con la que estoy ahora, no. Esa se conforma con un poco de "farlopa" de vez en cuando. Si vendo algún cuadro, que es cuando se tercia. Pero hace tres años yo estaba con una chica… ¡Qué chica! Era un monumento. Amparo, ese era su nombre. Yo bebía los vientos por ella. Hasta se hizo amiga de Natalia. Hablaban mucho de sus cosas, ya sabe, cosas de mujeres. Pero en cuanto desapareció la pasta, ella se esfumó. Así, de un día para otro, no volví a verla. ¡Yo soy el más perjudicado con todo esto! —gritó Avana apuntándose a sí mismo—. Sí, le oculté a Hacienda que recibía una mensualidad de cinco mil euros. ¿Y qué esperaban? ¿Qué se los regalara? Ese dinero me lo dejó mi padre. A mí. Para que lo disfrutara yo. No para que se lo diera a un atajo de burócratas, ni para que me lo robara mi propio hermano. Y sí, cobre por el paro cuando todavía tenía el fideicomiso, pero todos lo hacen.

¿No es así? Tampoco es que fueran grandes cantidades. Pero ahora estos policías hijos de puta, en lugar de encontrar lo que me pertenece, pretenden acusarme a mí de evasión y estafa. ¡A mí!

Salazar se echó hacia atrás en el asiento con expresión seria, como meditativo, mientras Julián, que ya se había desahogado a gusto, se dejó caer en el asiento.

—Está bien, letrado —le dijo el detenido—. ¿Cómo va a enfocar mi defensa?

—¿Su defensa? —preguntó Néstor, con expresión sorprendida—. Yo no voy a preparar su defensa.

—¿No es usted acaso el abogado de oficio que enviaron del juzgado?

—Pues no. Yo vine a decirle que el letrado se demorará un poco porque está en una audiencia.

—Entonces, ¿quién es usted? —preguntó Avana, mientras perdía el color en el rostro.

—¿Yo? Yo soy el policía hijo de puta que ordenó que lo trajeran aquí.

Capítulo 35.

Salazar salió de la sala de interrogatorios una vez que consiguió la confesión completa por parte de Avana. Aunque no había aportado mucho con respecto al caso que llevaban entre manos, Néstor tenía la esperanza de que luego de ser imputado se aviniera a ser más colaborador para conseguir una mejor disposición por parte del juez. Después del discurso que había soltado, del cual ya tenían constancia en una grabación, su posición había quedado muy comprometida.

Además, Julián había perdido los papeles cuando comprendió que el sujeto bien trajeado que tenía delante era un policía y no su defensor. Se abalanzó sobre Néstor, que reaccionó con rapidez esquivándolo, mientras Mendoza y otro agente irrumpían en la sala para controlar al detenido. Ahora podían agregar "agresión a la autoridad" a los cargos. Mientras lo llevaban casi a rastras de vuelta a su celda, Avana iba gritando improperios. A Salazar le pareció escuchar que cuando su abogado terminara con él, el inspector iba a concluir sus días como policía controlando el tránsito de aves migratorias. Una amenaza original. Decidió apuntarla, pues había comenzado a coleccionarlas.

Bajó con la intención de hablar con Santiago. Lali lo recibió con una sonrisa. Esperaba que eso no significara mucho. La última secretaria del comisario que había sido amable con él trató de matarlo, pero bueno, aquello eran gajes del oficio.

—El comisario lo espera, inspector jefe. ¿Desea un café?

—Sí, gracias, Lali.

Ella se puso de pie, lo cual no hizo mucha diferencia, porque apenas levantaba poco más de metro y medio del suelo. Néstor tenía que hacer grandes esfuerzos para no reírse cuando la veía al lado de Goliat, que sobrepasaba el metro noventa. Juntos parecían una pareja de vodevil. La eficiente secretaria llamó a la puerta de su jefe y después del consabido "adelante", abrió la puerta y dio paso a Salazar.

—Enseguida les traigo café.

—Gracias, Lali —respondió el inspector, pasando al despacho, donde un comisario con expresión satisfecha escuchaba por segunda vez la grabación con la confesión del detenido—. Entra, Néstor. Tengo que felicitarte. La forma en que has maniobrado con este asunto es genial. Es

una lástima que no mencionara nada sobre la secta. Pero eso no te quita mérito.

—No creo que este tío pertenezca a la secta —opinó Salazar—. Es muy torpe para ser uno de los líderes y demasiado individualista para ser captado como adepto. Si sabe algo, es probable que ni él mismo sea consciente de ello. Solo espero que después de esta pifia se encuentre más dispuesto a colaborar con nosotros.

—¿Sigues creyendo que el contacto de la secta con los Avana se dio en su entorno social?

—Mientras más lo pienso, más convencido estoy de ello. Y el que tendría todas las papeletas para haber servido como imán que atrajera a un grupo como ese, sería el tío que tenemos como invitado en el tercer piso.

—¿En qué te fundamentas para llegar a esa conclusión?

—En el ambiente donde se movía este truhan. En la forma que tenía de despilfarrar miles de euros. La fama que se ganó en la calle hubiera actuado como un reclamo para un grupo delictivo como el que perseguimos.

—¿Entonces por qué la víctima fue su hermano y no él?

La conversación se interrumpió un momento, mientras Lali entraba con una bandeja y dos tazas de café que sirvió con eficiencia. Después de tomar un sorbo del oscuro líquido, Néstor continuó:

—Porque Vicente era una presa más fácil. O más bien, su esposa Natalia. Ellos buscaban una solución a su problema matrimonial. Y la secta estuvo dispuesta a servírsela en bandeja de plata.

—Espera, ¿me estás diciendo que si el problema no hubiera sido su matrimonio, sino otro, también habrían resultado ser el blanco?

—Si estoy en lo cierto y el contacto provino del entorno social de los Avana, o de Julián, significaría que los líderes de la secta se habrían enterado de la existencia del fideicomiso y a partir de ese momento decidieron apropiarse de ese capital. Lo que tuvieran que ofrecer para conseguirlo era lo de menos.

—Comprendo. Bien, supongo que sabremos más cuando arrestemos a esos tíos. ¿A qué hora tenéis la cita tú y Sofía con el asesor matrimonial?

—En una hora y media —respondió el inspector, mientras consultaba su reloj.

—¿Qué tan seguro estás de que la Bodega es el lugar de retención de las víctimas?

—Bastante seguro. No encuentro otra explicación para que una Bodega utilice tierras aptas para la vid en el cultivo de hortalizas.

—¿Y qué sentido tendría una huerta para una secta como esta?

—No sabemos cuántas familias han caído en su trampa, pero estoy seguro de que son más de las que tenemos noticias. Eso significa una gran cantidad de alimentos, aunque los mantengan en una dieta baja en calorías para someterlos con mayor facilidad. Si tuvieran que comprar esos víveres llamarían la atención. Alguien se preguntaría por qué una Bodega necesita tantos alimentos. La huerta sería una solución. Los mismos cautivos pueden ser forzados a mantenerla productiva.

—De acuerdo. Tienes razón. Son buenos argumentos. Ahora explícame ese proyecto operativo.

En los siguientes minutos, Salazar le planteó al comisario los planes que había trazado aquella misma madrugada. Ni siquiera se dio cuenta del paso del tiempo. Cuando estaba terminando su exposición llamaron a la puerta. Después que Santiago diera su aprobación, Lali se asomó y se hizo a un lado para darle entrada a Diji. Detrás del enorme subsahariano venía Sofía, elegante como una princesa. Los ojos de Néstor se fueron hacia ella sin que pudiera evitarlo.

—Inspector, ¡qué bueno que lo encontré antes que saliera! —exclamó el subcomisario.

Salazar no respondió. Se había quedado con el lápiz en la mano, la boca entreabierta y la mirada fija en la subinspectora. Ni siquiera vio a Cheick, a pesar de su tamaño y su corpulencia.

—Inspector —intentó de nuevo Diji, elevando un poco la voz— ¿Señor?

—Eh… Disculpa. Estaba distraído —respondió Néstor, como si despertara de un profundo sueño—. ¿Querías decirme algo?

—Sí señor, que me alegro de haberlos encontrado a usted y a Sofía antes de que salieran en dirección a la cita con el asesor.

—¿Por qué?

—No sé si recuerda, señor, que en la última reunión el comisario me ordenó acudir a la compañía de teléfonos para que hicieran una triangulación del móvil de Isadora. El que usaron para engañar a su madre.

—Sí, lo recuerdo, Diji. ¿Has encontrado algo interesante?

—Sí, señor. En este momento ese teléfono está desaparecido. Es probable que después de la huida de la chica lo hayan destruido, o le hayan

retirado la batería, pero en las fechas en que se escribieron los mensajes del chat, la triangulación arrojó que el teléfono se encontraba en la calle Ventilla.

—¡El asesor matrimonial! —exclamó Santiago.

—Sí, señor. Tenemos la certeza de que los mensajes fueron enviados desde el despacho de Anselmo Narváez.

—¡Lo tenemos! —afirmó el comisario, mientras ponía la mano sobre el teléfono—. Hablaré con el juez para que emita una orden de captura.

—Espera. Creo que sería un error apresurarnos.

—¿De qué estás hablando? Los mensajes se enviaron desde allí. Fue el asesor de dos de las familias victimizadas. Es evidente que el tío está metido en el asunto hasta las cejas.

—No creo que el líder, ni tampoco ninguno de sus cómplices correrían el riesgo de actuar en forma tan abierta.

—Entonces es uno de los adeptos.

—Puede ser, pero creo que debemos seguir con el plan original: Sofía y yo nos haremos pasar por una pareja con un buen respaldo financiero y padres de un niño pequeño, con problemas matrimoniales que buscamos resolver lo antes posible. Seremos la carnada perfecta.

—Ya sabemos que el asesor está involucrado. ¿Qué esperas conseguir con la charada?

—Si lo hacemos bien y nos recomiendan el retiro familiar, confirmaremos su participación, lo que nos proporcionará pruebas en su contra, además de conseguir la dirección exacta donde opera la secta, sin tener que levantar la liebre al ponerlos sobre aviso.

—¿Levantar la liebre?

—Piénsalo bien, Santiago. Nuestra prioridad debe ser poner a salvo esas familias. Si caemos sobre uno de sus cómplices podemos alertarlos. Para cuando lleguemos a ellos podrían haber asesinado a sus cautivos para eliminar evidencias. Podrían desaparecer y reanudar su negocio en otra provincia.

—Joder, tienes razón. No lo había visto desde esa perspectiva. De acuerdo, seguid con el plan inicial, pero tened mucho cuidado. Debéis recordar que esta gente no tiene ningún reparo en asesinar a quien se interponga en sus planes.

—Cuenta con ello. Seremos muy precavidos —lo tranquilizó Néstor—. Ahora, Sofía, no creo que sea buena idea llegar con el Corsa. Será mejor

que pidamos un taxi. Además, en el camino tenemos que ensayar un poco nuestro papel.

Néstor y Sofía llegaron al despacho del asesor matrimonial quince minutos antes de la hora de su cita. Llevaban la intención de hablar con otras parejas para recabar toda la información posible acerca del hombre con el que se iban a entrevistar, pero encontraron la sala vacía, salvo por la secretaria, que al inspector le recordó a doña Urraca, su maestra de quinto de EGB. El recuerdo le erizó la piel.

—Buenas tardes. ¿Tienen ustedes cita? —preguntó la mujer, desplegando una amplia sonrisa.

—Señor y señora Rocha —respondió Sofía, mientras se adelantaba un par de pasos.

—Sí, desde luego. Llegan temprano. El licenciado Narváez los recibirá en quince minutos.

—Muchas gracias.

Ambos policías se sentaron a esperar. Salazar miraba a su alrededor como si se sintiera incómodo por estar allí. La subinspectora, en cambio, se deshacía en sonrisas con la recepcionista.

—¿Llevan mucho tiempo casados?

—Cinco años —mintió Sofía—. Tenemos un pequeño de cuatro años. Dígame, ¿tienen buenos resultados estas terapias? Estamos poniendo nuestras esperanzas en este esfuerzo. Por nuestro hijo.

—Comprendo. ¡Qué no se hace por un hijo! ¿No es así? El licenciado Narváez es un buen psicólogo. ¡Qué zapatos más bonitos! —exclamó la secretaria, mientras fijaba la mirada en los pies de la subinspectora—. ¿Son Jimmy Choo?

—Veo que usted es conocedora del buen calzado. Estos son nuevos: ochocientos euros. Una ganga. Y este bolso a juego, tan solo mil euros. ¿No le parece maravilloso? Los buenos zapatos y carteras son mi debilidad.

—¡Mi dinero es tu debilidad! —exclamó Salazar con amargura—. Gastas como si el mundo se fuera a acabar mañana.

—Cualquiera diría que has tenido que ganártelo a pulso. Tu abuelo te dejó una herencia suficiente para que no tengas que preocuparte por trabajar en toda tu vida. ¡No necesitas ser un tacaño!

—Pues de la forma en que tú gastas, no creo que dure ni diez años.

—Señores, creo que es mejor que se calmen —intervino la recepcionista, un poco azorada por la discusión que ella misma había

causado—. En pocos minutos los atenderá el licenciado. Adentro podrán expresar sus problemas y él los ayudará a canalizarlos.

Ambos asintieron y guardaron silencio, simulando estar enojados el uno con el otro. La pantomima se había desarrollado bien con la secretaria, que había quedado convencida de que eran una pareja con un niño pequeño, que contaba con grandes recursos financieros. Ahora tenían que convencer de lo mismo al licenciado.

Pasados los quince minutos, la puerta del despacho se abrió y por ella salió una pareja joven que se despedía de un hombre de mediana edad, con una calvicie avanzada y anteojos con montura invisible. En cuanto los clientes anteriores pusieron un pie fuera de la oficina, la recepcionista hizo un gesto a los policías invitándoles a entrar. Salazar y Garay se apresuraron a obedecer. Los recibió el licenciado con un apretón de manos y una sonrisa.

—Soy Anselmo Narváez. Ustedes deben ser los señores Rocha ¿No es así?

—Mi nombre es Néstor y ella es mi esposa, Sofía.

—Pasen, por favor. Enseguida estaré con ustedes —anunció Narváez antes de dirigirse a su secretaria—. ¿Ha habido alguna llamada, Adelaida?

—Ninguna, licenciado.

—De acuerdo. Gracias.

El asesor entró y se ocupó de sus nuevos clientes. El despacho era amplio, con un escritorio al fondo y una salita cercana a la puerta. Anselmo los invitó a ocupar uno de los sillones de la pequeña sala y él se sentó frente a ellos en otro.

—Muy bien. Entonces, el señor y la señora Rocha. ¿Puedo tutearlos? Eso facilitaría mucho la interacción.

—Por supuesto.

—¿Podéis decirme cuántos años lleváis casados?

—Cinco.

—¿Hijos?

—Uno pequeño, de cuatro años —respondió Sofía—. Su nombre es Tulio.

—De acuerdo. ¿Vivís solos, o con algún familiar?

—Nosotros y Tulio. Nadie más.

—¿Ha habido alguna infidelidad?

—No. Ese no es el problema.

—¿Y cuál es el problema?

—Sofía. Ella gasta como si no hubiera un mañana. Debo reconocer que no tenemos estrecheces económicas. Mi abuelo me dejó un buen legado, pero es que ella cree que es un saco que no tiene fondo —Se quejó Néstor.

—¿Tú que dices a eso, Sofía?

—Es un rácano. Se enfada conmigo cada vez que voy de compras y me doy algún capricho. Como si le hubiera costado mucho trabajo ganar ese dinero. ¡Si le cayó del cielo!

—¿Por qué no llegáis a un acuerdo sobre los gastos?

—¿A qué te refieres? —preguntó Salazar.

—Bien, podrías asignarle una cantidad fija cada mes a tu esposa para que ella disponga de su propio dinero y lo pueda gastar como desee.

—Ya lo intentamos, pero no funcionó. Cuando se acababa, ella iba a por las tarjetas de crédito —argumentó Néstor, que no quería ponérselo tan fácil al asesor, pues necesitaban demostrar que estaban desesperados como pareja.

—De acuerdo, tal vez sería interesante volver a hacer el esfuerzo. Os lo pondré como ejercicio por el bien de vuestro matrimonio: acordad una cifra que tú Néstor le depositarás en su cuenta a Sofía, y tú —señaló, dirigiéndose a la subinspectora—, quiero que te comprometas a administrar esa cantidad con prudencia, sin sobrepasarte con las tarjetas de crédito.

—¿No existe una forma más rápida de conseguir resultados? —Lo tentó Salazar—. No lo sé, un curso intensivo, o algo así.

—Esto es terapia, Néstor, no una tutoría. Hay que cambiar hábitos muy arraigados, lo cual lleva tiempo.

—Sí, pero debe haber alguna manera de hacerlo que sea más rápida —insistió el inspector.

—Si la hay, yo no la conozco. Poned en práctica mi consejo y nos vemos en un mes.

Salazar y su compañera salieron del despacho un poco desanimados. ¿Se habría dado cuenta el asesor de que eran policías y que aquello era una celada? Como a los clientes anteriores, Narváez los acompañó hasta la puerta, donde le habló a su secretaria:

—Los señores Rocha regresarán en un mes, Adelaida. Por favor acuerda la cita con ellos.

—Sí, señor —respondió la recepcionista, mientras abría una agenda—. ¿Cómo fue? —les preguntó, al mismo tiempo que pasaba las páginas.

Salazar se encogió de hombros con cara de decepción.

—Parece un proceso un poco lento. Y eso de cumplir tareas… No estoy seguro.

Adelaida miró en dirección al despacho para comprobar que su jefe ya no podía escucharla.

—Sí. Esa es una queja frecuente. Por lo general no le hablo de esto a los clientes nuevos, sino cuando compruebo que la terapia no está dando resultado. Verán: hay otras formas.

—¿Ah, sí? —preguntó Néstor, inclinándose sobre el escritorio mientras intercambiaba una mirada de entendimiento con su compañera—. ¿Cuáles?

—Se trata de unas charlas familiares. Eso sí, deben acudir todos en familia y pasar un fin de semana con ellos. Los resultados son maravillosos. Por cierto, el último curso del año será este próximo fin de semana.

—¿En serio? ¿Y cómo podríamos inscribirnos?

—Me han caído bien. Puedo hacerlo por ustedes.

—¡Eso sería genial! —exclamó Salazar con entusiasmo—. ¿Verdad, Sofía?

—Desde luego. ¿Y dice que tenemos que ir con nuestro niño? ¿No es muy pequeño para eso?

—No importa la edad. Lo importante es que acuda la familia al completo.

—¿Dónde son esas charlas? Quiero decir, ¿hay que ir muy lejos?

—¡Qué va! Si son aquí mismo, al sur de Haro. Se hacen en una Bodega, pero el lugar es tranquilo y muy hermoso. Se respira aire limpio. Los aposentos están rodeados de campos cultivados con vides. Ya verán, les va a encantar.

—¿El fin de semana, entonces? —Quiso concretar Salazar—. ¿Puede darme la dirección? —aleccionó a la secretaria con su mejor sonrisa.

—Por supuesto —respondió ella, anotándola en un papel que entregó a Néstor.

Al terminar de leerlo, el inspector pudo comprobar que estaba en lo cierto con respecto a la ubicación de la secta. Se lo mostró a Sofía, que asintió con una sonrisa. Después de despedirse de la "amable" mujer,

salieron en dirección a la comisaría. En el taxi, Néstor no pudo contenerse más y le soltó una pregunta que le picaba la lengua:

—¿En serio esos zapatos te costaron ochocientos euros y mil el bolso?

—¿Estás loco? Desde luego que no.

—Pero la secretaria parecía muy segura de la marca.

—Es porque son auténticos —le confirmó la subinspectora—. ¿Recuerdas a doña Isaura?

—¿La señora Rivero? ¿La madre del chico que fue secuestrado el verano pasado? Por supuesto.

—Bien, pues después de concluir el caso fui a verla un día para saber cómo se sentía después de todo lo que había pasado y cultivamos cierta amistad. Es una buena mujer que ha sufrido mucho. Hace un par de meses fui madrina en una boda y cuando se lo comenté a Isaura, ella me regaló los zapatos, que solo había usado en una ocasión, pero que encontraba incómodos y el bolso que va a juego.

—¿En serio?

—Bien, para serte honesta, creo que esa supuesta incomodidad fue una excusa para que se los aceptara, pues estaban nuevos. Se los recibí porque no quise herir sus sentimientos. No los había usado después de la boda, pero los consideré ideales para el papel que debíamos representar hoy.

—Es indudable que facilitaron mucho el alcance del objetivo.

Capítulo 36.

De vuelta en la comisaría, Salazar convocó una reunión en la sala común. Por suerte, ya Ortiz había regresado de su encuentro con los mandos, por lo que también traería noticias. Mientras esperaban que Lali diera aviso a los detectives que se encontraban en la calle, él y Sofía se tomaron un café para engañar al estómago, pues no había tiempo que perder y no querían distraerse en salir a comer. Además, ambos habían perdido el apetito. Estaban tan nerviosos que ni siquiera notaron la mala calidad del café que se tomaron.

Quince minutos después de su convocatoria, Lali les avisó que ya el resto del equipo había llegado, con excepción de Remigio, a quien la llamada lo pilló un poco más lejos. Cuando ambos entraron a la sala común, las miradas de sus compañeros confluyeron en ellos, pues presentían que la resolución del caso estaba más cerca. Santiago les seguía, pisándoles los talones. Después de los saludos de cortesía, dieron comienzo a la reunión.

—Falta Remigio —advirtió Manuel.

—Viene en camino —les informó el comisario—. Lo pondremos al día cuando llegue —Luego se dirigió a Néstor—. Si nos habéis convocado es porque tenéis noticias. ¿La visita al asesor fue fructífera?

—Muy fructífera —confirmó el inspector jefe.

—Así que el tío está metido en el ajo.

—No. El asesor no nos dio ningún indicio de estar involucrado, aunque le pusimos en bandeja de plata lanzarnos la carnada.

—¿Entonces?

—La secretaria. Le hicimos creer que éramos una pareja con un fuerte respaldo económico y un niño pequeño. En cuanto comprobó que cumplíamos con el perfil, no necesitó mucho estímulo para proponernos el retiro familiar.

—¿Os proporcionó la dirección?

Salazar asintió y le entregó el papel a Santiago, quien después de leerlo lo pasó a sus subalternos.

—Así que es en la Bodega, después de todo —comentó Miguel.

—Bien, os felicito a los dos. Este es un paso gigantesco en la dirección correcta —afirmó Ortiz.

—Gracias. Fue un trabajo en equipo —dijo Salazar.

—Yo también tengo buenas noticias —les anunció Santiago—. Los mandos nos han dado carta blanca con este asunto. Nos proporcionarán los recursos logísticos que necesitemos. Quedaron muy satisfechos con el plan que discutimos esta mañana.

—¿Plan? ¿Qué plan? —preguntó Pedrera, quien sentía que se había perdido algo.

En ese momento llegó Remigio, jadeante y sudoroso después de subir las escaleras a toda prisa.

—Disculpad la tardanza —Se excusó—. El tráfico está infernal. Parece que todo Haro decidió salir hoy a comprar los regalos de Navidad. ¡Y eso que todavía no ha llegado la hora pico! ¿De qué me he perdido?

Néstor le hizo un pequeño resumen de lo que habían hablado hasta ese momento.

—Así que ya tenemos localizados a esos cabrones. Perdón —Se apresuró a añadir cuando vio el ceño fruncido del comisario, a quien no le gustaba que se usara ese vocabulario en las reuniones de equipo, pero ¿qué esperaba? Eran policías, no carmelitas descalzas.

—¿Qué hacemos ahora? —Quiso saber Diji.

—Pondremos en marcha el plan del inspector jefe —respondió Santiago, sacando algunos folios que había llevado en una carpeta. Aquí lo tenéis paso a paso.

—Un momento. ¿No vamos a detener a la secretaria del asesor? —protestó Miguel—. Ella es la reclutadora.

—Pediremos la orden de captura, pero no procederemos aún —explicó Ortiz—. Como bien me recordó Salazar, nuestra prioridad debe ser rescatar a las familias cautivas. Sería un error alertar a los líderes de la secta de que estamos respirándoles en la nuca.

—Entonces, ¿qué esperamos? Vamos allá —propuso Toro.

—No tan deprisa, Remigio —intervino Salazar—. Necesitamos averiguar todo lo que podamos acerca de lo que nos vamos a encontrar. Por ejemplo, ¿cuántas personas son rehenes? ¿Cuántos adeptos hay por cada cautivo? ¿Cómo están distribuidos los edificios detrás de los muros? ¿Cuáles de ellos son barracones y albergan prisioneros?

—En resumen —intervino el comisario—, el primer objetivo será determinar características del terreno, cómo se organiza la operatividad de la secta, cuántas personas están retenidas contra su voluntad y cuántos los

controlan. Todo esto es fundamental para que planifiquemos la operación de rescate.

—¿Cómo pretende averiguar todo eso? —le preguntó Pedrera con escepticismo.

Salazar tomó la palabra:

—En primer lugar, estableceremos un control del perímetro con agentes vestidos de civil que pasen desapercibidos, mediante alcabalas fijas y móviles que nos informen quién entra y quién sale. Deben estar comunicados entre sí y con un coordinador.

—Manuel, ocúpate tú —ordenó el comisario—. Llévate a García para que te ayude. Y recuerda que debéis ser discretos. No queremos que sepan que estamos ahí.

—Sí, señor.

—Haz lo posible para que algunos de esos hombres puedan tomar fotografías desde diferentes ángulos que nos permitan mantener una vigilancia del objetivo —señaló Néstor—. Tenemos especial interés en la huerta que hay frente a los muros. Cuántas personas salen a trabajarla, cuántos los vigilan.

—De acuerdo.

—Necesitamos intervenir los teléfonos y otras formas de comunicación de los sospechosos —afirmó Santiago, mientras seguía los lineamientos del plan de su inspector jefe—, para ello se hace imprescindible conseguir una orden. Miguel, encárgate tú de hablar con el juez y organiza las escuchas. Que te ayude Diji.

—Entendido, señor.

—Antes de llevar a cabo el operativo debemos conocer bien el terreno, así que necesitaremos los planos de la bodega para tener clara la distribución de los edificios detrás de los muros, así como un levantamiento topográfico del terreno. Pídelos en el Ayuntamiento, Remigio.

—De acuerdo, señor.

—¿Para qué necesitamos el levantamiento topográfico, comisario? —Quiso saber Manuel.

—Existe la posibilidad de que los líderes hayan excavado túneles para poder escapar si fueran descubiertos. Debemos identificar las ubicaciones probables de las salidas de esos túneles para apostar vigilancia en las zonas y evitar posibles evasiones. —explicó el inspector jefe.

—Joder, Salazar. Has pensado en todo —comentó Remigio, con sorpresa.

—Fue una suerte que llevara a cabo el curso especial —respondió Néstor, encogiéndose de hombros.

—Y yo que creí que te habías escaqueado por algunas semanas con esa excusa —reconoció el inspector Toro.

—¿Y qué ocurre si los tíos de la secta han llevado a cabo obras de "remodelación" en la bodega sin notificarlas al Ayuntamiento? —sugirió Manuel—. Los planos que le proporcionen a Remigio podrían resultar obsoletos.

—Es un buen punto —reconoció Néstor—. Necesitamos una vista panorámica actual del complejo que conforma la bodega.

—¿Y cómo lo conseguimos? —preguntó Sofía—. ¿Con un dron, tal vez?

—Demasiado evidente —argumentó Salazar, descartando la idea—. Los tíos de la secta lo detectarían. No, debe ser de una forma más sutil, como una imagen de satélite. Toni, el técnico informático de la Jefatura superior puede ayudarnos con esto.

—Buena idea —lo respaldó el comisario—. Ocúpate tú misma, Sofía.

—Sí, señor.

—Es muy importante que también tengamos claro el número de personas a las que nos enfrentamos —insistió Santiago.

—Debemos considerar que lo que funciona en ese lugar no es en realidad una Bodega, que por estas fechas estaría en mínimos operacionales —explicó Salazar—. Entre secuestradores y rehenes, allí reside un grupo numeroso de personas que comen, usan electricidad, generan basura y deben solicitar víveres.

—¿Estos últimos no provendrían de la huerta? —preguntó Sofía.

—Con respecto a los cautivos es así, pero estoy seguro de que los líderes mantienen una alimentación más completa. Es más, por esa correlación entre lo que se produce en la huerta, los víveres que se compran y la basura que se genera, podríamos hacer un cálculo aproximado de cuántos de ellos son rehenes y cuantos carceleros.

—¿Y quién hará esas cuentas? —preguntó Remigio—, porque confieso que yo no sabría por dónde comenzar.

—Yo lo haré —confirmó Néstor.

—Déjame adivinar. Lo aprendiste en el curso.

Salazar asintió. Si bien se había tomado aquella formación adicional en serio, nunca creyó que iba a tener que poner en práctica sus nuevos conocimientos tan pronto.

—Por mi parte —afirmó Santiago—, en cuanto dispongamos de una apreciación de la situación, yo haré los contactos con los mandos para que nos proporcionen los recursos, con los centros de reclusión para que reciban a los detenidos y con los hospitales. Así podrán prepararse para atender a las víctimas.

Capítulo 37.

Al concluir la reunión todos se pusieron en movimiento. Sabían por experiencia que los acontecimientos comenzarían a cobrar velocidad a partir de ese momento. Estaban cerca y eso hacía subir la adrenalina. Salazar comprendió que le sería imposible regresar a casa esa noche. Aquello no hubiera representado un problema cuando estaba solo, pero su nueva condición de padre soltero le imponía otras responsabilidades. Santiago debió darse cuenta de su preocupación cuando lo vio acercarse, porque antes de que le dijera una palabra, él mismo lo abordó:

—Te necesitaré aquí, Néstor. Así que lo mejor será que llame a Carmela para avisarle que Salvador se quedará a dormir en casa esta noche.

—¿Crees que le importe? Quiero decir, ¿no será mucho trabajo para ella?

—Estoy seguro de que lo hará encantada, además, tu hijo la tiene deslumbrada y según ella, sus modales son un buen ejemplo para los gemelos.

—De acuerdo, te lo agradezco mucho, Santiago —Fue la respuesta del inspector, mientras se preguntaba si los gemelos no terminarían despabilando a su primo. Quería mucho a esos chiquillos, pero tenía que reconocer que se parecían demasiado a él mismo y que eran capaces de poner a prueba la paciencia de cualquiera con sus trastadas.

Una vez resuelto el alojamiento de su hijo, Néstor pudo concentrarse en su trabajo. La tarea que tenía que afrontar no era sencilla. Deducir la cantidad de personas que albergaba el recinto de la secta y calcular cuántos eran adeptos y cuántos cautivos parecía un acto de prestidigitación, aunque tenía que ver mucho más con matemáticas y estadísticas. Por supuesto que sería imposible determinar una cifra exacta, pero debían aproximarse bastante para que la operación resultara exitosa, lo cual significaba capturar a los malos y salvar a los buenos.

El tiempo apremiaba, así que tendría que moverse rápido. Lo primero que necesitaba era una orden para que las instituciones que podían suministrarle la información que necesitaba no le pusieran inconvenientes. A toda prisa redactó un informe que justificaba la solicitud de aquellos datos. Luego llamó a Estela, la secretaria del juez Aristigueta y le planteó su problema. Ella se deshizo en halagos, le pidió que le enviara el informe por

vía electrónica para mostrárselo al juez y le prometió que le tendría la orden lista para cuando él llegara. Salazar cogió el informe que acababa de redactar y se encaminó a los juzgados. Aristigueta podía ahorrarle tiempo y firmar la orden en base a la información que acababa de enviarle, pero tendría que disponer del informe firmado y sellado para que el procedimiento fuera legal. Después de la referencia que les había dado Remigio acerca del tráfico, Néstor decidió tomar medidas drásticas, así que le pidió a uno de los agentes que circulaban en motocicleta que le diera un aventón. Fue una suerte, porque las calles estaban abarrotadas. Sin embargo, el agente resultó un chico muy apañado que tomando nota de la prisa del inspector jefe encendió las sirenas y lo llevó a toda castaña. Salazar vio su vida pasar frente a él varias veces y se alegró de no haber almorzado. Incluso en un par de ocasiones se le escapó un grito.

Al fin llegaron, Salazar se quitó el casco, quedando más despeinado que de costumbre. Además terminó helado hasta los huesos y con las piernas temblorosas. Se apeó de la motocicleta y le dio las gracias a su subalterno.

—¿Desea que lo espere, señor?

—¡No, gracias! Quiero llegar vivo al anochecer. No te había visto antes en la comisaría. ¿Cuál es tu nombre?

—Es que me acaban de transferir desde San Sebastián, señor. Soy Echevarría, Ander Echevarría.

—¿Dónde aprendiste a conducir así, Ander?

—Quería competir en motociclismo, señor, pero no se pudo. Así que decidí entrar en la Policía Nacional y debido a mi experiencia me asignaron esta motocicleta.

—Pues que haya suerte. Puedes volver a tus tareas.

—De acuerdo, señor —respondió el joven, mientras se volvía a poner el casco.

Poco a poco las piernas del inspector fueron recuperando su estabilidad, así que se encaminó al interior del Juzgado. Al cabo de algunos minutos, Estela archivaba el informe y él salía con la orden en el bolsillo. Mientras el taxi lo llevaba a la oficina de Iberdrola, Salazar llamó a Diji por el móvil y le dio instrucciones acerca de lo que necesitaba. Él subinspector aceptó buscar los datos que Néstor le pidió en las comunicaciones de la bodega.

A Salazar le costó casi una hora llegar a su destino. Allí tuvo que mostrar la orden para que una empleada muy amable, pero que se resistía a revelar información de un cliente, aceptara proporcionarle cuál había sido el consumo de "Bodegas del Norte" en los últimos tres meses.

A las puertas de la compañía de electricidad, Néstor cogió otro taxi que lo dejó en el Ayuntamiento. Más le valía pasarle las facturas de los viáticos a Santiago cuando la investigación concluyera, o no le alcanzaría el sueldo para taxis. El trayecto también fue lento y pesado a causa del tráfico y esta vez fue él quien recibió la llamada de Diji.

—¿Ya tenéis listas las escuchas? —Esas palabras hicieron que el taxista lo mirara por el retrovisor y prestara atención. A Salazar casi le pareció ver como giraba el pabellón de la oreja para captar mejor lo que se decía en el asiento de atrás. Pero aquello era imposible. De cualquier forma, bajó la voz y colocó la mano alrededor de la boca para evitar que se le entendiera.

—En eso estamos, señor, pero tuvo suerte. Esta misma mañana hicieron un pedido de víveres. Las compras las hacen a "Supermercados de Haro".

—De acuerdo, tomo nota. Por favor mantente alerta. Es posible que no sea el único lugar donde compran.

—Le avisaré si aparece alguna otra tienda de suministro de víveres, señor.

Llegados al Ayuntamiento, Néstor se bajó del taxi y el conductor lo miró de arriba abajo con cara de entendido. Después de que él le pagó la carrera, el hombre le guiñó un ojo y chasqueó la lengua, como si Salazar fuera James Bond.

—¿Quiere que lo espere, oficial? —Recalcó la palabra "oficial". Por lo visto, el buen taxista estaba ávido de aventuras.

—No, gracias. Mi próximo destino lo puedo alcanzar a pie.

—¿Algún caso interesante, oficial?

—Estamos tras la pista de una organización criminal que lava cerebros de ciudadanos honrados y los convierte en sus esclavos.

El taxista lo miró ofendido, seguro de que se estaba burlando de él, cambió la velocidad del coche y arrancó sin mirar atrás.

"¿Por qué será que las personas son tan escépticas cuando se trata de la verdad? Y sin embargo son capaces de aceptar a pies juntillos las trolas más absurdas", pensó el inspector, "tal vez Paca tenga razón sobre lo que piensa

de los humanos". Antes de caer en consideraciones filosóficas que no lo llevarían a nada, porque él también era persona y humano, como siempre le recordaba Paca, se apresuró a entrar al Ayuntamiento y buscar la oficina relacionada con la gestión de residuos. Aquí el trámite resultó más rápido. Ahora solo faltaba el dato de los víveres. Decidió llevarlo a cabo desde su despacho para ahorrar tiempo. Como le había anunciado al taxista, recorrió a pie la distancia que lo separaba de "San Miguel".

Una vez en su oficina llamó a "Supermercados de Haro" y pidió hablar con el gerente. Después de confirmar que "Bodegas del Norte" era uno de sus mejores clientes, el hombre se mostró un poco reacio a revelarle detalles de sus transacciones comerciales. Néstor empleó toda su labia, le envió una fotografía digital de la orden y le explicó que había vidas en peligro, por lo que el tiempo apremiaba. Al final, el gerente aceptó hacerle llegar una relación de los gastos de la bodega por vía electrónica, con el compromiso de que Salazar le enviaría una copia de la orden lo antes posible, intercambiándola por un documento con la información por escrito. El inspector decidió que Ander sería la persona ideal para actuar como correo.

Ya con todos los datos en la mano, el inspector jefe se dispuso a poner en práctica sus lecciones del curso antiterrorismo y contra el crimen organizado. Sabía que el promedio de consumo de electricidad por persona y por mes era de 38 KWh. En este caso sería muy difícil determinar una diferencia entre adeptos y cautivos, pero le proporcionaría un aproximado del número total de personas. Con respecto a la basura, la producción promedio por cada individuo era de un kilo por día, pero en vista que el consumo de alimentos y recursos por parte de los cautivos sería más reducido, decidió establecerlo en 600 gramos por día para las víctimas: el promedio aproximado en un país del tercer mundo. Por otro lado, de las compras totales en el supermercado separó las correspondientes a alimentos proteicos, pues tenían constancia de que la secta suprimía las proteínas a los rehenes. Después de una rápida llamada a su cirujano, el doctor Alvarado, quien a su vez se comunicó con la nutricionista del hospital, supo que un español promedio consume 74,5 gramos de proteínas al día. Un 6% más de lo recomendado. De manera que tomando como base el consumo de electricidad, y cruzando los datos de las proteínas compradas por la secta y la basura que fue recogida en la bodega, Salazar determinó una cifra que no consideraba exacta, sino aproximada. En las instalaciones de "Bodegas del

Norte" vivían más o menos setenta personas, de los cuales, cuarenta o cuarenta y cinco serían cautivos, y los demás sus carceleros.

Sin perder el tiempo, el inspector jefe acudió al despacho de Ortiz para informarle acerca de los resultados de sus cálculos. Un dato que era fundamental para la planificación de la operación. De inmediato, Santiago cogió el teléfono para hacer las llamadas que les garantizarían los recursos humanos para afrontar semejante operativo. Cuando colgó, el comisario le notificó que el capitán Olmedo del grupo GEO y antiguo instructor de Sofía venía en camino con su equipo y un contingente suficiente de efectivos. Se reunirían esa noche allí mismo, en la comisaría. Santiago invitó a su inspector jefe a acompañarlos.

—De acuerdo, aquí estaré —confirmó Néstor—. ¿Hay alguna novedad?

—El equipo está cumpliendo, como siempre —aseveró el comisario, satisfecho—. Manuel ya ha establecido las alcabalas del perímetro, con la colaboración de García. En este momento ya los tenemos rodeados. Los mandos nos están dando todo su apoyo, así que los acompañan tres fotógrafos equipados con cámaras profesionales con teleobjetivo. Nos permitirán registrar los movimientos de la secta en tiempo real desde diferentes ángulos.

—Perfecto. ¿Qué han descubierto hasta ahora?

—Enviaron por vía digital algunas de las fotografías y vídeos que hicieron esta misma tarde durante la vigilancia. Son de personas que han entrado, o salido del complejo. También de un pequeño grupo que estuvo trabajando en la huerta por unas horas, bajo la vigilancia de tres personas. Científica ya está trabajando en identificar tanto a los cautivos, como a los vigilantes. Ninguno de estos parecía ir armado. El grupo tampoco era tan numeroso como reflejan tus cálculos.

—Es invierno. Son pocos los cultivos que pueden llevarse a cabo por estas fechas, así que es posible que roten a los cautivos que salen a la huerta. Tal vez incluso sea alguna clase de castigo. Por otro lado, los adeptos no necesitan armas para controlarlos. Recuerda que tienen a sus hijos en el interior como rehenes. Están seguros de que ninguno intentará nada.

—Sí, tienes razón.

—¿Puedo ver esas fotografías?

—Sí, claro —respondió Santiago, mientras abría una carpeta en el ordenador.

Una serie de fotos de alta resolución fue ocupando por turno la pantalla completa. En ellas se veía la bodega desde diferentes ángulos. Dos personas entraban por separado: un hombre y una mujer. La mujer volvía a salir. El hombre, no. Néstor no reconoció a ninguno. En otras fotografías se podía observar el grupo que trabajaba en la huerta, además de los tres sujetos que los vigilaban: dos hombres y una mujer.

—¿Sabemos quiénes son los visitantes?

—Utilizamos un programa de reconocimiento facial. El hombre tiene antecedentes. La mujer no.

—¿Y qué encontrasteis?

Antes de responder, el comisario cerró las fotografías y abrió otra carpeta, en la cual apareció una ficha policial que correspondía al mismo hombre que entraba a la bodega. Leyó en voz alta los datos.

—Su nombre es Bernardo Araujo, de 43 años de edad. Antecedentes por estafa y extorsión. También ha estado involucrado en asalto y lesiones. Pagó condena cuando fue detenido in fraganti en el robo a mano armada de una tienda. Salió libre hace siete años.

—Todo un angelito —ironizó Salazar—. Parece que ya tenemos identificado a uno de los líderes. Un sujeto así no cae en las redes de una secta.

—Estoy de acuerdo.

—¿Qué hay de la mujer?

—No tiene antecedentes, pero el programa de reconocimiento facial nos permitió identificarla por su foto del DNI. Su nombre es Modesta Pavía.

—¡La enfermera!

—Es correcto.

—De acuerdo, esto comienza a aclararse. Tenemos que pedir la intervención de los teléfonos de estos dos.

—¿Y qué crees? ¿Qué he estado pensando en la inmortalidad del cangrejo? Ya le di las instrucciones a Miguel y a Diji. Están tramitando la orden en este momento.

—Bien. Ya tenemos control del perímetro, hemos identificado a uno de los líderes y a la enfermera, que todavía no sabemos si es líder, o adepta, pero yo me inclinaría por lo último.

—¿Por qué?

—Porque su tarea con los ancianos la ha dejado demasiado expuesta.

—De acuerdo.

—Tenemos una idea aproximada de cuántas personas están cautivas y cuántos las vigilan —continuó enumerando Salazar—. De manera que podemos calcular el tamaño de la operación. Diría que vamos a buen paso.

—Remigio no debe tardar en regresar con la información del terreno. En cuanto a Sofía, ya se comunicó con Lali para avisarle que en cualquier momento debo recibir las imágenes de satélite, pero que Toni también nos va a imprimir un croquis que nos facilite la planificación.

—Bien, en ese caso, todo marcha sobre ruedas —Salazar se quedó pensativo por un momento—. Así que tanto Remigio, como Sofía habrán concluido sus respectivas asignaciones, ¿no es así?

—Así es. ¿En qué estás pensando?

—En el tío de la foto. Creo que se nos está presentando una oportunidad que no esperábamos. Es evidente que no sospechan que estamos a punto de caer sobre ellos, o los visitantes no se habrían expuesto de esta forma.

—Una buena noticia para nosotros. ¿Adónde quieres llegar?

—A la idea de que Remigio y Sofía podrían investigarlos a ambos. Lo habitual. Relaciones personales, situación financiera. En el caso del sujeto, quién fue su compañero de celda. Con la mujer, compañeros de trabajo.

—Es buena idea. Los pondré en eso en cuanto regresen.

—De acuerdo. ¿A qué hora es la reunión con Olmedo?

—A las 8 de la tarde.

—Bien, aquí estaré.

—¿Qué vas a hacer mientras tanto?

—De momento, pasar por el bar de Gyula para comerme un pincho de tortilla, o algo así. No pruebo nada desde el desayuno y aunque tengo cerrado el estómago, estoy seguro de que esta va a ser una noche muy larga y que necesitaremos energía para sobrellevarla. Te aconsejo que hagas lo mismo. Por cierto —agregó mientras sacaba del bolsillo la chocolatina con la que lo había sobornado su sobrino esa mañana—, ¿te apetece?

—No gracias. Sabes que no me gusta el dulce. ¿Esa la tienes desde el acto escolar?

—Sí, claro —respondió Néstor, mientras se la metía a la boca deshaciéndose de la evidencia. Él no era un delator.

Salazar salió del despacho de Santiago y de la comisaría. Cuando llegó al bar de Gyula tiritaba de frío bajo el abrigo. Se comió un par de pinchos de tortilla y se bebió un par de tazas de café tan calientes que casi se quema los labios, pero por eso mismo le supieron a gloria. Luego le pidió a su amigo que le llenara un par de termos, que le regalara una docena de vasos desechables y que le prestara el coche.

Después de tranquilizar a Dika con respecto a Salvador, asegurándole que en casa de sus tíos se lo pasaba pipa con sus primos y que no era necesario que ella fuera a buscarlo para cuidarlo mientras él trabajaba, Néstor salió del bar, dejándola a ella un poco decepcionada y a Gyula preocupado por la crisis de instinto maternal que atravesaba su novia. Si hasta Néstor recibió una mirada de desaprobación por parte de su amigo, como si él tuviera la culpa de ser padre. Bueno, tenía que reconocer que algo de responsabilidad sí tendría, pero lo de las ganas de Dika de ser madre, eso no era asunto suyo. La reflexión le hizo sentir un escalofrío en la espalda y decidió no pensar más en el asunto, no fuera a enredarse él solito. Ese sería el consejo que le hubiera dado Paca de haber estado allí.

Concentrando sus pensamientos en el caso, lo cual era menos peliagudo que su paternidad, o los anhelos de maternidad de su amiga, Salazar cogió el Seat de Gyula y se encaminó hacia el lugar donde Manuel hacía la vigilancia. Lo encontró con uno de los agentes y uno de los fotógrafos dentro del coche, orillado en la carretera de tierra. Se habían situado en una curva, de manera que no sería fácil verlos desde el complejo de la secta y a una distancia suficiente para que no fueran identificables a menos que se utilizaran prismáticos muy potentes. Él detuvo el coche unos metros antes del vehículo del subinspector y recorrió el último tramo a pie, cargado con los dos termos.

Cuando llegó junto al coche tocó un par de veces la ventanilla y desde adentro destrabaron la puerta. Salazar subió a la parte trasera. Cuando los tres policías vieron los termos, por su expresión el inspector temió que se abalanzaran sobre él para abrazarlo y besarlo. Con esa alegría lo recibieron. Después de saludarlos abrió uno de los termos y entregó a cada uno un vaso de café, mientras le contaban los detalles acerca de su vigilancia. Salvo lo que ya le había informado el comisario, el lugar había estado muy tranquilo.

El inspector jefe entregó el café y los vasos restantes al agente para que los distribuyera a través de uno de los oficiales de las alcabalas móviles a los demás hombres que pasarían la noche invernal a la intemperie. No se

sorprendió cuando fue Ander quien apareció junto al coche con su sempiterna sonrisa, su motocicleta y su buena disposición.

Capítulo 38.

Salazar regresó a tiempo a la comisaría para la reunión que tendría lugar con el capitán Olmedo. Lali lo recibió con cierto nerviosismo. Por más que no era la primera vez que la comisaría de "San Miguel" pedía apoyo del grupo GEO, nunca había sido en aquella escala, así que la tensión se respiraba dentro de las paredes del edificio. Ya Santiago y el capitán se encontraban allí. Miraban con atención un plano que tenía la sospechosa apariencia de tratarse de una fotografía satelital. Apenas levantaron la vista para devolver el saludo de cortesía del inspector jefe y enseguida volvieron a concentrarse en lo que hacían.

—¿Es el complejo?

—Sofía me lo entregó cuando regresó de la Jefatura Superior —respondió el comisario—. Es el plano actual de las instalaciones de la bodega.

—¿Hay diferencias con respecto a los planos originales?

—Sí las hay —respondió Olmedo, mientras sacaba el plano que reposaba debajo del que estudiaban—. Fíjese: estos tres edificios no están en los registros del Ayuntamiento.

—Lo que significa que los construyeron sin permisos.

—Así es.

Néstor observó con detenimiento ambos croquis y los comparó. Luego señaló los tres edificios que ocupaban el espacio que en los originales sería el aparcamiento de los camiones para el transporte del vino. Eran rectangulares, los más grandes, uno frente al otro y en el fondo un tercero, perpendicular a los primeros.

—Los barracones y la granja —afirmó. Olmedo lo miró interrogante, pues no tenía idea de qué estaba hablando el inspector jefe.

Salazar pasó a hacerle un breve resumen de la entrevista a Isadora.

—Así que es aquí donde alojan a los cautivos —sentenció el hombre del GEO.

—Es la conclusión más lógica.

—Eso puede favorecernos —argumentó Olmedo—. Haremos la incursión al amanecer, por lo que es muy probable que tengamos a las víctimas reunidas en un área determinada, vigilada por un número limitado

de personas, los que se encuentren de guardia. ¿Está seguro de que los niños están retenidos en el edificio de atrás?

—Es lo que se deduce de las palabras de la única testigo que consiguió escapar.

—Pero según me cuenta, el estado mental de la testigo se encuentra comprometido en el mejor de los casos.

—Sí, eso tenemos que reconocerlo.

—Pero usted piensa que dijo la verdad.

—Creo que podemos aceptar su palabra en este detalle. Además, desde el punto de vista operativo, ¿no es este el edificio donde se puede mantener a los niños separados de sus padres con mayor facilidad? Recordemos que los adultos se someten a sus deseos porque sus hijos son rehenes. Yo diría que es la ubicación más probable.

—Muy bien, entonces destinaré un número mayor de efectivos para el control de este edificio —decidió el capitán—. La verdad es que detrás de los muros esto no parece una bodega. ¿Tienen ustedes idea del lugar donde pueden alojarse los adeptos y líderes de la secta?

—Yo diría que cerca del edificio principal —opinó el comisario—. Aquí —afirmó mientras señalaba una construcción con aspecto de casa de campo por detrás de otro rectángulo que ocupaba el centro del complejo.

—Estoy de acuerdo —confirmó Salazar—. Esta gente buscaría disfrutar de todas las comodidades, así como proporcionárselas a sus adeptos. Eso les facilitaría mantener la lealtad. Por muy convencidos que estén de lo que sea que les prometen, siempre será más fácil que lo acepten si viven bien gracias a eso.

—¿Estos adeptos son cómplices o víctimas? —preguntó Olmedo, un poco confundido.

—En principio también serían víctimas —le explicó Néstor—, pero están ahí por voluntad propia, después de haber sido convencidos de seguir a sus líderes. Desde el momento en que colaboran con la retención forzada de otras personas pasan a ser cómplices. Yo le recomendaría que advierta a sus hombres, capitán. Los adeptos no son delincuentes, pero sí fanáticos, por lo cual no podemos saber hasta dónde pueden estar dispuestos a llegar para defender a quienes ellos idealizan.

—De acuerdo, Salazar. Mensaje recibido. Veo que ustedes también han solicitado un mapa topográfico del terreno.

—Debemos contemplar la posibilidad de que los líderes dispongan de túneles que les permitan escapar, en caso de resultar descubiertos.

—Bien pensado, pero este terreno es bastante uniforme. Toda la zona oscila alrededor de los 480 metros de altitud. No hay montañas, ni depresiones cerca. No veo muchas posibilidades de que una boca de túnel pasara desapercibida.

—Eso reduce las posibilidades de que esos túneles existan, pero no lo descarta —insistió el inspector.

—¿Qué quiere decir? Si no tienen salida, no pueden existir.

—A menos que la salida también se encuentre detrás de muros.

El comisario y el capitán lo miraron con sorpresa. Santiago llegó a preguntarse si su hermano habría bebido. Salazar pasó a explicarse.

—Estaba pensando en las empresas cercanas. Alguna de ellas podría ser un segundo parapeto. Un lugar donde esconderse, o por dónde escapar si las cosas se ponen feas.

—Es un planteamiento interesante —reconoció Olmedo—. Y no me molestaría tomar previsiones. Todavía me duele la forma en la que el Asesino de la Rosa se nos escapó por no haber estudiado bien el terreno. ¿Qué propone, Salazar? —preguntó, mirando al policía con renovado respeto.

—No hay tiempo de estudiar a fondo estas empresas. Tampoco de llamar a sus puertas para interrogarlos, pues si están relacionados con la secta los pondríamos sobre aviso y la sorpresa es una de nuestras mejores bazas. Yo propongo desplegar uno, o dos drones en cuanto tomemos el complejo y alertar a los hombres del perímetro en el caso de que se produzca algún movimiento sospechoso.

—Me gusta la idea —aceptó Olmedo—. Lo haremos así.

—De acuerdo, entonces lo más importante ahora es precisar cómo llevaremos a cabo la incursión.

—Debemos tomarlos por sorpresa —señaló Olmedo—. Es la única forma en que podemos evitar que se hagan con rehenes.

—Es probable que cuenten con cámaras de vigilancia cubriendo el perímetro —advirtió Néstor—. Alguien debe esperar vuestra señal desde la compañía eléctrica y en ese momento suspenderles el servicio.

—Podemos encargar a Manuel de esa tarea —sugirió el comisario—. Aunque no me sorprendería que dispusieran de un generador de energía.

—Eso significa que tendremos que actuar con mucha rapidez —confirmó el capitán—. Antes de que les dé tiempo de reaccionar. Mis hombres llegarán en furgonetas y se desplegarán por todo el perímetro. Derribaremos la puerta con un ariete, mientras otros tres contingentes saltan los muros con cuerdas. En cuanto consigamos entrar ocuparemos todo el complejo. Mi equipo irá directo a "la granja," donde se encuentran los niños. Serán nuestra prioridad. El resto de los hombres tomarán los barracones y luego las instalaciones principales hasta que toda la bodega esté bajo nuestro control.

—¿Cuántos hombres piensa desplegar en esta operación, capitán?

—Más de doscientos. Hay niños en peligro, así que no podemos correr ningún riesgo.

—De acuerdo —afirmó el comisario.

Néstor permaneció pensativo.

—¿Tiene alguna observación, inspector? —le preguntó Olmedo.

—Solo una pregunta: ¿dónde quedamos mis hombres y yo en este plan?

—Estarán con el grupo que accederá a la bodega por la puerta. Una vez adentro y con los líderes y adeptos dominados, podrán tomar el control de la situación.

—Muy bien. Lo haremos así —aceptó Salazar un poco a regañadientes. Todo aquel despliegue militar le incomodaba, pero comprendía que en este caso sería necesario.

—De acuerdo —dijo Santiago, dando por terminada la reunión—. Tenemos mucho trabajo por delante, así que pongámonos en marcha.

Los policías pasaron el resto de la noche organizando el asalto. Salazar llevaba la orden de allanamiento en el bolsillo interno de la chaqueta del traje. Con el devenir de los acontecimientos no había tenido tiempo de recoger su gabán y lo echaba de menos.

Hacia la media noche, Diji presentó un informe acerca de las comunicaciones que habían intervenido. Además de la compra de víveres, desde la bodega habían llamado a Bahamas para hablar con alguien llamado Jamal Spooner. El tema de conversación fueron las cuentas de la secta, pues estaban próximos a abrir una nueva. Por lo visto el negocio estaba en expansión. Miguel continuaba en la compañía de teléfonos, atento a cualquier comunicación que surgiera desde, o hacia la bodega. Hasta el momento todo parecía rutinario.

Se reunieron en el punto de vigilancia de Manuel, a quien enviaron a la compañía de electricidad con la tarea de ocasionar un apagón en la bodega en el momento en que Olmedo lo ordenara. A Néstor la noche le resultó mucho más corta de lo que esperaba. Los primeros en llegar fueron los detectives de "San Miguel". Después de Diji apareció Remigio y por último, Sofía. Se distribuyeron en dos coches de la comisaría. Permanecieron a la espera del contingente del GEO. En un primer momento, la cifra sorprendió al inspector jefe, pero luego de pensarlo bien comprendió que frente a lo que se enfrentaban sería necesario cada uno de ellos.

Sus compañeros y él permanecieron atentos a cualquier movimiento sospechoso, pero en la bodega todo parecía en calma. Hacia las cuatro treinta de la madrugada llegaron los GEO. Pese a que los esperaban, Salazar no pudo evitar sentirse impresionado cuando el camino comenzó a llenarse de furgonetas. Contó diez y cuando creía que la caravana había concluido, aparecieron cinco camiones militares. Todos los vehículos venían repletos de efectivos. Los hombres usaban uniformes oscuros, chalecos de kevlar y portaban armas largas. Se parecían más a un ejército que a un grupo élite de la policía. Néstor tuvo la sobrecogedora idea de que con la investigación de aquel caso, la comisaría de "San Miguel" había iniciado una pequeña guerra.

A las cinco en punto, Olmedo hizo la llamada a Manuel y de inmediato se apagaron las luces del complejo. Entonces las furgonetas y los camiones sobrepasaron el coche que servía de punto de vigilancia y recorrieron a toda velocidad el corto tramo de la carretera que los separaba de la Bodega. Néstor apremió al chófer antes de darse cuenta de quién se trataba. Con una sonrisa de oreja a oreja, Ander aceleró hasta que el vehículo adelantó a los camiones y se quedó detrás de las furgonetas. De haber contado con cien metros más hubiera dejado atrás a todo el contingente. Salazar se aferró a lo primero que encontró dentro del coche, hasta que se dio cuenta de que era la pierna de Sofía. Retiró la mano como si se hubiera quemado y musitó una disculpa en cuanto ella le lanzó una mirada fulminante. El coche continuó su camino lanzado adelante a toda leche, mientras él ahogaba uno que otro grito. ¡Pues sí que le gustaba la velocidad a ese chaval! Más que a un tonto un lápiz.

En el segundo coche de la comisaría, que era conducido por García, iba Ortiz acompañado por Diji. Ya los habían dejado muy atrás.

Cuando por fin se detuvieron frente a la Bodega, Salazar comprobó que ya los hombres de las furgonetas habían comenzado el asalto. La puerta de madera colgaba de sus goznes y una vez cruzado el umbral, los uniformados pululaban como hormigas, pero moviéndose en forma disciplinada. Aquí y allá se veían civiles tendidos en el suelo boca abajo con las manos en la cabeza, mientras eran vigilados por los hombres del GEO.

Después de que uno de los oficiales de Olmedo se acercó a él y a Sofía para informarles de que el complejo estaba bajo el control de la policía, Salazar se encaminó primero al edificio principal, seguido por Sofía. Allí también había un grupo de hombres y mujeres sometidos a la autoridad, a quienes los oficiales iban colocando las esposas y levantando para preparar su traslado a los centros de detención.

Se encontraban en el salón del chalet que los líderes y adeptos usaban como residencia dentro del complejo. Los hombres de Olmedo los habían sacado de sus camas para reunirlos allí. Salazar comenzó a buscar entre los rostros, uno que ya le era conocido.

—¿Dónde está Bernardo Araujo? ¿Lo ves?

—No está aquí —respondió la subinspectora con seguridad.

A una señal de Néstor, ambos se separaron para registrar el resto de la casa. Bernardo había entrado aquella tarde y no volvió a salir, así que debía encontrarse dentro del complejo en alguna parte.

Siguiendo una intuición, Néstor se encaminó a la bodega. Después de intentarlo con varias puertas al fin dio con la correcta. Usando una linterna potente descendió por una escalera de metal. Como era de esperar, la bodega era grande y estaba plagada de barriles. Manteniéndose alerta la escudriñó con la linterna en una mano y la pistola en la otra. Hubiera pasado por alto el detalle, de no haberse encendido la luz en ese momento. Por lo visto, Olmedo había dado la orden a Manuel para que restablecieran el servicio.

Fue entonces cuando el inspector notó que una franja del suelo junto a un grupo de barriles estaba limpia de polvo, a diferencia del resto de la bodega. Se acercó y se quedó pensativo por un momento. Entonces comprendió. Empujó los barriles, que se movieron junto con sus bases como un todo siguiendo un rail oculto. Aquello era una tapadera. Entonces quedó al descubierto la entrada a un túnel. Ahora sabía por dónde se había evadido Araujo.

Néstor sintió unos pasos a sus espaldas y se giró para apuntar lo que consideraba una amenaza. Reconoció a tiempo a Sofía.

—No está en el resto de la casa —le anunció ella—. ¿Qué es esto?

—La entrada a un túnel. Y la vía de escape del sospechoso.

—¿Y qué esperamos? —preguntó ella, dando un paso al frente.

—No, tú te quedas aquí para que informes de esto a Santiago y a Olmedo por radio. Yo iré tras él.

—De nuevo intentando protegerme. ¡Me tienes harta!

—Es una orden, subinspectora.

Sin esperar respuesta, Salazar se adentró en el túnel a buen paso. Estaba bien construido. Empuñó la linterna y avanzó. Al cabo de treinta metros encontró una curva y cuando iba a girar escuchó un disparo y una esquirla de la piedra de la pared le golpeó en la mejilla. El inspector se tiró al suelo y disparó al lugar de donde provino la detonación.

—¿Estás bien? —preguntó Sofía, agachada a sus espaldas.

—Te ordené que te quedaras.

—No, me ordenaste que informara a Olmedo y a Ortiz por radio acerca de la existencia del túnel. Eso hice, antes de seguirte.

Néstor se hubiera echado a reír de no haberse encontrado ambos en una situación tan delicada.

—¡Araujo, entréguese. Está rodeado! —gritó el inspector—. ¡Todo se acabó! ¡No empeore su situación!

La respuesta fue otro disparo, que por fortuna también fue a dar a la pared. Luego se escucharon pasos a la carrera. Ambos policías se incorporaron y con las pistolas a punto comenzaron a correr detrás del fugitivo. Ahora el túnel era recto, así que podían verlo. Unos diez metros adelante había una escalerilla que subía hasta una trampilla. Bernardo trepó por ella sin mirar atrás. La abrió y se encontró con el cañón de la pistola de David, uno de los hombres de Olmedo. Entonces miró a su espalda, donde Salazar y Sofía también lo apuntaban. Araujo soltó el arma, alzó las manos y se entregó.

Salieron por la trampilla y se encontraron en el patio de la empresa de transporte.

—Gracias David —le dijo Sofía con una sonrisa—. Has sido muy oportuno.

—Estaba en el perímetro, el capitán Olmedo me dio aviso de una posible evasión por un túnel —explicó el joven oficial—. Hicimos una

inspección del terreno con los drones, los cuales captaron la imagen de esta trampilla. Lo demás, ya lo sabéis. Llevaré este pájaro con los demás detenidos.

—Buen trabajo David —le reiteró Salazar, luego miró su traje manchado por el barro del túnel—. Mi mejor traje arruinado. Después os preguntáis por qué prefiero usar el gabán.

—Vamos, no seas quejica —lo reprendió Sofía—. La operación ha sido un éxito, pero ahora es cuando comienza nuestro trabajo.

Capítulo 39.

Salazar y su compañera regresaron a la bodega, pero esta vez salvaron la distancia por la superficie, después de llamar a Remigio para que se hiciera cargo del registro de la empresa de transporte. En este caso no disponían de orden de allanamiento, pero la estrecha vinculación con las instalaciones de la secta a través de la existencia del túnel, daban pie a la posibilidad de que detrás de esos muros también pudiera haber rehenes, así que el registro estaba justificado.

Néstor le advirtió a Toro que tuviera cuidado, aunque allí solo habían encontrado a un segurata muy asustado que se dedicó a repetir sin cesar que él no sabía nada cuando vio entrar a media docena de hombres armados, después de que les abrió la puerta. Era muy posible que en verdad el pobre hombre no tuviera idea de todo lo que había ocurrido bajo sus narices, pero debían detenerlo hasta que todo se aclarara.

Cuando entraron de nuevo al complejo de la secta se cruzaron con el comisario, que venía del edificio principal, de donde salía una procesión de detenidos acompañados de hombres del GEO. El frente de la bodega ya estaba plagado de patrullas y furgonetas de la prisión, listas para llevar a los adeptos a los centros de detención, así como ambulancias para trasladar a los cautivos a los hospitales que ya los estaban esperando.

—Ya me informaron que gracias a vosotros se evitó la fuga de Bernardo Araujo —los felicitó Ortiz en cuanto los vio—. Buen trabajo.

—¿Cómo están las cosas allá adentro? —Quiso saber Salazar.

—Bajo control. Me dirigía a los barracones para comprobar la situación de los rehenes.

—Vamos contigo.

Los tres se encaminaron a la zona destinada a los prisioneros. Si en el edificio principal el ambiente era de desconcierto y temor, en los barracones parecía una fiesta. Los padres abrazaban a sus hijos y los niños lloraban de alegría aferrándose a sus progenitores. Algunas madres se separaban unos segundos de los suyos para acercarse al GEO que tuvieran más próximo y deshacerse en bendiciones, con los ojos bañados en lágrimas. A los hombres de Olmedo se les estaba haciendo difícil aguantar el tipo y mantener la disciplina frente a un espectáculo tan conmovedor. La mayoría de estos policías de élite se limitaban a sonreír a las madres que acababan

de salvar y responderles con un tímido "gracias." Era extraño ver a esos hombres duros y experimentados en todo tipo de situaciones difíciles, mirándose unos a otros sin saber qué hacer, o decir.

Después de un par de minutos, Santiago, que estaba de pie a su lado, suspiró. Él también tenía familia y había pasado por la experiencia del secuestro de uno de sus hijos, así que no era extraño que todo aquello le tocara la fibra. Néstor decidió tomar él la iniciativa.

—¿Hay aquí alguna persona llamada Ágata Vilaró? —preguntó en voz alta, para poder hacerse escuchar por encima de la algarabía—. ¿Está aquí Ágata Vilaró?

—Yo soy Ágata Vilaró —respondió una mujer delgada y pálida, con el cabello pelirrojo y despeinado, que estaba en el fondo del barracón acompañada por un hombre y dos niños. Se acercó al inspector despacio y con cierto temor—. ¿Hay algún problema?

—Al contrario —respondió Salazar con una sonrisa—. Gracias a su valor tuvimos el indicio que nos ha traído hoy hasta aquí.

—No comprendo…

—Cuando dejó su carné de la Biblioteca en el bolsillo de Natalia y una gota de su sangre en el cinturón de seguridad, nos hizo comprender que había mucho más detrás de aquel accidente. Si estamos hoy aquí es gracias a lo que usted hizo. Todas estas personas le deben su libertad. Quería que lo supiera.

—Gracias, señor…

—Inspector Salazar. Ella es mi compañera, la subinspectora Sofía Garay y él es mi jefe, el comisario Santiago Ortiz.

—¿Qué será ahora de nosotros?

—De momento los trasladaremos a los hospitales que ya los esperan —respondió el comisario—. Cuando hayan descansado y se encuentren recuperados, les pediremos su colaboración para desentrañar la telaraña y reunir las evidencias que necesitaremos para encerrar a los responsables de esta atrocidad.

—Por supuesto que pueden contar con nosotros. Somos los primeros interesados en que paguen por lo que han hecho. Y lamento si sueno vengativa.

—No se trata de venganza, señora Vilaró. Se trata de justicia —aseveró Salazar

—¿Cómo regresaremos a la normalidad? Nos han dejado sin nada.

—Paso a paso —explicó Néstor—. Los bienes que les fueron arrebatados les serán devueltos. Por supuesto que los jueces deberán seguir un proceso legal para ello, pero recuperarán su vida.

—Gracias.

—¿Hay entre sus compañeros de cautiverio alguien que necesite atención médica urgente?

—Hay dos personas que se encuentran mal. Tienen fiebre y tos. Enfermaron a finales del otoño, pero esos demonios nos negaban la atención médica y nos restringían las medicinas.

Salazar asintió y dio instrucciones a uno de los GEO para que avisara a los sanitarios, de modo que los enfermos fueran los primeros en ser atendidos. Le picaba la lengua queriendo hacerle preguntas a la señora Vilaró, pero se contuvo. Ese no era el momento. Aquella gente necesitaba ser atendida antes que cualquier otra cosa. Se disponía a retirarse cuando la propia Ágata lo detuvo.

—Dígame, ¿la atraparon?

—¿A quién?

—A ese demonio. La mujer que organizó todo este horror. "La hija favorita de Vishnu."

—Aún no tenemos la certeza de quiénes son los detenidos. Es una información que procesaremos en las próximas horas.

—Asegúrense de arrestarla. Esa mujer es el demonio.

—¿Así que el líder de esta secta es una mujer? —preguntó Santiago. Ágata asintió—. ¿Sabe su nombre?

—Lo siento. Nunca nos dijo su verdadero nombre. La secta se llama "Los servidores de Vishnu" y ella decía que era la encarnación de la hija del dios.

—Si está entre los detenidos, la identificaremos. Si no, la atraparemos —prometió Néstor.

Cuando salieron de los barracones comenzaron a escuchar un pequeño alboroto frente a la puerta de la Bodega. Salazar detuvo a uno de los GEO para que le informara.

—Acaban de llegar los de la prensa, señor —le explicó el joven—. Quieren hablar con alguno de los responsables de la operación y se resisten a retirarse del perímetro. Si por ellos fuera entrarían a interrogar a los cautivos para las noticias de la mañana.

Como si tuvieran un resorte en el cuello, tanto Néstor como Sofía voltearon a mirar a Santiago. Además de que era la máxima autoridad responsable, junto con Olmedo, su aspecto intimidante haría más fácil el control de los periodistas. Ortiz suspiró y llamó por radio al capitán del GEO para que se encontrara con él en la puerta. No se iba a comer solo ese marrón.

Como apoyo moral, tanto Salazar como Sofía siguieron a los jefes cuando estos se encaminaron a enfrentarse con las fieras. Aunque aún no había amanecido, afuera parecía pleno día gracias a la iluminación que habían instalado los técnicos del noticiero televisivo. En cuanto se asomaron surgió frente a ellos un bosque de micrófonos y móviles dispuestos a grabar hasta la última palabra.

—Comisario… Capitán… ¿De qué se trata el operativo?... ¿Hubo bajas durante la incursión?… ¿Es verdad que desmantelaron una secta?... ¿Hay heridos?... ¿Es cierto que se han violado los derechos humanos de los detenidos?... ¿Es verdad que desplegaron un operativo militar en un lugar donde hay niños?... Capitán… Comisario.

Ortiz alzó las manos para tratar de detener el alud de preguntas. Algunas de las cuales tenían una evidente mala intención. Los periodistas comprendieron que ese policía grande, de rostro adusto, no satisfaría sus deseos de información hasta que no guardaran silencio.

—El día de hoy, 22 de diciembre, se desplegó un operativo conjunto con el grupo GEO para el desmantelamiento de una organización criminal con fines de lucro que funcionaba como una secta. Entre las prácticas de este grupo se destacaban el secuestro y la extorsión de familias completas, a quienes mantenían retenidos contra su voluntad. El procedimiento se llevó a cabo bajo todas las premisas legales y con las órdenes judiciales correspondientes, después de reunir suficientes evidencias tras una exhaustiva investigación. Durante la incursión no hubo bajas, ni heridos.

—¿Es cierto que hay niños en esas instalaciones? —gritó uno de los reporteros, conocido por sus constantes críticas a la Policía.

—Es cierto, pero los niños se encuentran entre los cautivos, junto con sus padres. Me gustaría que me explicara, señor, cómo podríamos rescatar un niño secuestrado si nos abstenemos de actuar porque hay un niño en el recinto —después de estas palabras, el periodista se escondió entre sus compañeros—. Durante la planificación se tomó en cuenta la presencia de

los menores y se pusieron en práctica todas las precauciones pertinentes al caso.

—¿Darán una rueda de prensa, comisario?

—Cuando dispongamos de toda la información pertinente que no viole el secreto del sumario. Ahora, señores, les agradezco que abandonen el área, para que podamos llevar a cabo las indagaciones correspondientes. Los oficiales delimitarán la zona considerada como escena del crimen. Cualquier persona que encontremos en el interior de este perímetro será sospechosa de pertenecer a la secta y por lo tanto, detenida.

Después de estas palabras, la mayoría de los periodistas corrieron a sus coches para ser los primeros en redactar la noticia, mientras los técnicos de la televisión recogían a toda prisa. Un pitido corto salió del móvil de Sofía, que después de verlo anunció:

—La noticia ya está en todas las redes sociales.

Ya los adeptos y los prisioneros habían sido desalojados del complejo. Los primeros fueron llevados a centros de detención preventiva, mientras los segundos se repartieron entre los hospitales más cercanos. Antes de retirarlos, un equipo móvil de identificación les había tomado una fotografía y las huellas, para facilitar las investigaciones posteriores. Los hombres del GEO también se habían retirado, siendo sustituidos por agentes de la provincia que vigilarían la zona hasta que el equipo de científica terminara su labor. Se había ampliado el área restringida para que incluyera la empresa de transportes.

Después de una rápida inspección, los detectives de "San Miguel" decidieron dejar trabajar a los expertos en el procesamiento de la escena del crimen para que pudieran llevar a cabo su labor sin estorbos. Néstor no los envidiaba. Allí tenían trabajo para rato, aunque debía reconocer que ellos no estaban mejor. En el complejo se habían encontrado diez familias, es decir veinte padres y veinticinco niños cautivos, además de treinta y siete adeptos, lo cual significaba ochenta y dos personas, de las cuales cincuenta y siete eran adultos a quienes tendrían que interrogar e investigar. Sería imprescindible la ayuda de los colegas de la Jefatura Superior, o para cuando terminaran, a Salazar le estaría llegando la jubilación.

—Bien. Parece que estamos llegando al fin de todo este asunto —afirmó Ortiz con satisfacción, dirigiéndose a sus subalternos, que lo rodeaban—. Habéis hecho un buen trabajo. Todos. Podéis ir a casa a

refrescaros, pero me temo que no podré daros mucho tiempo libre. Tenemos que asegurarnos que todos los miembros de la secta caen en la red.

—¿Qué haremos con respecto a los que no estaban aquí, señor?

—De momento tenemos identificadas a dos: Adelaida Urbina, la secretaria del asesor matrimonial y Modesta Pavía, la enfermera que manipulaba a los ancianos para quedarse con sus pasaportes. Ambas permanecían vigiladas por dos patrullas, que las detuvieron en el mismo momento en que se llevó a cabo la incursión. Ordené que las llevaran a la comisaría. Con respecto a nosotros, nos veremos en "San Miguel" en tres horas.

Los detectives se dispersaron, cada uno en dirección a su casa. No tendrían tiempo de dormir, pero sí de darse una ducha y recargar baterías con un buen desayuno.

Néstor se acercó a su hermano.

—¿Vas a tu casa? Tal vez yo debería…

—Si deseas venir conmigo para ver a Salvador eres bienvenido, pero tomando en cuenta que a esta hora estará dormido, por experiencia te aconsejaría que fueras a tu casa y repusieras fuerzas. No te preocupes por el chaval. Estoy seguro de que está muy bien.

—Gracias, Santiago. Seguiré tu consejo.

Salazar subió al coche de la comisaría que lo había llevado hasta allí la noche anterior, donde ya esperaba Sofía en el asiento de atrás. Ander, al volante, le sonrió cuando él ocupó el asiento del pasajero. El inspector le devolvió una sonrisa forzada y se sujetó con fuerza antes de darle la dirección de la subinspectora, después de advertirle que debía respetar los límites de velocidad, pues ya no había ninguna urgencia.

De alguna manera, el chaval se las arregló para acelerar hasta la velocidad máxima permitida en menos de tres segundos y mantenerse en ese límite durante todo el trayecto. Cuando llegaron al piso donde vivía Sofía, Néstor se juró a sí mismo que renunciaría a la Policía antes de volver a subir a un vehículo que condujera el entusiasta agente.

Después de que dejaron a la subinspectora en su piso, Salazar albergó la esperanza de que al tener que circular dentro de la ciudad, Ander reduciría la velocidad. Y sí, lo hizo. Justo para mantenerse en el máximo permitido en zona urbana, lo cual representaba una osadía en las calles más estrechas. Para cuando llegaron al barrio del inspector, este sentía los latidos del corazón en la garganta y estaba pálido.

—¿Regresas a casa? —le preguntó Néstor al joven policía.

—No, señor. Estoy de guardia y mi turno termina al mediodía. ¿Quiere que lo espere? —le preguntó con entusiasmo.

—¡No, gracias! —respondió, quizá demasiado rápido—, pero te invito a desayunar. En los bajos de mi edificio, un amigo mío tiene un bar. ¿Por qué no me esperas allí mientras subo a darme una ducha y cambiarme.

—Desde luego, señor. Es usted muy amable —respondió el agente, siempre risueño.

Después de dejar al agente Echevarría en el bar de Gyula, que estaba abriendo en esos momentos, Salazar subió a su casa. Paca no vino a recibirlo, lo cual era mala señal. Se había asegurado de cerrar la puerta del servicio antes de salir, así que la cisterna no corría peligro. Avanzó despacio y sin hacer ruido. Abrió de golpe la puerta de la habitación que ahora pertenecía a Salvador. Paca levantó la cabeza sorprendida y lo miró con ojos estupefactos. ¡Qué impertinencia la de su humano, interrumpirla así mientras se divertía!

De alguna manera, la gata había conseguido abrir uno de los cajones de la cómoda. Tal vez Salva lo dejara mal cerrado, o su ladina felina había aprendido a halar del tirador. A estas alturas, ya nada le sorprendía. La encontró "excavando" entre la ropa interior, como si estuviera en su caja de arena. Ya la mitad de sus calzoncillos estaban en el suelo.

—Maauuu —lo saludó con inocencia en cuanto lo vio.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo, Paca?

Si la gata hubiera tenido hombros los habría encogido. Néstor se acercó a la cómoda, temeroso de que le hubiera dejado "un regalito", dada la conducta tan parecida a la que tenía cuando enterraba sus propios excrementos en la caja de arena. Pero no. Por fortuna se había limitado a jugar con sus calzoncillos. Suspiró aliviado.

Salazar sacó a la gata del cajón y la dejó en el suelo con suavidad. Luego se aseguró de que la gaveta quedara bien cerrada, recogió sus calzoncillos del suelo y los echó en la cesta de ropa sucia. Era definitivo, tenía que encontrar con urgencia algo que mantuviera entretenida a su gata, o cualquier día se cargaría el piso con uno de sus juegos.

Paca, haciendo gala de su prudencia felina, se fue a refugiar en su cesta y se enrolló sobre sí misma para una siestecita, como si no hubiera roto un plato. El inspector se dio una ducha, se vistió con ropa limpia y se puso su gabán. Cuando entró a la sala, Paca alzó la cabeza y lo miró como si la

hubiera abandonado en medio de la noche invernal, lo cual vino acompañado por un largo y triste "meauuuu." ¡Condenada gata! Siempre conseguía que se sintiera como un ogro.

Antes de salir, Néstor llenó de leche el tazón de Paca. Ella saltó de la cesta y se concentró en el piscolabis que se había ganado con tanto esfuerzo.

Salazar dejó a la gata en la única actividad que la mantenía alejada de problemas: comer. Bajó al bar donde ya Ander lo esperaba en una mesa. En cuanto llegó y después de saludarlo, Gyula les sirvió un par de cafés y unas porras.

—Esto va por la casa.

—¿Y esa repentina generosidad? —preguntó el inspector.

—He visto las noticias sobre esa secta que habéis desmantelado. Habéis hecho un gran trabajo.

—¿Ya has visto las noticias a esta hora?

—Redes sociales, abuelo.

—Ya. ¿Y qué dicen?

—Que "sois la hostia." No veas cómo os alaban.

Después de esas palabras, que en lenguaje de Gyula equivalían a una felicitación, Néstor se concentró en desayunar, pues en el minuto que se había entretenido hablando con su amigo, ya Ander se había ventilado tres porras y como se descuidara se quedaba sin desayuno, igual que se quedó sin abuela. Cuando el plato de las porras, de las cuales Néstor solo había podido comerse dos, quedó vacío, el inspector decidió conocer un poco mejor al joven "Fernando Alonso."

—Y dime Ander, ¿si eres de San Sebastián, cómo fue que terminaste en Haro?

—Fue por mi madre.

—¿Ella vive aquí?

—No, ella murió hace dos años —respondió el joven mientras apuraba el último sorbo de su taza—. ¿Podría pedir otro café? Está muy bueno.

—Desde luego. ¿Te apetecen más porras, o alguna otra cosa?

—No, gracias. Sería abusar.

A un gesto de Néstor, Dika se acercó, anotó el pedido y regresó enseguida con el café. Ander se lo bebió en un par de sorbos, pese a lo caliente que estaba.

—Me contabas sobre tu madre.

—Ah, sí, verá: mi padre es guipuzcoano, pero la familia de mi madre era de aquí, de Haro. Mi abuela le dejó un piso bastante apañado en la calle Ventilla. Y cuando mi madre murió, yo lo heredé. Tengo novia, ¿sabe? Y queremos casarnos, pero se hace difícil si ambos tenemos que pagar alquiler, así que decidimos que yo pediría traslado a esta ciudad, que nos instalaríamos en el piso y a ver qué tal nos iba.

—¿Pensáis quedaros en Haro?

—Todavía no lo sabemos. La tierra chica tira mucho, pero tampoco estamos muy lejos y aquí hay buen vino.

—Eso, desde luego. Pues que haya suerte, chaval. Tienes entusiasmo, lo cual es un buen comienzo.

—Gracias, señor —respondió el joven agente, mientras miraba su reloj —. Disculpe, pero tengo que marcharme. Debo volver a mi ronda. Gracias por el desayuno.

—Un placer.

Ander se caló la gorra y salió del bar, después de felicitar a Gyula y a Dika por la calidad de su café y sus porras. Salazar suspiró, mientras recordaba los días en que él también daba sus primeros pasos como oficial de policía. Se puso el abrigo que traía doblado en el brazo y salió a la fría madrugada del barrio de "San Miguel."

Capítulo 40.

Cuando Néstor entró en la comisaría de "San Miguel" se preguntó si se habría equivocado de edificio. Tal era el trasiego del personal tan poco habitual para esa pequeña delegación. Sin embargo lo tranquilizó encontrar a García en su lugar habitual. Después de los saludos de rigor y de que el sargento le anunciara que el comisario lo esperaba, el inspector subió al primer piso donde fue recibido por Lali.

—¡Felicitaciones inspector jefe! —exclamó la secretaria, pletórica de alegría—. Han hecho ustedes un gran trabajo. ¡Toda esa pobre gente secuestrada por esos lunáticos! ¡Familias completas con niños! ¿Dónde vamos a parar?

—Sí, es espeluznante —reconoció Salazar, abrumado por el despliegue emocional de Lali.

—El comisario llegó hace diez minutos. Lo espera en su despacho.

—Gracias, Lali.

—¿Desea café?

—No, gracias. Vengo de desayunar.

La secretaria asintió con aprobación. Néstor llegó hasta la oficina de Ortiz y llamó a la puerta. Entró después de ser autorizado. Allí encontró a su hermano concentrado en los papeles que tenía delante.

—Me dijeron que querías verme.

—Sí, desde luego. Pasa y siéntate. Tenemos que terminar de cerrar este endemoniado caso de una vez por todas y necesitaré tu ayuda. Por cierto, vengo de casa y Salvador está muy bien. Dormía, por supuesto, al igual que los gemelos, pero Carmela me dijo que ayer pasó una tarde agradable con sus primos, almorzó y cenó con buen apetito y se comportó bastante bien.

—¿Bastante bien?

—Creo que las palabras exactas de Carmela fueron: "Comparado con los gemelos es un santo." Por cierto, me dijo que fue de gran ayuda con sus primos, porque algo debió caerles mal ayer a Sebas y a Lucas, pues pasaron la tarde con dolor de barriga y que se "iban de vareta."

—¿Ya se encuentran mejor? —preguntó Néstor con expresión de inocencia, mientras recordaba la cesta de chocolates que se habían zampado entre los dos chavales.

—Sí. Nada que una dieta y una infusión de manzanilla no pudieran resolver, pero volvamos a lo nuestro. Necesitamos atar los últimos cabos: identificar cuáles detenidos son líderes de la secta y cuáles simples adeptos. Todos tienen su cuota de responsabilidad, pero no el mismo nivel de implicación. Los cargos no serán los mismos.

—Eso, desde luego. Las propias víctimas nos pueden ayudar a establecer esa diferenciación.

—Sí, por eso envié a Sofía al hospital donde llevaron a Ágata Vilaró, con las fotografías que se les hicieron a todos en la propia bodega.

—Buena idea. Si la señora Vilaró tuvo la presencia de ánimo para plantar una evidencia en las narices de sus carceleros, también la tendrá para identificarlos, ahora que todos han sido liberados.

—Hay más. Científica encontró una cantidad ingente de grabaciones de las cámaras de seguridad. Mantenían un control estrecho de los cautivos, así que cada centímetro del complejo estaba bajo continua vigilancia. Repartí la tarea de analizarlas entre Manuel y Diji. Comenzarán por las grabaciones más recientes.

—No los envidio.

—No cantes victoria, que para ti también tengo trabajo.

—No esperaba menos. ¿De qué se trata?

—En este momento, Remigio está interrogando a Bernardo Araujo en el tercer piso, mientras Miguel se ocupa de Modesta Pavía en la sala común. Quiero que tú entrevistes en tu despacho a Adelaida Urbina, la secretaria del asesor.

—De acuerdo. ¿Ya está aquí su defensor?

—Los abogados de los tres llegaron con una rapidez inaudita. Menos de diez minutos después de que fueran fichados.

—Y supongo que no son de oficio.

—Nada de eso. Los tres pertenecen a uno de los bufetes más prestigiosos de Haro.

—Interesante.

—Pues a mí no me sorprende. Después de todo, esta organización dispone de recursos financieros suficientes como para garantizarse una buena defensa.

—Sí, pero debemos tener en cuenta que una gran parte de esos recursos se encuentra comprometida. Las cuentas de Bahamas serán bloqueadas en breve, al menos aquellas de las que tenemos noticias. Por

otro lado, cualquier cuenta de la que ellos dispongan podría ser congelada en cualquier momento, a menos que puedan demostrar que ese dinero tiene un origen legal, lo cual estoy seguro de que no es posible.

—¿Adónde quieres llegar?

—Estos ilustres abogados tienen claro todo esto y no van a poner en riesgo sus honorarios. Lo que quiero decir es que debe haber una tercera persona que está garantizando pagar por sus servicios. Alguien que no cayó en la redada.

—Y si tiene acceso a los fondos de la organización, debe tratarse de uno de los líderes —concluyó Ortiz, mientras Néstor asentía—. De acuerdo. Eso significa que no debemos perder el tiempo. No podemos dejar que ninguno de los líderes se nos escape. Si lo hace podría reiniciar su negocio en otra provincia, o en otro país.

—Sería recomendable dar aviso de este detalle a Remigio y a Miguel para que presionen a sus correspondientes detenidos.

—Yo me ocupo de eso —afirmó el comisario—. Trata tú de conseguir lo máximo que puedas de Urbina. Si hay un líder de la secta por ahí suelto debemos identificarlo lo antes posible para ponerlo en busca y captura.

En ese momento llamaron a la puerta y después de ser autorizado, Diji se asomó. Traía un ordenador portátil bajo el brazo.

—Me alegra encontrarlos a ambos. Creo que deben ver esto.

Después de ver el vídeo de las cámaras de seguridad que les había mostrado el subinspector, Salazar salió de la oficina de su hermano y se encaminó a su propio despacho. Desde allí le pidió a García que le llevaran a la señora Urbina acompañada de su abogado para interrogarla. Al cabo de pocos minutos apareció Adelaida deshecha en lágrimas y enjugándoselas con un pañuelo. Ver a aquella mujer le causó sentimientos encontrados. Se parecía demasiado a doña Urraca, la maestra de quinto de EGB que le había amargado parte de su infancia, por la trivial razón de que él había colocado dos simples tachuelas en una tira de cuero y luego en el asiento de la susodicha. Bueno, tal vez eran dos, o siete. ¡Quién podía acordarse después de tantos años! El caso fue que la maestra se sentó sobre el artilugio y no dijo ni "mu." Cuando se levantó, las tachuelas se le quedaron pegadas con todo y cuero a la falda sin que ella lo notara, así que se paseó por toda la escuela el resto del día con sus tachuelas a cuestas, lo que dejó claro a todos que usaba faja con relleno. Algo que el Néstor de 10 años que en aquellos

días respondía al nombre de Lucas, ni siquiera sabía que existía. A partir de ese momento, doña Urraca le había declarado la guerra.

Se sacudió aquellos recuerdos. Tal vez ya era hora de pasar la página al asunto de la maestra, pues le parecía verla por todas partes y eso no podía ser saludable. Junto a la detenida entró un hombre de mediana edad que vestía un traje caro, con el que trataba de disimular la más que incipiente barriga, que había embutido en una camisa que le quedaba estrecha. Néstor miró con desconfianza uno de los botones que amenazaba con salir disparado. Si eso ocurría podría convertirse en un proyectil con consecuencias imprevisibles. Por si acaso, decidió llevar a cabo el interrogatorio de pie y paseándose por el despacho. Mucho más seguro que sentarse frente a aquel botón, que parecía el proyectil de un arma a punto de ser disparada.

—¡Usted! —exclamó Adelaida en cuanto lo vio—. ¡Usted me ha engañado!

—Señora Urbina —respondió él, ignorando el arrebato de indignación de la mujer—. Tome asiento, por favor. ¿Desea algo? ¿Agua, café? ¿Tiene alguna queja del trato que ha recibido?

—Por supuesto que tengo una queja —sentenció ella, olvidando las lágrimas que venía derramando—. Usted y esa mujer se presentaron en la oficina del licenciado Narváez, haciéndome creer que eran una pareja con problemas. ¡Me mintieron!

Al decir esto miró a su abogado, como si esperara que el hecho de haber sido víctima de un engaño, la exculpara de alguna forma. El letrado se mantuvo impasible.

—La subinspectora y yo llevábamos a cabo un trabajo de investigación por completo legal, señora Urbina. Su abogado no puede sacar ventaja de ello. En realidad, cuando representamos ese papel no sospechábamos de usted, sino del licenciado, pero al hablarnos del retiro familiar y darnos la dirección de la Bodega, quedó descubierta.

—Es usted… Es usted… Una mala persona. Tan solo queríamos ayudar a esas familias.

—¿Cómo? ¿Robándoles todas sus posesiones, privándolos de su libertad y convirtiéndolos en esclavos? ¿Separándolos de sus hijos y sometiéndolos a pasar hambre y penurias? ¿Eso es ayudarlos?

—Usted no lo entiende. Los ayudábamos a evolucionar como personas, a desprenderse de las ataduras materiales y los lazos emocionales

que les impedían brillar como entes espirituales. A anular sus deseos para alcanzar un mayor plano espiritual.

—Y mientras tanto, vaciaban sus cuentas bancarias.

—Mi clienta no ha tenido acceso a ninguna cuenta —aclaró el abogado —. Sus motivaciones eran altruistas. Ella creía que ayudaba a estas familias.

—¿Dónde vivía usted, Adelaida?

—En la Bodega, por supuesto.

—¿Dormía en los barracones?

—Claro que no.

—¿Por qué no? —preguntó Néstor, comenzando a cabrearse.

—Los barracones eran para los no iniciados. Las personas que no habían alcanzado el suficiente nivel espiritual para servir a Vishnu.

—El cual no era su caso.

—Desde luego que no. Yo decidí servir a Vishnu por mi propia voluntad. Fue hace unos cinco años. Acudí a una charla con "la hija favorita del dios" y comprendí la importancia de la elevación espiritual y lo vital que era dejar atrás los lazos terrenales.

—¿A qué se refiere con lazos terrenales?

—Ya sabe. Bienes materiales, nexos con otras personas que no están preparadas para la vida espiritual, así que decidí ser servidora de Vishnu con alegría.

—¿Les traspasó bienes?

—Algunos ahorros que tenía en el banco. No eran demasiados, pero la elevación de mi alma era más importante.

—Dígame algo, señora Urbina. ¿La hija de Vishnu estaba anoche en la bodega?

—Oh, por supuesto que no. Supongo que el dios debió avisarle que se mantuviera alejada. Aunque debo reconocer que en los últimos días no pasaba mucho tiempo en nuestra compañía. Me preocupa pensar que fuera porque no estuviéramos cumpliendo bien con los deseos de su "padre."

—¿Y por qué piensa eso?

—Por los contratiempos que hemos tenido por culpa de esos malagradecidos. Me refiero a los no iniciados. Los que trataron de escapar, aunque por fortuna no lo consiguieron y luego está la chica, que sí lo logró.

—Así que eso haría que su dios se enfadara con ustedes. Y por eso su "hija" se mantiene a distancia.

—Eso me temo.

—¿No ha pensado que tal vez ella comprendió que esos acontecimientos comprometían la seguridad de su grupo, que los exponían a ser descubiertos por las autoridades y por eso decidió mantenerse alejada?

—¿Por qué iba a hacer eso? No somos delincuentes.

—En ese caso, ¿puede decirme el nombre de esta persona?

—Por supuesto que no. Si quiere saberlo, averígüelo usted mismo.

El interrogatorio de Urbina le había dejado claro a Néstor que ella era una de las adeptas. No dejaba de sorprenderle la forma en la que un pequeño grupo de malvivientes podía ser capaz de lavarles el cerebro de esa forma a personas normales. Adelaida estaba convencida de que ellos no habían perpetrado ningún delito y que los horrores que habían cometido eran para el beneficio espiritual de las familias que escogieron. Razonar con alguien así era del todo imposible, así que el inspector hizo de tripas corazón y le siguió la corriente. Por desgracia, pese a su papel de reclutadora, Urbina estaba muy abajo en la escala de confianza de la secta, de manera que sabía muy poco. Aun así, pudo aclararle al policía cómo se organizaban, confirmándole lo que ellos sospechaban. Con respecto a la identidad de la líder, se cerró en banda. No valieron ni promesas, ni amenazas. Y cuando Salazar conseguía acercarse a la revelación, el abogado intervenía para impedirla, con lo cual no le quedaron dudas acerca de quién pagaba las cuentas del letrado y cuál era su cometido más importante.

Al terminar el interrogatorio, Néstor salió en dirección a la oficina de Santiago, pero Lali le advirtió que no lo encontraría allí, sino en el segundo piso, pues ya Sofía había regresado. Cuando el inspector subió las escaleras encontró a todo el equipo reunido. El ambiente que se respiraba era muy diferente del que había predominado los últimos días. Pese al cansancio lógico por haber pasado la noche en vela, los rostros mostraban sonrisas de satisfacción, y las pequeñas chanzas volvían a surgir en forma espontánea. Aunque todavía quedaba mucho por hacer, saber que las víctimas ya estaban a salvo les quitaba una enorme presión de encima.

—De acuerdo, como ya estamos todos aquí, podemos dar inicio a la reunión —anunció el comisario, que también parecía mucho más relajado —. Comencemos por las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—Esa gente era obsesiva con el control —anunció Manuel—. Mantenían vigilados a sus prisioneros hasta cuando iban al servicio. No les

permitían la menor intimidad. Los cautivos vivían peor que en una cárcel. En fin, hemos visualizado los vídeos de los últimos dos meses, lo cual viene a ser más o menos un 40%.

—¿Habéis encontrado algo?

—Además del fragmento que les mostró Diji, hemos descubierto parte del intento de fuga de los Avana. Ellos no lo sabían, pero nunca tuvieron oportunidad.

—¿Grabaron su asesinato? —preguntó Remigio con sorpresa.

—No, eso no. Creo que ordenaron apagar las cámaras en el momento en que los interceptaron para no dejar pruebas tan determinantes.

—Entonces los asesinaron en el complejo —asumió Néstor.

—Para ser más precisos, en el túnel. Las grabaciones muestran a Vicente y Natalia abandonando los barracones con sigilo en medio de la noche, luego recogieron al niño en la granja y se encaminaron al edificio principal.

—¿No había guardias que los vigilaran?

—Dos en cada barracón y uno en la granja, pero todos estaban dormidos en ese momento. De hecho, Vicente cogió las llaves de uno de ellos, que estaban sobre una mesa donde el tío había colocado la cabeza para echarse la siestecita más a gusto. El guardia ni se movió.

—Es interesante —comentó Salazar.

—¿En qué estás pensando? —Quiso saber Remigio.

—¿Cómo sabían los Avana que el sueño del guardia iba a ser tan profundo? ¿O que también iban a encontrar fuera de juego al que vigilaba a Diego?

—¿Consiguieron drogarlos, tal vez? —sugirió Sofía.

Néstor asintió mientras hacía un gesto con el índice para confirmar su acuerdo con el planteamiento de su compañera.

—Pero, si es así, ¿de dónde sacaron la droga? —preguntó Diji.

—Es solo una teoría —reconoció el inspector jefe—. La analizaremos a fondo cuando llegue el momento. Sigamos con los hechos. ¿Qué más muestran las grabaciones, Manuel?

—Bien, pues una vez reunida la familia, usaron las llaves que habían robado al guardia para entrar al edificio principal.

—¿Nadie hacía guardia en el patio?

—Un sujeto se paseó entre los edificios en las primeras horas de la noche, pero luego se acurrucó en un rincón y no se le vio más.

—Todo apunta a que tienes razón con tu hipótesis, Salazar —reconoció Santiago—. Continúa, Manuel.

—De acuerdo, ya dentro del edificio se fueron directo a la bodega y sin vacilar abrieron la entrada al túnel.

—¿Sabían dónde estaba? ¿Cómo? —preguntó Miguel.

—Vicente Avana era enólogo —les recordó Néstor—, así que es probable que trabajara en la bodega del edificio principal. Tal vez descubrió la entrada del túnel por casualidad y lo vio como una oportunidad de sacar a su familia de ese infierno.

—Interesante conjetura —reconoció el comisario—, pero debemos tratar de comprobarlo. Disculpa las interrupciones, Manuel, puedes continuar tu exposición.

—Gracias, señor. No hay mucho más que decir: los Avana entraron en el túnel y al cabo de pocos minutos los siguieron tres hombres con un perro. Un rottweiler enorme. Luego las cámaras se apagaron. La grabación termina allí.

—¿Se pueden ver los rostros de esos tres hombres?

—No se detuvieron en ningún momento, así que la grabación quedó muy borrosa. Ni Diji, ni yo pudimos identificarlos.

—Enviadlas al laboratorio —ordenó Santiago—. Es posible que ellos puedan mejorar las imágenes de los asesinos para que sean identificables. ¿Algo más?

—La grabación que les mostró Diji esta mañana.

—¿No hay evidencias de la fuga de Isadora?

—No tan claras.

—¿Qué significa eso?

—Por lo visto, la chica escogió otra vía para escapar. No lo hizo por la bodega. Lo único que se ve en una de las grabaciones del perímetro es una sombra en mitad de la noche, que se mueve desde el lado de afuera de los muros y se aleja hasta salir del campo de visión de la cámara. Después la siguen tres sombras y el perro. Eso es todo. No podría asegurar que se trata de la fuga de la mujer, pero es posible.

—¿Cómo traspasó los muros? —preguntó Sofía. Rodríguez se encogió de hombros. No tenía la menor idea.

—Si queremos reconstruir el asesinato de los Avana, debemos llenar las lagunas acerca de las dos fugas —afirmó el comisario.

—¿Y cómo hacemos eso?

—Sospecho que nuestra testigo estrella nos podrá orientar sobre los detalles que faltan —sugirió Salazar.

—¿A quién te refieres?

—A la señora Vilaró, por supuesto.

—Tienes razón —lo respaldó Santiago—. Remigio, ocúpate tú de hablar con Ágata Vilaró en cuanto los médicos lo autoricen.

—Sí, señor.

—Ahora dime, ¿qué has descubierto en el interrogatorio de Bernardo Araujo?

—El tío es un crápula. No es la primera vez que lo detienen, así que no se asusta con facilidad. Sin embargo, nunca había enfrentado cargos tan serios. Por otro lado, ese abogado fue un dolor de muelas durante todo el interrogatorio. Cada vez que Bernardo comenzaba a ceder, el leguleyo intervenía y lo hacía cambiar de opinión. Aun así no me quedó duda de que Araujo es uno de los líderes.

—Lo mismo me ocurrió con el defensor de la secretaria —admitió Néstor.

—Y a mí con el de la enfermera —refrendó Miguel.

—Está claro que los tres abogados llegaron aquí con el encargo de hacer que sus defendidos mantuvieran la boca cerrada.

—Lo cual confirma tu teoría de que alguno de los líderes se libró de la redada —reconoció el comisario, dirigiéndose a Néstor.

—Eso ya lo confirmé —sentenció él—. Se nos escapó "la hija de Vishnu"

Capítulo 41.

Todo el equipo miró con sorpresa a Salazar después de semejante afirmación. Fue como si les hubieran arrojado un balde de agua fría sin previo aviso.

—Lo siento, pero Urbina lo admitió: la "hija de Vishnu" evitó acercarse al complejo en los últimos días.

—¿Crees que sabía que estábamos tras ellos?

—Más bien creo que se trata de una persona muy inteligente y calculadora. El intento de escape de los Avana y la fuga de Isadora representaban una grieta en el muro de su seguridad. Es probable que mantuviera las distancias hasta poder tener la certeza de que no habían sido descubiertos.

—¿Y sabemos al menos de quién se trata? —preguntó el comisario.

—Urbina no me lo quiso decir, o tal vez en realidad nunca la llegó a conocer por su verdadero nombre. Esa es una información de la que solo tendrán conocimiento sus cómplices más cercanos.

—Los líderes —sentenció Remigio.

Todos miraron a Miguel.

—Por ese lado no tenemos nada que hacer —los desanimó Pedrera—. Araujo no la delatará.

—De acuerdo, entonces debemos averiguarlo por nosotros mismos —afirmó Santiago—. Lanzaré un alerta para que se vigilen aeropuertos, estaciones y carreteras de todo el país. Debemos evitar que esa mujer salga de Haro y de España. Necesitamos identificarla con rapidez. ¿Alguna sugerencia?

—Las víctimas podrían ayudarnos a elaborar un retrato robot —sugirió Diji.

—Buena idea. Ocúpate tú mismo de que lo realicen los técnicos y de distribuirlo a todos los puntos de control. Manuel, tú utilízalo para encontrarla en los archivos nacionales. Si no hemos conseguido averiguar el nombre para entonces, trata de ubicar a las que tengan rasgos que sean determinantes para los técnicos en identificación, para así comenzar a descartarlas. ¿Alguna otra idea?

—Urbina confesó ser adepta y haber ingresado por voluntad propia a la secta —les explicó Salazar—. Lo hizo hace cinco años y me confirmó

que los reclutamientos forzados a través de los falsos retiros familiares comenzaron hace tres años, con los Avana.

—Entonces tenías razón y el cambio de modus operandi se dio a raíz del deseo de la organización de apoderarse del fideicomiso de Julián Avana —opinó Sofía, dirigiéndose a Néstor.

—Se fueron por el camino de la extorsión —continuó Salazar—, les salió bien y repitieron el procedimiento.

—Y si las primeras víctimas fueron los Avana, debió existir alguna conexión con la secta en su entorno.

—Olvidamos algo —advirtió Diji—. No es preciso que el contacto con la secta fuera a través de su gurú. Pudo tratarse de uno de sus cómplices, o incluso de algún adepto.

—No lo creo —le rebatió el inspector jefe—. Observa la forma en que se mantenía la vigilancia dentro del complejo. Te aseguro que no solo era a causa de las víctimas, sino también para saber qué hacían los adeptos, e incluso los mismos líderes.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Quiso saber Miguel.

—Que no confiaban unos en los otros. Que esta mujer es una obsesa del control. Y una persona así no dejaría en manos de otro la posibilidad de hacerse con más de un millón de euros.

—Es un buen punto —afirmó Remigio—, pero cómo nos ayuda eso. Los Avana están muertos. Ya no nos pueden proporcionar ninguna pista.

—Pero Julián Avana está vivo —sentenció el inspector jefe.

—¿Crees que él sepa algo?

—Vamos a verlo de esta forma: si a la "hija de Vishnu" le llegó la información acerca de la existencia del fideicomiso, lo más probable es que haya tratado de acercarse a Julián Avana. Lo cual además hubiera sido más fácil por el entorno que él frecuentaba y por las bacanales que organizaba. Una vez hecho el contacto, se habría dado cuenta de que Julián no era susceptible de ser captado, pues es una persona demasiado individualista para tener interés por formar parte de cualquier grupo. Sin embargo, puede haber conocido al resto de la familia y haber visto su oportunidad en Vicente, Natalia y sus problemas matrimoniales, con lo cual… —Néstor se interrumpió y se quedó con la mirada perdida.

—Néstor, ¿te encuentras bien? —preguntó Santiago con expresión preocupada. Su hermano ni siquiera lo escuchó.

—¡Néstor? —lo llamó también Sofía, mientras lo sacudía por el hombro. Salazar pareció despertar.

—Lo siento. Me distraje un momento por algo que recordé. Cuando interrogué a Julián, él me habló de una chica que era su novia cuando Vicente lo desfalcó. Me comentó que había hecho amistad con Natalia, que hablaban mucho y que después del desfalco, ella desapareció de su vida.

—¿Estás pensando que esa chica…?

—¿Por qué no? Creo que vale la pena investigarlo.

—¿Cómo se llamaba esa mujer?

—Amparo. No mencionó el apellido y lo siento, pero en aquel momento no le di importancia. La vi como alguien ajeno a la investigación.

—En ese caso, será mejor que volvamos a hablar con Julián Avana.

—Creo que lo más recomendable es que no sea yo quien lo interrogue —opinó Néstor—, pues se sintió burlado cuando supo que yo no era su defensor.

—De acuerdo —afirmó el comisario—. Miguel, ocúpate tú.

—Sí, señor.

—Muy bien. Sofía, ¿qué has podido averiguar con las fotografías?

—La señora Vilaró hizo una selección de quiénes eran víctimas y quiénes adeptos. Ha coincidido con la separación de los grupos que llevamos a cabo en la misma bodega. También me informó que aparte de la mujer que hacía el papel de gurú, había cuatro hombres más que eran los líderes. Bernardo Araujo era uno de ellos.

—¿Están entre los detenidos?

—Todos, menos la mujer.

—Entonces pudo identificarlos en las fotografías.

—Sí. Se trata de Ramiro Medina, Nicolás Ibáñez y Javier Paredes.

—En ese caso, quiero que tú y Salazar elaboréis un informe para que el juez pueda imputar a estos cuatro sujetos por extorsión, secuestro y torturas. Cuando tengamos las imágenes de las grabaciones, a tres de ellos también podremos acusarlos del asesinato de los Avana. Por cierto, ¿Qué podéis decirme acerca de la investigación sobre Bernardo Araujo y Modesta Pavía?

Remigio fue el primero en responder:

—Ya le proporcioné a Miguel toda la información sobre Bernardo Araujo, antes de que comenzara el interrogatorio de este sujeto. Es un tío de cuidado. Sus primeros delitos datan desde la adolescencia. Comenzó como

pequeño distribuidor de drogas en su barrio. Tiene algún que otro ingreso a prisión por robo con asalto, pero se siente más atraído por la estafa y la extorsión. En esto tiene un largo historial. Aunque prefiere no mancharse las manos, cuando lo considera necesario no tiene reparos en hacerlo.

—¿Alguna mujer en sus relaciones delictivas?

—En el historial no apareció nadie.

—De acuerdo. Sofía. ¿Qué puedes decirnos de Pavía?

—Es adepta. Al igual que Urbina fue captada por la secta hace siete años. Es fanática. Según ella, todo el que no pertenece a su "grupo de elevación espiritual" está manchado y es el enemigo. A esta mujer le han lavado el cerebro. Sería capaz de cualquier cosa que le ordenaran sus líderes.

—¿Incluso de asesinar?

—No estoy segura de tanto, pero no lo descartaría por completo. Por otro lado, antes de que le sorbieran los sesos era una buena enfermera, especializada en la atención geriátrica y muy querida por sus pacientes.

—¿Sigue trabajando como enfermera de ancianos? —preguntó Salazar de repente.

—Sí, hasta su detención trabajaba en una residencia de ancianos de bastante prestigio y algunas familias la contrataban por días cuando lo necesitaban, que fue lo que ocurrió en el caso de Catarina Jordán.

—¿Qué ocurre, Néstor? —le preguntó Santiago—. Pareces preocupado.

—Se me acaba de ocurrir algo terrible. Sé que estamos hasta las cejas de trabajo, pero creo que es importante que hagamos una exhaustiva investigación en los lugares donde esta dama ha sido empleada.

—¿Qué es lo que debemos investigar? —preguntó Manuel, confundido.

—Si han ocurrido muertes extrañas de ancianos con una economía solvente.

—¡Mierda! —exclamó Manuel.

El comisario miró a su subalterno con reprobación, pues no le gustaba que se empleara ese tipo de vocabulario en las reuniones.

—Te encargarás tú, Manuel —le ordenó con voz severa.

—Sí, señor —respondió el joven subinspector bajando la mirada.

Sofía intervino, para alivio de Rodríguez:

—Señor, gracias a las fotografías, la señora Vilaró me proporcionó otra información que no tiene que ver en forma directa con la resolución del caso, pero de la que me gustaría ocuparme en persona.

—¿De qué se trata?

—Le pido permiso para hacerle una visita a Isadora.

—El inspector jefe también tiene que entrevistarse con ella en función de un vídeo que encontramos en los archivos de la secta, así que puedes acompañarlo.

—Se lo agradezco mucho, señor.

Después de elaborar el informe que le permitiera al juez imputar a los cuatro detenidos identificados por Ágata como líderes de la secta, Néstor y Sofía visitaron los servicios sociales y llevaron a cabo los trámites pertinentes a su cometido. Allí el inspector encontró a Gertrudis, la trabajadora que llevaba el caso de Salvador. Ella los escuchó y se mostró muy receptiva y hasta satisfecha por hacer el encargo. A posteriori sería necesario realizar todas las comprobaciones que exigiera el juzgado de menores, por supuesto, pero además de la señora Vilaró, los detectives contaban con la declaración firmada por cuatro testigos más, así que la señora Espina estuvo de acuerdo en que no había motivos para retrasar lo que era justo.

Se citaron con Gertrudis en la entrada del hospital, pues no querían alarmar a Isadora con su presencia. Salazar llevaba su ordenador en una mochila que colgaba de su hombro. Era muy importante que Is viera el vídeo que había descubierto Diji. En cuanto llegó Espina subieron a la habitación de Isadora. Su madre le hacía compañía. Ella parecía dormida, pero en cuanto los vio abrió mucho los ojos y palideció. Después de su confesión acerca de su participación en la muerte de Guillermo, esperaba y temía el momento en el que la Policía se presentara para detenerla. Por lo visto, ese momento había llegado.

Isadora se incorporó en la cama mientras trataba de descubrir la intención de los policías por las expresiones de sus rostros. Ambos parecían relajados y hasta satisfechos. Detrás de ellos venía una mujer de mediana edad a la que no conocía, pero lo que la dejó de piedra fue lo que la acompañante traía en brazos.

—¡Maite! —gritó Isadora, saltando de la cama y alcanzando de un par de zancadas a la desconocida que sostenía a su bebé.

Isadora cogió a la niña de brazos de Gertrudis y la apretó contra su pecho, llorando a mares y repitiendo sin cesar: "Mi bebé, mi bebé." Su madre se acercó a ellas, también con lágrimas en los ojos, para envolver a su hija y su nieta en un abrazo. Así permanecieron un largo minuto, hasta que doña Rafaela recordó la presencia de los policías, levantó la mirada y murmuró un "Gracias." Néstor, Sofía y la señora Espina esperaron con paciencia, siendo testigos del conmovedor momento. La trabajadora social no pudo evitar que los ojos se le empañaran de lágrimas, mientras Sofía se enjugaba los suyos con disimulo.

Calmados los ánimos y por inducción de doña Rafaela, Isadora regresó a su cama, colocando a Maite sobre ella a su lado, sin dejar de sujetar a su pequeña hija como si temiera que pudiera volver a desaparecer.

—Si me permiten, le enviaré un mensaje a mi esposo para que venga lo antes posible —afirmó la señora Ibarra—. Esto será un gran alivio también para él. No saben cómo les agradecemos que hayan traído a nuestra nieta sana y salva. Porque está bien, ¿verdad?

—Está perfectamente —respondió doña Gertrudis.

—En los últimos días pudimos localizar el lugar donde mantenían cautivas a las víctimas de la secta —explicó el inspector—. Y esta mañana hicimos una redada. Después del rescate, una de las víctimas identificó al bebé como la hija de Isadora, cuatro más refrendaron por escrito dicha identificación y por eso los servicios sociales accedieron a que trajéramos a la niña. El operativo se llevó a cabo en la madrugada de hoy. ¿No lo habéis visto en el telediario?

—Los médicos han aconsejado que Isadora no vea noticias. ¿Entonces habéis desmantelado ese horror?

—En eso estamos.

—Gracias por traernos a Maite —repitió doña Rafaela.

—Nuestro principal cometido es que los niños vivan con sus familias —aportó doña Gertrudis—, aunque es posible que el tribunal de menores exija algún otro tipo de prueba que demuestre que la niña es su hija.

—Presentaremos todas las pruebas que sean necesarias —afirmó la señora Ibarra—. Lo único que importa es que hemos recuperado a Maite.

—Yo creí que ella… —balbuceó Isadora, que no había dejado de llorar y continuaba abrazando a la pequeña, quien estaba fascinada por los mimos que recibía de su madre—. Ellos me dijeron que no la volvería a ver… Y yo…

—Ellos querían castigarte, Is —le explicó Néstor—. Por eso te apartaron de tu hija y te hicieron creer que la lastimarían, pero se limitaron a mantenerla en la granja lejos de ti. Instrumentalizaron a la niña para poder dominarte y ese fue su error. Al hacerte creer que tu bebé ya no estaba, tuviste el valor para escapar.

—¿Por qué hicieron algo tan cruel? —preguntó doña Rafaela, sin comprender—. ¿Qué ganaban con ello? ¿No les bastaba con obligarla a matar a su esposo enfermo?

—Es la otra razón por la que hemos venido.

—¿Van a detenerme? —preguntó Isadora, abrazándose con más fuerza a su hija. Actuaba con más lucidez que en las visitas anteriores. Recuperar a la pequeña parecía haber funcionado mejor que cualquier terapia.

—No venimos a detenerte, solo queremos que veas algo, Is —le respondió Sofía, mientras le acariciaba el brazo para consolarla.

Sin esperar más, Néstor sacó el ordenador portátil de la mochila y lo colocó en la mesa donde le servían la comida a la paciente. Lo encendió y abrió el vídeo que Diji les mostró aquella misma mañana a Santiago y a él. Se lo había explicado a Sofía, pero ella aún no había tenido oportunidad de verlo.

En la pantalla apareció una habitación en penumbra con un hombre joven que se veía muy enfermo, acostado en una cama. A su lado estaba Isadora. Por suerte, la paranoia de los líderes de la secta los había inducido a incluir audio en las grabaciones de vigilancia. Rafaela abrió mucho los ojos cuando reconoció a su difunto yerno en el hombre enfermo y comenzó a comprender de qué iba todo aquello, aunque todavía no tenía claras las intenciones de la Policía. La señora Ibarra buscó la mano de su hija y la apretó. Ella miraba la pantalla mientras se cubría la boca con la mano que tenía libre. En el ordenador, los dos protagonistas de la historia dieron inicio a su diálogo:

—Debes hacerlo, Isadora —le decía Guillermo, recostado en su lecho de muerte—. Por el bien de nuestra hija.

—No puedo, Guillermo. ¿Cómo puedes pedirme algo así?

—Ellos quieren probarte, saber que les guardas lealtad. Que ya te han sorbido el cerebro y que pueden contar contigo como una más de sus adeptos. Entonces podrás cuidar de nuestra hija. Si no lo haces, te la quitarán, o algo peor.

—Yo te amo —replicaba la Isadora de la grabación—. ¿Cómo quieres que sea capaz de…? Ni siquiera puedo pronunciarlo en voz alta.

—¿Es que no lo entiendes? Yo ya estoy muerto. Estos hijos de puta me han negado toda medicina que alivie mi mal. Lo hagas o no, solo me quedan algunos minutos, pero si es por tu mano podrás proteger a nuestro bebé.

Sollozando, Isadora cogió la almohada que reposaba junto a la cabeza de su esposo, la levantó y comenzó a bajarla sobre su cara.

—¿Por qué hacen esto? —preguntó doña Rafaela alzando la voz, mientras Isadora lloraba a lágrima tendida—. Ustedes se están comportando con tanta crueldad como esos asesinos al obligar a mi hija a revivir semejante horror.

—Le ruego un poco de paciencia, señora Ibarra —respondió Salazar, muy serio, mientras pausaba la reproducción—. Es muy importante que Isadora vea esta grabación. Incluso por su propio bien. Por favor confíe en nosotros.

Capítulo 42.

Isadora, hecha un mar de lágrimas asintió en dirección al policía para indicarle que estaba lista para seguir expiando su culpa. Néstor quitó la pausa y la escena continuó desarrollándose. La joven bajó poco a poco la almohada hasta colocarla sobre el rostro de Guillermo, mientras él cerraba los ojos. En cuanto le cubrió la cara levantó de nuevo la almohada y la arrojó a un lado.

—¡No puedo! —gritó con desesperación—. ¡No podría vivir después de algo así!

El enfermo suspiró sin responder. Estaba demasiado débil para discutir. Pasaron algunos minutos, en los cuales Isadora procuró proporcionarle al moribundo todas las comodidades posibles. Le ahuecó la almohada, le estiró las sábanas, le dio agua y le murmuró palabras de consuelo. La Isadora que veía la grabación comenzó a morderse las uñas sin ser consciente de ello.

Salazar adelantó un poco el vídeo explicándoles que los siguientes diez minutos solo se veían los cuidados de una mujer preocupada a su esposo enfermo. Cuando el inspector reinició la reproducción, Guillermo había expirado, e Isadora lloraba desconsolada. No había hecho nada para atentar contra él. En ese momento se escucharon voces del otro lado de la puerta donde había ocurrido el deceso. Isadora miró a ambos lados, cogió la almohada que había tirado y la colocó sobre el rostro del cadáver de su esposo. Cuando entraron los dos hombres que venían a comprobar si había cumplido sus órdenes, ella se incorporó al mismo tiempo que levantaba la almohada.

—Ya está hecho —declaró en medio de sollozos—. Cumplí sus órdenes. He matado a mi marido.

La grabación terminó y Néstor cerró el portátil.

—Es lo que quería que vieras, Isadora. Tú no asesinaste a Guillermo. Él murió por su enfermedad. Lo único que hiciste fue tratar de engañar a tus verdugos para que te permitieran estar con tu hija.

—Pero entonces, ¿por qué…? —comenzó a preguntar doña Rafaela.

—¿Por qué confesó que lo había matado? —planteó Salazar, expresando en voz alta las dudas de la señora Ibarra—. Lo hemos consultado con los psicólogos de la Policía. Es posible que como

consecuencia del choque emocional que le causó la muerte de Guillermo y al creer que también había perdido a su bebé, además de la culpa por haberlos sobrevivido, los hechos se confundieran en su mente hasta el punto de llegar a pensar que había cometido un crimen que nunca ocurrió.

—Entonces, ¿soy inocente?

—Libre de todo cargo —confirmó el inspector. Sofía, a su lado, sonrió —. Tu única preocupación ahora debe ser presentar al tribunal de menores las pruebas que te exijan para que te devuelvan la custodia de Maite.

—Pero entonces, ¿se la llevarán de nuevo?

—Deberá quedarse con nosotros hasta que este malentendido se resuelva —afirmó doña Gertrudis—. No te preocupes, será solo por algunos días. Además, yo cuidaré de Maite en persona y me ocuparé de traértela todos los días.

—Gracias. No saben qué peso me han quitado de encima.

—Pareces bastante recuperada —opinó Sofía.

—Saber que mi bebé está bien es la mejor medicina.

—No quiero presionarte, pero ¿crees que puedes recordar lo que pasó?

—Sí, ahora comienzo a recordar. Después de ver ese vídeo. Yo… Quise hacerles creer que había cumplido sus órdenes y por algunas horas pareció funcionar, porque me sacaron del barracón y me llevaron a la residencia de los "iniciados". Además me trajeron a Maite, pero aquello duró poco. Un par de horas después vinieron a buscarme, me quitaron a la niña y me dijeron que no volvería a verla. También me castigaron con salir al huerto.

—Es evidente que al ver los vídeos de seguridad comprendieron que los habías engañado —afirmó Salazar—. ¿Usaban como castigo el trabajo de la huerta?

—Sí. Era un trabajo agotador, desde la salida hasta la puesta del sol. Sobre todo en verano con el calor inclemente, o en invierno, cuando no nos proporcionaban abrigo apropiado. Sin embargo, para mí fue una oportunidad que usé para huir.

—Es uno de los detalles que queremos que nos expliques, Isadora. Necesitamos saber cómo pudiste escapar de la secta.

Isadora respiro profundo, cerró los ojos y acercó a la pequeña Maite para apretarla contra su pecho. Necesitaba hacer acopio de todo su coraje para rememorar la pesadilla que había vivido. Cuando se sintió segura dio inicio a su relato:

—Después de quitarme a mi bebé me destinaron a la huerta. Ese trabajo era asignado a aquellos que hubieran mostrado algún gesto de rebeldía, por pequeño que fuera, o a quienes no habían cumplido su "cuota de producción."

—¿"Cuota de producción"? —preguntó Sofía, que mantenía un bolígrafo sobre su libreta, tomando notas— ¿A qué te refieres con eso?

—Como ya habrán deducido, se aprovechaban de nuestro esfuerzo. Fue por eso que dejaron morir a Guillermo. No estaba en condiciones de trabajar y por lo tanto era un estorbo. La rentabilidad provenía del vino. El "Conarvid." Entre los prisioneros había enólogos, agrónomos, administradores, informáticos. Cada uno tenía asignado un trabajo dentro de la Bodega para que el producto final fuera un vino exclusivo que salía a subasta por internet. No fabricábamos muchas botellas, pero la calidad debía ser de primera. De manera que vendían un vino muy caro, que producían a costos mínimos, pues la mano de obra les salía gratis.

—¿En qué consistía tu trabajo?

—Yo hacía labores de secretariado. Éramos veinte adultos a quienes nos organizaban por grupos de acuerdo a la tarea que tuviéramos designada. Por cada cuatro de nosotros había un adepto que nos supervisaba. Él decidía si habíamos dado nuestro mejor desempeño, o si éramos perezosos. Quien recibía una nota negativa tenía que pasar los siguientes tres días trabajando en la huerta como castigo. De eso se trataba la "cuota de producción."

—Si vosotros hacíais el trabajo administrativo y de producción. ¿Quién se ocupaba de la siembra, cuidado y cosecha de la vid? —preguntó Néstor.

—Nosotros mismos, pero eso no nos excusaba de las demás tareas.

—¿Cuántas horas al día trabajabais, Isadora?

—Más o menos dieciocho horas diarias.

—¿Días de descanso?

—No los había. Nos trataban como animales. Nos restringían los alimentos a lo que se sacara de la huerta y nos negaban las medicinas. Era lo más parecido que he visto a un campo de concentración.

Néstor y Sofía se miraron entre sí, conmocionados. Aunque ya habían supuesto todo lo que les relataba Isadora, escuchar la confirmación por boca de su propia víctima era estremecedor.

—Sigue hablándonos del día que escapaste, por favor.

—Mi esposo acababa de morir, me dijeron que no volvería a ver a mi hija. Estaba destrozada, al punto de que llegué a convencerme a mí misma que había asesinado a Guillermo. Creo… Creo que en el fondo sabía que ellos se enteraron de que los había engañado y esa fue la razón por la que me quitaron a mi bebé. Me sentía culpable por eso, así que quise creer que yo sí había seguido sus órdenes. No hubiera podido soportar la idea de que la lastimaban por mi culpa, porque yo había sido débil.

—Que no hayas asesinado a Guillermo no te hace débil —opinó Sofía—. Al contrario, hacía falta mucho valor para enfrentarte a ellos como lo hiciste.

—Tal vez —reconoció Isadora—. El caso es que me sentía muy mal. Ya no me motivaba nada. Si no estaban Guillermo, ni Maite, no me importaba si me mataban a mí también. Solo quería salir de aquel infierno y la determinación de fugarme fue cobrando fuerza en mi interior.

—¿No lo habías planificado?

Isadora negó con la cabeza. Luego continuó.

—Tomé la decisión mientras nos ocupábamos de las zanahorias, que es lo único que todavía daba la huerta a estas alturas del año. No esperaban que nadie intentara fugarse, porque después de que asesinaron a los Avana nos enseñaron los cadáveres y nos obligaron a lavarlos y vestirlos. Eso causó un estado de estupor general, pero a mí ya no me importaba lo que me pudiera ocurrir. Solo tenía un problema: ellos solían pasar lista cuando regresábamos de la huerta. Nos iban llamando por nuestro primer apellido y nosotros teníamos que responder con el segundo. Ellos corroboraban en su lista que fuera el correcto. Después de esto nos llevaban al comedor común para la cena y nos dejaban retirarnos a los barracones a descansar. Así que mientras recogía las zanahorias me acerqué con disimulo a Ágata y le pedí que respondiera por mí cuando pasaran la lista.

—¿Por qué a Ágata?

—Tanto ella como Natalia eran una gran ayuda para todos los demás. Nos brindaban apoyo y consuelo, aunque su situación era tan mala como la nuestra.

—De acuerdo. ¿Qué pasó después?

—Por lo general, el trabajo de la huerta finalizaba hacia las ocho de la tarde o noche, fuera verano, o invierno. Algo ocurrió ese día, pues los adeptos que nos custodiaban parecían nerviosos y nos retornaron al complejo cuando apenas anochecía. Aprovechando un descuido de los

guardias, me escabullí para esconderme en unos arbustos cercanos. Sabía de la existencia de las cámaras de seguridad que rodeaban el perímetro, pues ellos mismos nos advirtieron acerca de ellas para desalentar cualquier intento de fuga, pero yo tenía la esperanza de que la oscuridad de la noche me cubriera. Esperé. Esperé con el corazón latiéndome con ferocidad y la boca seca. Por suerte era una noche sin luna y cargada de esa neblina espesa que es tan frecuente en Haro. Me moría de frío, pero la idea de salir de aquel infierno me proporcionaba el calor que necesitaba para soportar mi vigilia. Pasaron los minutos y nadie salió a buscarme. Había planeado que si eso ocurría simularía un desmayo para evitar el castigo, pero no ocurrió. Ágata había conseguido engañarlos.

»Aguardé hasta el momento más oscuro de la noche y entonces comencé a moverme. Me deslicé con cautela desde detrás del arbusto que había sido mi refugio y comencé a correr. Fue entonces cuando se desataron los demonios. Corrí lo más rápido que pude a través de los campos de vid, sin tener ninguna certeza del destino de tan alocada carrera. Apenas había recorrido unos pocos metros cuando comencé a escuchar las voces de los hombres y los ladridos del perro. Entonces la imagen que me vino a la memoria fue la del cadáver de Vicente, con la cara destrozada y mordeduras de perro en las muñecas y tobillos.

»El recuerdo hizo que mi debilidad y cansancio desaparecieran. Corrí como no lo había hecho en mi vida, mientras escuchaba las voces, además de los ladridos y aullidos que me pisaban los talones y conforme iba corriendo, mi mente se iba nublando por el terror. No podía pensar. No quería pensar. Solo correr, correr y alejarme del infierno. Fue entonces cuando llegué a la carretera, justo en el momento en que pasó un coche. Tuve la suerte de que se detuvieran. Lo demás, ustedes ya lo saben.

—Fuiste afortunada porque el perro se rompió una pata cuando la metió en una madriguera y tus perseguidores lo mataron de un disparo —señaló Salazar—. Eso les impidió darte alcance.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Rafaela.

—Ahora Isadora debe recuperarse y tendréis que demostrar que la niña es Maite. No será difícil. Pueden solicitar al tribunal que haga una prueba de ADN, que sin lugar a dudas lo comprobará.

—¿Y después?

—Todo este penoso asunto habrá terminado para ti, Isadora. El vídeo que acabo de mostrarte es una prueba contundente de tu inocencia, así que

ni siquiera se presentarán cargos. Cuando salgas de aquí con tu bebé podrás recuperar tu vida. Tal vez en algún momento te llamen a testificar durante el juicio, pero esta vez los prisioneros serán quienes antes fueron tus verdugos.

—Gracias. ¿Soy una mala persona por querer verlos pagar por todo el daño que han hecho?

—No puede ser una mala persona quien pide justicia —respondió el inspector.

Al dar por terminada la declaración de Isadora, los dos policías abandonaron la habitación, dejando detrás de ellos una familia que lamía sus heridas, pero que tenía la oportunidad de recuperarse. Antes de que pudieran coger el coche, ambos recibieron un mensaje en el móvil. Al abrirlo, encontraron el retrato robot de una mujer muy hermosa.

Capítulo 43.

A Salazar el rostro del retrato se le hacía familiar por alguna razón, pero no fue capaz de recordar dónde había visto a esa mujer. Mientras pensaba en ello se le ocurrió una idea, así que le pidió a Sofía que condujera ella el Corsa. Usó el móvil para llamar a don Braulio. En vista de lo útil que había sido para localizar a Julián, Néstor consideró que tal vez el viejo ex policía pudiera ayudarlos también en este caso. No iba a dejar pasar la oportunidad de aprovechar el importante recurso que representaba el ex comisario, pues era sabido que cuando los policías retirados continuaban trabajando conocían mejor que nadie el terreno, las conexiones sociales y conservaban los contactos que habían cultivado durante toda una vida. Le respondió Evelia con esa voz artificial que suelen usar quienes responden el teléfono en representación de una firma comercial.

—Despacho del detective Braulio Quintero. Dígame.

—Buenos días, Evelia, soy el inspector Néstor Salazar. ¿Me recuerda?

—¡Cómo olvidarlo, inspector! —respondió ella, cambiando el tono de voz, sin disimular su hastío—. Ya le dije que es usted memorable.

—Sí, gracias.

Del otro lado de la línea, la secretaria separó el auricular de su oreja y lo miró con sorpresa. ¿De verdad creía ese policía que lo que expresaban sus palabras eran un halago? En fin, regresó el auricular a su sitio y continuó la conversación.

—¿En qué podemos servirle, inspector?

—¿No ha visto las noticias?

Antes de que la señora Olguín pudiera responder, Quintero salió del despacho como una tromba.

—¡Has visto las noticias, Evelia?

La pobre mujer quedó desconcertada por un momento, al recibir la misma pregunta por dos vías tan diferentes. ¿Qué tendrían de especial las noticias de ese día?

—No, todavía no he tenido la oportunidad de enterarme de las noticias de hoy —dijo con voz muy digna, como única respuesta a los dos.

—¿Con quién hablas? ¿Es un cliente? —Quiso saber el detective.

Antes de responder, la secretaria cubrió el micrófono del auricular con su mano y habló en voz baja.

—Es el inspector ese con mala pinta que lo visitó en estos días.

—¿Néstor? —preguntó don Braulio sin ocultar su alegría—. Déjame hablar con él. Pásamelo.

Evelia obedeció a su jefe y le entregó el auricular, mientras cogía el periódico y comenzaba a leer la noticia de primera plana, que relataba con grandes letras y aspavientos el éxito de un operativo de la eficiente Policía de Haro, con el cual quedaba desmantelada una peligrosa secta que esclavizaba a sus víctimas. La secretaria no pudo sino enarcar las cejas por la sorpresa.

—¡Néstor! ¡Hijo! ¡Felicidades! Así que eso era lo que te traías entre manos, bribón. Espero que mi pequeña colaboración del otro día haya tenido que ver con este resultado.

—Debo reconocer que sí está relacionado —respondió el inspector, quien comprendía la necesidad de su nuevo amigo de sentirse parte de un operativo como ese. Aunque fuera una pequeña parte.

—Pues me haces muy feliz, chaval. ¿Tienes algún otro trabajito para mí? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Por eso lo llamaba, don Braulio. Necesito encontrar a otra persona. Está muy involucrada en todo esto y no cayó en la redada. No queremos que se nos escape.

—Tú a mandar.

—Todavía no sabemos su nombre, pero tengo aquí su retrato robot.

—Entonces tráelo. Haré lo posible por ayudarte —le sugirió el viejo detective, con sincera emoción.

—No creo que me dé tiempo, don Braulio. Me preguntaba si usted tiene alguna cuenta de correo electrónico donde se lo pudiera enviar.

—Espera. En esos asuntos de la tecnología yo soy más bien cazurro. Déjame preguntarle a Evelia —Quintero apartó un poco el micrófono antes de dirigirse a su secretaria—. ¿Tenemos cuenta de correo electrónico?

—¡Por supuesto que la tenemos! ¿Qué clase de despacho de detectives seríamos si no contáramos con una?

—Seríamos uno a la antigua usanza —se defendió don Braulio. Luego volvió a su conversación con el policía—. A ver, chaval, cuando te pase a Evelia, ella te dirá cuál es el correo ese. ¿Lo que me vas a enviar es el retrato robot de la sospechosa?

—Sí, señor. Tal vez usted con sus contactos podría averiguar su identidad, o su ubicación. Cualquier información sobre ella nos interesa.

—Entonces mándalo. ¿Cuánto tarda en llegar el correo ese?

—Es inmediato —afirmaron la secretaria y el inspector al mismo tiempo, cada uno por su lado.

—¡Que cosas se ven hoy en día! Si nosotros hubiéramos tenido todos esos recursos, no se nos escapaba ni el Tato. Te paso a Evelia para que te entiendas con ella sobre el fulano correo. Nos vemos, chaval —Se despidió Quintero entregándole el teléfono a su secretaria, que lo miró poniendo los ojos en blanco.

Después de copiar la dirección de la cuenta de correo electrónico y enviarle al detective el retrato desde el mismo móvil, Salazar le sugirió a su compañera que regresaran a "San Miguel". Mientras llegaban, Néstor aprovechó para llamar a Gyula con la misma petición que le había hecho al detective. Para cuando terminó de enviarle el retrato, ya estaban llegando. ¡Qué alivio poder viajar en automóvil sin sentir las "fuerzas g" propias de un despegue en una nave espacial!

La subinspectora aparcó a algunos metros de la comisaría y ambos entraron. El trajín había bajado un poco de intensidad. Ya habían terminado de rellenar las fichas de identificación de los adeptos y a muchos de ellos los trasladaron a Centros de Detención Preventiva, donde esperarían juicio. Los líderes permanecían en el tercer piso, porque todavía podían necesitar tenerlos a mano para interrogarlos. Sofía subió a su lugar de trabajo en la sala común para ocuparse de investigar los geriátricos donde había trabajado Modesta Pavía, mientras Néstor se dirigía a la oficina de Santiago para informarle acerca de la visita a Isadora y lo que ella les había revelado. Apagó el móvil antes de entrar para que no los interrumpieran. Cuando terminó su relato, el comisario se quedó en silencio por un momento antes de emitir su opinión:

—Esto está resultando mucho más grande de lo que habíamos imaginado, Néstor. Esta organización es un monstruo.

—Es una hidra. No solo es un monstruo, sino que al parecer tiene múltiples cabezas.

Antes de que pudieran continuar su conversación, la voz de Lali en el interfono los interrumpió.

—Comisario Ortiz. Es el inspector Pedrera por la línea dos. Dice que dispone de información importante.

Santiago levantó el auricular y presionó uno de los botones. Habló un par de minutos con su subalterno, o más bien lo escuchó, mientras tomaba

alguna que otra nota. Cuando colgó miró a su hermano con expresión satisfecha.

—Julián Avana aceptó colaborar con la condición de que se le participe al juez acerca de su buena disposición.

—¡Menuda rata! En fin, ¿qué fue lo que le dijo?

—El nombre completo de su antigua novia. Se trata de Amparo Méndez. Además, Diji también envió el retrato robot a al móvil de Miguel, así que pudo mostrárselo a Julián. El reconocimiento fue positivo.

—Es un gran avance. Si usó su verdadero nombre.

—¿Crees que pudo utilizar un alias?

—Si es tan astuta como parece, no me sorprendería.

La aguda voz de Lali volvió a resonar en el interfono.

—Comisario Ortiz. El subinspector Manuel quiere mostrarle algo. Y acaba de llegar el inspector Toro, que también solicita una reunión con usted.

—Gracias, Lali —respondió Santiago, mientras miraba a Salazar con expresión desconcertada, porque sentía que los acontecimientos se estaban precipitando—. Que pasen ambos.

—¿A la vez? —preguntó la secretaria, escandalizada.

—Por supuesto. No tenemos tiempo que perder.

Rodríguez y Toro entraron juntos, escoltados por Lali. Ambos se alegraron de encontrar allí a Salazar. Así podrían rendirles informe a sus dos superiores de una sola vez. Remigio ocupó la otra silla disponible, así que Manuel tuvo que quedarse de pie, pero se sentía tan nervioso que no le importó. Ambos escucharon el relato del inspector jefe acerca de su encuentro con Isadora. Entonces Remigio pasó a rendir su informe:

—La entrevista con la señora Vilaró ha sido muy esclarecedora —reconoció el veterano policía—. Esa mujer tiene un temple que es admirable.

—¿Te explicó qué ocurrió con los Avana?

—Me lo contó todo —confirmó Toro sacando su libreta del bolsillo para consultar sus apuntes—. Para comenzar, el secuestro de las familias se daba más o menos de la forma en que ya sospechábamos. Ella conoció a Natalia Avana en las clases de yoga. No eran amigas íntimas, pero un día que Natalia comentaba sus problemas matrimoniales comenzó a hablar de un retiro familiar que pensaba llevar a cabo como última opción para salvar su matrimonio, ya que todo lo que habían intentado con anterioridad había

fracasado. Se lo había recomendado la pareja de su cuñado por un lado y la secretaria de su asesor matrimonial por otro. Ágata se interesó porque también tenía algunos problemas con su esposo, así que le pidió los datos. Ya sabéis: teléfono de contacto, dirección.

—¿A quién pertenece ese número? —preguntó el comisario, interesado.

—Hice una rápida llamada a la compañía de teléfonos y me confirmaron que estaba a nombre de Adelaida Urbina.

—La secretaria del consejero matrimonial.

—Ella misma. Bien, Ágata no volvió a ver a Natalia en las clases de yoga, pero no le sorprendió demasiado. Creyó que tal vez se había mudado, o que ya no tenía tiempo para seguir en las clases. En fin, que no vio ningún motivo de preocupación en ello. Por otro lado, conservaba la información acerca de los retiros familiares y cuando Isadora, a quien conocía por sus asiduas visitas a la Biblioteca, le contó acerca de sus propios problemas con su esposo, ella recordó la recomendación de Natalia y se la hizo a su vez a la chica.

—¿Sin saber si funcionaba, o era una estafa? —preguntó Manuel.

—Me confesó que nunca se perdonaría a sí misma por haber involucrado a los Ramos en todo esto. Fue también la razón por la que se convirtió en la protectora de Isadora mientras permanecieron prisioneras. La mujer lo hizo con buena intención, pero ella misma reconoce que fue una imprudencia que resultó demasiado costosa. Así las cosas, pasados unos años de que la señora Avana le hiciera la recomendación, durante una crisis de pareja, ella recordó el fulano retiro familiar y le pareció una buena idea. Llamó y le dieron la "buena noticia" de que aquel mismo fin de semana se celebraría uno de esos retiros. Reservó, canceló, pidió la dirección y el siguiente sábado arrambló con toda la familia en dirección al lugar donde le prometieron que le resolverían todos sus problemas.

—¿No le sorprendió que se tratara de una Bodega? —Quiso saber Néstor.

—Mira por dónde, yo le hice la misma pregunta. Me respondió que sí, que le pareció un poco extraño, pero la persona con la que habló por teléfono le hizo una descripción tan idealizada del lugar, que llegó a convencerla. Pero dejad de interrumpirme que esto es largo: Cuando llegaron al lugar y las puertas se cerraron a sus espaldas, se acabaron las frases amables. Dos hombres armados se llevaron a sus hijos, mientras un

tercero les explicaba las condiciones. A partir de ese momento eran propiedad de la secta. Como no habían sido captados, no se confiaría en ellos, así que no tendrían ningún derecho. Sus hijos eran la garantía de su sumisión. Si no querían que les ocurriera ninguna desgracia, tendrían que obedecer. Comenzaron por ordenarles la transferencia de todos sus bienes. Que pusieran su piso a la venta y les entregaran el dinero. Por otra parte, el coche pasaba a ser propiedad de la secta, pero continuaría a nombre de ellos.

—Por eso el vehículo involucrado en el falso accidente de los Avana era su propio coche —apuntó Manuel.

—Exacto. También fue entonces cuando obligaron a David a escribir las postales para su hermana. Después de ello les explicaron las reglas. Trabajarían sin descanso en la producción del vino, así como en la huerta. Sus alimentos y los de sus hijos serían los que ellos mismos fueran capaces de cultivar…

—¿Por qué hacían eso? —preguntó Manuel—. ¿Por simple crueldad?

—No dudo que haya cierta motivación cruel, que es muy propia de este tipo de sujeto megalómano y controlador —apuntó Salazar—. Ya sabéis: "Me perteneces y puedo hacer contigo lo que me venga en gana". Es el mismo sentimiento que mueve a muchos maltratadores, pero creo que en esto también hay un sentido práctico.

—¿Práctico? ¿Qué puede haber de práctico en matar de hambre a sus prisioneros, si los querían para trabajar? —refutó el subinspector.

—Tendrían dos beneficios prácticos: en primer lugar, al mantener a los cautivos con una alimentación precaria y pobre en proteínas sería más fácil controlarlos, pues los hacía más sumisos. Es una táctica que han puesto en práctica muchas tiranías a lo largo de la historia. Por otro lado, les evitaba el problema de tener que justificar la compra de cantidades de comida que hubieran llamado la atención, porque ¿para qué querría una bodega alimentar a tanta gente, incluso durante las temporadas de vacaciones?

—Pero ellos compraban comida para los adeptos y los líderes —insistió Manuel—. Recuerda que ese fue uno de los factores que usaste para calcular la cantidad de personas que había dentro del complejo. Y debo reconocer que te acercaste bastante.

—No es lo mismo comprar para treinta y siete personas que para ochenta y dos. La primera cifra podría justificarse si la empresa tuviera un

comedor para los empleados, dado que se encuentra tan apartada de todo, pero la segunda cifra sería demasiado difícil que pasara desapercibida.

—Para ti la perra gorda, Salazar —le reconoció Toro—, pero ¿podéis dejar de interrumpirme y permitir que os rinda el informe completo?

—Por supuesto. Disculpa, Remigio. Continúa, por favor.

—De acuerdo. Ya sabéis cómo era la vida de esta pobre gente en aquel infierno. Si cumplían con las expectativas de sus carceleros, les permitían ver por algunos minutos a sus hijos, si no, los sacaban a la huerta a trabajar y no veían a los niños en días. El caso es que el año pasado, Ágata vio llegar a Isadora con su familia y comprendió con horror que la chica había seguido su recomendación.

—¿Qué pasó con los Avana? —preguntó el comisario. El inspector no se atrevió a protestar por esta nueva interrupción.

—A eso iba. Al parecer, la líder era bastante paranoica y siempre temía un alzamiento por parte de los prisioneros, así que no escatimaba esfuerzos para evitarlo. Además de mantenerlos malnutridos y amenazarlos con lastimar a sus hijos, esta arpía ordenaba ponerles en la comida tintura de una planta que Natalia llamaba "Amapola de California". Es un sedante natural, lo que mantenía a todos los cautivos en un estado de somnolencia permanente. Por supuesto que la señora Avana, por sus habilidades como repostera cumplía labores en la cocina. Ágata sabe todo esto porque ella fungía como su ayudante. Vicente, como ya habíamos deducido, trabajaba en la bodega y un día mientras estaba comprobando las barricas escuchó ruidos. Se escondió y fue cuando vio salir a dos de los líderes del túnel. Hablaban entre ellos acerca de la necesidad de mejorar la seguridad de la salida que daba a la empresa de transportes, porque de momento sería demasiado fácil para cualquiera escapar por allí, si alguien se enteraba de la existencia del pasadizo. Avana tomó nota y decidió que esa era su oportunidad para liberar a su familia, así que entre él y su esposa urdieron un plan.

»Natalia no solo estaba encargada de preparar la comida para todo el complejo, sino que siendo repostera de primera categoría, de vez en cuando le ordenaban elaborar algún postre para los líderes y los adeptos. Esperaron a la siguiente oportunidad en que se diera esa circunstancia. Aquella noche la señora Avana colocó la tintura de amapola en el postre que elaboró triplicando la dosis. Por otro lado, también subió la dosis que siempre agregaba a los alimentos de los cautivos.

—¿Por qué hizo eso?

—Por miedo a que los líderes hubieran infiltrado a algún adepto entre ellos. Al cabo de un par de horas, todos en el complejo dormían. Entonces ejecutaron su plan de huida como ya pudimos ver en las grabaciones. Lo hubieran conseguido, si los tres hombres y el perro no los hubieran alcanzado en el túnel.

—¿Cómo fue que estos tres no se durmieron? —preguntó Manuel.

—Araujo debe haberlos despertado —respondió el comisario—. Si revisas su ficha comprobarás que es diabético.

Capítulo 44.

Las palabras del comisario causaron un silencio absoluto en el despacho. Todos reflexionaban acerca de cómo un pequeño detalle tan trivial había desencadenado la muerte de una familia. Si Natalia hubiera vertido el sedante en cualquier otro alimento, tal vez los Avana hubieran conseguido escapar. Nunca lo sabrían.

—Esta pobre familia tuvo muy mala suerte —opinó Néstor, rompiendo el silencio—. En cambio Isadora fue muy afortunada al poder huir con vida.

—La señora Vilaró también me relató las circunstancias en las que la chica pudo fugarse. Y sí, la verdad es que fue muy afortunada.

—¿Qué fue lo que ocurrió ese día? Porque me sorprende que haya podido permanecer oculta tan cerca del complejo, sin que nadie se diera cuenta de su ausencia hasta que la vieron correr a través de las cámaras de vigilancia.

—Tiene una explicación muy sencilla —señaló Remigio—. Como bien te dijo Isadora, esa tarde los adeptos que vigilaban la huerta estaban muy nerviosos y regresaron a los prisioneros tras los muros antes de la hora. La razón fue que en los barracones se estaba desencadenando un alzamiento.

—¿Hubo una rebelión? —preguntó Santiago, sorprendido.

—Yo diría más bien que el conato de una. ¿Recordáis que había dos víctimas muy enfermas?

—Desde luego —respondió Ortiz—. Ambos fueron llevados de inmediato al hospital después del rescate. Tienen neumonía y en este momento están siendo tratados con antibióticos.

—Bien, pues la enfermedad de uno de ellos comenzó con el mes y el estado del pobre hombre se fue agravando conforme avanzaban los días. El caso es que todos estaban muy preocupados por él, preguntándose si moriría allí mismo, sin ningún tipo de atención, tratado peor que un perro. Muchos comenzaron a preguntarse si tarde o temprano no correrían la misma suerte ellos mismos, o sus hijos. Y en esa pradera seca cayó una chispa: comenzó a correr el rumor de que Guillermo Ramos había muerto por falta de medicinas. Eso hizo que algunos cautivos comenzaran a rebelarse. Por eso retornaron a los que estaban en la huerta, para tenerlos a todos juntos y controlarlos con mayor facilidad. Según Ágata, fue la

primera vez que al volver detrás de los muros no pasaron lista, por lo que ella no necesitó suplantar a Is a la hora de responder. Así de desconcertados estaban los adeptos. Por eso no notaron la ausencia de Isadora hasta que fue demasiado tarde.

—Pues esa chica volvió a nacer ese día —sentenció el comisario—. ¿Qué puedes decirnos de tu indagatoria, Manuel?

—Los técnicos me ayudaron a hacer una comparativa y encontramos cinco personas que viven en La Rioja y cuyas características faciales encajan en los rasgos más determinantes del retrato. Imprimí sus fichas de identificación y las tengo aquí. Se trata de Margarita Gómez, Ana Molina, Luisa Moreno, Juana Campos y Nidia Esparza —anunció, leyendo los nombres de las fichas que tenía en las manos. Luego se las entregó a Ortiz, quien se las fue pasando a Remigio en la medida en que las veía.

—Ninguna es nuestra amiga Amparo —señaló Toro, sintiéndose defraudado.

De las manos del veterano inspector, las fichas pasaron a Salazar, quien las miró con detenimiento.

—¿Estás seguro de que no hay nadie más que reúna estas características? —preguntó Santiago, quien esperaba encontrar el nombre de Amparo Méndez entre las fichas.

—Estoy seguro, señor. Además, cuando usted me avisó acerca de lo que Julián Avana le había contado a Miguel con respecto a su antigua novia, hice una búsqueda en los archivos. Me temo que no encontré a nadie con ese nombre en el empadronamiento de toda La Rioja.

—Está claro que se presentó ante los Avana con un nombre falso.

—Eso nos deja como al principio —reconoció Santiago con desaliento.

Néstor no había dicho, ni escuchado palabra. Estaba concentrado en una de las fichas.

—Yo he visto antes a esta mujer —murmuró.

—¿Qué has dicho? —preguntó su hermano dando un respingo, como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica—. ¿Conoces a una de esas mujeres?

—No la conozco. El retrato robot me parecía familiar, pero no podía precisar dónde la había visto antes. Ahora al ver su fotografía, lo he recordado.

—¿Cuál es?

—Esta. Ana Molina.

—¿Y dónde la has visto?

—Aquí.

—¿Cómo aquí? —preguntó el comisario, desconcertado por completo—. ¡En esta comisaría?

Salazar levantó por fin la vista de la ficha y asintió. Luego pasó a explicarse.

—Creo que fue el mismo día que encontraron muertos a los Avana. Yo iba entrando y ella saliendo. Casi me lleva por delante. Iba furiosa porque había querido ponerles una denuncia a sus vecinos y García no se la aceptó porque no procedía.

—¡En ese caso estará en el registro de la recepción! —exclamó Santiago, mientras su rostro se encendía de entusiasmo.

—Debería estar —confirmó el inspector jefe.

—Entonces, ¿qué estamos esperando? Vamos a ver esos registros.

El comisario habló con Lali por la centralita y le ordenó que le subiera los registros que llevaban en recepción de todas las visitas que había recibido la comisaría en las últimas dos semanas. Y que le ordenara a García que se presentara en su despacho de inmediato. La secretaria no hizo preguntas, sino que se limitó a obedecer, mientras pensaba que se le ocurrían cosas muy raras a su jefe desde que se llevaba bien con Salazar. Al cabo de pocos minutos entraba García con un par de cuadernos bajo el brazo. El pobre hombre estaba pálido, por aquello de que "en reunión de pastores, oveja muerta" y a él en los últimos minutos le habían entrado unas extrañas ganas de balar. «Joder, pero si está aquí la plana mayor», pensó, pero por más vueltas que le dio a la cabeza no se le ocurrió en qué podía haber metido la pata.

—Aquí están los registros que pidió, comisario —murmuró, mientras le entregaba los cuadernos a Santiago—. ¿Hay algún problema?

—Nada de eso, García —le respondió el inspector jefe, que comprendió enseguida el estado de ánimo del pobre oficial—. Es solo que necesitamos de tu proverbial memoria.

Ante estas palabras, García suspiró aliviado, al mismo tiempo que se enderezaba y sonreía con satisfacción.

—¿En qué puedo ser útil, señor?

—¿Recuerdas hace unos días, que cuando yo entraba, salía una mujer muy… Muy elegante que casi me lleva por delante?

—Sí, claro, señor. Era una dama muy fina, pero con muy malas pulgas. Recuerdo que vestía un abrigo de pieles.

—¡Esa misma! —exclamó Néstor con tono triunfal—. ¿Te acuerdas qué día fue? ¿Su nombre?

—Fue el mismo día que regresó el comisario. De su nombre no me acuerdo, porque sonaba como si fuera francés.

—¿Francés? ¿Lo anotaste?

—Sí, claro, señor. Es la norma. De todas las personas que vienen a comisaría por la causa que sea, se anota el nombre, el número del DNI, la dirección y el teléfono.

Cuando García mencionó estos últimos datos, todos se enderezaron en sus asientos. Era mucho más de lo que esperaban descubrir.

—¿Crees que puedas identificarlo?

—Por supuesto. Es la única persona con nombre francés que ha pisado la comisaría en meses.

Ortiz le devolvió los cuadernos a García y asintió. El oficial comprendió lo que se esperaba de él, así que comenzó a pasar páginas hasta que dio con la que quería. Entonces deslizó el dedo de arriba abajo hasta que lo detuvo a mitad de la hoja.

—Aquí está, señor. El nombre de la dama es Ninon Petit. Vive en el número siete de la calle Magdalena.

—Entonces no es la misma mujer de la ficha que Néstor tiene en la mano —advirtió Manuel—. El nombre no coincide.

—Es posible que uno de los dos sea un nombre falso —opinó Salazar.

—Estoy de acuerdo —confirmó Santiago—. Debemos proceder, o se nos escapará.

Néstor comprendió que estaban cerca de la solución y que la reunión había terminado, así que sacó su móvil del bolsillo y lo encendió. Tenía una llamada perdida de don Braulio. Percibió la agitación de sus compañeros.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Santiago, poniéndose de pie —. Manuel, vete a los juzgados y pídele al juez que te proporcione una orden de busca y captura a nombre de Ninon Petit y también de allanamiento para el número siete de la calle Magdalena. Néstor, tú y Remigio venid conmigo. ¿Qué haces? —le preguntó a Néstor.

Salazar levantó la mano para pedirle paciencia a Santiago. Tenía el presentimiento de que la llamada de Quintero era importante.

—Don Braulio —dijo en cuanto le respondieron el teléfono—. Encontré una llamada perdida suya. ¿Ha descubierto algo importante?

—Ah eres tú, chaval. ¿Llamada perdida? ¡Qué cosas tenéis los jóvenes hoy en día! Mira sí, te llamé porque cuando vi el retrato robot me acordé. A esa chavala la conozco yo.

—¿La conoce? ¿De qué?

—De cuando era comisario en la Jefatura Superior. La trajeron en alguna redada por tráfico de drogas. Era mucho más joven, claro, casi una niña, pero estoy seguro de que era la misma.

—¿Recuerda su nombre?

—Nunca se me olvidará, porque en aquel momento pensé que era una lástima que una chavala como ella ya estuviera tan contaminada. Sí, se llama Ana Molina.

—Gracias, don Braulio. Ha sido usted de mucha ayuda. Ahora tengo que dejarlo. Hablamos después.

El inspector jefe colgó y miró al subinspector.

—El verdadero nombre de la mujer es Ana Molina, así que pide la orden a su nombre, y precisa que usa el alias de Ninon Petit.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó su hermano—. ¿Y quién es ese don Braulio?

—Confía en mí, Santiago. Estoy seguro. Con respecto a don Braulio, después te lo cuento. Ahora no podemos perder el tiempo.

Capítulo 45.

Antes de salir de comisaría, Ortiz reunió a todo su equipo con excepción de Miguel, que todavía no regresaba de la entrevista con Julián y de Manuel, que se encaminaba a los juzgados en busca de las órdenes pertinentes. Mientras el comisario ponía al día a los demás policías acerca de los últimos descubrimientos, Néstor envió la fotografía de Ana Molina a Pedrera. Aunque estaban bastante seguros de la identidad de "la hija de Vishnu", necesitaban tener la certeza de que no se equivocaban de persona. Minutos después recibía un mensaje en su móvil, en el cual Pedrera le confirmaba que la identificación de Julián había sido positiva: la mujer que el más joven de los Avana había conocido como Amparo Méndez era Ana Molina.

Salieron en dos vehículos. Salazar se aseguró de no subir al que conducía Ander. Le tenía aprecio al chaval, pero el cariño a su propia integridad física era mucho mayor. La sospechosa vivía en un buen barrio. El edificio era nuevo y hacía esquina en una encrucijada. Salazar supuso que sería un lugar muy agradable para vivir y también muy caro. Aparcaron frente al bloque de pisos y aguardaron la llegada de Rodríguez con las órdenes judiciales.

Néstor aprovechó la espera para hacer una última comprobación. Buscó entre los contactos de su móvil hasta que dio con el nombre que le interesaba. Llamó. Del otro lado le respondió una voz femenina:

—Aquí Yolanda Olmos. Dígame.

—Señora Olmos. Me alegra encontrarla. Soy el inspector Néstor Salazar. ¿Me recuerda?

—¡Inspector! Desde luego. ¿Cómo está usted? Dígame, ¿puedo ayudarlo en algo?

—La llamo para pedirle un enorme favor.

—Pues si está en mi mano, con mucho gusto.

—¿Está usted en el hospital?

—Sí, señor.

—¿La señora Ágata Vilaró está entre sus pacientes?

—Sí, por supuesto. Qué mujer tan extraordinaria. ¡Y cuánto ha sufrido la pobre! Nos hemos hecho buenas amigas.

—Perdone la indiscreción, pero ¿tiene usted un móvil inteligente? Quiero decir, ¿podría recibir una fotografía?

—Ah sí, desde luego. Me lo regaló mi hija por mi cumpleaños. No crea que me atraen mucho todas esas fruslerías. Yo me limito a llamar, recibir llamadas y poco más, pero sí me gusta llevar en él las fotos de mis nietos.

—¡Genial! En ese caso, si me lo permite le enviaré la fotografía de una mujer. Quisiera que se la mostrara a la señora Vilaró para ver si la identifica.

—¿Es la de esa arpía que les hizo tanto daño a estas pobres familias?

—Hay muchas probabilidades de que lo sea, pero le ruego discreción, señora Olmos. Recuerde que mientras no sea juzgada se le debe considerar inocente.

—Usted no se preocupe, inspector, que yo soy una tumba. Envíe la foto. Envíela —lo animó—, que yo me encargo de que Ágata la vea lo antes posible.

—Gracias, Yolanda. Sabía que podía contar con usted.

Salazar hizo el envío y al cabo de un par de minutos recibió una llamada de la enfermera.

—Inspector. De nuevo ha acertado —le anunció la señora Olmos con admiración—. Ágata dice que la mujer de la fotografía es la culpable de todo. Era la que mandaba. La líder. ¿Van a detenerla?

—Estamos trabajando en ello, Yolanda. Gracias y transmita mi gratitud también a la señora Vilaró.

—Lo haré, inspector, cuídese mucho. Y no deje de llamarme si vuelve a necesitar ayuda.

Néstor colgó y miró a su hermano, que también esperaba la respuesta.

—Tenemos confirmación positiva también por este lado —le dijo el inspector jefe—. Ana Molina, alias Ninon Petit, es la cabeza pensante de la secta. También es Amparo Méndez, la antigua novia de Julián, que se ganó la confianza de Natalia para hacerla caer en su trampa.

—Esa mujer es un demonio —afirmó Santiago.

—Tienes razón. Creo que pocas veces hemos topado con una mente criminal tan brillante y organizada, así como tan carente de cualquier tipo de escrúpulo.

—Hasta ahora ha ido siempre un paso delante de nosotros —admitió el comisario, mientras sacaba su móvil del bolsillo—, pero ahora que la hemos

identificado, creo que ya es hora de que vayamos nosotros un paso delante de ella.

Ortiz buscó entre sus contactos, escogió uno y llamó.

—Miguel. Cambio de órdenes. Cuando termines con Avana no vengas aquí. Ya tenemos suficientes efectivos. Quiero que regreses a la comisaría y comiences a investigar a la sospechosa Ana Molina. Averigua todo sobre ella: antecedentes penales, si tiene familia, propiedades, estado financiero. Todo.

Apenas había colgado cuando llegó Manuel con las órdenes firmadas por el juez Aristigueta y se las entregó a Santiago. Este las guardó en el bolsillo interno de su chaqueta e hizo un gesto de asentimiento a sus hombres. Bajaron del coche y de inmediato los del segundo vehículo los imitaron. Al frente iban el comisario, Salazar, Manuel y dos uniformados. Los seguían Sofía, Diji, Ander y otro agente.

—Actuad con precaución —les ordenó Santiago—. Molina es escort y también la jefa de una peligrosa organización criminal, así que podría no estar sola. Si alguien la acompaña puede ser un cliente, o uno de sus cómplices.

Todos asintieron sin decir palabra. Subieron al cuarto piso. El primer grupo por el ascensor, el segundo por las escaleras, para evitar que un azar del destino hiciera que se cruzaran con la mujer que iban a detener. No querían dejar ninguna grieta por la cual pudiera escaparse. Una vez que llegaron al piso, se distribuyeron a los lados de la puerta, por si alguien disparaba desde adentro. Era evidente que el apartamento era nuevo, pues el edificio lo era y por suerte para ellos, todavía los pisos no contaban con cerraduras de seguridad.

—¡Abran la puerta! ¡Es la Policía! —gritó Goliat, con un vozarrón capaz de derribar el obstáculo de madera por sí solo.

Los gritos sin embargo, no causaron ninguna reacción. La puerta se mantuvo cerrada. Después de unos minutos, el comisario se dirigió a su hermano en un murmullo:

—Parece que no hay nadie. ¿Qué opinas? ¿Llamamos al cerrajero de la Policía?

—Es una alternativa —aprobó Néstor, mientras se encogía de hombros —, pero en vista de los delitos que se le atribuyen, no podemos descartar que alguna de las víctimas se encuentre como rehén dentro del apartamento.

Santiago supo leer entrelíneas las palabras de su hermano. Entonces miró a Diji, quien enseguida comprendió sus intenciones. Goliat, con la corpulencia muscular que dio origen a su apodo, se plantó frente a la puerta junto a Diji, el subsahariano con una envergadura de casi dos metros. Santiago marcó la cuenta con los dedos y cuando levantó el tercero, ambos patearon la puerta con todas sus fuerzas. Al segundo intento consiguieron reventar la cerradura para dejar el camino libre, entonces todos entraron en orden con las armas preparadas para disparar. Comenzaron el registro del apartamento según las normas del reglamento.

—¡Despejado!

—¡Despejado!

—¡Despejado!

Un par de minutos después tenían la certeza de que el piso se encontraba vacío. Era un apartamento amplio y lujoso, con pisos de madera, tapices y cuadros de calidad. Todo estaba pulcro y ordenado, excepto la habitación, donde los armarios habían quedado abiertos y medio vacíos, el cobertor de la cama estaba arrugado y había dos maletas mal cerradas en el suelo.

—Es evidente que tenía prisa —ironizó Sofía.

—Debió enterarse de la redada por las redes sociales, o por las noticias y emprendió la fuga, o se escondió.

—Si trata de salir de Haro, o del país, la atraparemos. Ya todos los controles de carreteras, así como los de salida de España tienen su fotografía, pero si se escondió nos lo pondrá más difícil —opinó el comisario—. Manuel, llama a científica. Tenemos que voltear este piso como si fuera un guante.

—Sí, señor.

—Te aseguro que la encontraremos, Santiago —afirmó Salazar.

—¿Qué es eso, señor? —preguntó Ander, que en ese momento entraba en la habitación.

—¿Qué es qué?

—Ese papel, señor —dijo el joven agente, señalando debajo de la cama—. Este piso está muy ordenado. Todo está en su lugar, excepto ese papel en el suelo.

Salazar se apresuró a acercarse al papel que había visto Echevarría. No lo cogió, porque no quería contaminar la escena. Sacó un bolígrafo de su bolsillo y lo giró para leer lo que tenía escrito.

—Es un número. Parece el de un móvil.

—¿Dice de quién?

—No, de hecho, los trazos son un poco temblorosos, como si quien lo hubiera escrito estuviera muy nervioso.

—Tal vez se le cayó mientras hacía las maletas —sugirió Sofía.

—Es posible —reconoció el inspector jefe—, pero, ¿qué número te llevarías en la mano, o en el bolsillo si te encontraras en una situación extrema como esa?

—El número de alguien que pudiera ayudarme.

—¡Exacto! —afirmó Salazar—. Sería interesante saber a quién pertenece. Llámalo tú, Sofía. Quienquiera que sea, se sentirá menos amenazado por la voz de una mujer. Así somos de gilipollas.

La subinspectora miró con el ceño fruncido a su jefe, sin saber si debía ofenderse o reírse. Sin embargo, obedeció. Marcó el número usando su móvil. Le respondieron al tercer timbrazo.

—Aquí el comisario mayor Gonzalo Roig. Dígame.

Sofía colgó de inmediato, sin poder disimular su sorpresa.

Néstor y Santiago decidieron que era pertinente hacerle una visita al comisario mayor. No lo conocían, así que no tenían idea de lo que iban a encontrar, pero era evidente que tenía una relación directa con Ana Molina. ¿Sería uno de sus clientes, o estarían frente a un cómplice de las actividades ilícitas de la inescrupulosa mujer? De cualquier manera, después de una corta discusión coincidieron en que ellos, siendo los oficiales de mayor rango, eran quienes debían enfrentar a Roig. Como el tiempo apremiaba, pese a los juramentos que Salazar se había hecho a sí mismo, tuvo que transigir que Ander condujera el coche que los llevaría a él y al comisario a la Jefatura Superior. Los demás regresarían a la comisaría en el otro vehículo.

En cuanto subieron al coche, el comisario cometió un error garrafal, al decirle al agente que necesitaban llegar a su destino lo antes posible. Néstor casi le da un puñetazo a Ortiz después de escuchar aquello, pero no tuvo tiempo. El joven aspirante al campeonato de Fórmula 1 asintió, encendió el motor, puso el pie en el acelerador y no lo retiró de allí hasta que llegaron. Néstor estuvo tentado un par de veces a recordarle que también existían los frenos, pero temió distraerlo. El inspector jefe observó a Santiago. Pese a que su adusto hermano hacía lo posible por disimular, él también había perdido el color del rostro.

Llegaron en tiempo record. No podía ser de otra forma con semejante chófer. Cuando se apearon, a Salazar le temblaban las piernas como si fueran de gelatina, pero saber que había sobrevivido al viaje representó un alivio tan grande que se recuperó pronto. En la recepción se identificaron y preguntaron por la oficina del comisario mayor Gonzalo Roig. El agente que los atendió frunció el ceño cuando escuchó el nombre.

—¿Qué desean con el comisario Roig?

—Es un asunto confidencial que debemos tratar con él en persona —Fue la respuesta de Ortiz.

—Como quieran. Es su pellejo.

El preámbulo no asustó a ninguno de los policías, pero les alertó que debían andar con pies de plomo. Siguieron las indicaciones del oficial y llegaron a la antesala de su oficina, donde una mujer de mediana edad los recibió.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarles, caballeros? —preguntó, mirando con cierta aprensión a Santiago. Goliat tenía ese efecto en la gente normal desde los dieciséis años.

—Necesitamos hablar con el comisario Roig. Es urgente —le anunció Ortiz.

—¿Tienen una cita?

—El asunto que nos trae no puede esperar por una cita.

—Lo lamento mucho. El comisario está ocupado y no recibe a nadie sin cita. ¡Oigan! ¿Dónde creen que van? —les gritó mientras se ponía de pie para tratar de detenerlos, pero hubiera sido como intentar frenar un tren de cercanías con las manos.

Después de un par de golpes en la puerta para anunciarse, Santiago la abrió y entró. Detrás de él venía Néstor. ¡Era guay eso de tener un hermano mayor que parecía un autobús sin frenos cuando se cabreaba! Abría muchas puertas, hablando en forma literal.

En el interior del despacho, un hombre que rondaba los cincuenta y cinco años, que parecía haber almorzado con limones enteros, después de hacer buches de vinagre levantó la vista de los papeles.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo se atreven a irrumpir así en mi despacho? —preguntó el comisario mayor, poniéndose de pie como si se preparara para una agresión.

—Soy el comisario Santiago Ortiz y él es mi inspector jefe, Néstor Salazar. Somos de la comisaría de "San Miguel" y la razón por la que

estamos aquí no puede esperar.

—Si puede o no esperar lo decido yo, comisario. ¿Tomaste nota de sus nombres, Angélica? ¡Les abriré un expediente por esta falta de respeto!

—¡Hágalo si quiere, comisario Roig, pero después de que nos haya explicado algunas cosas!

Roig dio un paso atrás. Había que reconocer que Goliat cabreado imponía. Aunque fueras su superior.

—Yo no tengo por qué darle explicaciones a nadie —le respondió, pero cuidando quedarse detrás de su escritorio. Néstor comprendió que el flamante mando le tenía miedo a su hermano. ¡Y quién en su sano juicio no se lo tendría!

—Será mejor para todos si templamos los ánimos —sugirió Salazar con voz tranquila—. Solo queremos su ayuda en el caso que estamos investigando. Debe haberlo visto en las noticias comisario. Se trata de la secta que fue desmantelada esta mañana. No querrá que sus superiores y los nuestros piensen que intentó usted ocultar información vital para su resolución.

—Pero, ¿de qué hablan? —preguntó Gonzalo, palideciendo. El grandote era imponente, pero por alguna razón le asustaba más el delgado —. Sí, vi las noticias, pero yo no tengo ninguna información sobre ese asunto. Lo llevan en una comisaría del centro. La de "San Miguel", creo. Un momento, ustedes acaban de decir que son de esa comisaría, así que de esto saben mucho más que yo.

—Esa es la razón por la que hemos venido, señor —señaló Salazar—. Las evidencias de ese caso nos han traído hasta aquí.

—Eso no es posible. Yo no sé nada acerca de ese asunto.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Santiago, ya más calmado.

—No. Quien se va a sentar soy yo. Ustedes se quedan de pie y me explican ahora mismo la razón por la que han irrumpido en mi despacho de esa forma. Aunque les advierto que por buena que sea esa explicación, nadie los va a salvar de las sanciones.

—Muy bien. Como usted quiera. Ya sabrá por las noticias que esta mañana llevamos a cabo una operación de rescate de las víctimas de una secta.

—Sí. Lo leí en las noticias y debo reconocer que fue un trabajo impecable.

—El problema —intervino Néstor—, es que la líder de la secta, su gurú, no se encontraba allí en el momento de la intervención.

—En otras palabras, se les escapó —sentenció el comisario mayor con perversa satisfacción.

—No por mucho tiempo —continuó Salazar—. La identificamos como Ana Molina y su fotografía está en manos de todos los controles del país, así que es cuestión de tiempo que la atrapemos.

—Muy bien. ¿Y qué tengo que ver yo con todo eso? No conozco a esa mujer.

—¿Está seguro de que no la conoce? —intervino Santiago.

—Por completo.

—¿Puede explicarnos entonces cómo es que encontramos una nota con el número del móvil de usted junto a la cama de esta señora cuando allanamos su apartamento?

—No tengo la menor idea —respondió Roig, mientras su rostro perdía todo el color.

—Tal vez la conozca por su alias —sugirió Néstor—. Se hace llamar Ninon Petit.

—No. Lo siento —respondió Gonzalo demasiado rápido.

A la extrema palidez del comisario mayor se sumó un temblor involuntario de su labio inferior, lo que hizo comprender a Salazar que lo tenían. Con movimientos pausados, el inspector sacó su móvil, buscó la foto que le había enviado Manuel y la desplegó en toda la pantalla. Luego le entregó el teléfono al irritable comisario mayor.

—Esta es la persona a quien nos referimos —insistió Néstor—. ¿Está seguro de que no la conoce?

—Tome en cuenta —Se sumó Santiago—, que si ha tenido el menor trato con ella y lo niega, podemos acusarlo de obstrucción.

Cuando Roig cogió el móvil de Salazar para ver la foto, ya le temblaban también las manos, hasta el punto que Néstor temió que lo dejara caer. Y ya lo había salvado demasiadas veces «in extremis» de las garras de Paca, como para perderlo ahora en las torpes manos de un comisario mayor que se sentía acorralado con sentimientos de culpa.

Por suerte, Gonzalo le devolvió el teléfono a Salazar sano y salvo, luego apoyó los codos sobre la mesa y cubrió su cabeza con las manos en un gesto de desesperación.

—No lo sabía. No tenía la menor idea de que Ninon estaba involucrada en algo así. De otro modo no…

—¿Entonces sí la conoce usted? —lo presionó Santiago.

Toda la altanería con la que Roig los había recibido se había ido por el desaguadero de saberse descubierto. Los invitó a sentarse. Después de mirarse entre sí, Néstor y Santiago asintieron y ocuparon las sillas frente al mando.

—Mi esposa me pidió el divorcio hace cinco años y no soy un hombre que lleve bien la soledad. Mi familia y mis amigos siempre me animan a que rehaga mi vida con alguien más, pero no es tan fácil. Tengo un carácter un poco… No soy un hombre que le simpatice a los demás. Era un problema que me pesaba en el ánimo y no parecía tener solución hasta que un día, mientras navegaba en Internet surgió uno de esos molestos anuncios que saltan a la pantalla con tanta frecuencia. En él estaba la foto de Ninon. No era una fotografía vulgar. Mostraba a una mujer joven, hermosa y sonriente que se ofrecía como acompañante para eventos, fiestas. No mencionaba sexo. Era todo lo que yo necesitaba, un poco de compañía. Así que la llamé. Era un servicio muy caro, pero soy un hombre solo, mi mujer y yo no tuvimos hijos y ella volvió a casarse, así que no tengo mayores gastos. La contraté para que pasáramos un fin de semana en una casa campestre que mi madre me dejó en herencia. Pueden comprobarlo.

—No tenga la menor duda de que lo haremos —confirmó Santiago, mordaz.

—Continúe por favor —le pidió Néstor.

—Fue un fin de semana extraordinario. No por el sexo. Quiero que comprendan que no contraté a Ninon solo por sexo. Ella es simpática, culta, su conversación es agradable y consiguió hacerme sentir importante.

—No debió costarle mucho trabajo —murmuró Ortiz, mientras Salazar le lanzaba una mirada de advertencia.

—¿Nunca sospechó que fuera algo más que una escort? —le preguntó el inspector.

—Por supuesto que no. Aquella experiencia fue tan especial que la repetí de vez en cuando. Ya saben, cuando me sentía bajo presión, cuando ya no podía más con el estrés, llamaba a Ninon y ella conseguía mejorar mi ánimo.

—¿Eran algo más que… Acompañante y cliente?

Gonzalo miró a Salazar como si le hubiera leído el pensamiento.

—Para mí era mucho más. Y creo que para ella también, porque después de aquel maravilloso fin de semana no volvió a cobrar por sus servicios. Nos hicimos amigos.

—No quisiera tener que decirle esto, comisario —le advirtió Néstor—, pero lo más probable es que ella hiciera lo posible para cultivar esa amistad, porque así conseguía la protección de un mando de la Policía de Haro.

—¿Cree que no me he dado cuenta cuando he visto esa fotografía? Me he comportado como un estúpido, pero no suelo serlo.

—¿Además de esos paseos campestres tan extraordinarios trató ella de conseguir algún favor de su parte? —intervino Ortiz.

—Nunca lo había hecho hasta esta mañana.

—¿Qué le pidió esta mañana? —preguntó Salazar, al mismo tiempo que él y Santiago se envaraban en el asiento.

—Ninon me llamó muy temprano. Parecía nerviosa. Me dijo que había tenido una discusión con un cliente y que se sentía muy estresada, que necesitaba relajarse, así que me pidió…

—¿Qué? —preguntaron los dos policías a coro.

—Me pidió que le prestara mi casa de campo. Esta mañana nos encontramos en una cafetería y le entregué las llaves.

Capítulo 46.

A partir de ese momento, Roig se volvió muy colaborador. Les proporcionó la dirección de la casa de campo. Se encontraba en San Asensio de los Cantos. El arrepentido comisario mayor también les entregó una copia de las llaves y se puso a su disposición en lo que pudiera ayudar.

Santiago y Néstor se lo agradecieron, pero le reiteraron que ellos se encargarían. En cuanto salieron del despacho, el inspector llamó al equipo para ordenarles que buscaran planos e imágenes de satélite de la casa. Ortiz decidió que los agentes levantaran un cerco de puntos de control en los alrededores, para evitar que la mujer se les volviera a escapar.

—Es el procedimiento correcto, Santiago —opinó Salazar—, pero si comienzan a aparecer puntos de control como champiñones alrededor de una comunidad tan pequeña y tranquila, Ana podría notarlo y perderíamos el factor sorpresa.

—¿Qué sugieres entonces?

—Estamos cerca de las fiestas navideñas, con lo cual aumentan los conductores ebrios, así como los controles de alcoholemia. Yo llamaría a la DGT para que sean ellos quienes instalen esos puntos y asignaría uno o dos de nuestros agentes para que los acompañen en cada uno. De esa forma pasaremos desapercibidos.

—Tienes razón. Es una buena idea.

Regresaron a "San Miguel" con la misma prisa con la que llegaron a la Jefatura Superior. Para sorpresa de Néstor, pese a que Ander condujo igual que siempre, esta vez no se sintió tan asustado. Solo un par de veces vio su vida pasar por delante de sus ojos, así que tal vez comenzaba a acostumbrarse. Su hermano, en cambio, se mantuvo tenso y pálido durante todo el trayecto, pero resistió el deseo de ordenarle al agente que redujera la velocidad, pues el tiempo apremiaba.

Llegaron a la comisaría rompiendo su propio record y se reunieron con el resto del equipo. Las investigaciones pendientes debían esperar. Era prioritario capturar a Molina antes de que decidiera cambiar su escondite. Su equipo los esperaba con los planos que habían solicitado, así que los desplegaron sobre una de las mesas.

—¿Pediremos apoyo de los GEO, señor? —preguntó Manuel.

—No lo considero necesario —respondió el comisario—. Esto lo llevaremos a cabo nosotros.

Pasaron la siguiente hora discutiendo la táctica que emplearían para entrar. Santiago siguió el consejo de Néstor y pidió la colaboración de la DGT. Los agentes que rodeaban el perímetro les informaron que todo parecía tranquilo en la casa de campo. Había un coche en la puerta, un Volvo del año, del cual el oficial dio parte del número de la matrícula, por la que supieron que estaba a nombre de Ninon Petit. Por lo demás, el lugar parecía vacío. Si Ana estaba escondida allí como todo parecía indicar, era seguro que no daría muchos paseos por el campo. Decidieron actuar de inmediato. El equipo al completo se dirigió a San Asensio de los Cantos. La casa de Roig se encontraba en la periferia de la aldea. Los policías se dividieron en dos grupos. Uno entraría por el frente, mientras que el otro cubriría la puerta y ventanas de la fachada posterior. Como existía la posibilidad de que Ana recordara a Néstor si lo veía, decidieron que él comandaría el grupo que cubriría las salidas traseras, mientras que Santiago iría por el frente.

Se apearon de los coches en la carretera cercana, en un lugar que no era visible desde la casa. Hacía mucho frío y todavía quedaban restos de nieve al borde del camino, como recuerdo de la última nevada que había caído en esa zona.

El plan era sencillo. Miguel y Sofía se acercarían con uno de los coches, se apearían y llamarían a la puerta, haciéndose pasar por una pareja de turistas cuyo coche se había averiado. Debían entretener a la mujer el mayor tiempo posible, con la finalidad de que tanto el grupo del frente, como el de la parte posterior pudieran acercarse sin ser detectados. Al comisario, además de Sofía y Miguel, lo acompañaba Remigio. Con Salazar iban Diji, Manuel y el agente Ander, a quien el propio Néstor le pidió que los acompañara.

Cuando Molina abrió la puerta y se encontró a la pareja, no pudo evitar un gesto de disgusto.

—¿Qué quieren?

—Disculpe la molestia, señora —respondió Miguel desplegando una amplia sonrisa, mientras rodeaba con el brazo a Sofía y la acercaba a él—. Mi novia y yo hemos querido dar un paseo romántico por el campo. Un amigo me habló muy bien de esta aldea y por eso decidimos visitarla, pero el coche nos está dando problemas. Se apagó y no quiere volver a encender.

Yo olvidé mi móvil en casa y la batería del de ella se descargó. ¿Podría permitirnos hacer una llamada?

—No —respondió Molina con voz cortante—. Pueden caminar hasta la aldea.

Ana comenzó a cerrar la puerta, pero Sofía se opuso al movimiento con su mano. Ante la sorpresa de la mujer, la subinspectora sonrió.

—Por favor. Hace mucho frío aquí afuera. San Asensio queda todavía demasiado lejos. Solo será un minuto. Le pagaremos la llamada. Permítanos usar su teléfono. Se lo ruego.

—¡Por supuesto que no! No soy tan estúpida para dejar entrar a cualquier desconocido en mi casa. Si quiere pedir ayuda, siga hasta la aldea.

—Es que si hacemos todo el trayecto a pie podríamos acabar enfermando a causa del frío —continuó suplicando la subinspectora, mientras por el rabillo del ojo podía ver el movimiento de sus compañeros aproximándose a la casa. Ella había dado un paso adelante para quedar en el umbral, con lo cual impedía que la sospechosa cerrara la puerta y además le reducía el campo de visión del frente de su casa.

—Ese no es mi problema —le espetó Molina—. ¡Váyanse, si no quieren que llame a la Policía!

A Sofía le desconcertó la sangre fría de la mujer. ¡Los amenazaba con la Policía, cuando ella misma era una fugitiva!

—De verdad no queremos problemas. Solo le estoy pidiendo que me permita usar el teléfono.

Ana decidió dar por terminada la discusión. Con la puerta abierta se sentía expuesta, así que empujó a la subinspectora y trató de cerrar de golpe, pero para entonces ya Ortiz estaba junto a ellos con la pistola en las manos.

—¡Ana Molina! ¡Queda detenida por extorsión, secuestro y homicidio!

Sofía, que había caído al suelo por el empujón, se puso de pie de inmediato y también desenfundó. La fugitiva comprendió de inmediato que todo aquello era una trampa, pero en lugar de entregarse se dio media vuelta y corrió dentro de la sala para tratar de escapar por la puerta trasera. Cuando llegó a la cocina se encontró con Salazar y su grupo, todos esperándola con las armas en ristre y caras de pocos amigos.

—¡Al suelo con las manos en alto! —le gritó Néstor, con una voz tan autoritaria que sorprendió incluso a sus compañeros.

Al comprender que estaba rodeada, Ana obedeció. Después de esposarla la pusieron de pie y fue entonces cuando rompió a llorar.

—¿Qué es todo esto? Yo no he hecho nada. ¿Por qué me tratan así? Solo soy una ciudadana honrada que está pasando unos días de descanso en casa de un amigo. Un amigo de la Policía, además. ¿Saben que esta casa es de un alto mando de la policía? Se les va a caer el pelo cuando Gonzalo sepa cómo me han tratado y que han allanado su casa. ¿Tienen una orden?

—Tenemos la autorización del dueño de la casa —le notificó Salazar. Ella se quedó tan sorprendida que detuvo el llanto en seco—. ¿Cómo cree que supimos dónde se escondía? Su buen amigo, el comisario mayor nos lo confesó y nos ha dado todo su apoyo para capturarla. ¿O creía que lo tenía tan dominado que se arriesgaría a ser acusado de complicidad por protegerla a usted? No, "Ninon". No eres tan importante.

—¡Maldito cobarde traidor! —exclamó enfurecida, ya sin ningún asomo de lágrimas.

Después de llevarla hasta uno de los coches, Ortiz llamó a sus compañeros de científica para que registraran la casa de campo de arriba abajo. Aunque tenían todas las evidencias que necesitaban, nunca se sabía qué más podían encontrar.

La escoltaron hasta la comisaría, donde la encerraron sola en una de las celdas, lo más alejada posible de los demás líderes. Esta vez no se presentó un defensor caro, pues no había quién lo llamara, o cancelara sus honorarios.

El arresto de "la hija de Vishnu" causó una sensación de alivio en todo el equipo de detectives de la comisaría de "San Miguel".

Capítulo 47.

De vuelta en "San Miguel", el cansancio acumulado de dos días de trabajo sin pausa comenzó a hacer mella en los policías. Ortiz les concedió un par de horas para que pudieran almorzar. Luego tendrían que regresar a terminar de elaborar los informes y concretar los detalles que cerrarían el caso. El comisario también debía informar al juez y a los mandos acerca del arresto de la cabecilla de la organización. Santiago sabía que era lo que los jefes estaban esperando para convocar una rueda de prensa sobre el operativo de desmantelamiento de la secta y rescate de las víctimas. Aquello le permitiría colgarse otra medalla a la Policía de Haro, que estaba ganando mucho prestigio gracias a los aciertos del último año. Era seguro que él tendría que asistir y muy probable que también Néstor sería conminado a acompañarlos, pese a lo poco que les gustaba a ambos relacionarse con la prensa.

Tanto él como su hermano decidieron quedarse y comer un bocata allí mismo, mientras adelantaban algo del trabajo burocrático. En dos días sería Navidad, así que necesitaban darse prisa si querían que todo quedara bien atado antes de las festividades. Cuando llegaron todos, Ortiz los convocó a reunirse en el segundo piso, donde ya Lali les estaba sirviendo café. Santiago tomó la palabra:

—Quiero reconocer que todos habéis hecho un gran trabajo con este asunto de la secta. Os puedo asegurar que sois el mejor equipo que ha estado bajo mis órdenes hasta ahora.

Néstor no pudo evitar sorprenderse. Era la primera vez que veía a Santiago reconocerle algún mérito a alguien. Sí que había cambiado desde su adolescencia. ¡Quien lo hubiera podido imaginar!

—Gracias, señor —respondió Sofía, al ver que los demás se habían quedado de piedra.

—Ahora que ya os he dicho lo que pienso, volvamos al trabajo, que tenemos mucho que hacer —los alentó Ortiz, mientras daba un par de palmadas—. Sofía, ¿qué has podido averiguar acerca de los geriátricos donde trabajó Modesta Pavía? ¿Los temores de Salazar eran fundados?

—Me temo que sí, señor. Pavía trabajó en dos residencias de Haro. Ambas albergaban ancianos con alto poder adquisitivo. Una era "Nuestra Señora del Socorro" y la otra "Los jardines". Estuve analizando las causas

de los decesos que ocurrieron en los dos geriátricos mientras Pavía trabajó en ellos y encontré dos muertes sospechosas.

—¿Qué las hacía sospechosas? —preguntó Salazar.

—La primera fue en "Nuestra Señora del Socorro" hace dos años. La fallecida fue Lorena Varela, de ochenta y siete años. Era viuda y no tenía hijos, ni familiares vivos, así que hizo testamento a favor de "esa enfermera tan amable que la trataba tan bien". Después de firmar el nuevo testamento, la señora Varela sufrió un paro cardiorrespiratorio. Los médicos de la residencia no se lo esperaban, pues a pesar de su edad, la señora gozaba de una salud envidiable.

—¿No se llevó a cabo ninguna investigación? —preguntó Remigio.

—No. Debido a su edad la certificaron como muerte natural.

—¿Qué hay del segundo caso?

—Después del fallecimiento de la señora Varela, Pavía renunció argumentando que no soportaba continuar trabajando allí, pues todo le recordaba a "la mujer que había querido como a una abuela." Entonces consiguió trabajo en "Los jardines". En esa residencia no entabló amistad con ninguno de los ancianos.

—¿Y cuál fue la muerte sospechosa?

—Warren Lyon. Un inglés que decidió vivir en España con su esposa después de la jubilación. La señora Lyon falleció hace diez años y él prefirió entrar en una residencia, que regresar a la fría Inglaterra.

—¿Tenía familia?

—Un hijo que vive en Londres y que venía a visitarlo de vez en cuando.

—¿Por qué sospechas que esa muerte esté relacionada con Pavía? —Quiso saber Miguel.

—Por dos motivos: el primero es que el señor Lyon, pese a su edad, gozaba de una excelente salud y una noche sufrió un paro cardiorrespiratorio.

—Igual que Varela —precisó Salazar.

—Igual en todos los sentidos.

—¿Pavía se benefició de su herencia? —Quiso saber el comisario.

—No, en este caso el beneficiado fue su hijo.

—Pero…

—Pero Warren Lyon tenía un seguro de vida desde que cumplió los cincuenta años. El beneficiario original por supuesto que era su hijo, pero

hace un año se cambió a favor de Pavía.

—¿Se cambió? ¿Quién lo hizo? ¿Por qué?

—Nadie pudo dar una explicación satisfactoria en ese momento, así que la empresa de seguros ordenó una experticia que determino que los documentos en los cuales se solicitaba ese cambio eran una falsificación.

—¿Cómo pudiste averiguar todo eso tan pronto? —le preguntó Manuel, admirado.

—Digamos que tuve un poco de ayuda. Cuando comencé a indagar sobre la muerte de Lyon encontré que un inspector de la Jefatura Superior había estado tan interesado en el inglés como para pedir una exhumación, pero no pudo aportar suficientes pruebas como para conseguirla. Me puse en contacto con él. Su nombre es Sabas Acosta. Es muy majo.

—¿Cómo llegó a sospechar que había algo extraño en estas muertes? —preguntó Néstor, al mismo tiempo que sentía una punzada de celos por la forma en que Sofía se había referido a ese inspector.

—En realidad, Sabas no sabía nada sobre Varela. Investigaba el fallecimiento de Lyon porque recibieron una denuncia por parte del seguro. Fue él quien me suministró todos estos datos. Él me contó lo que sabía a cambio de que yo hiciera lo mismo.

—Así que Pavía es un "Ángel de la Muerte" —afirmó Néstor.

—Muy bien, Sofía, continúa colaborando con ese inspector —le ordenó el comisario—. Es evidente que será necesario interrogar a la enfermera acerca de esto y confrontarla con las evidencias. Lo dejo en tus manos.

—Sí, señor.

—Manuel, ¿qué encontraste acerca de la dama que detuvimos hoy?

—Ana Molina es hija única de una pareja con solvencia económica. Su padre era empresario y su madre ejercía como abogada, pero la chica les dio problemas desde que cumplió los catorce años. Huyó de casa a esa edad, obnubilada por un camello. Un tío de treinta años. Por intervención de los padres de Ana detuvieron al sujeto y lo acusaron de pederastia, pero eso no solucionó el problema de su hija. En cuanto se le presentó la oportunidad, la chica volvió a escapar, esta vez para dedicarse ella misma al tráfico de estupefacientes y la prostitución. La detuvieron en una redada y fue a parar a un Reformatorio, donde permaneció tres años. En el transcurso de ese tiempo ya sus padres habían muerto. Despilfarró su herencia y cuando se quedó sin nada decidió trabajar como escort.

—Esa era su cara al público —señaló Néstor—, porque por detrás de bambalinas se dedicó a la estafa, el secuestro, la extorsión y el asesinato.

—De acuerdo, Miguel. Buen trabajo —afirmó el comisario—. Ahora debemos elaborar los informes que enviaremos al juez para que tanto Molina, como sus amigos sean imputados por todos los delitos que han cometido. Sé que estáis cansados, pero os pido un último esfuerzo en este caso. Que no quede ni una sola grieta por donde puedan hurgar los abogados de estas alimañas. Se lo debemos a las víctimas.

Mientras sus subalternos elaboraban los informes, Néstor y Santiago decidieron interrogar a Molina. Esperaron a que se presentara su defensor. Uno de oficio, pues los del bufete caro ya habían dado aviso de que se retiraban del caso. La mujer estaba sentada a la mesa, con una de las anillas de las esposas sujeta a una argolla dispuesta en la superficie. El abogado, un hombre pequeño, delgado y con aspecto tímido, se mantuvo junto a ella después de darle las instrucciones pertinentes.

En cuanto se sentaron frente a la detenida, esta se irguió en su asiento, mostrando una actitud muy pagada de sí misma. Néstor comprendió que el egocentrismo y la megalomanía de la mujer eran la debilidad que ellos debían explotar.

—Ana Molina, alias, Ninon Petit, alias, Amparo Méndez —recitó el comisario con el expediente abierto—. Parece que le gusta mucho cambiarse de nombre, señorita.

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—La señorita Molina tiene derecho a saber de qué se le acusa, señores. Ha sido arrastrada desde su casa hasta aquí sin motivo alguno.

—¿Sin motivo alguno? —repitió Santiago—. Ha sido identificada por una veintena de testigos como la mujer que dirigía la secta "los servidores de Vishnu".

—Hay libertad de culto —ripostó el letrado.

—El culto no nos interesa, abogado —intervino Néstor—. Nos interesan sus actividades de secuestro, extorsión, estafa, blanqueo de capitales y asesinato. Son delitos muy graves.

—Demasiado para acusar a mi defendida sin pruebas.

—Las pruebas las tenemos —le anunció el inspector—, pero tal vez tenga usted razón y la señora solo sea la cabeza de turco de alguien más. Hay cuatro hombres que fueron detenidos en el lugar de los hechos y cualquiera de ellos podría ser el verdadero cabecilla. Dígame, señorita

Molina. ¿Es el chivo expiatorio de alguien que estuviera por encima de usted en jerarquía?

—¿Qué quiere decir? ¿Que soy una estúpida que se deja manipular hasta ese punto? Yo no soy chivo expiatorio de nadie. Ninguno de esos imbéciles tiene los suficientes sesos como para darme órdenes.

—Entonces reconoce que es usted la cabecilla —preguntó Santiago.

—No reconozco nada. Yo no tengo nada que ver con esa secta.

—A ver, ¿no es usted la "hija de Vishnu"? —insistió Néstor mientras leía uno de los folletos que habían encontrado en el edificio de la Bodega —. ¿La portadora de su mensaje de paz y armonía que tiene como misión la salvación espiritual de los elegidos?

—¡Qué tonterías está diciendo! —le rebatió la detenida—. Soy una ciudadana normal y vivo de mi trabajo como escort. Puede comprobarlo.

—En eso estamos. Así que no es la hija de Vishnu.

—¿Es usted tonto, o sordo? Ya le dije que no tengo nada que ver con esos chiflados.

—Ya. ¿Le importaría decirme su opinión sobre los adeptos de la secta?

—Hay que ser muy estúpido para pertenecer a una de esas —declaró con actitud altiva—. Dejar que otros te digan cómo tienes que vivir, entregarles el control de todos tus bienes. De tu propia vida. Son estúpidos y merecen lo que les hacen.

—Comprendo. ¿Y qué puede decirnos de las familias que fueron secuestradas y sometidas a extorsión? ¿Son estúpidas también?

—Lo fueron si se dejaron atrapar en esa forma tan pueril. De todas maneras, eso no tiene nada que ver conmigo.

—Así que no tiene relación con ninguna de las personas detenidas.

—Por supuesto que no.

—De acuerdo. Sabemos que nos está mintiendo, señorita Molina —afirmó Salazar—. Tenemos el testimonio de todas las personas a quienes secuestró y extorsionó, además de la declaración jurada de Julián Avana de que usted se presentó ante él y su familia con el nombre falso de Amparo Méndez, y que convenció a su cuñada de participar en un retiro familiar después del cual no se supo nada más de la familia Avana, hasta que aparecieron muertos tres años después.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo —sugirió el abogado—. Mi defendida declara lo que sabe y ustedes notifican al juez acerca de su disposición a colaborar.

—No hable por mí —ripostó Ana—. No voy a colaborar con nada, ni con nadie. Ya lo he dicho por activa y por pasiva: no sé nada acerca de una secta, ni de las personas que mencionan.

—Tienen más de veinte testigos —le murmuró casi en el oído el letrado a su clienta con los dientes apretados.

—Sigue siendo la palabra de ellos contra la mía.

—Señores. Me gustaría tener unas palabras a solas con mi clienta —les pidió el abogado.

—De acuerdo —afirmó Santiago poniéndose de pie.

Ambos policías salieron de la sala de interrogatorios y bajaron al despacho del comisario.

—¿Ya tienes lo que querías? —le preguntó Ortiz a Salazar en cuanto se acomodaron en la oficina.

—Sí. Creo que esta corta conversación nos resultará muy útil.

—Pero lo negó todo.

—No esperaba menos. Ana Molina cree que es más lista que todos los demás y también más importante, así que no cederá por mucho que argumente su abogado. Ella no espera reducir su condena, sino salir bien librada de todo esto.

—No estarás hablando en serio.

—Muy en serio. Y si no queremos que se salga con la suya debemos jugar bien nuestras cartas.

—Néstor, te recuerdo que tenemos una veintena de testigos que la han identificado como la responsable de todo esto.

—Es cierto, veinte personas que vienen de sufrir un trauma y necesitan con desesperación un culpable a quien responsabilizar por lo que han tenido que pasar. ¿Cuántas fichas de identificación encontró Manuel? ¿Cinco? Pues hay cuatro personas más que tienen rasgos parecidos y dado el estado emocional alterado de las víctimas, Molina podría argumentar que hay una confusión de identidad. No la encontramos en el complejo donde funcionaba la secta. Los chicos de científica no hallaron huellas de ella. Todos los delitos los cometió a través de persona interpuesta. Tiene razón. En el fondo no tenemos pruebas fehacientes de que es "la hija de Vishnu"

—A veces tus razonamientos me dan miedo. No me dirás que crees que nos equivocamos y esta mujer es inocente.

—Desde luego que no. Estoy seguro de que está detrás de todo esto, pero si ha tenido labia suficiente para engatusar a tantos adeptos, no es

difícil que pueda convencer a un juez.

—¿Qué hacemos entonces? Porque el interrogatorio del que acabamos de salir no ayuda mucho.

—Al contrario. Gracias a ese interrogatorio no se saldrá con la suya.

Después que el abogado terminó de conversar con su defendida, los policías le notificaron que habían terminado con su clienta por ese día. Tanto el letrado como la detenida se sintieron desconcertados, pues esperaban que los detectives insistieran en arrancarle una confesión.

En lugar de eso, el comisario y el inspector jefe decidieron interrogar a Modesta Pavía. Hicieron llamar a su abogado y les permitieron unos minutos a solas para que conversaran. Cuando los policías entraron a la sala de interrogatorios, encontraron una mujer alta, en extremo delgada y morena. Jugueteaba nerviosa con la cadena de las esposas y parecía distraída. Miró a los detectives con indiferencia y volvió a su entretenimiento. Néstor colocó su portátil sobre la mesa.

—Señora Pavía —le dijo Santiago—. Supongo que es consciente de la gravedad de los cargos que se le imputan.

—Mi clienta no cometió ningún delito —intervino el abogado—. Solo acompañó a algunos de los ancianos que cuidaba a tramitar sus documentos personales. El uso que estos ciudadanos dieran a sus pasaportes no es un asunto que concierna a la señora Pavía.

—¿Me está diciendo que dos personas que no se encuentran en pleno uso de sus facultades porque padecen enfermedades que comprometen su contacto con la realidad, le pidieron que los acompañara a solicitar sus pasaportes y luego abrieron una cuenta en Bahamas, en la cual se ha depositado dinero proveniente de actividades delictivas? —preguntó Ortiz con tono de incredulidad.

—No haremos ninguna declaración al respecto —respondió el defensor.

—Es comprensible —intervino Néstor—. Nadie quiere comprometerse a sí mismo. En especial cuando crees que lo que has hecho es por un bien mayor.

La enfermera dejó de mirar la cadena de las esposas, levantó la cabeza y fijó su atención en Salazar.

—Es eso lo que te dijeron, ¿verdad Modesta? De eso te convencieron. Obtener los pasaportes de un par de ancianos no era tan terrible. De cualquier forma, ellos ya no los necesitarían y todo era por un bien mayor:

"la búsqueda de paz y armonía para alcanzar un estado espiritual avanzado". ¿Fue eso lo mismo que te contaron cuando te pidieron que asesinaras a Lorena Varela y a Warren Lyon?

—¿De qué está hablando? —preguntó el abogado, palideciendo.

—¿No se lo ha contado a su defensor, señora Pavía? —la presionó Santiago—. No es bueno ocultarle cosas al abogado de uno.

La mujer frunció el ceño y bajando la cabeza volvió a concentrar su atención en la cadena. Salazar suspiró, abrió el portátil y seleccionó un archivo. Comenzó a reproducirse un vídeo en el cual aparecía Ana Molina en esa misma sala. En la medida en que la grabación iba avanzando, Pavía iba prestando más atención y al final las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas.

—He consagrado mi vida a las ideas que esta mujer me metió en la cabeza —dijo por fin, aumentando el volumen en la medida que iba hablando—. La he obedecido, he mentido por ella. Por su mensaje. He matado por ella, incluso a una persona a la que quería…

—La señora Varela —sugirió Néstor. La detenida asintió con el rostro bañado en lágrimas.

—Era una anciana muy dulce. Yo la apreciaba… No quería hacerlo… Me sentí fatal, pero esta arpía me obligó. Me dijo que era por el bien de todos. Y entonces lo hice. ¡Y después de todo eso, ahora sé que para ella solo soy una estúpida!

—¿Qué hizo, Modesta?

—No está obligada a responder —le advirtió el abogado.

—Quiero hacerlo. Voy a hacerlo. Les contaré todo. Es verdad. Lo de los pasaportes es verdad y los asesinatos también. ¡Yo maté a esos ancianos! ¡Y también a otros tres! ¡Yo les suministré una sobredosis de cloruro de potasio!

Capítulo 48.

La confesión de Modesta fue tan completa como había prometido. Les explicó todo lo que sabía: había llegado a la secta siete años atrás, cuando pasaba por un momento difícil, pues en aquellos días su marido le pidió el divorcio para irse a vivir con una chica veinte años más joven. No tenían hijos y ella tampoco contaba con el apoyo de una familia, así que la separación representó la soledad absoluta. Como consecuencia de sus problemas familiares cayó en una depresión y perdió su trabajo porque ya no cumplía con sus responsabilidades a cabalidad. En esta situación, a las manos de Modesta llegó un folleto acerca de unos cursos de relajación que se llevaban a cabo en un lugar apartado. Con su vida hecha cuadritos, la señora Pavía decidió que no perdía nada por probar. En esos días la secta todavía no había adquirido la Bodega, sino que desarrollaban sus actividades desde una casa de campo que habían alquilado para ese fin.

Los grupos que acudían a esas charlas eran muy variopintos. Gente con graves problemas y otros que solo querían relajarse un poco. También los había entendidos en temas espirituales, o quiénes como ella, nunca se habían informado sobre el asunto. La casa era amplia, rústica, pero muy limpia y bien cuidada. Parecía una posada rodeada de la naturaleza, con una pequeña laguna artificial muy cerca. Pavía quedo encantada, pero su deslumbramiento fue mayor cuando conoció a la mujer que dictaba las charlas. Les contó que todos los seres humanos éramos seres de luz, que todos teníamos la misión de cultivar el alma para que alcanzara planos más elevados, que el primer paso era librarse de las ataduras materiales.

Modesta recibió el mensaje como el sediento recibe un vaso de agua en el desierto. El curso solo duró un fin de semana, al cabo del cual los asistentes regresaron a sus labores y a sus vidas, pero la enfermera necesitaba más, así que mantuvo el contacto con "esa extraordinaria mujer" visitándola de vez en cuando. Molina le hablaba de la maravillosa sensación de paz y alegría que proporcionaba vivir en un plano más alto y Modesta comenzó a colaborar en los cursos de los nuevos asistentes. Al cabo de poco tiempo, Molina comenzó a hablarle de "Vishnu" y le "confesó" que ella era su hija y que había sido elegida para iluminar a quienes necesitaban ayuda para limpiar su alma.

Modesta se sintió fascinada, pues el grupo le otorgaba sentido de pertenencia y sus postulados le parecieron muy nobles. Sin darse cuenta, en poco tiempo los objetivos de la secta tuvieron prioridad sobre los suyos propios. Ya había sido captada. No fue la única que sufrió este proceso. Otros de los asistentes al curso también quedaron enganchados, como si la secta fuera una droga de la que no pudieran prescindir.

Molina les convenció de que la elevación del alma requería un desprendimiento de los bienes materiales y la mejor forma era entregárselos a ella para que pudiera emplearlo en la salvación de nuevas almas. En esos días todavía no había falsas cuentas, ni intermediarios. Todo quedaba a nombre de Ana, o de Araujo, que para entonces era su amante.

Salazar tomó nota. Debían investigar los movimientos de esas cuentas en las fechas señaladas por Pavía, porque eso sí constituía una prueba concreta en contra de la astuta cabecilla. Al recibir todo el dinero de los primeros adeptos, Ana vio incrementar su capital, así que ella y sus socios pudieron expandir el negocio. Compraron una Bodega apartada que había ido a la quiebra y la acondicionaron para recibir a los adeptos. Para entonces aún no existían los barracones.

"Los hijos de Vishnu" funcionó como cualquier secta destructiva, hasta que Ana se enteró de la existencia del fideicomiso de Julián Avana a través de uno de sus clientes como escort. Fue entonces cuando decidió que haría lo necesario para apropiarse de ese dinero. Asistió a una de las bacanales de "Velázquez" con la intención de captarlo como adepto, pero enseguida comprendió que eso sería imposible con alguien de la personalidad de Julián. Sin embargo decidió mantenerse cerca con la intención de encontrar alguna vía para lograr su objetivo.

Ana Molina era muy avariciosa y el éxito que había tenido con su estafa a través de la secta solo hacía que anhelara más. La idea de las cuentas en Bahamas usando la identidad de ancianos con problemas de memoria fue de Araujo, y en un principio se usaron para recibir las "donaciones" de los adeptos.

Para cuando "la hija de Vishnu" fijó su atención en los Avana ya existían esas cuentas, que habían sido abiertas con la complicidad de un banquero local: Jamal Spooner. Si bien Julián no era susceptible de caer en las tentaciones espirituales de una secta, no ocurría lo mismo con los encantos femeninos de Molina. Ella se presentó como Amparo Méndez y se convirtió en su amante, con lo cual pudo acercarse a él y su familia.

Natalia era una persona honesta que creía en la bondad inherente al ser humano, así que cuando Julián se las presentó como su pareja, la señora Avana vio a Molina como su futura cuñada. Ana se ganó su confianza, por lo que Natalia se desahogó con ella de mujer a mujer, contándole sus problemas. Fue cuando Molina elaboró el plan de extorsión para hacerse con el fondo fiduciario de Julián.

El golpe fue fructífero y gracias a él consiguieron más de un millón de euros con mucha facilidad, además del trabajo gratuito de dos adultos. Ya los adeptos colaboraban, pero sería más fácil mantener su lealtad si podían proporcionarles una vida fácil a costa de los prisioneros. Ellos solo tendrían que encargarse de vigilarlos.

De esta forma comenzaron los secuestros de familias usando el retiro familiar como carnada. Al mismo tiempo, aquellos adeptos más convencidos como Modesta recibían encargos que también proporcionaban fondos a Molina y sus cómplices.

Ortiz y Salazar grabaron en vídeo la confesión de la enfermera. Eso les proporcionaba un sustento más sólido a las acusaciones. Además, en cuanto se supo que Pavía había declarado todo lo que sabía, tanto Ana, como sus cómplices decidieron mostrarse más colaboradores para ser beneficiados con una actitud más benévola por parte de los jueces.

Entre declaraciones y comprobaciones, las horas pasaron sin que se dieran cuenta. La oscuridad fue ganando poco a poco la ciudad de Haro, mientras la plantilla de "San Miguel" se esmeraba en cerrar los últimos cabos sueltos del caso. Para el final de la tarde pudieron estar seguros de que todos los responsables de tanto sufrimiento tendrían que cumplir muchos años de condena.

Era ya de noche cuando el comisario los envió a sus casas y en compensación por el exhaustivo trabajo de las últimas horas, les dio libre el día siguiente para que pudieran preparar las festividades con el fin de celebrar la Navidad con sus familias. Solo debía acudir a trabajar Manuel, a quien la suerte le había endilgado la guardia de ese día.

Salazar acompañó a Santiago a su casa para recoger a Salva. Debía reconocer que ya lo echaba de menos. Encontró al chico muy entretenido jugando con sus primos. Por insistencia de Carmela, ambos se quedaron a cenar y aprovecharon para planear la velada navideña. Néstor aceptó llevar la guitarra para que los chavales pudieran cantar algunos villancicos. Carmela los acompañaría con el piano.

Después de la cena, el inspector se negó a que su hermano o su cuñada los llevaran de vuelta a casa. Consideró que el día de ambos había sido muy duro y que merecían retirarse temprano a descansar. Él y Salva cogieron un taxi y demoraron bastante en llegar a su destino, pues parecía que todos los habitantes de Haro habían decidido salir de sus casas a hacer sus compras navideñas. La gente caminando por las calles parecían hormigas, las tiendas estaban repletas y los bares a tope con viandantes refugiándose del frío con algún lingotazo de vino, o chinchón.

Por fin llegaron al barrio de "San Miguel". Néstor pagó el taxi y recorrieron el corto trayecto a pie. El viento frío les cortó la piel, en especial cuando llegaban a las esquinas. Se apresuraron y por fin alcanzaron su destino. Antes de subir, entraron al bar para saludar a Gyula y a Dika.

—¡Qué bueno verte, figura! —lo saludó su amigo—. ¿Y tú, cómo has estado, chaval?

Ambos le confirmaron que estaban bien. Después de corresponder al saludo, Salazar le habló del asunto que le interesaba.

—¿Ya has recibido el pedido que te encargué?

—Al completo, pero ¿puedo preguntar quién es el beneficiario de tanta generosidad?

—Luego te cuento. Ahora no puedo ni con el gabán por el cansancio. Mañana tengo que ponerme al día con el mundo. ¿Podría Dika hacerse cargo de Salva por un par de horas?

—Estará encantada.

—¿No es molestia? ¿No tendréis mucho trabajo?

—Como siempre, pero ya nos arreglaremos el camarero y yo, mientras no sea a la hora pico de las comidas. ¿Y qué me decís de la Navidad? Seréis bienvenidos. Tendremos cena especial: entrada de gambas al ajillo, cochinillo al horno estilo segoviano con patatas, de plato principal y para postre variedad de turrones. Todo acompañado por buen vino. Aunque en tu caso sería sidra y para el chaval gaseosa, por supuesto.

—Se oye muy bien, Gyula, pero este año hemos hecho planes con Santiago y su familia.

—¡Desde luego! Me alegra mucho que vayan tan bien las relaciones con tu hermano. Aunque se os echará de menos. Y descuida. Mañana Dika cuidará de Salva mientras tú haces esos recados tan importantes —afirmó Gyula, siempre incondicional, mientras le guiñaba un ojo para hacerle comprender que sabía que uno de esos recados era comprarle un regalo de

Navidad al propio Salva, tarea a la que por supuesto no podía ir acompañado por él, si no quería arruinarle la sorpresa.

Subieron a la buhardilla, donde para alivio de Salazar, Paca los recibió con maullidos de felicidad, mientras se restregaba contra las perneras de los pantalones de ambos. Néstor hizo una nota mental de comprar algún juguete que mantuviera entretenida a su gata. Por el bien de su casa, esa Navidad Paca también recibiría un regalo.

Al día siguiente, la luz ya iluminaba la sala de la buhardilla cuando un agudo y estruendoso ruido despertó en forma abrupta a Salazar. Saltó de la cama asustado y se dispuso a correr a la habitación de Salvador, que era de donde provenía cuando comprendió su origen: la flauta de juguete que Carmela le había regalado a su hijo. Cuando se sentó en el sofá-cama vio a Paca, que parapetada debajo de una silla, en un rincón, con el lomo erizado y las pupilas dilatadas le bufó enfadada. En esta ocasión, Néstor le dio la razón. Se levantó y fue a ver al chaval. Lo encontró soplando con mucho entusiasmo y poco acierto, haciendo lo posible para que de aquel artefacto saliera algún sonido armonioso.

—Buenos días, Salva. ¿Llevas mucho tiempo despierto?

—Unos quince minutos. Como no podía encender el televisor porque te hubiera despertado y no tenía nada que hacer, decidí practicar un poco con la flauta. Traté de tocarla bajito, pero no me salió.

Néstor suspiró. Por lo visto su casa era el centro de aburrimiento del barrio, tanto para su gata, como para su hijo. Sonrió.

—Estás muy entusiasmado con la flauta ¿verdad?

—Siempre he querido aprender a tocar un instrumento. Lo de cantar está muy bien, pero no es suficiente para mí.

—De acuerdo, hagamos algo. Te prometo que cuando comiencen las clases en enero, te inscribiré en el Conservatorio y te compraré una flauta.

—¿En serio? ¿Una de verdad?

—La que recomiende tu maestro de música, pero hasta entonces creo que debes guardar esa.

—¿Por qué? ¿No sería mejor que fuera practicando?

—Es que al no tener orientación adecuada, puedes adquirir vicios que después sean más difíciles de erradicar.

—Ah —respondió el chico algo decepcionado. Salazar se sintió muy mal por manipularlo de aquella forma, pero era en beneficio de su propia

salud mental y la de sus vecinos—. ¿De verdad prometes que podré aprender a tocarla bien?

—Palabra de honor. Y ahora vístete que nos vamos a desayunar.

Mientras Salvador se preparaba para salir, Néstor se acercó a Paca con una galleta para gatos, con sabor a sardina por supuesto. Después del soborno, ella se dejó coger y acariciar el lomo. La tranquilizó y la dejó en su cesta, luego de prometerle que no volvería a escuchar aquellos espantosos ruidos.

—Meeuu —respondió ella con una mirada de resentimiento. ¡Lo que tenía que soportar una gata por culpa de sus humanos!

Recuperada la paz de su hogar, cuando Salvador terminó de acicalarse. le tocó el turno a él. Como se sentía fatal por haber engañado a su hijo, aunque fuera por una buena causa, desayunaron chocolate con churros, acompañados por el ruido del entrechocar de platos y tazas de un comedor atestado de clientes. Le preguntó a Dika si podía hacerse cargo un rato del chaval, pues él tenía pendientes algunos recados que terminaría con mayor celeridad si iba solo. La joven novia de su amigo aceptó encantada, así que mientras Néstor recogía casi todo el encargo que le había hecho a Gyula y salía a repartirlo, ella regresó con Salva a su piso.

La primera botella de vino se la dejó a García, quien le agradeció el obsequio y le prometió que lo guardaría hasta el día siguiente, para compartirla con su familia. Al parecer era un buen caldo. Salazar no sabía mucho de vinos, pero había dejado la selección en manos de Gyula. Incluso la del encargo especial.

De la comisaría, después de saludar a Manuel y comprobar que no había novedades, se encaminó a los tribunales, donde obsequió a Estela con otra botella. La buena mujer lo colmó de bendiciones. Repartió casi todo el vino, aunque le llevó varias horas. Por suerte encontró a todos los compañeros y amigos que quería agasajar. Solo quedaban dos botellas. Una de ellas, la especial. Un taxi lo dejó en la calle Conde de Haro y se alegró al comprobar que el despacho del detective estaba abierto. Subió las escaleras y después de llamar escuchó el timbre que indicaba que habían abierto la puerta.

—Ah, es usted —lo recibió Evelia con evidente decepción. Seguro que esperaba un cliente.

—Buenos días. ¿Está don Braulio?

—¡Evelia! ¿Quién es? —gritaron desde el interior de la oficina, al mismo tiempo que se abría la puerta y se asomaba la pulcra y elegante figura de Quintero. La secretaria puso los ojos en blanco. No había manera de que ese hombre usara el interfono—. ¡Buen día, chaval! Me alegro de verte. Buena la habéis liado tú y tus compañeros. ¿Te sirvió la información que te di?

—Me sirvió de mucho, don Braulio. He venido a agradecérselo.

—¡Pero si vienes hecho un pincel! ¡Si no pareces tú! — exclamó mientras lo miraba de arriba abajo. Como ese día no estaba trabajando, Salazar había prescindido del gabán y usaba un abrigo, más acorde con el tiempo y más elegante—. Pasa, pasa. ¿Puedes traernos café, Evelia?

—Enseguida —respondió la secretaria con voz resignada.

—Esto es para usted, Evelia —le dijo Néstor, mientras le entregaba la penúltima botella.

—¡Para mí?

—Por toda la paciencia que ha tenido conmigo.

Por primera vez desde que la conocía, Salazar vio sonreír a la secretaria de Quintero. Les prometió que enseguida les llevaría el mejor café que habían probado. Y cumplió. Cuando Evelia regresó a su escritorio después de haberles servido el café, Salazar sacó la última botella y se la entregó a don Braulio.

—¡Jooodeeer! —exclamó el detective contemplando la etiqueta—. Un "Marqués de Leza, cosecha del 2010". Te debe haber costado un pastón, chaval.

—No es nada en comparación con la ayuda que nos brindó, don Braulio.

—Pues tengo que reconocer que para mí fue una gozada. A ver, dame un último regalo. ¿Qué me puedes contar de ese asunto?

Néstor pasó a explicarle todo lo que no pertenecía al secreto del sumario y el detective lo escuchó fascinado.

—¿Y tenéis bien atada la acusación de esa arpía y sus cómplices? —le preguntó en tono de advertencia—. ¿No los irá a librar alguno de esos abogados listillos?

—Descuide, don Braulio. Tenemos todo bien atado.

—Pues me complace mucho saberlo, chaval —afirmó Quintero echándose atrás en el asiento—. Tengo que reconocer que me has hecho

sentir vivo de nuevo. Esto ha sido como volver a formar parte de la Policía. Tal vez debería ser yo quien te regalara la botella de vino.

—Me bastará saber que puedo volver a contar con usted si lo necesito, don Braulio.

—¡Pues claro, chaval! Tú, cuenta conmigo cuando lo necesites.

—Gracias —respondió Salazar poniéndose de pie y estrechándole la mano—. Supongo que pasará la Navidad en compañía.

—Eh… Sí, claro, desde luego.

—Entonces me despido. Y que tenga usted unas felices fiestas.

Del despacho de Quintero, Salazar salió disparado a buscar una juguetería donde comprar los regalos de los chavales, y también una tienda de mascotas en la cual adquirió un artilugio con una base redonda, un palo curvado que salía del centro y giraba, del cual colgaba un pez de plástico. La dependienta le prometió que su gata pasaría horas jugando con aquello, porque era lo más parecido a una presa y que no representaba ningún peligro si la dejaba sola con el juguete encendido. Que solo necesitaba recargar la batería de vez en cuando.

—Salazar aceptó la explicación y compro el costoso juguete. Después de todo, se lo debía a Paca.

Epílogo

A su regreso de cumplir con todos los recados, el inspector pasó por la casa de Santiago donde le entregó a Carmela los regalos de los chavales. Ella lo riñó por haberles comprado un juguete tan caro a los gemelos. Si cualquier tontería los haría felices. Los consentía demasiado. Las palabras de su cuñada trajeron a la memoria de Salazar las horas de angustia cuando secuestraron a Lucas y decidió que nunca los consentiría lo suficiente. Para cuando regresó a "San Miguel" ya anochecía. Una vez en casa, después de que Dika regresara al bar, él y Salva pusieron el juguete de Paca en el suelo, pues al fin y al cabo, los felinos no parecían demasiado interesados en las fiestas navideñas, a menos que involucraran aromas culinarios.

La gata miró el juguete ladeando la cabeza como "gallina que mira sal". En cuanto el inspector lo encendió y la cosa aquella se puso a dar vueltas, Paca saltó hacia atrás con un bufido y fue a refugiarse al mismo rincón donde se protegió del improvisado concierto de flauta.

—Tal vez hubiera sido mejor algo más sencillo —opinó Salva, con la seriedad de sus ocho años—. Tu gata parece un poco asustadiza.

—Vamos Paca. Si no hay nada que temer —afirmó Néstor, tocando él mismo el objeto para que la felina comprendiera que era seguro. Solo recibió un "Mauuu" de desconfianza—. Tal vez debamos dejarlo ahí para que ella se vaya acercando sola.

—Tal vez —lo apoyó su hijo, sin mucha convicción.

Diez minutos después, mientras ambos veían una película navideña acerca de un tío verde que quería robarse la Navidad, Salva llamó la atención de Néstor sobre la gata. Se había acercado con precaución al lugar donde se encontraba el juguete. Seguía mirándolo con desconfianza y cuando menos lo esperaban… Se puso a jugar con la caja. ¡Con la caja de cartón! Después de lo que se había gastado en el último maullido de la moda en juguetes para gato, ¡Paca prefería la caja de cartón! Salazar no sabía si reírse, o llorar. Optó por lo primero para no darle un mal ejemplo a su hijo.

Para variar, aquella noche se acostó temprano y al día siguiente regresó a la comisaría, después de dejar a Salva en "La Callecita". Con todo el trabajo que tendrían que hacer tanto Gyula y Dika como Carmela, no le pareció considerado alterar la rutina de ninguno de sus familiares y amigos,

así que acordaron que Salva se quedaría en el bar leyendo, o pintando hasta que él regresara. Así podrían vigilarlo sin interrumpir sus tareas.

Cerrado el caso de la secta, el día transcurrió entre el papeleo del traslado de los detenidos al Centro de Retención Preventiva y el adelanto del trabajo burocrático. Lo único reseñable fue el aviso de Manuel de que estaba solicitando un traslado a Alicante, pues iba a casarse y su novia era de allí.

La noticia les cayó como un jarro de agua fría. Después de que habían logrado cohesionar tan buen equipo, habría que ver a quién les mandaban ahora. Como no había remedio, ambos lo felicitaron por su próximo cambio de estado civil y le desearon la mejor de las suertes.

Santiago les permitió salir unas horas antes. Y a Néstor le recordó que lo esperaba en su casa a las nueve. A esa hora exacta él y Salva llamaban a la puerta de los Ortiz. La segunda botella de "Marqués de Leiza" se la entregó a su hermano, quien la recibió con una sonrisa. ¡Desconcertante! Salvador le entregó un ramo de flores a su tía, que él mismo decidió que debían llevarle, ante lo cual Carmela no pudo evitar que se le saltara una lágrima. Los gemelos comenzaron a dar saltos de alegría al ver llegar a su primo. Mientras los niños se pusieron a jugar, los adultos se sentaron en la sala, en cuya mesa de centro había bandejas con queso manchego, jamón de Jabugo, nueces, turrones y otras exquisiteces. Santiago abrió la botella de vino y sirvió una copa para su esposa y otra para sí mismo. A Salazar le ofrecieron sidra.

Néstor se sentía extraño, pero feliz. Las últimas navidades que había pasado en familia él tenía la edad de Salva y su padre estaba vivo. Decidió no pensar mucho en ello o se pondría a llorar de la emoción. Y menudo espectáculo. Llevaban quince minutos de esa guisa cuando llamaron a la puerta. La copa casi se le cae de la mano al inspector cuando vio entrar a Sofía y un rápido vistazo le permitió descubrir la mirada de picardía que se le escapó a Carmela, lo cual le hizo comprender que aquello era una encerrona.

Decidido a relajarse, pasó por alto la intromisión de su cuñada, que estaba convencida de que él debía asentar cabeza con una chica y que no había mejor aspirante que la subinspectora. Se hizo el tonto, algo que se le daba muy bien. En los primeros minutos, Sofía estaba un poco cohibida. Después de todo, esa era la casa del comisario. Y Ortiz imponía, pero poco a poco, gracias a Carmela se fue sintiendo en confianza. Hablaban de lo

humano y lo divino cuando los chavales se acercaron. Parecían compungidos, lo que preocupó a los adultos.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —venían gritando los gemelos, casi llorando. Su primo los seguía con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Pero, ¿qué gritos son esos? ¿Se puede saber qué os ocurre?

—Es que… Salva nos ha dicho algo… Pero es mentira, ¿verdad? Solo quiere chincharnos. ¿Verdad?

—Pues no lo sé. ¿Qué os ha dicho?

—Es que está triste —explicó Lucas—. Le hemos preguntado por qué, si hoy es Navidad y San Nicolás debe venir esta noche para traernos juguetes. Entonces nos dijo que está triste porque tiene miedo de que su mamá se pueda morir. Pero eso no es posible, ¿verdad? Las mamás y los papás no se pueden morir, sino cuando son muy… Muy viejos. Mucho más que los abuelos. ¿Verdad que tú y papá no os vais a morir nunca? ¿Verdad, mami?

—Por supuesto que no nos vamos a morir —sentenció Santiago con toda la firmeza que pudo, disimulando su emoción. A Carmela se le había hecho un nudo en la garganta que no le permitía hablar. Solo pudo abrir los brazos para abrazar con fuerza a sus hijos, como si pudieran desaparecer si no los sujetaba con suficiente energía.

A un gesto de Néstor, Salvador corrió a su lado y él también lo abrazó. El niño lloraba con desconsuelo.

—Tu mamá se va a poner bien, Salva —le susurró al oído—. Ya lo verás.

—¿Lo prometes? —preguntó el chiquillo con los ojos bañados en lágrimas.

—Estoy seguro de que será así, pero ya está bien —afirmó Salazar dando un par de palmadas—. Hoy no es día de estar tristes. A ver, ¿quién quiere cantar villancicos?

Los chiquillos se enjugaron las lágrimas y asintieron. Él acompañó con la guitarra a Carmela, que tocó el piano, mientras adultos y chavales cantaban en coro. Cuando Salvador se tranquilizó, lo invitaron a cantar como solista.

La actividad familiar cambió el humor de los niños, que volvieron a su habitual alegría. Luego los Ortiz sirvieron la cena, durante la cual Salvador parecía haber olvidado su tristeza, mientras conversaba con Sofía.

Lo pasaron bien. En familia, que es la mejor forma de vivir esas fiestas. Sofía se despidió poco después de la cena, agradeciendo a todos por la velada. En especial a Carmela. Ella no tenía a nadie en Haro y de no ser por esa invitación hubiera tenido que pasar la Navidad en soledad. A los chiquillos los acostaron antes de la medianoche, con la advertencia de que si insistían en quedarse despiertos, San Nicolás pasaría de largo.

Solo bajo esta amenaza aceptaron retirarse a dormir. Los adultos aprovecharon la ausencia infantil para colocar los regalos debajo del Árbol de Navidad, después de lo cual también se fueron a acostar. Carmela había acondicionado el cuarto de huéspedes para su cuñado y Salva dormía en la habitación de sus primos.

A la mañana siguiente los despertaron los gritos de alegría de la chiquillada cuando descubrieron sus regalos al pie del Árbol.

—¡Papá, mamá! —gritaban los gemelos—. Mirad, San Nicolás nos ha traído un futbolín de verdad.

Néstor sonrió cuando vio que su regalo les había gustado, pero su alegría fue mayor cuando contempló la cara de Salvador al descubrir la consola. San Nicolás también les había dejado un par de patines a cada uno y por suerte, ningún otro instrumento musical.

No fue fácil separar a los chavales de sus nuevos juguetes para desayunar, pero entre ruegos y amenazas, Carmela por fin lo consiguió.

Durante el desayuno, Salvador miró a su padre con seriedad.

—Papá, quería preguntarte si Sofía es tu novia.

La pregunta sorprendió tanto a Salazar que el café se desvió de su camino y lo hizo toser. Cuando recuperó el aliento, después de algunos golpes en la espalda por parte de Goliat, que casi le arrancan los pulmones, por fin pudo responder.

—Sofía es una buena amiga y compañera de trabajo, Salva. No debes sentirte amenazado. Ahora para mí tú eres lo más importante.

—No te lo pregunto por eso —le corrigió el chiquillo tomándose su chocolate y balanceando las piernas, que no llegaban al suelo—. ¡Es que Sofía me gusta y he decidido que es la mujer de mi vida!

Esta vez el café de Néstor salió disparado por la nariz y la cantidad de golpes que necesitó para recuperarse fue mucho mayor. ¿Tendría alguna costilla fracturada? Desconcertado, como no lo había estado en su vida miró a su hermano, que mantenía una sonrisa cínica que le hubiera gustado

borrar de un sopapo, y a su cuñada, que reía entre dientes. Por ahí no recibiría mucha ayuda.

—Bienvenido al mundo de los padres —anunció Carmela—. Si ya habéis terminado de desayunar, ¿por qué no os vais a jugar?

Los chicos obedecieron, dejando al pobre inspector en estado de choque.

—Descuida, eso es normal —lo consoló su cuñada.

—¡Normal? ¡Pero si solo tiene ocho años!

—Si yo te contara la de veces que los gemelos se han enamorado de sus maestras… ¿Es que acaso tú no te enamoraste platónicamente de ninguna chica mayor cuando eras un chaval?

—Bueno, sí, pero eso era diferente.

—¿Por qué? —Salazar se quedó en blanco. Por primera vez en su vida, no tenía la respuesta—. Deja de preocuparte, anda, que para cuando lleguéis a vuestra casa, ya lo habrá olvidado.

Y así fue. En todo el trayecto, Salvador no volvió a mencionar su enamoramiento con Sofía, para gran alivio de Néstor. Cargados con la consola y los patines llegaron a "San Miguel" y en la puerta de la buhardilla se encontraron una sorpresa.

—¡Mamá! —gritó Salvador, arrojándose en los brazos de Sara, que de inmediato comenzó a llorar.

—¡Sara! ¡Qué agradable sorpresa! —afirmó Salazar.

—Hola, Néstor. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Entraron a la buhardilla y se sentaron en la sala. El inspector le preguntó si quería café, o agua, pero ella declinó la oferta. Lo único que necesitaba era mantener abrazado a su hijo.

—He venido porque terminé mi ciclo de quimioterapia, pero además se me ha presentado una oportunidad que no puedo desaprovechar. He entrado en un protocolo de investigación para un nuevo tratamiento con inmunoterapia. Al parecer los resultados son muy alentadores en el tipo de cáncer que yo padezco.

—Esa es una gran noticia, Sara. ¿Y cuándo comienzas el tratamiento?

—Lo antes posible. El único problema es que debo ir a Suiza.

—¿Eso es muy lejos, mamá?

—Un poco, pero quiero que vengas conmigo.

—¿Y quién cuidará de él en Suiza? —preguntó Salazar, preocupado.

—El tratamiento que debo recibir tiene efectos secundarios, pero no son tan incapacitantes como los que he sufrido hasta ahora. Además, la clínica cuenta con un albergue para los hijos de los pacientes, donde hay psicopedagogas que se ocupan de los niños cuando es necesario. Salvador estará conmigo el mayor tiempo posible.

—¿Cuándo te lo llevarás? —preguntó Néstor, sintiendo un vacío en el pecho.

—Debemos salir cuanto antes —afirmó ella—. Salva, ve a preparar tu maleta.

El chico se retiró a la habitación obedeciendo a su madre. En cuanto abandonó la sala, Salazar se encaró con su ex novia.

—¿Estás segura de que es lo mejor para él?

—Siempre he hecho lo que he creído que es mejor para él, aunque de algunas cosas no me siento orgullosa. Hay algo que debes saber, Néstor.

—Sé lo que me quieres decir —afirmó Salazar, acongojado—. Salva no es mi hijo.

—¿Lo sabías? —Él asintió.

—Pero entonces, ¿por qué aceptaste la responsabilidad de cuidarlo?

—Me di cuenta cuando leí su certificado de nacimiento. Tendrías que haber tenido un embarazo de once meses para que fuera mi hijo. Quise llamar a la trabajadora social para advertirle que impugnaría la decisión judicial con base en esa prueba, pero no pude localizarla y se presentó aquí con el chiquillo. Cuando lo vi, tan indefenso, pero enfrentando a un mundo que le resultaba hostil… No lo sé. Me recordó a mí mismo y me dije que no podía permitir que terminara en un Centro de Acogida, así que no me di por enterado. Es del otro, ¿verdad? Del hombre por el que me dejaste.

—En esos días tenía un cerebro de chorlito, Néstor. Me preocupaba que nos estancáramos por tu falta de ambición. Entonces encontré un hombre que sí era ambicioso. Tanto, que después de que te había dejado por él encontró otra mujer. Una chica proveniente de una familia de renombre que le ayudó a medrar en la escala social. Vive con ella y tiene dos hijas. Cuando le conté que estaba embarazada y que el niño era suyo, quiso que abortara. Me negué y crie sola a Salvador. Por eso no insistí en encontrarte. Tú no eras el padre.

—No mamá. ¡Él sí es mi papá! —Se escuchó la aguda voz de Salvador, que traía una pequeña maleta en la mano.

—¡Salvador! —exclamó Néstor, preocupado—. ¿Cuánto tiempo llevas escuchando?

—Lo he oído todo y no me importa quién es ese señor que dices que es mi padre —sentenció afrontando a su madre—, porque mi papá es Néstor. No quiero que nadie más lo sea.

Salvador soltó la maleta y corrió a abrazar a Salazar, quien lo apretó contra sí, sorprendido porque pese a que él sabía desde el principio que el chiquillo no era su hijo, lo quería como si lo fuera. Sara no pudo evitar las lágrimas.

—Esto demuestra que no me equivoqué cuando decidí que tú cuidaras de Salva si algo me pasaba. Su padre biológico se hubiera limitado a llevarlo a un internado, pagar las cuentas y desentenderse.

—Está bien, Salva —le dijo Néstor—. Para mí, tú siempre serás mi hijo, pero ahora debes ir con tu madre, para que pueda hacerse ese tratamiento que la cure.

Salazar lo ayudó a empacar la consola y los patines para que también pudiera llevárselos. Luego le alborotó el cabello.

—¿Volveré a verte? —preguntó el pequeño.

—Vamos a hacer algo. Dile a tu madre que me haga llegar vuestra dirección y yo te enviaré un móvil para que podamos hablar por wasap. ¿De acuerdo?

El chiquillo asintió, recogió su maleta y después de abrazar de nuevo a Salazar, salió de la buhardilla. Quién sabía cuándo lo volvería a ver.

En cuanto Sara y el chico se marcharon, el inspector sintió que la casa se le venía encima. Le parecía que era enorme y vacía. Paca, intuyendo el estado de ánimo de su humano se subió a su regazo, donde se acurrucó. ¡Que una gata tenía que ser agradecida! Después de acariciarle el lomo un rato, Néstor la dejó en su cesta, cogió su abrigo y salió a caminar por las frías y desiertas calles de Haro.

OTROS TÍTULOS DE ESTE AUTOR:

NO ES LO QUE PARECE: Un caso del inspector Salazar.

Un político muere en forma repentina durante un mitin en Haro, La Rioja. El inspector **Néstor Salazar** y su nueva compañera, la subinspectora **Sofía Garay**, son los llamados a determinar si se trató de un **homicidio**, pero la situación se hace más compleja cuando la investigación comienza a revelar que las apariencias resultan muy alejadas de la realidad. Nuevas *muertes* complican el caso, mientras la subinspectora comprende que **el propio inspector tampoco es lo que parece.**

Un comisario que ha pedido traslado desde Tenerife lleva a cabo una investigación paralela sobre una tragedia ocurrida en su familia veinte años atrás, algo que no dejará indiferente al inspector.

JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02):

«La sirena de la ambulancia rompió el silencio de la noche de *Haro*, mientras las luces de emergencia destellaban en la oscuridad. Dentro del área de tratamiento, un médico y un enfermero se afanaban en detener la hemorragia del paciente que yacía sobre la camilla. **Sofía** se esforzaba en contener las lágrimas, mientras contemplaba el rostro cada vez más pálido de **Salazar**. El gotero, puesto a chorro, alimentaba las venas del herido, **en un intento de mantenerlo con vida**…»

Durante la celebración de la Semana Santa en Haro, lo que en un principio parecía un hecho puntual, **el suicidio de un adolescente**, se convierte en una pesadilla para el inspector jefe Salazar y sus compañeros, cuando comienza a suceder repetidamente entre jóvenes que no mostraban ningún indicio que hiciera sospechar esa tendencia. Mientras Salazar se concentra en hallar la respuesta para que *no sigan muriendo chicos inocentes*, la subinspectora Garay se embarca en una investigación para detener a *un asesino profesional que ha jurado que Néstor Salazar será su próxima víctima*.

AQUÍ HAY GATO ENCERRADO. (Inspector Salazar 03):

La comisaría de «San Miguel» concentra sus esfuerzos en la investigación del secuestro de un niño en Haro, mientras el inspector

Salazar se encuentra en una asignación especial. Cuando el desarrollo de llos acontecimientos culmina en un desenlace y uno de los secuestradores aparece muerto con una nota suicida atribuyéndose la culpa, el comisario Ortiz comienza a recibir presiones para que cierre el caso. Ante su negativa él mismo resulta extorsionado y se ve obligado a llamar a Néstor para pedirle ayuda.

Salazar abandona la asignación para ayudar a su hermano, pese a las consecuencias que puede acarrearle tal decisión y se avoca a una investigación contra el tiempo que no admite fracaso porque está en juego la vida de alguien muy importante para él…

MUERTE EN EL PARAÍSO:

Una **isla privada paradisíaca** en el medio del Atlántico se convierte en el *coto de caza de un asesino en serie*.

Una desgracia ocurrida a la familia propietaria de la isla parece regresar del pasado para *amenazarlos* a todos.

Argus del Bosque, **comisario** del Cuerpo Nacional de Policía deberá darse prisa en encontrar al asesino, si consigue evitar perder la vida en el intento...

LOS PECADOS DEL PADRE:

A lo largo de veinticinco años, en cuatro países de *Europa*, **un asesino en serie** acaba con la vida de parejas jóvenes, engañando a la policía para que crean que el muchacho en cada una de ellas es el culpable. Michael Sterling, **comisario de Scotland Yard** que conoce su *modus operandi*, **obsesionado con detenerlo**, emplea todos sus esfuerzos en descubrirlo. La investigación la lleva a cabo un equipo policial **que involucra dos países**, Inglaterra y España, mientras **un pecado familiar surge del pasado para exigir su expiación**…

TRAMPA PARA UN INOCENTE:

Luis Armengol despierta en una pensión de mala reputación con el *cadáver de una joven desconocida* a su lado. Sus manos ensangrentadas y el cuchillo con el que la chica fue *apuñalada* en el suelo lo señalan como **culpable**, al mismo tiempo que la **Policía** llama a su puerta. En un acto desesperado consigue escapar, pero conservará su *libertad* por poco tiempo

a menos que encuentre las pruebas de su inocencia. ¿*Quién le ha puesto esa trampa? ¿Por qué?* De hallar las respuestas a estas preguntas depende su futuro. Deberá desentrañar el **misterio** antes de que lo encuentre la **Policía**, *o los hombres que lo buscan para matarlo*…

LA VENGANZA:

Samuel es un joven brillante con un prometedor futuro. Cuando la oportunidad de cumplir su sueño llama a su puerta, todo se derrumba al ser acusado del brutal asesinato de su novia. Su vida es truncada por la confabulación de tres hombres, que por diversos motivos se benefician de su desgracia, pero no es el único. Con la misma perfidia destruyen la vida de otros inocentes sin llegar a sentir el menor remordimiento.

Veinte años después, cuando los tres se sienten más seguros, el pasado resurge y sus víctimas, aún después de la muerte y el olvido, unen sus fuerzas y regresan dispuestas a cobrar venganza. ¿Hasta dónde pueden llegar para castigar a quiénes destrozaron su futuro?

LOS HIJOS DEL TIEMPO:

Un hombre nacido en la Edad Media se ve obligado a recorrer el mundo. La búsqueda de la respuesta a un misterio del cual depende su supervivencia, lo lleva de las iglesias y castillos de la ***Europa medieval***, hasta los confines de la ruta de la seda en el ***Lejano Oriente***, en una época en la que las supersticiones dictaban el comportamiento de la sociedad. *En el año 2010*, la desaparición de un empresario y la muerte de un librero son las claves de una lucha entre colosos que se desarrolla a lo largo de los siglos, cuyo origen se encuentra en la respuesta a aquel mismo **misterio**.